

PUUEEE LLEER EN ESTE NÚMERO LOS SIGUIENTES ARTÍCULOS:

Presentación.

La globalización.

Algunos rasgos de la globalización.

La economía global: lo viejo y lo nuevo.

Globalización, brechas tecnológicas y empleo.

Claves de la *globalización* financiera.

Globalización y Medio Ambiente.

Globalización religiosa.

La encrucijada de la globalización.

La política económica ante la globalización: sobre la pretendida impotencia del Estado.

Globalización y cohesión social.

La viabilidad de las políticas sociales en el marco de la globalización.

¿Podemos controlar la globalización?

Aspectos éticos de la globalización. Justicia, solidaridad y esperanza frente a la globalización.

Modelos de ciudadanía en la sociedad global.

Reaccionando contra el pensamiento único.

La sociedad civil ante la globalización neoliberal: El Foro Social Mundial de Porto Alegre, 2001.

Tambores de «guerra permanente» en la gestión del capitalismo global.

Bibliografía.



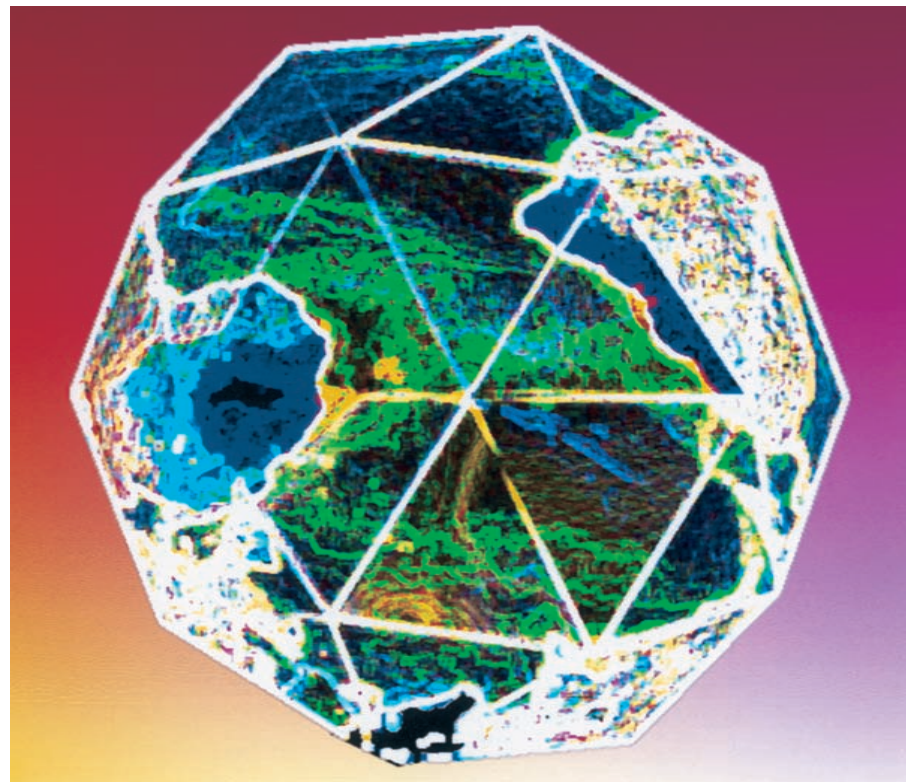
 **Caritas Española**

Editores

San Bernardo, 99 bis - 28015 MADRID
Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882
E-mail: publicaciones@caritas-espa.org
<http://www.caritas-espa.org>

Las otras caras
de la globalización

DOCUMENTACIÓN
SOCIAL



Las otras caras de la globalización

DOCUMENTACIÓN SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

N.º 125

Octubre-Diciembre 2001

Director: Francisco Salinas Ramos

Edición: Cáritas Española. Editores

San Bernardo, 99 bis

28015 MADRID

Tel. 914 441 000 - Fax 915 934 882

E-mail: publicaciones@caritas-espa.org

<http://www.caritas-espa.org>

Suscripciones:

Servicio de Publicaciones

San Bernardo, 99 bis

28015 MADRID

Tel. 914 441 037 - Fax 915 934 882

E-mail: publicaciones@caritas-espa.org

Distribución:

En Librerías

DistriFer Libros (Central: Juan Fernández)

C/ Antracita, 11, 2.º, 28045 MADRID

Tel. 914 684 329 - Fax 914 684 214

Condiciones de suscripción y venta 2001:

España: Suscripción a cuatro números: 4.060 ptas.

Precio de este número: 1.700 ptas.

Extranjero: Suscripción Europa: 6.440 ptas.

Número suelto Europa: 2.250 ptas.

Suscripción América: 62 dólares.

Número suelto a América: 25 dólares.

(IVA incluido)

Las otras caras de la globalización

Colabora en la Coordinación:

GABINO IZQUIERDO

**DOCUMENTACIÓN
SOCIAL**

Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada

N.º 125

Octubre-Diciembre 2001

Consejero Delegado: José María Scals Klein

Director: Francisco Salinas Ramos

Consejo de Redacción:

Javier Alonso

Pedro Cabrera

Carlos Giner

Enrique del Río

Colectivo IOÉ

Marisa Salazar

Víctor Renes

José Sánchez Jiménez

Teresa Zamanillo

Redacción de la revista:

San Bernardo, 99 bis

28015 MADRID

Tel. 914 441 046 - Fax 915 934 882

E-mail: docsocial@caritas-espa.org

© Cáritas Española. Editores

ISSN: 0417-8106

ISBN: 84-8440-259-2

Depósito Legal: M. 4.389-1971

Portada: María Jesús Sanguino Gutiérrez

Preimpresión e impresión: Gráficas Arias Montano, S. A.
28935 MÓSTOLES (Madrid)

Estimado suscriptor:

Como en años anteriores por estas fechas os solemos informar sobre el importe de la suscripción de DOCUMENTACIÓN SOCIAL para el año siguiente. El incremento será del 3 por 100 sobre la del presente año, lo hacemos por medio habitual que es la misma Revista.

El ***precio de suscripción*** para el año ***2002*** será de ***25,12 euros*** (4.180 ptas.) para España, ***39,67 euros (6.600 ptas.)*** para Europa y ***62 dólares USA*** para América.

Si la fórmula de pago elegida es la domiciliación bancaria, se lo pasaremos al cobro a través del Banco; si ha elegido el giro, por correo aparte se le enviará el impreso de giro postal, con sus datos de suscriptor. Esta operación se hará dentro de los dos primeros meses del año 2002. Si le es más cómodo enviar un cheque a nombre de Cáritas Española, hágalo haciendo constar: DOCUMENTACIÓN SOCIAL.

Sumario

- 7 ■ **Presentación.**
- 15 ■ **1 La globalización.**
Josep F. Mària i Serrano
- 35 ■ **2 Algunos rasgos de la globalización.**
Miren Etxezarreta
- 61 ■ **3 La economía global: lo viejo y lo nuevo.**
José Manuel García de la Cruz
- 79 ■ **4 Globalización, brechas tecnológicas y empleo.**
Pablo Martín Urbano; Marta Tostes Vieira
- 99 ■ **5 Claves de la *globalización* financiera.**
José Manuel Naredo
- 115 ■ **6 Globalización y Medio Ambiente.**
Juan Carlos Rodríguez Murillo

- 131 ■ 7 Globalización religiosa.
Luis González-Carvajal Santabárbara
- 145 ■ 8 La encrucijada de la globalización.
Cándido Grzybowski
- 163 ■ 9 La política económica ante la globalización: sobre la pretendida impotencia del Estado.
Gabino Izquierdo
- 183 ■ 10 Globalización y cohesión social.
Emilio Fontela
- 201 ■ 11 La viabilidad de las políticas sociales en el marco de la globalización.
Jesús Ruiz-Huerta Carbonell
- 219 ■ 12 ¿Podemos controlar la globalización?
Luis de Sebastián
- 225 ■ 13 Aspectos éticos de la globalización. Justicia, solidaridad y esperanza frente a la globalización.
Jesús Conill
- 243 ■ 14 Modelos de ciudadanía en la sociedad global.
Agustín Domingo Moratalla
- 261 ■ 15 Reaccionando contra el pensamiento único.
Félix García Moriyón

- 279 ■ 16 La sociedad civil ante la globalización neoliberal: El Foro Social Mundial de Porto Alegre, 2001.
M.^a Ángeles Espadas Alcázar
- 301 ■ 17 Tambores de «guerra permanente» en la gestión del capitalismo global.
Ramón Fernández Durán
- 339 ■ 18 Bibliografía.

Presentación

La globalización es un término ambiguo, «que nos permite acercarnos a los riesgos y a las oportunidades que nos esperan a principios del siglo XXI», a la vez «es la excusa de algunos pensadores, hombres de negocios o políticos para volver a situaciones de capitalismo feroz..., es la excusa de algunos Gobiernos para ocultar sus errores de política interior o algunas opciones inconfesables».

«Frente al actual proceso de globalización fomentado por deliberadas decisiones gubernamentales y regulaciones, escasamente democráticas y de consecuencias tremendamente injustas, se alzan fuerzas plurales que, negándose a considerar inevitable el rumbo de las cosas, reclaman otra globalización, la globalización de los derechos, la globalización de la justicia social. El actual conflicto no es el supuesto y antiguo enfrentamiento entre el mercado y la planificación, ni el más reciente,

pero también falso entre antiglobalizadores y globalizadores, sino la confrontación de alternativas sobre las formas de regular y gobernar los mercados mundiales, de definir el papel tanto de los Estados nacionales democráticos como de las instituciones regionales e internacionales, financieras, comerciales y políticas, en el nuevo marco» (J. M.^a FIDALGO).

Nunca como en los actuales tiempos ha contado la Humanidad con tantos medios a su alcance para hacer realidad aquellos principios (¿sueños?) de extender la libertad, la justicia, la cultura y el bienestar a toda la «aldea global». Sin embargo, nuestro planeta se ha convertido, en virtud del globalismo, en el «planeta de los naufragos». El fenómeno de la globalización se manifiesta con distintos rostros: político, cultural, social, económico... jugando este último un papel fundamental. Desde nuestro punto de vista la «economía globalizada» o la globalización económica ha de estar al servicio de todos y no de unos cuantos, ha de ser analizada a la luz de los principios de la justicia social y ha de apoyarse en la dignidad humana, la solidaridad y la subsidiariedad. El que la globalización esté al servicio de la persona, exige un código ético común y no debe ser una nueva forma de colonialismo.

«La globalización no es, a priori, ni buena ni mala –dijo Juan Pablo II en la Academia de Ciencias Sociales–, será lo que la gente haga de ella. Ningún sistema es un fin en sí mismo, y es necesario insistir en que la globalización, como cualquier otro sistema, debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común. La afirmación de la prioridad de la ética corresponde a una exigencia esencial de la persona y de la comunidad humana. Pero no todas las formas de ética son

dignas de este nombre, están apareciendo modelos de pensamiento ético que derivan de la globalización misma y llevan la marca del utilitarismo. Con todo, los valores éticos no pueden ser dictados por las innovaciones tecnológicas, la técnica o la eficiencia; se fundan en la naturaleza misma de la persona humana.

La ética no puede ser la justificación o legitimación de un sistema; más bien, debe ser la defensa de todo lo que hay de humano en cualquier sistema. La ética exige que los sistemas se adecuen a las necesidades del hombre y no que el hombre se sacrifique en aras del sistema. En definitiva, el marco de la globalización debe basarse en dos principios inseparables: El primero es el valor inalienable de la persona humana, fuente de todos los derechos humanos y de todo orden social, y el segundo es el valor de las culturas humanas, que ningún poder externo tiene el derecho de menoscabar y menos aún de destruir.»

Publicaciones sobre lo que se ha dado en llamar «globalización» o «mundialización» hay, sin duda, ya muchas, quizá demasiadas. ¿Por qué una más con este nuevo número monográfico de DOCUMENTACIÓN SOCIAL? Ante todo, porque nos ha parecido a quienes hacemos esta Revista que no todo lo que se publica contribuye a clarificar adecuadamente el significado de un fenómeno, como es el de la globalización indiscutiblemente nuclear en nuestro tiempo: un fenómeno, además, pese a su aparente simplicidad, de nada fácil comprensión.

DOCUMENTACIÓN SOCIAL, con la presente selección de textos (quince artículos y dos documentos), pretende, por encima de cualquier otra finalidad, presentar un panorama plural y multifacético de una cuestión eminentemente poliédrica y que

demasiado frecuentemente se plantea de forma no poco reductora, apologética y sesgada. En esta medida, ciertamente, un objetivo adicional de este número de DOCUMENTACIÓN SOCIAL radica en ofrecer una interpretación crítica –en el más puro sentido de la palabra– del proceso globalizador: no tanto para defender propuestas «alternativas» motivadas por una intención unilateralmente opuesta a las versiones más «ortodoxas», sino, fundamentalmente, por la voluntad consciente de contribuir a evidenciar las múltiples dimensiones y las muy diferentes aproximaciones posibles que subyacen al fenómeno globalizador. La finalidad que lo preside es, por tanto, la de esclarecer la enorme ambigüedad del concepto: una ambigüedad –como apuntábamos– que en no pocas ocasiones se disfraza de un supuesto monolitismo, tras el que late una patente intención política. Despojar de disfraces al concepto y revelarlo en toda su complejidad y en toda su riqueza analítica, pero también con todas sus numerosas contradicciones, es la pretensión que se ha ambicionado y que el lector juzgará si se ha conseguido en alguna medida.

Muy especialmente, en Las otras caras de la globalización, se ha intentado combinar textos que reflejaran las principales dimensiones del proceso, las más destacadas facetas de la realidad por él afectadas: desde luego, la económica-financiera y la tecnológica –que son, seguramente, las más obvias y las más habitualmente estudiadas–, pero también la ambiental, la cultural, la política, la de la calidad de vida de los sectores mayoritarios de la población, la ética y la espiritual. Aspectos todos, nos parecía, inesquivables en un análisis del fenómeno con vocación integral y sin los que no resulta posible entenderlo en toda su magnitud y en toda su laberíntica dificultad. Todo ello, al tiempo, con la voluntad divulgativa y didáctica, y alejada en

lo posible de todo tecnicismo innecesario, que, sin perjuicio del rigor preciso, caracteriza siempre a nuestra Revista.

Como se ha señalado, se ha pretendido también servir de cauce a diferentes enfoques, desde una general intención de objetividad. Pero, sin duda, DOCUMENTACIÓN SOCIAL no puede olvidar el desequilibrio existente en las interpretaciones mayoritarias de la globalización y la inequívoca carga ideológica a favor de los poderes dominantes que palpita en muchas de ellas. Por eso, la pretensión de objetividad que –como siempre sucede en esta Revista– preside este número se compatibiliza con una paralela voluntad crítica, que debe explicitarse desde un principio para evitar malentendidos. Se ha querido posibilitar un ámbito preferente para aquellas voces que casi nunca son suficientemente escuchadas en los medios de comunicación más difundidos. Es esa la razón del comparativamente extenso espacio concedido a textos claramente combativos con las interpretaciones más conservadoras del fenómeno analizado: de alguna forma, el «espíritu de Porto Alegre» ha sido también el espíritu inspirador de la presente recopilación.

Debe así mismo destacarse, de otro lado, que la inmensa mayoría de los artículos aquí recogidos han sido elaborados antes de los terribles magnicidios del 11 de septiembre: tanto esos atentados como la posterior respuesta de Estados Unidos y, en general, del mundo desarrollado incidirán –ya lo están haciendo– sustancialmente en la evolución del orden internacional y en el curso del proceso de globalización. Claramente, es pronto aún para intuir con fundamento el sentido último de esos cambios, que, a buen seguro, no serán tampoco unidireccionales. Son, en este sentido, verosímiles hipótesis muy negativas, pero tampoco son descabelladas otras mucho más opti-

mistas. Algunas, incluso, empiezan ya a dejarse sentir: por ejemplo, la generalización de la convicción de que, frente a los problemas de todo tipo de un mundo intensamente globalizado –para lo bueno y para lo malo–, es imprescindible una cooperación internacional mucho más densa y concertada; o la paralela –y bien venida– extensión del descrédito creciente de algunas de las opiniones más radicales del neoliberalismo en torno a la presunta capacidad autónoma del mercado libre para ordenar por sí solo el desconcertado rumbo de nuestro mundo. Probablemente, uno de los más positivos efectos de la crisis pueda ser el obligado retorno al sentido común respecto a la necesidad y a la importancia del papel del Estado y de la política para hacer frente a los crecientes problemas de este difícil tiempo nuestro. Esa conciencia de la necesidad de «gobernabilidad» y de intervenciones reguladoras y compensadoras de los Estados que –como escribiera Joaquín ESTEFANÍA en El País del pasado 15 de octubre– ha sacado repentinamente a la superficie el alma keynesiana que bullía silenciosa tras no pocos ropajes ultraliberales: como siempre sucede, la necesidad obliga. Sea como fuere, se trata de aspectos que, inevitablemente, los textos aquí presentados –salvo en un caso muy explícito– no han podido abordar de forma directa.

DOCUMENTACIÓN SOCIAL invita tanto a los lectores y a la ciudadanía en general como a los Gobiernos, las empresas, los sindicatos y a los organismos nacionales e internacionales a «rescatar» la palabra y la realidad de la globalización del rapto teórico y práctico que han hecho de ella los neoliberales, «para aprovechar al máximo sus oportunidades y poner los beneficios derivados de ella al servicio de la igualdad y de la justicia social» (CJ. Cuadernos, n.º 105, págs. 5 y 9). La dirección de la Revista agradece a Gabino IZQUIERDO su colaboración no sola-

mente en la coordinación del monográfico sino también sus aportaciones a esta presentación y a la bibliografía. El agradecimiento se hace extensivo también a los autores que han escrito en este número y a Antonio MOLINA por la traducción y corrección de los resúmenes en inglés. En fin, gracias a todos y cada uno de los que han hecho posible este volumen.

FRANCISCO SALINAS RAMOS
Director de DOCUMENTACIÓN SOCIAL

La globalización

Josep F. Mària i Serrano
Jesuita

Sumario

1. Introducción.—2. La globalización tecnoeconómica—3. La globalización sociopolítica.—4. La globalización cultural.—5. Conclusiones.

RESUMEN

La globalización es un proceso de interconexión en todos los ámbitos de la vida social, que se ha acelerado en los últimos 30 años en un contexto de crisis económica, de victoria del capitalismo sobre el socialismo, y de relativización de los grandes ideales. Se trata de un fenómeno significativo en la vida social, aunque los especialistas le conceden importancias diferentes. En este sentido, el concepto de globalización ha servido como excusa a ciertos líderes económicos y políticos del primer y del tercer mundo para mantener privilegios o esconder errores de política interior. El presente artículo analiza el fenómeno desde los puntos de vista tecnoeconómico, sociopolítico y cultural; y avanza propuestas para sujetarlo al poder político y ponerlo al servicio de la humanización de todos los ciudadanos del mundo.

ABSTRACT

Globalisation is a process of interconnection that affects every aspect of social life, a process that has become faster in the last 30 years, in a context of economical crisis, victory of capitalism over socialism, and relativisation of the great ideals. It is a social phenomenon of significance, although not all experts attach the same importance to it. As a matter of fact, the concept of globalisation has served as an excuse to some first and third world economic and political leaders for keeping up privileges or hiding errors in domestic policy. The present article deals with this phenomenon from a techno-economical, socio-political and cultural point of view; putting forward proposals in order to keep it under the control of the political authority and to use it for the humanization of all people throughout the world.

1 INTRODUCCIÓN

El problema

Entre los teóricos de las Ciencias Sociales está abierto el debate sobre si la globalización es una tendencia significativa del mundo actual o si se trata sólo de un *mito*, en el sentido de que es un concepto «vacío» inventado por algunos para mantener intereses inconfesables. David HELD llama a los defensores de la primera postura *globalistas*, y a los de la segunda, *escépticos* (1).

A nuestro parecer, las dos posiciones contienen parte de verdad. Por una parte, es indudable que diversas realidades económicas, sociales o culturales de este inicio de milenio superan de algún modo el marco de los Estados modernos: los tratados internacionales, las empresas multinacionales, los flujos de capitales, las ONG, las redes de tráfico de drogas, la inmigración, Internet o el correo electrónico son ejemplos de estas realidades que podríamos calificar como *globales*. Por otra parte, es cierto que nuestra vida cotidiana sigue estando marcada por realidades que nada tienen que ver con fenómenos supraestatales: la mayor parte de la gente, y durante la mayor parte del día, hablamos lenguas originarias del lugar en que vivimos; nos relacionamos con gente nacida en nuestro Estado y obedecemos leyes con un gran contenido *doméstico*. En este sentido, los *escépticos* tienen razón al desvalorizar el concepto de *globalización*: especialmente porque se usa muchas veces

(1) Cf. HELD, D.: *The Great Globalization Debate Polity Press*, Cambridge MA. 2000, 1.

como *excusa* para justificar actuaciones injustas o inconfesables.

Una primera definición

En todo caso, ante debates como el que suscita el concepto de *globalización*, lo mejor es intentar aclararlo con definiciones, ni que sean aproximadas. En una primera aproximación, entendemos la globalización como un proceso de *interconexión* financiera, económica, social, política y cultural acelerado últimamente en un contexto de *crisis económicas* (1973, 1979...), de *victoria política del capitalismo* frente al socialismo (1989) y de *relativización cultural* de los grandes ideales (postmodernidad...). Dicha interconexión ha sido posibilitada (2):

- a) *Materialmente*, por el desarrollo de la Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) y el abaratamiento de los transportes;
- b) *simbólicamente*, por la hegemonía del inglés como lengua de comunicación;
- c) y *jurídicamente*, por la inexistencia de barreras legales/políticas a la circulación de ideas, dinero, bienes o personas (3).

La posibilidad de interconexión ha sido aprovechada principalmente por instituciones y actores *económicos* (grandes empresas y mercados financieros), que han invadido otras esferas de la vida social. La invasión económica de la vida *política* y *social* ha originado problemas de desgobierno, aumento de la

(2) HELD, D.: *op. cit.*, 3.

(3) Se trata de una inexistencia de normativa *por vacío legal*, o porque los sistemas jurídicos estatales han adoptado normas supraestatales que permiten esta circulación.

desigualdad y extensión de la marginación. La invasión económica de la vida cultural ha extendido el individualismo y las actitudes consumistas entre los *valores prácticos* de los ciudadanos.

Así pues, *tal como se ha configurado hasta ahora*, la globalización ha inducido cambios importantes en el funcionamiento de las sociedades industriales y ha acelerado la exclusión de personas, grupos sociales y culturas enteras. Pero se trata de un fenómeno con un potencial considerable para fomentar el bienestar económico y las relaciones humanizadas entre personas o entre grupos humanos.

Niveles de análisis de la globalización

En nuestro acercamiento a la globalización distinguimos tres niveles de análisis, a los que nos hemos referido implícitamente hasta ahora.

- 1) El nivel *tecnocómico* está relacionado con las necesidades de supervivencia de los individuos y contempla la aparición de tecnologías y su utilización en los procesos económicos de producción y distribución.
- 2) El nivel *sociopolítico* se relaciona con las necesidades humanas de convivencia y se centra en las formas de poder político y el desarrollo de los grupos sociales.
- 3) Por último, el nivel *cultural* tiene relación con la necesidad de *sentido* para la persona e incluye las ideas y los valores de los grupos humanos.

Creemos que aquello que debe inspirar la acción en los diversos ámbitos de la vida social es el deseo de que *todas las personas, especialmente las que más sufren*, lleven una vida ple-

namente *humanizada*: una vida a lo largo de la cual pueda ir cubriendo sus necesidades de *supervivencia*, de *convivencia* y de *sentido*.

2 LA GLOBALIZACIÓN TECNOECONÓMICA

La dinámica de los últimos treinta años

Los últimos treinta años del siglo xx han sido marcados, desde el punto de vista económico, por una sucesión de crisis iniciadas en 1973, que interrumpen un largo período de crecimiento económico iniciado en 1945.

Una de las medidas que más han ayudado a superar las crisis y a cambiar el capitalismo ha sido la incorporación de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) en la actividad empresarial y económica de los países desarrollados (4). Debemos distinguir tres formas de incorporación de estas tecnologías a la dinámica económica:

- a) La aparición de un nuevo sector económico: el que produce las TIC. Está caracterizado por ocupar a un personal altamente cualificado en tecnología informática o en creatividad artística; por producir bienes o servicios en los que la parte material supone una proporción muy pequeña del valor añadido final (5), y por necesitar fuertes inversiones en investigación y desarrollo.

(4) E. LLUCH («La nova economia», *L'Avenç*; Barcelona, 1999) atribuye el 50% de la recuperación del crecimiento directamente a las TIC. El otro 50% lo explica conjuntamente por la extensión de la democracia, la implantación del nuevo paradigma de política económica que constituye el «Consenso de Washington» y el aumento del comercio internacional.

(5) La publicidad y la imagen de marca han ganado peso en parte porque, en plena crisis de ideales, las personas buscan identidades por medio del consumo. Nos remitimos al apartado 4 del presente trabajo.

- b) La reestructuración de la actividad económica de las empresas que operan en los sectores tradicionales. La incorporación de Internet en estas empresas ha modificado las formas de producción y también las relaciones entre los dueños del capital, los gestores, los trabajadores y los clientes (6).
- c) La emergencia de un mercado financiero integrado, abierto las veinticuatro horas, en el que se mueven cerca de tres billones de dólares al día. La dinámica loca de este mercado financiero está desconectada de la economía real, pero la afecta seriamente por la vía de la pérdida de poder regulador de los Estados y de la influencia en variables financieras básicas como el tipo de interés y el tipo de cambio.

En conjunto, la incorporación de las TIC en la economía y el abaratamiento de los transportes han supuesto un incremento de las *posibilidades* de intercambio económico internacional, por dos vías:

- Aumento del comercio internacional.
- Aumento de la división internacional de los procesos productivos.

Recuperando el esquema de D. HELD que presentábamos en la Introducción, el factor *material* (TIC y transportes), facilitado por el factor *simbólico* (el inglés), ha empujado a las empresas a intentar superar las *barreras jurídicas*: escapando a la regula-

(6) DANIEL COHEN («De vieilles règles pour la nouvelle économie», *Le Monde*, 11-11-2000) cree que la «nueva economía» consiste en el desarrollo de empresas productoras de nuevas tecnologías; mientras que Manuel CASTELLS (*lección inaugural del Doctorado UOC*, Barcelona, 19-12-2000) opina que es la incorporación de las TIC en las empresas de sectores tradicionales lo que caracteriza esta «nueva economía».

ción de los Estados, o presionando para que éstos legislen de forma favorable a sus intereses globalizados.

Así, la presión económica y política del capital ha llevado a la liberalización del comercio internacional por medio de las sucesivas Rondas del GATT- Organización Mundial del Comercio. Y las políticas impulsadas por el FMI y el Banco Mundial han ido abriendo los mercados de capitales de los diversos países a la entrada de las inversiones (a corto o largo plazo) en estos países (7).

Cambios cuantitativos de la nueva dinámica económica

Los resultados cuantitativos de la dinámica que acabamos de describir han sido parcialmente positivos y parcialmente negativos. Por una parte, se han ido recuperando las tasas de crecimiento económico, tras el desplome de las cifras de los años de crisis económica; pero por otra, ha crecido la desigualdad y la pobreza. En efecto, en las décadas de 1980 y 1990 la producción mundial pasó de cuatro billones a 23 billones de dólares, pero la cantidad de pobres aumentó un 20%. Pero la participación en la renta mundial del 20% más pobre de la Humanidad se ha reducido, entre 1960 y 1990, del 4 al 1% (8). Y en julio de 1999, Kofi ANNAN anunciaba en Ginebra que el número de pobres en el mundo se había duplicado desde 1974. Así, de los 6.000 millones de habitantes del mundo en 1999, la

(7) La necesidad de renegociar la deuda externa por parte de los países pobres ha sido el acicate usado por el FMI y el Banco Mundial para imponer, no sólo políticas de saneamiento macroeconómico (del estilo del «consenso de Washington»), sino también medidas liberalizadoras de movimiento de capitales..., aunque los países pobres han sido más forzados a liberalizar sus mercados que los ricos. Cf. MARIA, J. F., «El Consenso de Washington, ¿paradigma económico del capitalismo triunfante?» *Revista de Fomento Social*, 217, vol. 55, Córdoba, enero-marzo 2000, 29-45.

(8) Cf. BECK, U.: *¿Qué es la globalización?*, Paidós, Barcelona, 1998, 209.

mitad tenía que sobrevivir con tres dólares al día; y uno de cada dos de estos pobres no ganaba más de un dólar diario (9).

Cambios cualitativos

Los resultados cuantitativos reflejan cambios cualitativos en el modo de funcionar del capitalismo. Destacamos los cambios en los *trabajadores*, el *capital*, el *medio ambiente* y el *papel del Estado*.

Los trabajadores se han dividido básicamente en dos categorías: los *autoprogramables* y los *genéricos* (10). Los *trabajadores autoprogramables* son los que dominan las TIC, la creatividad comercializable (diseño, publicidad) y la gestión. Generan la mayor parte del valor añadido de los productos y son difíciles de sustituir. Sus salarios son variables y elevados, pero están sometidos a la competencia internacional. Los *trabajadores genéricos* realizan trabajos menos importantes y son *individualmente prescindibles* (no son escasos), si bien no como colectivo. Reciben salarios fijos y relativamente más bajos que los *autoprogramables*. La competencia internacional les afecta más si pertenecen al sector industrial y menos si trabajan en servicios de proximidad (11).

La nueva dinámica económica ha introducido cambios también en el *capital*. Han aparecido *nuevos ricos* (Bill GATES...) ligados a las nuevas empresas triunfadoras, que viven la tensión de una competencia a veces extendida a los mercados mundiales. Han surgido, por otra parte, los *fondos de inversiones*, alimenta-

(9) Cf. *El País*, 6-9-1999.

(10) Cf. CASTELLS, M.: «Entender nuestro mundo», *Revista de Occidente*, 205, Madrid, mayo 1998, 120-121.

(11) Cf. REICH, R.: *El trabajo del las naciones*, Madrid, Javier Vergara, 1993 (1992), 175-224.

dos por los ahorros de muchos ciudadanos. Estos fondos son gestionados por equipos de financieros a la búsqueda de altas rentabilidades. Ellos operan en el mercado *financiero global*, originando distorsiones en la economía *real local*. También los propietarios de las empresas multinacionales, situados en ciertas ciudades importantes, toman decisiones que afectan a trabajadores o ciudadanos de países muy lejanos. Pero si los Consejos de Administración se guían sólo por cifras de beneficios, van a olvidar los dramas humanos y ecológicos que sus decisiones desencadenan (12). En resumen: *el capital financiero global se está alejando de la realidad económica y humana local*.

En lo referente al *medio ambiente*, la división internacional de los procesos productivos y el aumento del comercio internacional han ocasionado problemas ecológicos (por ejemplo, petroleros hundidos o contaminación del aire) (13), y también una cierta irracionalidad en la producción debida a los precios demasiado bajos del transporte: se da el caso de que cangrejos pescados en el Mar del Norte se trasladan a Marruecos para ser pelados y a Polonia para ser empaquetados... antes de llegar a los mercados de Hamburgo para su consumo final (14).

Y finalmente, los desarrollos de la economía globalizada están originando un *cambio en el papel del Estado como agente económico*. En concreto, se está produciendo una pérdida de autoridad económica de los Estados. Hasta ahora, la actividad económica

(12) Dicen los relatos de guerra que es más fácil matar a un enemigo si no le has visto el rostro. Según Z. BAUMAN, la distancia entre el capital y el trabajo ha llevado a eliminar el nexo entre ricos y pobres. No existe ya ni unidad ni dependencia entre ellos: la dialéctica entre el amo y el esclavo se ha roto (Cf. BECK, U., *¿Qué es la globalización?* Paidós, Barcelona, 1998, 90-91).

(13) Para una presentación extensa de los problemas ecológicos, cf. MENACHO, J., *El reto de la tierra: ecología y justicia en el siglo XXI*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1999, Cuadernos, n.º 89.

(14) Cf. BECK, U., *op.cit.*, 175. El autor propone como solución aumentar los impuestos sobre los carburantes.

era «domesticada» por los Estados, que imponían las condiciones marco del mercado y velaban por el bienestar general. Hoy muchos flujos de bienes, servicios o capitales saltan fronteras. Con ello, los instrumentos de la política económica de un país se debilitan a la hora de controlar las variables macroeconómicas básicas, de mantener la libre competencia o de redistribuir rentas de los ricos a los pobres. Si a esta tendencia de desgobierno ciertos políticos le suman demandas explícitas de «más mercado», el resultado puede ser una irremediable pérdida de capacidad para conducir nuestro propio futuro (15).

3 LA GLOBALIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA

Fin del socialismo: ¿culminación o crisis del Estado-nación?

Señalábamos en el primer apartado que el proceso de interconexión que significa la globalización se ha dado en un contexto político concreto: la victoria del capitalismo sobre el socialismo, que se escenifica con la caída del «muro» de Berlín en 1989.

Pero esta victoria del capitalismo (16) ha sido interpretada de formas diversas por los científicos sociales. Ciertos especialistas opinan que la caída del socialismo significa la *consolidación definitiva del Estado-nación moderno* y culmina el proceso de descolonización iniciado en 1945 en muchas partes del mundo no occidental. Refiriéndose al triunfo de las democracias liberales, F. FUKUYAMA ha hablado del *fin de la historia* como de una

(15) «... yo no puedo por menos de considerar una ironía el que algunos políticos pidan a voces mercado, mercado y más mercado y no se den cuenta de que de este modo están matando el mismísimo nervio vital y cerrando peligrosamente el grifo del dinero y del poder. ¿Se ha visto alguna vez una representación más descerebrada y alegre de un suicidio tan manifiesto?» BECK, U., *op.cit.*, 17-18.

(16) Para una presentación de las dimensiones tecnoeconómica, sociopolítica y cultural de la caída del socialismo, cf. MARIA, J. F., *La globalización*. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2000, Cuadernos, n.º 103, 17.

época en que, una vez suprimido el conflicto ideológico, la extensión del capitalismo y la democracia se irá realizando paulatinamente y sin fuertes conflictos reales (17).

Otros sociólogos, en cambio, señalan que la interconexión posibilitada por las TIC y los transportes ha reducido las restricciones del tiempo social y del espacio geográfico, incrementando así la interacción entre personas y grupos de distintos países (18). El resultado de dicha interacción ha significado la *fractura de la soberanía*, es decir, de la conexión exclusiva entre territorio y poder político (19).

Si bien una parte de esta *fractura* se da por el aumento de tratados internacionales entre Estados, también muchas de las nuevas interacciones se realizan *al margen del poder de los Estados*. Hemos visto en el apartado anterior algunas de estas interacciones de tipo económico: flujos de capital, división internacional de procesos productivos con evasión impositiva incluida, etc.; pero existen interacciones de orden social y político que también eluden la mediación de los Estados: las ideas, voces e imágenes transmitidas por radio, televisión o Internet; los lazos de solidaridad establecidos por miembros de ONG del Norte y del Sur; las redes de transporte de inmigrantes; las organizaciones que trafican con mujeres o niños para la prostitución o el trabajo esclavo; las redes de tráfico de armas, de drogas o de órganos humanos, etc.

Emergencia de formas de soberanía compartida

Si valoramos la realidad política internacional del último decenio, parece claro que el Estado-nación ha perdido la exclusiva del poder. Hoy la antigua confrontación entre dos bloques

(17) Cf. «¿The End of history?» *National Interest*, 1989.

(18) Cf. HELD, D., *op. cit.*, 3.

(19) Cf. HELD, D., *op. cit.*, 11.

políticos (liderados por los EEUU y la URSS) se ha convertido en el enfrentamiento/colaboración entre tres bloques económicos, liderados por EEUU, la Unión Europea y el Japón. En torno a estos líderes (el primero es sin duda EEUU) existen unas coronas geográficas que pretenden enriquecerse tratando especialmente con sus centros respectivos. Esta trilateralización ha originado un movimiento de *regionalización*. En efecto, se ha verificado que ciertos problemas escapan a la dimensión del Estado y son mejor tratados en el marco de uniones regionales, cuyo paradigma es la Unión Europea.

En resumen, el Estado se ha convertido en «demasiado grande para los pequeños problemas y demasiado pequeño para los grandes problemas» (D. BELL). Y la solución consiste en compartir la soberanía a diversos niveles. Con todo, esta nueva configuración del poder político presenta tres grandes problemas: el del control de flujos descontrolados nocivos (redes ilegales), el de la legitimación democrática en sus niveles más globales (mundial, regional) y el del mantenimiento de las conquistas sociales del Estado del Bienestar.

Una nueva división social

A nivel social, la importancia de las TIC ha creado una nueva división entre personas, grupos sociales o países. Aquellos que las dominan y las utilizan para producir o relacionarse se han enriquecido económica y socialmente.

La otra cara del proceso la constituye la exclusión. Manuel CASTELLS reúne y bautiza las diversas formas de exclusión en los *agujeros negros del capitalismo informacional* (20). Se trata de

(20) Cf. CASTELLS, M.: «La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura», vol. 3, *Fin de milenio*. Alianza, Madrid, 1997, 188-191.

personas, grupos sociales (jóvenes con poca formación o ancianos sin apoyo), barrios (El Raval de Barcelona), pueblos e incluso zonas geográficas enteras (El Sahel o ciertas islas del Pacífico) dentro de los cuales es imposible estadísticamente escapar al sufrimiento o a la degradación progresiva de la condición humana. Los agujeros negros tienen una fuerza de atracción importante, que aspira hacia ellos a todos los que han visto truncadas sus seguridades económicas, sociales o culturales/psicológicas. Una vez una persona ha entrado en un agujero negro, es difícil que salga de él, porque la conexión interna que opera en su seno es muy potente: es la que, en los países ricos, liga pobreza con malos hábitos alimentarios o de conducta, malos hábitos con fracaso escolar, fracaso escolar con paro, paro con adicciones y actividades ilegales, adicciones y actividades ilegales con prisión o SIDA y SIDA con muerte.

4 LA GLOBALIZACIÓN CULTURAL

Postmodernidad y consumismo

Afirmábamos en la Introducción al presente escrito que el contexto *cultural* en que se ha estado expandiendo la interconexión propia de la globalización era el de la *relativización cultural de los grandes ideales*. En efecto, últimamente en el mundo occidental los ideales políticos modernos como el socialismo o los nacionalismos, o los ideales tradicionales como las religiones, han perdido influencia. Ha ganado peso la posmodernidad, que renuncia a los grandes ideales, acusándoles de generar siempre violencia (totalitarismos socialistas o nacionalistas, guerras de religión). La alternativa es un repliegue en la individualidad y en los ideales de corto alcance: se acabaron los

IDEALES en mayúsculas y empiezan los ideales en minúsculas. Fin del *pensamiento fuerte*, inicio del *pensamiento débil* (21).

Pero coincidiendo con la extensión de la postmodernidad se ha dado un aumento del individualismo y de las actitudes consumistas. No es extraño, pues el *pensamiento débil* a nivel cultural no resiste la *acción fuerte* a nivel económico. Dicha acción, implementada a través de la publicidad y con la colaboración de psicólogos y artistas de la imagen o la palabra, incide en la raíz de las actitudes humanas para «seducir» al sujeto e impulsarle a comprar. En un universo cultural con identidades ideológicas o religiosas en retirada la publicidad transmite una *apariencia de identidad* atrayendo al consumidor a pertenecer a un *grupo de privilegiados...* a condición de que compre un determinado objeto o vista una prenda de cierta marca.

Las consecuencias de la búsqueda de identidad por estos caminos *mediados por el consumo* son el deseo ilimitado de consumir, la permanente ansiedad e insatisfacción y las adicciones químicas o sociales en diversos grados de intensidad (22).

Televisión, Internet y sector del entretenimiento

Muchas de las informaciones, ideas, imágenes y relatos que constituyen nuestras conexiones con otras personas y alimentan nuestros deseos de felicidad llegan hoy a través de la televisión o de Internet.

(21) Para una caracterización de la postmodernidad, cf. GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander, 1992, 155-178. El camino de en medio entre los ideales generadores de violencia y los ideales en minúsculas postmodernos, son los IDEALES en mayúscula, capaces de dar sentido a toda la vida, pero entendida como servicio no violento a los demás. El cristianismo, por ejemplo, se incluye, a nuestro parecer, en este camino de en medio.

(22) Cf. ALONSO-FERNÁNDEZ, F.: «La plaga de las adicciones sociales», *El País*, 2-5-2000.

Estos dos medios de comunicación han ampliado el horizonte conceptual y de valores del ciudadano. Le han permitido acceder a una inmensa cantidad de información procedente de todo el mundo sobre temas muy diversos y también a múltiples redes de relación virtual de alcance planetario. Ello ha ampliado las posibilidades de uso del tiempo libre, especialmente con el uso/consumo de conexiones *virtuales*. Hoy, para pasar una tarde de sábado, no sólo puedo pasear con los amigos, visitar a un enfermo, escribir una carta, salir al monte con chavales o ejercer la solidaridad en una ONG o en un partido político (conexiones *reales*). También puedo mirar una película de video, ir al cine, mandar mensajes por correo electrónico, *chatear* o navegar un rato por Internet (conexiones *virtuales*).

Por otra parte, muchos de los videojuegos o las películas que nos llegan son producidas por grandes empresas extranjeras que constituyen la llamada *Entertainment Industry* (*sector del entretenimiento*). Se trata de un sector empresarial muy globalizado y dominado principalmente por grandes empresas norteamericanas (23) que producen y comercializan productos culturales de masas. Los valores prácticos transmitidos en estos relatos acostumbra a ser simples: división maniquea (y a veces «nacional») entre buenos y malos, resolución de los conflictos por la fuerza de voluntad o por la simple fuerza, simplismo en las relaciones de pareja y búsqueda del éxito como principal motivación.

Nos parece lícito preguntar por las consecuencias del abuso de las conexiones virtuales y de un déficit de conexiones reales para la vida social de una persona, especialmente de un niño o un joven. Para realizar procesos de socialización equilibrados se necesitan ideas, valores y modelos de identificación diferentes;

(23) Hay algunas también japonesas (especialistas en dibujos animados infantiles), latinoamericanas (productoras de culebrones) o indias (con menos poder de mercado global).

pero también es preciso elaborar personalmente el propio modelo, mediante tiempos de silencio, de maduración de las propias ideas, de diálogo con amigos de carne y hueso o de participación en instituciones en que el contacto humano físico nos ayuda a interiorizar relaciones *reales* de amistad, de autoridad bien entendida, de pareja o de solidaridad.

Cultura global

Benjamin BARBER opina que existe una *cultura global* compuesta de los principales elementos que acabamos de presentar: la cultura consumista de base empresarial y la cultura del sector del entretenimiento. Según este autor (24), la *cultura Mc World* (bautizada en honor a marcas comerciales de comidas o de ordenadores y a su extensión mundial) acabará de homogeneizar *culturalmente* un mundo homogéneo ya *económicamente y políticamente*, según la profecía de F. FUKUYAMA sobre el fin de la historia.

De hecho, ciertas culturas premodernas con valores humanizadores están retrocediendo ante el empuje económico y cultural capitalista. Por una parte, este empuje desbarata iniciativas locales de solidaridad económica y política basadas en formas primitivas de vida común. Por la otra, incentiva a la población rural a emigrar a las ciudades del propio país o del extranjero, guiada por expectativas absolutamente irreales. Los que resisten a la cultura McWorld pueden acabar rechazando toda influencia exterior y encerrando a sus países en regímenes inhumanos justificados por ideologías de raíz religiosa: son los fundamentalismos.

(24) Cf. BARBER, B.: «Cultura Mc. World contra democracia». *Le Monde Diplomatique*, agosto-septiembre 1998, 28.

En todo caso, no siempre la influencia exterior y occidental es negativa. La presión de la comunidad internacional ha ayudado a frenar abusos de los derechos humanos por parte de elites locales y los cascos azules de la ONU han evitado sangrientas masacres. Además, la cultura global no siempre es alienante o suprime las diferencias. En Sophiatown, un suburbio de Johannesburgo, la penetración de elementos de la cultura popular norteamericana (cine negro, jazz, cultura afroamericana) ayudó a la población oprimida a articular un lenguaje de protesta y a organizar un movimiento *anti-apartheid* que contribuyó a la democratización de Sudáfrica (25).

5 CONCLUSIONES

Después de la excursión por las distintas facetas del fenómeno de la globalización (tecnoeconómica, sociopolítica y cultural), vamos a intentar una caracterización más enriquecida que la definición inicial presentada en el apartado 1. Y vamos a plantear algunas propuestas generales de gobierno, para ponerla al servicio de la humanización de todos los ciudadanos.

En primer lugar, creemos que el concepto de *globalización* tiene conexiones con el de *sociedad del conocimiento* y con el de *economicismo*. La globalización, tal como ha sido configurada hasta el presente, se refiere *principalmente a la extensión de las sociedades del conocimiento y del economicismo más allá de las fronteras de los Estados*.

En segundo lugar, *globalización* se conecta también con *internacionalización* y *mundialización*. *Internacionalización* sig-

(25) Cf. SARRO, R.: «Cultura y metacultura: más allá de la diversidad y de la homogeneización». *Revista de libros*, Madrid, marzo 1999, 14.

nifica conexión entre Estados-nación, por la vía de organismos, tratados y foros de debate entre Estados. Pero, como hemos apuntado en el apartado 3, la globalización va más lejos: muchas de las conexiones que han crecido últimamente se han dado al *margen de los Estados*. *Mundialización* se refiere a la conexión de todos los ciudadanos del mundo; pero de hecho la globalización se queda corta: hay personas y países al margen de los procesos de interconexión.

La globalización es, pues, una *cuestión de grado*. Una familia de padre francés, madre china, viviendo en Sudáfrica, conectada a Internet, dominando el inglés y viviendo del trabajo en una multinacional está *muy globalizada*. Un país que empieza a conectarse con sus vecinos geográficos por el comercio de determinados productos, está *un poco globalizado*. Un pueblo aborigen de la selva australiana está *muy poco globalizado*. En este sentido, es especialmente relevante determinar el grado de globalización económica de un factor productivo o de un producto: así la globalización no se convierte en mito o excusa para justificar actuaciones locales injustas (26).

En todo caso, *estar más globalizado no es necesariamente mejor*. Es bueno tener horizontes de relación amplios; pero lo esencial es llevar una vida *humanizada*: es decir, una vida a lo largo de la cual cada persona y cada grupo humano puedan ir cubriendo sus necesidades de *supervivencia, convivencia y sentido*.

Para aprovechar las ventajas de la globalización y evitar sus inconvenientes en un horizonte humanizador, conviene distinguir (como hacíamos en el apartado 1) las posibilidades que las

(26) En términos generales, los mercados de capitales están unidos a nivel mundial; los de bienes y servicios, a nivel regional (o de comercio Norte-Norte), y los de trabajadores, a nivel de un país. Pero hay ciertos trabajos o ciertos productos que sufren más o menos competencia internacional.

TIC, los transportes y el inglés están abriendo, de la *forma jurídica y política* concreta en que hasta ahora se ha realizado la interconexión global.

En base a la anterior distinción, creemos que hay que actuar en los distintos ámbitos de la vida social.

Desde el punto de vista *sociopolítico* es urgente desarrollar estructuras políticas interregionales y mundiales para sujetar los fenómenos económicos globales al poder político. También es importante globalizar los derechos humanos, es decir, ayudar a democratizar regímenes dictatoriales, poniendo así las bases de su prosperidad. Y finalmente, es urgente luchar contra los *agujeros negros*, tanto a nivel local, como en sus perversas conexiones globales (redes ilegales).

Desde el punto de vista *cultural*, es importante desarrollar instituciones y agentes que ayuden a reconocer las trampas del consumismo y del individualismo y a adaptar los productos culturales globales a los contextos locales en una perspectiva humanizadora.

Y finalmente, desde el punto de vista *tecnoeconómico*, se trata de globalizar los derechos sociales, la formación de los trabajadores y la competencia en calidad de productos; en vez de globalizar la desprotección social, el uso esclavizante de los trabajadores y la competencia por reducción de costes... ilabores!

Algunos rasgos de la globalización*

Miren Etxezarreta

Del Seminario de Economía Crítica Taifa

Sumario

1. La globalización.—2. La dinámica del capitalismo/la expansión del capitalismo.—3. El capitalismo siempre ha sido internacional.—4. Crisis y expansión mundial.—5. La internacionalización financiera.—6. La expansión en profundidad.—7. Globalización, Estado, instituciones internacionales.—8. La política económica de la globalización.—9. Definición.—10. Globalización y regionalización.—11. La Unión Europea.—12. Y frente a la globalización/regionalización, ¿qué?

Este es un documento** sobre las resistencias a la globalización. En el que se explica el proceso por el cual bastantes personas y algunos movimientos sociales han ido captando los peligros que supone la globalización, los problemas que genera, el dolor

* *Nota de la Redacción:* El presente texto ha sido publicado en el libro *Globalización Capitalista. Luchas y resistencias*, de Ramón FERNÁNDEZ DURÁN, Miren ETXEZARRETA y Manolo SÁEZ (2001), Barcelona. Virus Editorial. Se cuenta con la autorización de la autora y de la Editorial.

** En el texto original la autora dice: «Este es un *libro*...», dado el contexto de esta publicación la Redacción de la Revista lo ha cambiado.

que causa. Y cómo se está iniciando, manifestando y es de esperar que creciendo en el futuro, la resistencia global frente a esta globalización, la lucha por sociedades más humanas.

Para entender en toda su dimensión las razones para esta resistencia es necesario conocer a qué se resiste. Necesitamos tener una idea, aunque sea breve, clara y precisa de qué es lo que hoy llamamos globalización. Es lo que vamos a intentar hacer en las líneas que siguen.

1 LA GLOBALIZACIÓN

La globalización no es más que el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo. Nada más que esto. Ni nada menos. No cambia nada esencial en las sociedades capitalistas que llevan ya existiendo más de dos siglos. Siempre han sido y la globalización sigue siéndolo, sociedades basadas en la explotación de unas personas por otras. Sólo las formas van cambiando, se van adaptando a las necesidades y las oportunidades de cada época. De la misma manera que el ser humano evoluciona continuamente de su nacimiento a la muerte, el sistema capitalista va adoptando formas distintas en su evolución. Pero el sistema es el mismo. La globalización es el nombre de la etapa actual del capitalismo que estamos viviendo.

2 LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO / LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO

El capitalismo es un sistema que no puede existir sin crecer. Necesita crecer, como el ser humano necesita respirar. Tiene que crecer porque cada año obtiene unos beneficios que necesita reinvertir. El beneficio del capitalismo no tiene como objetivo cubrir las necesidades de consumo del capitalista. Las cubre y con creces. Pero el objetivo principal del capitalismo es obtener un beneficio que le obliga y, a la vez, le permite seguir creciendo, ser cada vez un capitalista mayor. Y eso exige invertir permanentemente. «Acumulad, acumulad, es la ley y los profetas» (del capitalismo),

señalaba Marx. Si el capitalismo deja de acumular, de invertir, de crecer, entra en una crisis que incluso podría llevar a su desaparición.

Pero, además, los capitalistas compiten entre sí. Luchan entre ellos por obtener una parte mayor de los beneficios totales. La competencia es el otro elemento que obliga al capitalismo a ser dinámico. Y para eso tienen que invertir. Si un capitalista concreto deja de invertir, de crecer, de integrar nuevas tecnologías, los beneficios disminuyen y al final dejará de ser capitalista. Otros lo absorberán o le hundirán. El capitalismo no tiene piedad ni con sus propios capitalistas.

Por eso el capitalismo se expande siempre. Se ha expandido desde sus orígenes y continuará expandiéndose mientras sea capitalismo. Cuando el capitalismo no crece entra en crisis. Las crisis suponen para el capitalismo obtener menos beneficios y no poder crecer (mientras que para la población la crisis supone que aumenta el paro, la incertidumbre y la pobreza). Por eso, en tiempos de crisis el capitalismo busca con más intensidad todavía todos aquellos lugares que le pueden proporcionar un beneficio.

En su crecimiento los capitales mayores absorben a los menores. Los destruyen o los compran. Poco a poco, va habiendo menos industrias o empresas en cada sector. Éstas tienen más beneficios, pero cada vez menos posibilidades de ampliar dentro de su propio sector. Unas pocas empresas controlan un sector (en la jerga de los economistas se llama oligopolio) o una sola (monopolio). Esto le da cada vez mayores beneficios, pero menos sitios donde invertir, y el «exceso» de beneficios se convierte en un problema. El capitalismo es siempre paradójico: tiene demasiados beneficios y le faltan lugares donde invertir, o tiene demasiado pocos y busca desesperadamente aumentarlos. Anula la competencia de los pequeños y se tiene que enfrentar con la enorme competencia de los grandes.

3 EL CAPITALISMO SIEMPRE HA SIDO INTERNACIONAL

La expansión capitalista siempre ha integrado el ámbito internacional. Incluso en sus orígenes, el capitalismo se nutrió de fondos que venían del exterior. Primero, la

explotación colonial le permitió obtener grandes beneficios que facilitaron la financiación del capitalismo industrial; con la industrialización organizó un comercio internacional brutalmente desigual y que le proporcionaba grandes ganancias; cuando obtuvo grandes beneficios con sus capitales en sus países de origen, y ya eran demasiados para seguir obteniéndolos (no para cubrir las necesidades de la población, aspecto que nunca ha preocupado a los capitalistas), empezó a invertir en otros países. De esta forma, no sólo obtenía grandes beneficios en aquellos países, sino que iba expandiendo también formas distintas de explotación capitalista en los países no industrializados.

La expansión de los capitales monopolistas en el mundo entero fue muy importante entre el final del siglo XIX y 1920. En esta época, el capital que se colocó en el exterior consistía en capital financiero, principalmente en forma de préstamos en dinero, y estos flujos de capital alcanzaron un gran volumen. Hasta tal punto, que en relación con la capacidad de producción del mundo entonces, los flujos de capital financiero que se colocaban en el exterior fueron casi tan elevados como ahora. A la internacionalización del capital financiero se le denominó imperialismo.

Los años sesenta fueron de prosperidad para el capitalismo. La internacionalización se intensificó y empezó a tomar otra forma. Las grandes empresas de Estados Unidos empezaron a invertir y montar filiales en muchos países, gestionadas desde la empresa matriz. Cada matriz era propietaria y controlaba empresas filiales en varios países. Son lo que conocemos como empresas multinacionales o transnacionales. En los años sesenta la internacionalización del capital se había completado: el comercio de mercancías es internacional, los préstamos y las inversiones en dinero (flujos de capital) cada vez eran mayores entre países, y la producción era también internacional a través de las empresas transnacionales. Se había completado la internacionalización del capital en sus distintas formas.

4 CRISIS Y EXPANSIÓN MUNDIAL

Todos sabemos que durante los setenta el capitalismo experimentó una crisis grave, y ya hemos dicho que crisis, para el capital, quiere decir disminución de bene-

ficios. Menos beneficios llevan a intensificar la competencia por los beneficios que hay y eso supone que los capitales van a buscar con gran intensidad cualquier ámbito en el que se puedan obtener beneficios.

Las empresas van a intentar vender más, y se van a expandir allí donde están los mercados. Los mercados están allí donde está el dinero, así que las grandes empresas transnacionales van a invertir mayoritariamente en los países más ricos. Las inversiones entre las tres áreas más ricas del mundo –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, que forman la tríada que domina el mundo– van a aumentar fuertemente y todas las empresas importantes van a estar presentes en las tres áreas. Es donde más se va a invertir a nivel internacional: de los países ricos de la tríada, a los otros países ricos de la tríada. No hay que olvidar esto.

Por otra parte, las empresas van a intentar reducir costes para aumentar los beneficios. Algunas empresas han ido generando muchas nuevas tecnologías (la tecnología es un producto similar a otros, producido y vendido por las empresas), en particular las que facilitan la comunicación: telecomunicaciones y especialmente la informática. Lo que va a hacer posible que las decisiones tomadas en un punto del mundo se transmitan instantáneamente a cualquier otro punto y que se pueda controlar bien lo que se hace en cualquier territorio. Por ello las grandes empresas transnacionales invertirán también, aunque en cantidades mucho menores, en los países pobres, para aprovechar los salarios más bajos de estos países y de las facilidades que les dan los Gobiernos para que se instalen allí, entre las cuales hay que destacar las ventajas fiscales y la menor exigencia de las regulaciones ambientales. Invierten allí, pero para producir para los países centrales. A esto le llaman la deslocalización (desde los países centrales a los más pobres). Convierten a estos países en talleres donde producen sólo partes de productos que se combinarán con otras partes fabricadas en otros países y se ensamblarán finalmente en otros. Se internacionalizan no ya los productos, sino el propio proceso de producir, que se divide en partes distintas, cada una de las cuales puede tener lugar en un país diferente.

Nótese que las inversiones en los países pobres tienen una naturaleza muy distinta de las que se hacen en los países ricos. Aunque en los primeros también se trata de absorber los mercados que pueden proporcionar los grupos de gente más rica,

las inversiones se hacen principalmente para reducir costes, lo que supone que los salarios se tienen que mantener bajos. Es decir, que las empresas transnacionales (ETN) inviertan en el mundo entero no quiere decir que las condiciones del mundo entero se igualen. Al contrario, se trata de aprovecharse de la diferencia. Y los países pobres siguen siendo pobres (con algunas pocas excepciones que crecen) y los ricos mucho más ricos. Y en todos los países, los propietarios de los grandes capitales son cada día más ricos y hay cada día más pobres.

De esos bajos salarios se van a aprovechar las ETN también para dominar a los trabajadores de los países ricos. Las empresas transnacionales ahora utilizan la amenaza de que pueden dejar un país para instalarse en otro (aunque no es tan fácil que se trasladen) para que los trabajadores del mundo entero se hagan la competencia entre sí, para exigir a sus trabajadores que acepten bajos salarios y condiciones de trabajo precarias (a la que llaman flexibilidad: trabajos temporales, despido libre, turnos y horarios de trabajo inhumanos). Es decir, la internacionalización de la producción les permite aprovecharse de los bajos salarios de la periferia y forzar salarios y condiciones de trabajo mucho más precarias en los países del centro.

Las ETN, con sus inversiones combinadas en el mundo entero, van a tomar sus decisiones considerando el mundo como su terreno de actuación. Van a producir para el mundo entero. Ello les lleva también a intentar influir en el consumo de todo el mundo. Si quieren producir para el mundo, las formas de consumo tienen que ser parecidas para todos los países. Todos tomamos coca-cola, comemos hamburguesas y *pizza*, escuchamos los mismos discos en inglés, compramos los mismos automóviles. La internacionalización de la producción lleva a la internacionalización del consumo (aunque ahora incluso ya han descubierto sistemas tecnológicos para adecuarse a las diferencias de gustos con poco gasto). Las ETN hacen planes globales de producción, de consumo, de organización.

Su propia forma de organización cambia. Antes las matrices montaban filiales en distintos países. Ahora han descubierto que no necesitan ni siquiera esto. En unos casos, cada vez menos, montan filiales, en otros establecen acuerdos de aprovisionamiento de productos, subcontratas, contratos de transmisión de tecnología, etc., de forma que controlan sin necesidad de ser propietarios. Han sustituido las

empresas transnacionales anteriores por elaboradísimas redes de empresas que extienden sus tentáculos por el mundo entero. Todas ellas actúan en múltiples países, pero diseñan su actuación con el objetivo de obtener beneficios para el conjunto de su organización: «El paisaje mundial que emerge es el de una serie de estructuras oligopolísticas marcadas por fuertes tendencias a la concentración de los mercados. Los especialistas esperan la aparición de fenómenos de concentración industrial a escala mundial en la mayor parte de los sectores económicos. Ya en 1989 se vaticinaba que dentro de algunos años menos de 10 redes de empresas industriales y financieras controlarían más del 80% de la producción mundial y, a juzgar por las fusiones y concentraciones existentes, esta predicción parece caminar a su cumplimiento.

A toda esta dinámica se le llama *la internacionalización de la producción*, es una de las características importantes del capitalismo actual y constituye uno de los elementos identificadores de la globalización.

5 LA INTERNACIONALIZACIÓN FINANCIERA

Otro de los elementos clave de la globalización. Surge de la confluencia de dos elementos. El primero consiste en lo que se denomina la desregulación financiera: Todos los sistemas financieros de los distintos Estados estaban regulados y supervisados por un conjunto de leyes y controlados por sus respectivos bancos centrales. Pero este control limita los créditos que los bancos comerciales pueden conceder y, por tanto, los negocios bancarios. Por lo que permanentemente hay una tensión entre los bancos privados, que quieren expandir sus negocios de crédito, y los bancos centrales, que quieren controlarlos. En los años sesenta los bancos de Estados Unidos situados en Europa descubrieron una manera de disminuir ese control por medio de unos créditos especiales llamados «eurodólares» e iniciaron un proceso de «desregulación financiera». Esta desregulación financiera experimentó un paso decisivo cuando en 1971 y 1973 se puso fin al sistema monetario de cambios fijos de monedas que se había establecido en 1944, dando paso al sistema de cambios flotantes que facilita y favorece la desregulación. La cual se amplió todavía más con la

política de Thatcher y Reagan y continúa todavía en esta etapa en que el control de los bancos comerciales por el banco central ha disminuido casi totalmente. En este período también han ido penetrando crecientemente en el mercado financiero otras empresas, principalmente las empresas de seguros. Entre estas nuevas instituciones hay que destacar las empresas que aseguran las pensiones privadas –los planes de pensiones–, que disponen de sumas enormes para invertir. Todo ello permite a todas estas instituciones jugar con los fondos de que disponen en los mercados de todo el mundo.

El segundo elemento está relacionado con la crisis económica. Al disminuir los beneficios con la crisis, quienes tienen que invertir (sobre todo si son instituciones financieras) se encuentran que tienen muchos fondos para invertir y pocos sitios de producción real donde el beneficio está asegurado. Para poder obtener un beneficio tienen entonces que recurrir a las inversiones financieras –es decir, prestar dinero–. Así surgieron los créditos al Tercer Mundo, que luego llevaron a la deuda externa (aunque no vamos a tratar este tema aquí); además, los bancos y demás instituciones financieras mostraron un gran ingenio para generar nuevos productos financieros que aumentaron el número de inversores y les llevaron a comprar este tipo de productos. Más todavía, los avances tecnológicos en comunicaciones que ya hemos señalado antes, permitieron a los agentes financieros operar en tiempo real en todo el mundo, dando lugar a gigantescas operaciones financieras y especulativas. De tal forma, que las operaciones financieras se desarrollaron mucho más que la producción real y hoy se calcula que el volumen total de operaciones financieras que se realiza en un año en el mundo multiplica por varias veces la producción total del mundo en ese mismo año. Las operaciones financieras, que teóricamente tenían como función proporcionar el dinero necesario para financiar los negocios reales, multiplican la magnitud de éstos y generan una esfera financiera mucho mayor. En cierto modo la esfera financiera crece independientemente y se «autonomiza» parcialmente de la esfera de lo real. «Autonomía» sólo parcial, de todos modos, ya que los beneficios financieros en última instancia provienen del mundo real.

Los grandes agentes financieros internacionales pasan así a controlar la moneda de los diversos países (no explicaré ahora cómo, porque serían demasiadas cosas de una vez) y eso les permite ser los agentes que dominan la economía mundial.

Incluso por encima del poder de las grandes transnacionales productivas. Aunque algunos grandes conglomerados empresariales mantienen ambos aspectos, los productivos y los financieros, son los aspectos financieros los dominantes. Es decir, *la etapa de la globalización tiene lugar bajo la hegemonía del capital financiero.*

6 LA EXPANSIÓN EN PROFUNDIDAD

Al capital no le basta con absorber territorialmente el mundo entero ni con expandir hasta límites inimaginados las operaciones financieras. Sigue buscando beneficios y para ello intentará convertir en negocios todos los aspectos de la vida, todos los ámbitos que puedan ofrecer un beneficio. El capitalismo ha hecho esto desde su origen. Ha ido convirtiendo gradualmente todos los productos, los bienes que pueden cubrir las necesidades o los deseos de las personas, en mercancías que se venden y compran, y por ello pueden proporcionar un beneficio. Antes, las personas y familias cubrían directamente sus propias necesidades —producían sus alimentos en los campos, hilaban los tejidos para su ropa que cosían en casa, construían sus viviendas y tallaban sus muebles. Poco a poco, una industrialización capitalista convirtió en productos manufacturados todos estos productos, que las personas sólo podían comprar si vendían su fuerza de trabajo al capitalista que los contrataba para que ellos los produjeran. La producción, el consumo y el trabajo humano son atravesados por el capital, se convierten en mercancía, y en este proceso proporcionan más productos a los consumidores, convierten al trabajador en asalariado y permiten que el capitalista obtenga beneficios. Este sistema proporciona muchas más mercancías y aumenta las posibilidades de consumo de la mayor parte de la población. Es el capitalismo moderno, productivo y consumidor que vivimos.

Poco a poco las actividades mercantiles van absorbiendo más partes de la vida social y van quedando menos actividades que no son mercancías. Y son las que van quedando las que va a intentar absorber también el capital, porque necesita cada vez más ámbitos que le proporcionen beneficios. Veamos algunos ejemplos: la diversión se convierte en negocio, no hace falta pensar mucho para percibir los grandes negocios que se hacen con la diversión, el turismo, el ocio de la gente; pero lo que es más

importante, el capital privado va abordando y absorbiendo también, cada vez más directamente a través de la investigación, todas aquellas actividades relacionadas con la vida: no hablamos ya de las medicinas, sino de la reproducción asistida, de la generación dirigida, de los productos alimenticios o farmacéuticos transgénicos, además del ADN de las personas y las posibilidades de clonación... Cada vez más la vida de las personas, que en todo caso debiera estar en manos de instituciones sociales que la consideraran como algo sagrado, y la forma de esta vida, pasa a residir en manos de los capitales privados, mientras las sociedades asisten atónitas a este grave juego de transmutación y escamoteo.

En esta absorción permanente de las diversas facetas de la vida humana por el mundo de los negocios queda todavía una esfera que es muy tentadora para aquellos. Un ámbito donde se podrían hacer negocios si no estuviera ocupado por los Estados: las empresas de propiedad pública y, sobre todo, los servicios sociales que proporciona el Estado mediante el pago de unas cuotas, pero que no corresponden a los criterios de mercado. Y aquí está librando el capital una de sus actuales batallas: hay que privatizar las empresas públicas, por un lado, y por el otro, los servicios sociales, la Seguridad Social. Dejar sólo unos servicios sociales raquíticos para los muy, muy pobres, que nunca podrían comprar esos servicios en el mercado. Para todos los demás, que contraten servicios privados: escuelas privadas, mutuas para sanidad, y, sobre todo, pensiones para la vejez, ya que éstas últimas pueden suponer estupendos negocios para el capital financiero. Por esto y no por otra razón se trata de dismantelar las empresas públicas y la Seguridad Social: No es que no hay dinero para financiarla. Cómo no va a haber si en los países se produce más riqueza que nunca, de lo que se trata es de acaparar la parte de beneficios que puedan generar. El beneficio ha sido siempre y continúa siendo su objetivo primordial y en el mismo se empeña y a su consecución va a dirigir todo su poder.

Que es mucho. La expansión territorial y financiera, junto con la tecnología moderna, permite a las transnacionales hacer negocios en el mundo entero y aprovecharse, como hemos visto antes, de las riquezas de los diversos países. El capital ya no es nacional o extranjero, los capitales principales están transnacionalizados y tienen un gran poder. Se organizan en grupos de presión de inmensa influencia: la Trilateral, en Davos, la UNICE (la patronal europea), la ERT (en inglés, Mesa de Indus-

triales Europeos), etc. Constituyen la primera línea del poder económico del mundo. Van a manejar la economía de los países, y también a las organizaciones políticas, a los Estados, a los Gobiernos, para lograr sus fines. Es curioso que actualmente, a menudo se dirigen las luchas sociales más contra las instituciones públicas, especialmente los Gobiernos, que a las empresas, que muy hábilmente consiguen desviar hacia los organismos públicos los conflictos sociales.

7**GLOBALIZACIÓN, ESTADO, INSTITUCIONES INTERNACIONALES**

Los Estados ya no se van a dedicar tanto a gestionar los países para potenciar el capital nacional, sino que van a convertirse en instrumentos del capital transnacional que abarca, además, a los capitales más fuertes de cada país.

Hay autores que consideran que los Estados ya no tienen ningún poder. Que el poder de los Estados desaparece frente a las transnacionales. Pero no todos los estudiosos opinan igual. Los Estados siguen siendo necesarios porque hay partes de la vida social que los capitales privados todavía no pueden controlar directamente —leyes, política económica, controles sociales— y necesitan de los Estados para asegurarse que funcionan sin crear problemas; y también porque todavía los Estados sirven de gran correa de transmisión para pasar muchos fondos de los impuestos que paga toda la comunidad a algunos negocios privados. Los grandes capitales tienen todavía muchas vinculaciones con los Estados nacionales y no dudan en apoyarse en ellos para potenciar su poderío mundial.

Los Estados en el capitalismo tienen un carácter contradictorio: prioritariamente son instrumentos importantes de apoyo al capital, pero, al mismo tiempo, en las democracias parlamentarias tienen que contentar parcialmente a las poblaciones. Tienen que apoyar la acumulación de los negocios (ahora transnacionales) y, al mismo tiempo, tienen que justificar y legitimar la sociedad capitalista ante las poblaciones que la sufren. En el capitalismo parlamentario, el Estado es la única instancia colectiva donde los ciudadanos/as podemos tener un poder que no está basado estrictamente en nuestra capacidad económica. Y los Estados modernos se convierten en arenas de liza entre las

diversas clases sociales. Mientras los capitales no se vean en grave peligro trataran de combinar ambas funciones. Sólo si el peligro para aquéllos es grave se verá claramente por quién toman partido (República Española, Chile de Allende...). Antes —en la República Española— defendía a las burguesías nacionales, en el derrocamiento de Chile se pudo apreciar con claridad el papel que ahora jugaban las transnacionales y a quién se subordinaba el Estado. El apoyo del Estado cambia de forma, el Estado se reestructura, pero por ahora no desaparece. Ni tampoco hay que creer que disminuye su papel. Como siempre el Estado sigue siendo un mecanismo de apoyo al capital y, al mismo tiempo y contradictoriamente, casi el único instrumento colectivo de defensa de las clases no capitalistas. De aquí que con frecuencia los pueblos han de exigir el apoyo de los Estados, pero la lucha por conseguir los derechos populares es ardua.

Los Estados no son las únicas instituciones públicas en liza. Hay también otras instituciones públicas, que sólo podemos mencionar brevemente. Nos referimos a los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), convertidas en mensajeros de las políticas que interesan al gran capital transnacionalizado.

También a la Organización por la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Es bien conocido que toda ellas se establecieron nominalmente para ayudar a que los distintos países tuvieran economías equilibradas y potenciar sus desarrollos respectivos, pero que en realidad son instrumentos de control de las economías y de imposición de los grandes intereses económicos del mundo, liderados por Estados Unidos. Desde su establecimiento a partir de 1944 (la OMC es un desarrollo del GATT que se estableció en 1948 y la OCDE es posterior) han cumplido este papel, pero desde los primeros años ochenta han sido instrumentos extremadamente potentes para potenciar la globalización e imponer el neoliberalismo en el mundo entero. Potente refuerzo a la autoridad de los Estados —con frecuencia éstos se refugian en las imposiciones de las instituciones internacionales para imponer medidas que deterioran fuertemente los niveles de vida de la población—, muestran con claridad la importancia de las instituciones políticas para reforzar los intereses económicos dominantes. Instituciones políticas pero con un enorme déficit democrático, ya que sus ejecutivos son elegidos a través de un opaco y complejo proceso de cooptación y no dan cuenta a nadie de su gestión, al mismo tiempo que ale-

jan cada vez más las decisiones de los ámbitos políticos a los que tienen acceso las poblaciones.

8 LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LA GLOBALIZACIÓN

Con su poder, los grandes negocios internacionales van a intentar que las políticas económicas que hagan los Estados y los organismos internacionales se ajusten a sus intereses actuales. Han sido capaces de resucitar un modelo económico que sirvió hace siglo y medio en otras circunstancias para justificar ahora una política económica y social que les conviene. Han convertido el liberalismo del siglo XIX en el neoliberalismo actual. Economistas y otros científicos sociales muy prestigiosos han elaborado la doctrina económica que les conviene. El capital privado la ha hecho suya; en la parte pública políticos como Thatcher y Reagan la impulsaron y fueron adoptadas con entusiasmo por la mayoría de Gobiernos del mundo entero, apoyados por los organismos internacionales. En España, la UCD primero, pero sobre todo el PSOE luego, lo instauraron. El PP está profundizando en la misma estrategia con frenesí. No es que no hay otra alternativa, «haberlas haylas». Lo que pasa es que esta se ajusta a sus objetivos.

Su estrategia consiste en el fundamentalismo de mercado. Plantea que son los negocios la fuerza activa de la economía y que éstos operan con la máxima eficiencia y en condiciones óptimas si no existen trabas a su actuación. Si los negocios obtienen los beneficios que ellos desean, a través del funcionamiento del mercado estos beneficios se desparraman a todos los demás agentes de la economía y todos disfrutaremos de condiciones óptimas: Si los negocios ganan mucho dinero, lo invertirán, y la competencia les forzará a producir muchos productos baratos que podremos comprar; al mismo tiempo, al haber mucha actividad económica, generaran empleos y todos tendremos trabajo; los salarios corresponderán a la productividad de cada persona y quien quiera mejorar no tendrá más que invertir más en sí mismo y podrá mejorar de clase social. Los que están más arriba es debido a que son los más capaces, mejores y los que más saben, y los que no aprovechan del sistema es porque son vagos, tontos o no se esfuerzan lo suficiente. Y los empresarios sólo obtienen lo que merecen por el esfuerzo que hacen en organizar todo esto; mientras

que los propietarios del capital, que muchas veces son también empresarios, reciben los beneficios por arriesgar su capital. Y así continúa la rueda, que crece, y todos somos cada vez un poco más ricos.

La política neoliberal es sencilla: liberalizar —el comercio, los flujos de capitales—, que se pueda comerciar con ellos sin ningún control, en todo el mundo, que nadie pueda ponerles condiciones; privatizar, porque afirman decididos —claro que sin ninguna prueba— que todo lo público es poco eficiente flexibilizar el mercado de trabajo —es decir, convertir a los trabajadores en un coste variable pudiendo contratarlos a los salarios que a la empresa le parezcan adecuados y despedirlos cuando les convenga— y, finalmente, desregular, es decir, eliminar todas las regulaciones públicas de la vida económica y social para que ellos puedan establecer sus propias reglas. Añádidle a ello una obsesión con la inflación, que no haya déficit público y que bajen los impuestos. El control de la inflación es su objetivo prioritario debido a que las inmensas masas de dinero (capital financiero) que operan en todo el globo no pueden tolerar que las distintas monedas en que invierten su capital pierdan valor. A ello están dispuestos a sacrificar cualquier otro objetivo, especialmente aquellos relacionados con el bienestar social. Observad que las palabras que se utilizan son atractivas: «liberalizar», «desregular», «flexibilizar», ¿quien puede estar en contra de estas políticas?

Es bonito, ¿verdad? Con la inapreciable ayuda de los medios de comunicación han conseguido convencer a muchos trabajadores y a una gran parte de la población de que es así. En el fondo de la política de estos últimos veinticinco años hay una revolución ideológica de gran calado. Nos han convencido de que el sistema podría funcionar muy bien si no le pusiéramos trabas, que cada uno tiene que preocuparse sólo de sí mismo, que si eres pobre o desempleado la culpa es tuya, de que no hay nada que hacer para mejorar esta situación... La contrarrevolución conservadora lo llaman algunos. Sin ella, si una gran parte de la población y muchos dirigentes populares no la hubieran aceptado, no hubiera sido tan fácil llevarla a cabo. Porque algunos trabajadores han conseguido comprar unas pocas acciones, incluso especular con ellas, aceptan la idea de Thatcher del capitalismo popular. Ya somos todos capitalistas ahora y en las noticias de la tele no sólo nos interesa el fútbol y el tiempo sino también las cotizaciones de la Bolsa.

9 DEFINICIÓN

Todos estos elementos juntos: la expansión territorial, financiera y en profundidad, impulsada y controlada por las empresas transnacionales, apoyada por los ámbitos políticos nacionales e internacionales y potenciando una política económica que refuerce la operación de los mercados sin los obstáculos que supone la intervención pública, todo ello conjuntamente es lo que constituye la globalización. Si queremos una definición algo más formal podemos decir: *La globalización es la expresión de la expansión de las fuerzas del mercado, espacialmente a nivel mundial y profundizando en el dominio de la mercancía, operando sin los obstáculos que supone la intervención pública.* Supone que la sociedad olvide toda idea de orientar, dominar, controlar, dirigir las fuerzas y la actividad económica. Supone el gobierno de las empresas, hoy transnacionales, y que su beneficio alcance la preponderancia absoluta.

Esto es la globalización. No es un fenómeno completo y terminado sino que hay que contemplarla como un largo proceso inacabado en el que el capital lucha por ampliar su dominio. Y en el que se encuentra con apoyos y complicidades y también con oposición y resistencias.

10 GLOBALIZACIÓN Y REGIONALIZACIÓN

Hay otros aspectos en la dinámica de la globalización que también se deben considerar. Uno de bastante importancia lo constituye lo que se denomina regionalización. En este caso no se trata de la regionalización dentro de un Estado —el caso del federalismo o de las Comunidades Autónomas en España— sino de una regionalización supraestatal, es decir, de la formación de una región principalmente económica por diversos Estados y el establecimiento de una institución regional supraestatal. La formación de una región de estas características supone una unión de algunos aspectos de la economía de los países de la región —en unas regiones más en otras menos— y de algunas normas que tienden a favorecer más las transacciones mutuas entre estos países que las que se realizan con todos los demás. En

algunos casos, no en todos, de los fondos comunes de la institución supranacional se ayuda a los países más pobres de la región.

Aparentemente este fenómeno es contradictorio con el de la globalización. De alguna forma la regionalización supone establecer ahora unas nuevas fronteras, tratados especiales y normas cuando la globalización pretende destruir todo tipo de control y preferencias. ¿Cómo se puede entender el desarrollo simultáneo de ambos procesos?

Sucede que frente al aumento de competencia entre los grandes negocios del mundo que supone la globalización, y los países del sureste asiático que se van convirtiendo en importantes exportadores, las grandes empresas de los países ricos van experimentando la necesidad de disponer de espacios económicos cada vez mayores en los que se aseguren que pueden invertir, con los que pueden comerciar en buenas condiciones, y en los que tienen preferencia sobre los capitales y los productos de las empresas de los otros bloques económicos y del resto del mundo. La regionalización asegura *preferentemente* el espacio regional para las empresas y los capitales de la región. De esta forma disponen de un ámbito privilegiado en el que fortalecerse para luchar con más competitividad y mayor fuerza frente a los otros espacios. La regionalización refuerza la competencia de las empresas de cada bloque para ser más eficientes en la globalización. De modo que no son dinámicas contradictorias sino complementarias. Ambas buscan la expansión de los capitales en el mundo entero.

Por esto la regionalización de esta época está potenciada principalmente por los países más ricos del planeta (1). Por primera vez en la Historia, a finales de los años ochenta, Estados Unidos propuso a Canadá primero y a México después firmar un Tratado de Libre Comercio por el cual facilitarían un tipo de integración limitada de sus economías. Es también en los años ochenta cuando la Comunidad Europea, que se estableció en 1957, va a dar un salto cualitativo en su integración firmando primero el Acta Única, por el cual desaparecerían las fronteras, y preparando después el Tratado de Maastricht, que llevaría a la Unión Económica y Monetaria. Los japoneses establecerán otro tipo de lazos entre los países de su área, pero la integración va tam-

(1) Los países pobres habían intentado muchas veces este tipo de fórmulas, pero a ellos no les dieron mucho resultado.

bién reforzándose. E incluso en América Latina será el gigante del Sur, Brasil, el que se unirá a Argentina y otros dos pequeños países para formar el Mercosur, con la esperanza de poder convertirse en el líder del Sur y/o negociar más adelante con mayor fuerza para su integración con la gran potencia del Norte (EE.UU.). El mundo se conforma en tres grandes regiones con un doble movimiento complementario: reestructuración en la región para fortalecerse y poder ser más competitivas en el globo.

Toda esta dinámica aumenta la rivalidad entre los grandes negocios. Los capitales de los tres grandes bloques compiten entre sí, aunque por ahora tienen claro que es mejor para sus estrategias no enfrentarse agresivamente. Pero las instancias de luchas más o menos soterradas o abiertas son frecuentes. Por otra parte, son cada vez mayores las inversiones cruzadas entre estos grandes negocios, de modo que se va formando una densa red de relaciones económicas que incluye comercio, inversiones, contratos de aspectos muy variados (de tecnología, asistencia técnica, subcontratas...), participaciones conjuntas, etc., que envuelven el mundo y hacen cada vez más difícil identificar quiénes son realmente los poderes que están tras las decisiones económicas cruciales. El poder real se concentra, pero la apariencia de poder se diluye en múltiples redes.

Globalización y regionalización son los ejes de la dinámica del capitalismo de nuestra época, con una evolución rápida, muy variada y compleja, que se plasma de forma distinta en cada circunstancia y, cada parte del mundo. En nuestro continente se ha plasmado en lo que hoy llamamos la Unión Europea, que no es nada más que la concreción de toda esta dinámica en el territorio en el que nosotros vivimos.

11 LA UNIÓN EUROPEA

Al analizar la Unión Europea hay que considerar dos ámbitos distintos: el poder de los capitales privados, principalmente económico, y el poder público, principalmente político. Con mucha frecuencia nos olvidamos del primero y nos enredamos en los vericuetos de la política (pública) comunitaria, ignorando la línea principal de poder que conforma la economía y la sociedad, la de los capitales privados, principalmente las grandes empresas transnacionales.

La Unión Europea permite principalmente a los grandes capitales europeos, pero también a los del resto del mundo, penetrar con más facilidad y mucha más seguridad –ya que gradualmente se irá impidiendo que los países puedan tomar decisiones económicas o políticas que perjudiquen a los capitales– en los diversos países europeos. A los capitales productivos les permite reestructurar su organización empresarial a nivel de casi toda Europa sin ningún problema y las empresas más poderosas pueden ocupar los mercados europeos, lo que les permite beneficiarse fuertemente de las economías de dimensión y, al mismo tiempo, ir gradualmente eliminando los pequeños negocios; mientras, los capitales financieros disponen de todo el territorio de la Comunidad para operar sin trabas. Todos estos grandes negocios se aprovecharán de la competencia de los Gobiernos por atraerles a sus países o regiones y estimularán la competencia entre los trabajadores, a los que impondrán sus condiciones de trabajo y salariales bajo la amenaza de irse a otro país. Además se organizarán en poderosos grupos de presión que utilizarán para diseñar sus propios planes e imponerlos en las autoridades comunitarias y de los diversos Estados. Puede ser útil aprender nombres como el de UNICE, que corresponde en cierta manera a la patronal europea, y el de ERT, que ejercen una gran influencia en las decisiones de las autoridades comunitarias.

En cuanto a la organización política –las instituciones de la Unión Europea–, constituyen las instancias formales por las que se impone en todo el territorio comunitario una política económica. Desde los años ochenta dirigida a potenciar el modelo de política económica neoliberal y a justificarlo. Aquí tenemos un ejemplo claro de porqué la organización política –en este caso supranacional– es necesaria para hacer aquello que el capital no puede hacer en su propio interés. Aunque lo intentan, es prácticamente imposible para los capitales privados dar normas de política económica. Sólo el ámbito público tiene poder para dar normas de obligado cumplimiento, y es lo que las instancias de la Unión Europea van a hacer.

Desde los últimos setenta, la Unión Europea va a adoptar con entusiasmo el modelo de política económica neoliberal (antes, aunque era también una iniciativa económica, se movía con otros parámetros). Y desde entonces todas sus orientaciones de política económica y todas sus exigencias han ido en esta dirección: El Acta Única firmada en 1986 por la que se «liberalizó» el comercio en todo el terri-

torio comunitario, la normativa de 1989 por la que se dictó la libre movilidad de capitales (también la de trabajadores europeos, que son desde luego libres de trasladarse dentro de los países comunitarios..., pero no hay empleos a donde ir), y después el Tratado de Maastricht, por el que se establecieron las condiciones para integrarse en la moneda única. Reforzadas por un durísimo Pacto de Estabilidad y Crecimiento y, desde entonces, permanentemente revalidadas en cada Cumbre –Ámsterdam, Lisboa, Niza...– donde cada seis meses se reúnen los jefes de Estado de todos los países para aceptar las líneas principales de la política comunitaria.

Pero no nos perdamos en nombres y fechas de normativas comunitarias. Todas las normas conjuntamente conducen a una política económica dirigida a impulsar los beneficios empresariales, y que consiste en:

- Liberalizar la economía, lo que significa que las empresas puedan hacer sus compras, ventas, reestructuraciones, negocios sin ninguna limitación. Lo que favorece a los grandes negocios transnacionales, que van absorbiendo más y más parcelas de la vida económica, frente a los negocios más pequeños, que no pueden resistir su competencia.
- Desregularizar las normas públicas: eliminar controles de movimientos de mercancías y capitales, desregular el mercado de trabajo; «flexibilizar» el empleo –facilitar el despido, el empleo temporal, los empleos autónomos, eliminar controles en las condiciones de trabajo–, en las condiciones sanitarias (¿verdad que suena lo de las vacas locas?)... Al mismo tiempo el sector privado va imponiendo sus propias normas (por ejemplo, la normativa para el correo electrónico, o las patentes a la producción de bienes que cualquiera podría producir, o la imposibilidad de sindicarse en algunas empresas).
- Privatizar lo que es público: privatizar las empresas públicas bajo la excusa del aumento de la competencia, cuando realmente lo que se ha logrado es que se faciliten inmensos negocios para los que compran las empresas públicas y fusiones empresariales con las que disminuye la competencia (piénsese en Telefónica, Campsa, Repsol y tantas otras).

- Implantar una política económica cuyo objetivo principal es controlar la inflación y que subordinará a ello cualquier otro objetivo como el del empleo o el bienestar de la población. Para ello impulsará una política de austeridad y equilibrio presupuestario —es decir, que el Estado no gaste más de lo que ingrese— y al mismo tiempo disminuye los impuestos —más a los más ricos—, con lo que el gasto social y para generar empleo disminuye, mientras aumentan las ayudas al ámbito empresarial.
- Alejar la política económica cada vez más de las fuerzas sociales de cada país. No sólo el Parlamento Europeo —representación política de las poblaciones de la Unión— no tiene prácticamente poder real (hasta los propios impulsores de la Unión aceptan su déficit democrático), sino que se intenta que las decisiones económicas de las instituciones de la Unión estén sometidas al mínimo control político. Por ejemplo, se establece que el Banco Central Europeo, la institución que controla la moneda (el publicitado euro) y todo el sistema financiero, no tenga ningún control político —ni del Parlamento Europeo, ni de los Parlamentos nacionales, ni del Consejo —máximo órgano político ejecutivo de la Unión—, sino que tenga sólo como misión hacer que los precios no suban, sin otro control. De esta manera los controles democráticos y las presiones que la población puede ejercer no existen. Además, la lejanía física de los centros de poder, la complejidad y los numerosos niveles en que se desenvuelven éstos hacen mucho más difícil la presión por parte de la población a sus correspondientes representantes políticos.
- Debilitar el Estado del Bienestar. Todas las orientaciones de la Unión se dirigen a debilitar el Estado del Bienestar y a que las prestaciones sociales se privaticen. Quien tiene y pague obtendrá servicios, quien no, sólo recibirá ayudas de miseria y en muchos casos a cambio de trabajos obligatorios. Sostienen que los subsidios de desempleo y las ayudas a la pobreza son demasiado generosos y desmotivan a la población a buscar trabajo. Por tanto, copiando a Estados Unidos e Inglaterra, intentan establecer la obligatoriedad de aceptar cualquier tipo de trabajo a cambio de prestaciones de desempleo o ayudas de pobreza, y a eso le llaman «el Estado del bienestar dinamizador». Ello hace que se deterioren las ayudas a las personas más pobres y débiles

(trabajadores de poca cualificación, parados de larga duración, madres solteras...) y que muchas de ellas se vean obligadas a rechazar las ayudas sociales (en Estados Unidos, por ejemplo, han disminuido mucho las personas que reciben subsidios, pero no porque haya menos pobres, sino porque no pueden o no quieren aceptar las condiciones que se les imponen).

- Plantear normas que hacen que aumente la desigualdad. Por un lado lo que acabamos de señalar para los servicios sociales, por el otro se recomienda que los salarios aumenten menos que la productividad (que quiere decir que los beneficios aumenten más), lo que significa que los ricos sean más ricos –dicen que para poder invertir y crear empleo– y los pobres sean cada vez más en número y más pobres.

Todo ello, como ya se ha señalado, envuelto en una revolución conservadora en términos y valores: Por un lado, palabras que suenan bien, pero son tramposas –liberalizar, flexibilizar, dinamizar–; le llaman empleado a quien trabaja una hora a la semana y dicen que disminuye el paro –flexibilizan a los trabajadores cuando los echan, dinamizan a los pobres cuando les eliminan el subsidio–. Hasta dicen que les preocupa la cohesión social y hablan de una Carta de Derechos Sociales: Como las poblaciones se resisten cada vez más a las prácticas de esta Europa pensaron que sería interesante establecer una Carta de Derechos Sociales Europeos, donde muy tímidamente señalaban algunos derechos sociales que los países de la Unión Europea se deberían comprometer a cumplir. Ni siquiera han aceptado esto, y en la Cumbre de Niza de 2000 la Carta de Derechos Sociales ha quedado relegada a un Anexo porque no han querido aprobarla e incluirla en el Tratado... Ni siquiera llegan a cumplir ciertas formas.

Por otro lado, han convencido a las poblaciones que con la globalización y la Unión Europea no hay nada que hacer. Lo importante es que las empresas estén contentas y entonces todo funcionará bien, si se les presiona nos dicen que se irán. Lo único útil es intentar encontrar un rincón para ti, sin preocuparte de nada más, de nadie, tú a lo tuyo, vive y deja vivir. Preocúpate de defender tu rincón, al que llaman «nicho de mercado». Y si a pesar de todo hasta éste te falla, alguna culpa tendrás: no te habrás preparado lo suficiente, no estás al día de la tecnología moderna, tienes

más de cuarenta y cinco años, no sabes inglés, no eres suficientemente dócil, no pones suficiente entusiasmo en tu trabajo... nadie más que tu tiene la culpa de lo que te pasa. El sistema funciona bien, eres tú el que no estás adaptado. Si fueras más dinámico y moderno todo iría bien...

En conjunto, crecen las economías, aunque no mucho y a costa del esfuerzo creciente de los trabajadores y el agotamiento del medio ambiente. En los países ricos, a la mayoría de la población «le va bien»: puede consumir más, las empresas nos necesitan como consumidores y nos enseñan que consumir es la felicidad. Comemos, vestimos, nuestras viviendas mejoran, tenemos ya varias teles en casa, un ordenador, salimos una vez a la semana, a veces nos divertimos... Tenemos coche y viajamos en vacaciones. Hasta nos hacen creer que ya somos todos capitalistas porque bastantes trabajadores compran acciones en Bolsa y a veces ganan algún dinero con ellas...

Pero vivimos cada vez con más competencia y tensión, nuestras sociedades son agresivas. Nos angustia la inseguridad: no sólo la inseguridad en la calle que también crece (el aumento de desigualdades lleva a la delincuencia), sino la de toda nuestra forma de vida —las empresas en las que trabajamos pueden cerrar en cualquier momento sin que sepamos porqué, no vale empeñarse en trabajar bien, quieren reestructurarse o se venden en bolsa y el nuevo propietario las cierra—, estamos inseguros acerca de lo que comemos o de nuestra salud, los empleos no responden a nuestra formación profesional, trabajamos con horarios absurdos y a ritmos inhumanos. Las mujeres, los jóvenes, los trabajadores maduros tienen enormes dificultades para encontrar un empleo y son discriminados en múltiples aspectos. La competencia entre los trabajadores aumenta y el individualismo se convierte en la norma de las relaciones humanas. Los límites de las libertades públicas son cada día más estrechos y cada vez es mayor la sensación de vivir en libertad vigilada, se criminaliza la disidencia... Además, en esta Europa rica hay mucha gente a la que ni siquiera le va «tan bien»: hay un 10% de parados y un 20% de pobres. Y cada día se margina y excluye más a la pobreza, cuando no se la criminaliza. Sin mencionar a los inmigrantes que son tratados como si fuesen escoria humana.

La Unión Europea y la globalización y regionalización que ella representa no nos han aportado una sociedad más equilibrada y justa. Una forma de vida más sere-

na, más armónica con nosotros mismos, más justa, más solidaria con los demás, más satisfactoria. En el mejor de los casos nos está permitiendo consumir algo más y ello a costa de la irracionalidad en la utilización de los recursos y un enorme esfuerzo personal, cuando no la competencia y agresividad con los que nos rodean. La Unión Europea, la regionalización supraestatal que ella supone, no es más que un instrumento del neoliberalismo global para dominarnos. Oponerse a uno supone también resistir la otra. Luchar contra el neoliberalismo global implica oponerse igualmente a uno de sus instrumentos principales.

12 Y FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN / REGIONALIZACIÓN, ¿QUÉ?

Frente a la globalización hay dos posiciones frecuentes: la primera, a la que podríamos llamar propagandística, es aquella que tiene grandes esperanzas en la globalización. La globalización va a proporcionar oportunidades de desarrollo sin cuento. A los países y a las personas. Esta posición es la mantenida por el mundo de los negocios –la palabra globalización fue acuñada en las escuelas de negocios de las grandes Universidades estadounidenses y japonesas– y consiste en plantear la globalización como un mundo de nuevas oportunidades en un espacio global abierto a todos. Por lo que se ha dicho hasta ahora es obvio que no es la posición mantenida en este trabajo. Pero hay también personas de buena voluntad que tienen esperanzas con la globalización (el bombardeo mediático al respecto es fortísimo), que ven más sus posibilidades que sus limitaciones, que no han profundizado en su verdadero carácter. Pero si la globalización es la internacionalización del capital del siglo XXI, como hemos dicho al principio, es el capitalismo actual con las características de esta nueva etapa y el nombre adaptado a la misma, de la globalización no se puede esperar más que del capitalismo. No puede existir una globalización con rostro humano. Al contrario, la globalización es el resultado del intento del capital de profundizar en su dominio del mundo.

La otra posición es la que podríamos dominar paralizante: la globalización es tan poderosa que no hay nada que se pueda hacer contra ella. Estamos condenados

a la globalización y lo mejor es encontrar un rincón, un nicho para poder sobrevivir en la misma. No Hay Otra Alternativa (en inglés, TINA), decía Thatcher, y se han hecho grandes esfuerzos para que la población del mundo entero se lo crea. Frente al caos del mundo que nos rodea, volvamos al seno materno y quedémonos en nuestro espacio individual quietecitos, contentos de sobrevivir y algunos hasta de triunfar.

Por una vez creo que hay que preconizar una tercera vía: luchemos contra la globalización para convertir este sistema en otro más humano. Para ello, en primer lugar, hay que convencerse de que es posible cambiar, transformar esta sociedad. Rechazar la idea de que no hay otras alternativas. La sociedad tiene que regular su vida económica y obligar a los mercados a que operen en ese marco, y no al contrario.

No es verdad que hay sólo una opción. El problema no es técnico, es político. Hay muchas alternativas posibles desde el punto de vista técnico, pero las opciones que se seleccionan corresponden a los intereses de quien tiene el poder real. Por ello, sin subvalorar el poder de los grandes agentes de la economía mundial, las alternativas dependen también de la composición de fuerzas políticas y sociales en cada territorio (interpretadas más ampliamente de los meros mecanismos de los partidos). Hay que construir la base social, la fuerza política necesaria para impulsar las estrategias transformadoras.

Hay que iniciar aquí y ahora las actuaciones transformadoras. Se trata de avanzar en un largo proceso de cambio social, día a día, paso a paso, tratando de que cada una amplíe los espacios que conducen a una sociedad diferente, permita la adquisición de nuevos grados de libertad y la consolidación paulatina de las fuerzas transformadoras. Además, la mejor forma de percibir las limitaciones de este sistema y trabajar hacia la conciencia de la necesidad de un cambio total es precisamente el de intentar incidir en la situación actual. Es necesario plantearse el cambio social como parte de un proceso permanentemente inacabado.

Nos dicen que si la sociedad establece exigencias que limiten en parte el poder de los capitales éstos abandonarán aquellos territorios, ya que la globalización les permite operar en el ámbito mundial. Parece una posición bastante realista, pero tampoco es la respuesta definitiva. Hay que tener en cuenta, por un lado, que los capita-

les han operado con muchas regulaciones durante muchos años y han seguido operando. Los capitales van sin duda a intentar aprovechar las oportunidades para invertir donde menos regulaciones existan, pero este no es el único criterio. Todavía hoy operan principalmente en los países ricos, que son los que todavía tienen mayores regulaciones y niveles salariales altos porque es donde están los mercados y las oportunidades de crecer y realizar beneficios. Los capitales intentan establecer sus reglas del juego, pero si los agentes sociales establecen con firmeza otras reglas del juego no es tan fácil que cedan los territorios donde obtienen muchos beneficios.

Se podrían añadir otros argumentos. Pero concluimos señalando la necesidad de poner en cuestión el significado de frases como «la economía va bien» (por cierto, acuñada mucho antes de Aznar). Actualmente sabemos que el mero crecimiento no supone una mejora social. Por un lado, el crecimiento puede suponer la reducción del patrimonio futuro de la Humanidad en recursos naturales o aumentando la contaminación; por el otro, sabemos que en la actualidad está aumentando el número de pobres en el mundo, e incluso en los países ricos, mientras que la precariedad y la incertidumbre se instalan en muchas vidas. Si resulta que el crecimiento de un país requiere un empeoramiento de la situación de la gente, ¿qué sentido tiene? El modelo actual es radicalmente inviable para proporcionar el bienestar a la sociedad. No queda más remedio que revisar profundamente el modelo de sociedad hacia el que queremos avanzar.

Pero, ¿tienen alguna viabilidad las propuestas alternativas? Porque las propuestas alternativas han de ser viables para que sean válidas. Evidentemente, impulsar un modelo de política económica a lo largo de estas líneas no es tarea sencilla. Pero ya hemos señalado que el problema de una política alternativa es más político que técnico y que un programa económico verdaderamente alternativo sólo podrá establecerse a partir de una composición de fuerzas sociales y políticas que apoye tal opción. Con una importante presencia de quienes pretenden una sociedad y una forma de vida diferente, no sólo moderadas reformas en los márgenes del modelo actual.

Lo que requerirá replanteamientos, debates y movilizaciones permanentes. La maduración de una estrategia y el respaldo que la convierta en una opción real no

es automática. Ha de abrirse paso con un intenso esfuerzo ideológico para incidir en esa correlación de fuerzas. Lo que obliga a definir con el mayor rigor la naturaleza esencial de la alternativa, sus contenidos básicos, sus lineamientos a largo plazo y sus propuestas de políticas alternativas. Si somos capaces de caminar en esa dirección y plantearla con energía, a pesar de las dificultades que plantea la globalización, será posible encontrar espacios alternativos. Además, aceptar que la globalización actual impide todo cambio de modelo, supone renunciar a cualquier posibilidad para iniciar una senda autónoma de desarrollo, resignarse a que las cosas son como son ahora y que nunca será posible modificarlas. Supone renunciar a la capacidad del ser humano de incidir en el destino de la Humanidad.

La economía global: lo viejo y lo nuevo

José Manuel García de la Cruz

*Profesor titular de la Universidad
Autónoma de Madrid*

Sumario

1. La relación Estado-nación y globalización.—2. La dimensión transnacional de las actividades económicas.—3. Los retos para la política económica.—4. Conclusiones.

RESUMEN

El artículo trata de delimitar el contenido económico de la globalización. Ésta no es solamente la expansión de las relaciones mercantiles sino que supone una alteración profunda del papel del Estado-nación y de las empresas multinacionales en el funcionamiento del sistema económico capitalista.

Mientras que el derecho de propiedad y la regulación del mercado de trabajo continúan siendo responsabilidad del Estado-nación, las empresas multinacionales operan como fábricas globales que atienden a mercados globales. La globalización desde esta óptica ha contribuido a clarificar las relaciones fundamentales del sistema capitalista, al tiempo que muestra con absoluta claridad las desigualdades que genera.

En consecuencia, se hace necesario incorporar objetivos transnacionales a los propios de las políticas económicas nacionales y también la reforma del sistema institucional creado tras la Segunda Guerra Mundial para su adecuación a la nueva situación.

ABSTRACT

The article tries to define the economic content of globalisation. This is not only the expansion of trade relationships but a deep change in the role of the State and of the international companies which work in the economic system of capitalism.

Whereas the right over possessions and the regulation of job market are still responsibilities of the State, the international companies work as global factories that supply global markets. From this point of view, the globalisation has helped to clarify the relationships into the capitalist system, showing at the same time the difficulties that it generates.

That is why it is necessary to incorporate targets which are transnational to those of the economic national policies and also to reform the institutional system created after the Second World War to adequate it to the new situation.

Aunque fue en el campo de la comunicación en el que con más éxito prendió el término de globalidad, actualmente es en la economía donde con mayor énfasis se utiliza como referencia a una nueva situación, a una nueva realidad. Nueva en cuanto a formas de actuar, de exigencia de comportamientos distintos en un contexto que obliga a conceder más importancia a los efectos que sobre el entorno más inmediato producen los acontecimientos más distantes. La idea de interdependencia sustituye a la de autonomía y la de economía-mundo a la de economía-nacional. Así, según una de las definiciones más divulgadas, la economía global tiene «la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria» (1).

Esta nueva realidad económica ha estado acompañada en su gestación por la expansión del neoliberalismo económico, de manera que la globalización se presenta como el triunfo definitivo del mercado como institución rectora de las relaciones económicas, que opera en el conjunto de la economía mundial, sin diferenciación de países, ni sectores económicos y esferas de actividad. Para los apologetas (2) del mercado esta situación merece todo tipo de complacencias, no obstante le atribuyen los méritos de la eficacia y la eficiencia. Como corolario, identifican el buen funcionamiento del mercado con la libertad del individuo y exigen la supresión de cuantos controles e intervenciones puedan existir, presentados como ineficaces, ineficientes y sobre todo arbitrarios. La frase «menos Estado y más

(1) CASTELLS, M.: *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, vol. I. «La sociedad red», Madrid, Alianza Editorial, 1997, pág. 120.

(2) El magnate George SOROS los denomina «fundamentalistas». SOROS, G.: *La crisis del capitalismo*, Madrid, Ed. Debate, 1998, pág. 22.

sociedad, menos intervención y más mercado» resume las equivalencias Estado a intervención y sociedad a mercado.

Por el contrario, se puede interpretar la globalización como un momento concreto de la tendencia del sistema capitalista a expandirse más allá de los marcos regulatorios nacionales hasta constituirse en el único modo de producción mundial (3). El sistema capitalista, tras madurar dentro de las rígidas normas nacionales, rompe los límites de los Estado-nación en tanto que se vuelven obstáculos para la continuidad de su movimiento expansivo. Lógicamente, esta interpretación conduce a un creciente pesimismo acerca de las consecuencias de la globalización, en la medida en que el sistema capitalista en su dinámica de concentración y centralización económica se acompaña de la aparición de múltiples desigualdades, además de la persistente asimetría funcional entre los propietarios del capital y los demás, base del sistema.

A partir de estas posiciones, las discusiones sobre la globalización coinciden en atribuir una importancia central a los tres puntos siguientes, que serán tratados seguidamente:

- La relación Estado-nación y globalización.
- La dimensión transnacional de las actividades económicas.
- Los retos para la política económica.

1 LA RELACIÓN ESTADO-NACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

Aunque la Historia nos muestra que la presencia del Estado o (para no entrar en laberintos de definiciones y problemas de

(3) Para Aldo FERRER es la tercera ola de un proceso que se inició en el siglo xv con los descubrimientos marítimos. FERRER, A.: *Historia de la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996 y 2000.

identificación de las diferentes estructuras políticas) de las instancias de poder político y normativo en la economía ha sido constante: desde la fijación de los límites espaciales de los mercados hasta la garantía de la moneda, la regulación del comercio o las diferentes formas de defensa de la propiedad, es un lugar común atribuir buena parte del éxito de la economías capitalistas desarrolladas desde finales de la Segunda Guerra Mundial a la puesta en marcha de las políticas económicas de inspiración keynesiana, dando lugar a las denominadas economías mixtas o economías sociales de mercado.

En estos modelos se admitía la intervención pública de forma directa en la gestión de la actividad económica. Por medio de los impuestos y de los gastos públicos, de las empresas de titularidad pública, de la reserva del mercado nacional para los productores nacionales con medidas comerciales proteccionistas, del control de los movimientos de capitales y con la intervención directa de los bancos centrales en la fijación de los tipos de cambio de las monedas nacionales, etc., se consolidó un sistema social que trataba de compatibilizar la eficiencia del comportamiento de los agentes privados en el mercado con el objetivo de equidad atribuido a la intervención del Estado. La universalización del acceso a la enseñanza y a la sanidad, junto a las diversas políticas de protección social, fueron los mecanismos más comúnmente empleados en pos de una sociedad más equitativa y cohesionada socialmente.

No cabe duda de que la estabilidad en el crecimiento y los notables ritmos alcanzados durante las décadas de los años 50 y 60 se debieron en gran medida a la eficacia de estos modelos y también al respaldo político y social que lograron; el pacto social sustituyó en buena medida al enfrentamiento y la expectativa de mejora individual y colectiva fue suficiente para frenar muchas de las urgencias. El modelo de crecimiento con reparto

se quiso extender al conjunto de la economía mundial (4), aunque, como denuncia la permanencia del subdesarrollo los resultados no fueron los buscados y, sobre todo, no pudo evitar, como era la intención del propio KEYNES, la aparición de desequilibrios desencadenantes de crisis económicas.

Porque hay que indicar que la globalización es consecuencia inmediata de la crisis de los años setenta (5), con sus diversas manifestaciones, como la caída de productividad de las industrias (entonces) básicas, la ruptura del sistema monetario internacional, los déficits en las cuentas públicas, la elevación de los precios de la energía o el agravamiento de las consecuencias del endeudamiento internacional. La búsqueda de soluciones a estos problemas justificaron la puesta en marcha de medidas de liberalización y ajuste económico, con el resultado de reducción de la capacidad de participación de las autoridades en los asuntos económicos.

El hecho de que la aceleración de la globalización sea resultado de la respuesta dada desde las economías con alto endeudamiento externo, por un lado, y con déficits fiscales, por otro, es presentado por los defensores del mercado como la mayor de las evidencias a favor de sus tesis: habría sido la irresponsabilidad de los Gobiernos la que extremó el riesgo financiero en las economías endeudadas y la demagogia política la que alargó y amplió un sistema de protección social ineficiente y costoso.

Sin embargo, a pesar de las decisiones de desregulación de la economía, la apertura externa al comercio y a la entrada de

(4) Las distintas estrategias de desarrollo fueron de contenido revolucionario o reformistas, como la industrialización por sustitución de importaciones, que se pusieron en marcha hasta la crisis de los años setenta, trataron de juntar ambos objetivos.

(5) BERZOSA, C.: «Mercado, Estado y Economía Mundial», en *Revista de Economía Mundial*, 1999, n.º 1, págs. 29-50.

capitales o la privatización de los sectores públicos empresariales, los Estados nacionales siguen siendo los garantes principales del funcionamiento de las economías. Si a los Gobiernos de las economías endeudadas se les exige la responsabilidad de la devolución de las deudas, en las economías más desarrolladas las autoridades asumen la responsabilidad del buen funcionamiento del mercado, bajo las denominadas políticas de defensa de la competencia (6). Al mismo tiempo, las políticas económicas nacionales deben mantener la demanda por medios tan tradicionales como la reducción de los tipos de interés o las inversiones y las compras públicas o los programas de apoyo a determinados sectores en crisis o estratégicos.

Pero lo más importante es que la globalización refuerza la principal institución del sistema capitalista, la propiedad privada, y mantiene el papel de la fuerza de trabajo en la acumulación. Pues bien, ambas responsabilidades siguen estando atribuidas a los Estados nacionales.

Los procesos de liberalización y privatización se han acompañado de medidas que han consolidado el derecho de propiedad privada frente a la utilidad pública, los desarrollos tecnológicos han venido a ampliar su campo de manera que a la secuencia bienes físicos, capital, trabajo y se ha incorporado el amplio espectro de los intangibles, que incluye desde tecnologías a conocimientos, desde el uso de aparatos al conocimiento del genoma humano. Los sistemas de patentes que habían sido abandonados como protección de las innovaciones físicas se han visto profundamente perfeccionados ante la expectativa de apropiación de la vida y su funcionamiento. El debate se plantea en los foros internacionales, pero los registros y las

(6) Hay que resaltar la perversión que supone defender con los argumentos teóricos de los mercados competitivos unas políticas que viene a avalar las estrategias oligopólicas de las empresas.

leyes son nacionales, aunque su aplicación pretende ser universal (7).

La regulación del mercado de trabajo nacional no solamente se considera una atribución irrenunciable de los Gobiernos sino que es el ámbito de la intervención económica y social en la que apoyan tanto las estrategias de competitividad de los sistemas productivos nacionales, como las políticas fiscales y las de cohesión social. Pero también es cierto que la apertura de la economía ha modificado los argumentos empleados a favor de la intervención protectora de los mercados nacionales de trabajo, de manera que el empleo y los salarios no se ligan directamente a la productividad y a las políticas de equidad, sino a las exigencias de la competencia internacional, es decir, a las de las empresas que, de esta forma, acaban por ser los representantes de la capacidad económica de las naciones. La flexibilidad, la temporalidad, la limitación de los derechos sociales, el control migratorio son las pautas a seguir en nombre de la competitividad, necesaria para crecer y requisito, a su vez, para la generación de empleo. El resultado no es sino la desarticulación de los sistemas de protección al trabajo, que de esta manera se despoja de su atributo de derecho de la persona y queda en su desnudez de mercancía.

La desigualdad entre los distintos mercados de trabajo se mantiene como consecuencia de los procesos históricos, de las diferentes especializaciones productivas, de la desigual oportunidad de su transformación y, especialmente, por la profundización de la división internacional del trabajo, y ahora más que nunca en la concentración del mercado mundial en el de las

(7) La discrepancia en torno a los precios de los fármacos contra el SIDA no es sino un ejemplo, no solamente de la potencial incompatibilidad entre los derechos humanos y la propiedad privada, sino también de la capacidad de expansión de ésta hasta escenarios desconocidos hasta ahora. J. RIFKIN aporta numerosos ejemplos en esta dirección en *La era del acceso*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2000.

economías más desarrolladas. Si en las economías de alta renta los trabajadores compiten entre sí para que la economía nacional sea competitiva, los trabajadores del Tercer Mundo compiten también entre ellos sin otro objetivo que el de seguir insertos en la economía mundial.

2

LA DIMENSIÓN TRANSNACIONAL DE LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Si cabe poner en cuestión el papel de los Estado-nación, lo contrario ha sucedido con el de las empresas. La apertura de las economías, la liberalización de los movimientos de capitales y la aplicación de las nuevas tecnologías de comunicaciones y tratamiento de la información han facilitado la creación de un mercado financiero internacional. Además, han alterado el marco de competencia internacional con amplios y poderosos efectos sobre la internacionalización de la actividad de las empresas y, particularmente, en la consolidación de las empresas multinacionales como agentes determinantes del funcionamiento de la economía mundial (8).

Si en los orígenes de la acumulación capitalista aparecen las inversiones extranjeras ligadas al aprovisionamiento de materias primas, o de producciones altamente remuneradoras, ya desde comienzos del siglo XX otros aspectos como el acceso al

(8) Por ejemplo, según datos de la ONU, el valor de las inversiones extranjeras directas ha pasado de algo menos de 600.000 millones de dólares en 1982, a superar los 4.800 millones en la actualidad. Los empleos en las empresas filiales han aumentado desde los 17,5 millones en 1982 hasta los 40,5 en 1999 y las ventas en los mercados internacionales desde empresas filiales han pasado de 637.000 millones de dólares a 3.167 miles de millones de dólares entre los mismos años, pasando de suponer la tercera parte de las exportaciones mundiales en 1982 a significar la mitad del mismo en 1999. Si se añaden las exportaciones de las propias casas matrices, se llega a la conclusión de que el libre comercio internacional lo ejecutan en sus tres cuartas partes unas 50.000 empresas multinacionales.

mercado o las estrategias competitivas entre las grandes empresas pasan a intervenir de manera directa sobre el proceso de multinacionalización, incentivado, a veces directamente y otras de manera indirecta, por la propias decisiones de política económica de los Estados-nación. Pues bien, los procesos de privatización de los sectores públicos empresariales, junto la apertura económica, tanto comercial como de las cuentas de capital, y las decisiones de liberalización de los mercados nacionales, ha impulsado el movimiento de internacionalización de las inversiones directas (9).

Este proceso ha estado acompañado, lógicamente, de un cambio en la posición e importancia de los participantes, destacando las actividades financieras y los nuevos sectores liberalizados o apoyados en nuevas tecnologías, pero esto no ha cambiado su naturaleza, como tampoco ha modificado su papel en la definición de la división internacional del trabajo, ni ha alterado sustancialmente su contribución a la estructuración del comercio internacional. Su mayor relevancia en el nuevo contexto viene dada por dos factores: El primero, porque ante las disminución de la intervención directa del Estado en los asuntos económicos el papel de las empresas multinacionales se ha visto engrandecido, y, segundo, porque su movilidad, junto al empleo de las tecnologías de comunicación, ha permitido a estas empresas constituirse como fábricas globales que atienden a mercados globales. Han pasado de aprovechar las desigualdades entre economías en su disponibilidad de recursos naturales, en su niveles de desarrollo, en sus estructuras laborales o en sus mercados de consumo, a gestionar el funcionamiento de todos estos factores desde la sola óptica de la maximización de sus ganancias.

(9) ALBARRACÍN, J.: «La aldea global: el proyecto y la realidad», en GUERRERO, D. (editor): *Macroeconomía y crisis mundial*, Madrid, Ed. Trotta, 2000, págs. 197-212.

No hay que olvidar que el hecho de que con la globalización el papel ocupado por las empresas multinacionales en el centro de la producción, la distribución y el consumo de la economía mundial descubre la contradicción entre el aprovechamiento de las facilidades de la fábrica global con la creciente diferenciación entre los consumidores (10). La relación Norte-Sur se aclara y simplifica a través del proceso de producción-venta de las empresas multinacionales.

Ahora bien, una de las mayores incomodidades de los defensores de la globalización como gran mercado mundial es la existencia, reforzamiento y multiplicación de los bloques regionales, que también son resultado de la transnacionalización económica. Ciertamente, tras el regionalismo que se produjo en los años cincuenta y sesenta, y del cual queda como mayor logro la Unión Europea, se han venido desplegando numerosas iniciativas, como Mercosur, y otras en las que interviene directamente los Estados Unidos, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el Área de Libre Comercio Americana, por citar las más relevantes. Además, en la Unión Europea se comienzan a romper las limitaciones de un modelo básicamente comercial con la incorporación de una moneda única de profundas repercusiones sobre la integración más allá de la economía, suceso al que hay que añadir los planes de ampliación a nuevos miembros.

Los efectos sobre el mercado global son dispares, mientras que en principio se acepta la creación de zonas de libre comercio y de uniones aduaneras como mecanismos que han de facilitar la posterior expansión del comercio internacional y mun-

(10) De hecho, aunque las políticas de privatización ha incrementado los flujos de inversión hacia las economías en desarrollo, más de dos terceras partes de las inversiones directas se producen entre los centros de la economía mundial, es decir, EE.UU., la Unión Europea y Japón que, a su vez intervienen en el 70% de los intercambios de mercancías y servicios.

dial, es obvio que la mayor parte de esta expansión se concentra dentro de los propios bloques regionales, produciendo una cierta contradicción entre el aparente resultado positivo de la apertura comercial junto con la concentración de los flujos entre socios previamente seleccionados, y, por tanto, incrementando el riesgo de exclusión y marginación del resto.

Hay que hacer notar, sin embargo que lo anterior no es incompatible con la valoración positiva de la contribución de los bloques comerciales a la expansión del comercio internacional. De hecho los últimos avances de la integración económica, particularmente los impulsados en América Latina, tiene como objetivo la mejor participación de sus economías nacionales en la economía mundial (11), interpretándose la integración económica como un instrumento al servicio de la apertura externa (integración abierta) y de fortalecimiento de la debilitada capacidad negociadora de los Estado-nación.

3 LOS RETOS PARA LA POLÍTICA ECONÓMICA

En la globalización el Estado-nación conserva atribuciones específicas fundamentales para el mantenimiento del sistema capitalista, pero las formas de intervención que lo legitimaban y evitaban el conflicto social se han visto debilitadas. Así, la responsabilidad de la intervención pública con el fin de asegurar un crecimiento económico compatible con la redistribución de sus resultados en un marco de estabilidad y en que el que la provisión de bienes públicos sirviera tanto a estos fines como a la mejora de la cohesión social, ha sido sustituida (o ampliada) con la necesidad de adaptación a la competencia global, junto

(11) En otro lugar se ha explicado la contribución del euro a esta estrategia. GARCÍA DE LA CRUZ, J. M., y RUESGA, S. M.: *El euro. Mucho más que una moneda*, Madrid, Acento Editorial, 1998.

con la priorización de la estabilidad de los precios y el logro de la confianza de los operadores en los mercados de cambios y financieros.

En el nuevo contexto, la tradicional incompatibilidad entre algunos objetivos de la política económica se ha hecho más manifiesta en tanto que los instrumentos disponibles se han debilitado. Por ejemplo, la presión fiscal disminuye y el equilibrio presupuestario se defiende para no generar desconfianza, la flexibilización de los mercados de trabajo dificulta la política de cohesión social, la apertura de las cuentas de capital ha creado un mercado financiero internacional en el que los movimientos de capital se combina con las cotizaciones bursátiles y éstas con las modificaciones de los tipos de cambio, haciendo más difícil, por no decir imposible, la adopción de políticas económicas autónomas (12). La vulnerabilidad externa de todas las economías, cuya manifestación más extrema son las crisis cambiarias y financieras, se ha incrementado hasta extremos en los que el riesgo sistémico ha pasado a ser una preocupación central en el diseño de las políticas económicas nacionales e internacionales.

La globalización ha tenido como mentores intelectuales a los organismos internacionales (13). Particularmente el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y de otra forma el grupo del Banco Mundial. Si el FMI impulsó (e impuso) las políticas de apertura externa a la circulación de capitales como mecanismo adicional a las políticas de ajuste en las economías altamente endeudadas, y fue seguido, con carácter general, por las econo-

(12) GARCÍA DE LA CRUZ, J. M., y SÁNCHEZ DIEZ, A.: «Globalidad y concentración económica: implicaciones para la política económica y del desarrollo», en *Revista de Economía Mundial*, 2000, n.º 2, págs. 53-85.

(13) Aunque sea obvio, hay que recordar que estos organismos son internacionales, es decir, que sus propuestas e indicaciones responden a las de los Gobiernos de cuyos países son miembros.

mías más industrializadas, el GATT ha impulsado la apertura comercial.

Sin embargo, tanto las políticas de una y otra institución están en entredicho, el FMI por un dato evidente, el endeudamiento no solamente no ha disminuido sino que ha aumentado (14), la supresión de los controles sobre tipos de cambio nacionales no ha dotado de más flexibilidad a las economías sino que, como las recurrentes crisis financieras denuncian, ha hecho más frágil el sistema, y, además, ha debilitado a la propia institución en tanto que sus capacidades de intervención se han visto disueltas ante el poder de los movimientos de los capitales privados.

Por su parte el GATT, que hubo de convertirse en Organización Mundial de Comercio para poder presentarse como un instrumento realmente multilateral, ha debido reconocer que el libre comercio está plagado de contradicciones entre los grandes defensores de la idea, las economías más desarrolladas, de manera que los conflictos comerciales se suceden. Por otro lado, su afán universalista al querer regular el comercio de servicios y los derechos de propiedad intelectual está colocando en un severo aprieto la generalización del concepto de propiedad sobre bienes materiales cuya producción es directamente atribuible a sus detentadores a terrenos en los que la intangibilidad es su característica y en los que los derechos de las personas alcanzan dimensiones hasta ahora desconocidas. Precisamente es la incapacidad de responder a estas cuestiones lo que impide el lanzamiento definitivo de la Ronda del Milenio, que ha de impulsar otra oleada de liberalización de las relaciones económicas internacionales.

(14) Cabe recordar que, según datos del FMI, a pesar de estas medidas los 760.000 millones de dólares de deuda externa de las economías en desarrollo de 1982 se han elevado hasta 2.200 miles de millones en la actualidad.

Por su parte el Banco Mundial ha sido incapaz de mantener una estrategia propia ante los problemas del subdesarrollo, condicionando su actuación al cumplimiento de los requisitos marcados por el FMI y manteniéndose insensible ante los mensajes que desde otras instancias del propio sistema de Naciones Unidas, al que pertenece, como el PNUD o la UNCTAD, se han venido produciendo.

En definitiva, la globalización no solamente ha debilitado la capacidad de intervención del Estado-nación, también ha afectado al funcionamiento de las instituciones multilaterales que nacieron, precisamente, acompañando a la intervención pública en la economía. Por lo tanto, la redefinición de los campos de actuación del Estado-nación no puede aislarse de la reforma del funcionamiento de las organizaciones internacionales, e incluso su sustitución por otras que incorporen nuevos objetivos e instrumentos y que integre la relación de la economía con otros elementos de la vida social e incluso con el medio físico (15).

A la limitación de la capacidad de los Estados y de las instituciones multilaterales se ha venido a añadir la desorientación producida por el cambio de ritmo de crecimiento económico coincidiendo con el cambio de siglo. Con independencia de que se trate del comienzo de una recesión o de una ralentización del ritmo de crecimiento, es evidente que, como la Historia pone al descubierto reiteradamente, los ciclos económicos son inherentes al sistema capitalista y que solamente a través de una política económica certera se puede salir de ellos de forma que el resultado sea positivo. A este hecho hay que sumar la imperiosa necesidad de abordar la superación del subdesarrollo que

(15) La necesidad de incorporar una dimensión pluridisciplinar al análisis de la globalización queda patente a lo largo de la interesante obra de Ángel MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, *Economía política de la globalización*, Barcelona, Editorial Ariel, 2000.

afecta a la mayor parte de la Humanidad al tiempo que hay que evitar el riesgo de exclusión a escala mundial (16).

Sin cuestionar el sistema, cobra fuerza la necesidad de reordenar la política económica y sus instrumentos a escala global. Una política económica que ha de asumir la urgente necesidad de identificar una cesta de bienes públicos universales en la línea de la experiencia keynesiana, así como del diseño de los mecanismos de su financiación a partir de activos comunes, como el medio ambiente o la propiedad transnacional. Hay que profundizar la coordinación de las políticas nacionales y reforzar la supervisión multilateral sobre los asuntos internacionales, e incluso habrá que abordar la creación de un nuevo marco institucional más acorde con la nueva realidad.

4 CONCLUSIONES

De lo expuesto se desprende que la globalización se presenta como el estadio en el que las economías nacionales han perdido la importancia central que han tenido a lo largo de la historia del capitalismo y en la creación del sistema de relaciones económicas internacionales y sus instituciones, compartiendo protagonismo con las empresas multinacionales, auténticas vertebradoras del sistema económico mundial. A esta situación se ha llegado como consecuencia de las transformaciones de la propia dinámica expansiva del sistema capitalista, favorecida por las medidas de desregulación, privatización y apertura con las que se hizo frente a los problemas derivados de la crisis de los años setenta. Sin embargo, entre

(16) Ya forma parte de los argumentos más críticos contra la globalización el recordar, con el PNUD, que el 26% de la población mundial dispone de un solo dólar diario para cubrir su necesidades o que un 37% solamente alcance un tercio del consumo medio de sus conciudadanos.

las competencias que de forma indelegable conservan los Estados-nación se encuentra la garantía del derecho de propiedad y la regulación del mercado de trabajo, instituciones fundamentales del sistema capitalista.

Presentadas como dos instituciones de origen y características distintas —artificial el Estado y natural el mercado— y apostando claramente por la supuesta mayor eficacia y eficiencia del mercado, los fundamentalistas de mercado (17) interpretan la globalización como la creación de una sola economía, en la que la libertad de circulación de las mercancías y de los capitales (los más radicales y coherentes no entienden las limitaciones a la circulación de personas) hace innecesaria el mantenimiento de los Estados o al menos sus funciones económicas.

Sin embargo, la globalización descubre la incompatibilidad entre la búsqueda de la mejora de la eficiencia productiva, de la ganancia y de bajos costes laborales con la necesidad de mantener la capacidad de compra de la sociedad de consumo. La contradicción, en términos marxistas, entre la creación de las condiciones de producción de plusvalía y las de su realización.

Por otro lado, con la globalización las desigualdades inherentes al sistema y sus riesgos se muestran con mayor claridad, por lo que ante el debilitamiento de la capacidad de intervención del Estado-nación y la inadecuación del sistema institucional multilateral se hace necesario la construcción de un nuevo marco de relaciones internacionales que, a partir del reconocimiento de los problemas comunes, articule una política económica que incorpore la equidad y el desarrollo económico como elementos centrales de su orientación.

Globalización, brechas tecnológicas y empleo

Pablo Martín Urbano

Profesor de la Universidad Autónoma de Madrid

Marta Tostes Vieira

Profesora de la Universidad de Lima

Sumario

1. Introducción.—
2. Ciclos tecnológicos y los cambios en la estructura ocupacional.—
3. Las TIC como factor acelerador de la globalización.—
4. El acceso a las TIC y las brechas tecnológicas.—
5. Conclusiones.—
6. Bibliografía.

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo analizar la relación entre la globalización y la nueva base tecnológica, a la vez que se estudia los impactos ocupacionales, diferenciando estos efectos conforme el nivel de desarrollo socio-económico de los diversos países. Para lograr este objetivo, se examinan tres temas fundamentales: el análisis de los ciclos tecnológicos y de las transformaciones en la calidad y cantidad de empleo de las diferentes economías; las TIC como un factor de aceleración del crecimiento económico mundial y del proceso de globalización, resaltando la tendencia de los indicadores tecnológicos, y el acceso a las TIC como caracterizador de los distintos niveles tecnológicos de los países, especialmente en lo que se refiere al mercado

de trabajo. Por último, se encuentran las conclusiones y las recomendaciones respecto a la necesidad de reducir la brecha tecnológica entre los países más desarrollados y los que poseen menor nivel de desarrollo.

ABSTRACT

The target of this article is to analyse the relationship between globalisation and the new technological basis, at the same time that it studies the occupational impacts, making the difference bearing in mind the level of socio-economic development of each country. To reach this objective, we have to examine three main subjects: the analysis of the technological cycles, the TIC as a main factor in the economic growth of the world and the access to the TIC as a sample of the different technological levels of the countries. Finally, we can find the conclusions and recommendations in relation with the need of reducing the technological differences between the developed and non developed countries.

1 INTRODUCCIÓN

Originadas a partir del desarrollo de la microelectrónica, de la informática y de las telecomunicaciones, las llamadas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) pasaron a hacer parte del entorno diario de millones de personas en el mundo, especialmente aquellas que se manejan en el entorno de Internet. Este proceso permitió la aceleración de la globalización no solamente de las actividades económicas, sino que fue la base para la constitución de la Sociedad de la Información, virtualmente interconectada en todo el mundo, superando diversos límites relacionados con las distancias de tiempo y espacio. Pero, ¿son estas tecnologías tan democráticas, permitiendo la comparación de Internet con la antigua biblioteca de Alejandría?

El informe anual de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para el año 2001 señala que el 70% de los trabajadores en Estados Unidos utilizan intensivamente las TIC en su centro de trabajo, mientras el 50% de la población mundial nunca efectuó una llamada por teléfono. Los datos sobre la brecha digital son muy significativos, entre los cuales se puede destacar que el total de internautas representa el 5% de la población mundial y el 88% se encuentra en los países industrializados. En este contexto, cabe señalar que Estados Unidos y Canadá concentran por sí solos el 57% de los usuarios mundiales de la Red y que el 75% del total de información en Internet se produce en inglés. El perfil del internauta es hombre, joven, viviendo en áreas urbanas y con altos niveles educativos, mientras los principales grupos desfavorecidos son los «analfabets», principalmente mujeres, con edades avanzadas y habitantes del mundo rural.

El objetivo de este artículo es analizar la relación entre la aceleración del fenómeno de la globalización y el cambio en la base tecnológica, a la vez que se estudia los impactos sobre la estructura ocupacional, diferenciando estos efectos conforme el nivel de desarrollo socio-económico de los diversos países. Para lograr este objetivo, se examinan tres temas fundamentales. La segunda parte de este artículo se centra en el análisis de los ciclos tecnológicos y de las transformaciones en la calidad y cantidad de empleo de las diferentes economías, utilizando para ello la perspectiva de los nuevos sistemas tecnológicos. En la tercera parte se analiza las TIC como un factor de aceleración del proceso de globalización, resaltando la tendencia de los indicadores de crecimiento económico mundial y de desarrollo tecnológico del Banco Mundial. En la cuarta parte se estudia el acceso a las TIC en el ámbito laboral y las diferencias entre los distintos niveles tecnológicos de los países, especialmente en lo que se refiere al mercado de trabajo, que fue la temática de los últimos informes de la OIT y del PNUD. Por último, se encuentran las conclusiones, que señalan la dificultad de generalizar los análisis respecto de países con diferentes niveles de desarrollo socio-económico, y las recomendaciones respecto a la necesidad de reducir la brecha tecnológica.

2

LOS CICLOS TECNOLÓGICOS Y LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL

El modelo teórico de FREEMAN, CLARK & SOETE (1985) buscó analizar el comportamiento de las ondas largas del capitalismo, partiendo del análisis de los «nuevos sistemas tecnológicos». Ellos ponen más énfasis en la función de los «descubrimientos científicos», en las interrelaciones técnicas y sociales

existentes entre las familias de innovaciones y en las múltiples innovaciones subsiguientes que aparecen durante el período de difusión. Argumentan que es menos importante el momento efectivo de aparición de una innovación básica que la interacción de una agrupación de innovaciones o las transformaciones sociales que incentiven una gran cantidad de inversiones, haciendo crecer rápidamente el mercado. La producción de las innovaciones básicas debe ser atractiva para el productor y su consumo tiene que aumentar la rentabilidad para aquellos que la adoptan, estimulando el «efecto arrastre» en diversos sectores.

Según el modelo de los nuevos sistemas tecnológicos, el efecto sobre el empleo tanto en los sectores productores de nuevas tecnologías como en las demás ramas, depende de la fase del ciclo en la cual se encuentre. Antes de iniciar el ciclo tecnológico, el desarrollo de inventos básicos y la explotación tecnológica permite la generación de efectos a pequeña escala sobre el empleo en las industrias productoras, que necesitan profesional con alto nivel de cualificación, con intenso entrenamiento y aprendizaje en el puesto de trabajo y en actividades de I+D.

Cuando la definición de un nuevo sistema tecnológico implica el nacimiento de un nuevo ciclo económico, el efecto «arrastre» promueve grandes inversiones en I+D en nuevos productos y aplicaciones, preparando a los demás sectores para el cambio en el patrón tecnológico. En esta fase, los efectos sobre la generación de empleo son muy intensos tanto en la actividad productora de las nuevas tecnologías como en otras industrias y servicios. Dependiendo de la capacidad de respuesta más o menos rápida, la formación y la capacitación profesional van adaptándose a la nueva realidad, pero mientras este proceso no se consolida, se presenta una escasez de oferta de

las nuevas cualificaciones, lo que promueve un incremento en las remuneraciones de estos profesionales. En las etapas siguientes, la «estanflación» y la depresión, los efectos sobre el crecimiento del empleo se reducen hasta detenerse, pues crece la intensidad de capital y se promueve un desplazamiento de la mano de obra en la medida que el resto de los sectores ya absorbieron el cambio tecnológico.

Este proceso pone de manifiesto la importancia de que los agentes sociales presenten una rápida capacidad de respuesta para adecuar la formación de la mano de obra a las exigencias del mundo empresarial, que cambian en la medida que se amplía la difusión de las nuevas tecnologías. De esta capacidad de reacción depende el tiempo de ajuste del mercado de trabajo a las transformaciones provocadas por la revolución tecnológica.

Respecto a los impactos de la innovación tecnológica sobre el nivel de empleo, es importante distinguir entre el efecto destrucción creadora y el efecto competitividad (TOSTES, 1998). El efecto destrucción creadora se relaciona con la creación y la destrucción de nuevos sectores a partir del reajuste en el tejido productivo motivado por las grandes innovaciones. Por su parte, el efecto competitividad es el efecto positivo sobre el empleo procedente del aumento de la demanda de los productos de una región motivado por el proceso de modernización. Cada nivel de análisis presenta una combinación diferente entre los dos efectos, por lo que estos impactos no son uniformes para todas las regiones, sino que dependen de su inserción económica a nivel mundial. En cuanto a los efectos sobre la estructura ocupacional, se ha puesto de relieve que los países en desarrollo se encuentran en desventaja respecto a la posibilidad de generación de empleos en el nuevo contexto tecnológico, pues ellos tienden a importar las

nuevas tecnologías, de modo que el multiplicador de este tipo de inversión con relación a los empleos utilizados en su producción permanece fuera de sus economías. Es importante señalar que la inserción en la división internacional del trabajo de las regiones en desarrollo en sectores con ventajas por el bajo coste de su fuerza de trabajo estimuló la especialización en un tipo de industria que absorbe una mano de obra poco cualificada. Los efectos negativos sobre el empleo procedentes de la introducción de innovaciones son mayores en estas economías, pues su trabajador típico es exactamente aquel más fácilmente sustituible.

3 LAS TIC COMO FACTOR ACELERADOR DE LA GLOBALIZACIÓN

La caracterización de la nueva economía basada en la utilización intensiva de las TIC presenta tres elementos fundamentales, según CASTELLS (2001): es informacional, es global y funciona en red. Respecto al primer aspecto, este autor destaca que los elementos clave para determinar la competitividad de las economías son la capacidad tecnológica y humana de generar, procesar y producir, ámbito en el cual adquiere un papel crucial la velocidad con que circula la información y el conocimiento. El segundo elemento señala que la globalización de la tecnología significa que las actividades económicas centrales trabajan como una unidad en tiempo real a nivel planetario a través de una red de interconexiones. La actividad financiera también está cada vez más globalizada y, como explica CASTELLS, «hay que tener en cuenta esto, porque se hunde el *baht* Tailandés y afecta mis ahorros en La Caixa, a través de una serie de interacciones y de oleadas sucesivas en el tiempo. Que los mercados de capitales estén interconecta-

dos es nuevo, porque sólo ahora, en los últimos diez años, se ha creado la infraestructura tecnológica que permite la interconexión instantánea de capitales». La tercera característica es que funciona en redes de trabajo, lo que presenta ventajas en términos de flexibilidad y adaptación rápida a la demanda, aunque exige gran capacidad de coordinación. En este sentido, las empresas-red (que no son redes de una empresa) se han constituido por la descentralización de las grandes empresas, permitiendo gran autonomía de decisión a departamentos y divisiones en cada mercado y en cada actividad específica. Del mismo modo, las pequeñas y medianas empresas que han constituido alianzas entre ellas, consiguen desarrollar actividades en red, pero no en redes estables, pues deben adaptarse a los rápidos cambios en la demanda.

Además de caracterizar la nueva economía, es importante señalar cómo ésta repercute sobre la evolución de la economía a nivel internacional. Según los datos del Banco Mundial, reflejados en el Cuadro 1, durante la década de los ochenta el PIB de los países desarrollados crecieron en conjunto el 4,4%, mientras los países en desarrollo lo hicieron al 3,2%, lo que significa que la distancia entre sus economías se amplió. En los años noventa, el crecimiento de los países en desarrollo (3,5%) superó a los desarrollados (2,4%), aunque esta expansión se concentró fundamentalmente en los países del Asia oriental y el Pacífico (7,4%).

Pero es importante entender las relaciones económicas con el exterior a partir de la apertura de mercado de los países en desarrollo. Como se puede observar en el Cuadro 1, la liberalización del comercio exterior implicó para la mayoría de los países latinoamericanos un saldo negativo en la balanza comercial, pues mientras la participación en el total de las exportaciones mundiales crecía del 4,3% al 5,2%, entre 1990 y 1998, el total de

importaciones casi se duplica (del 3,5% al 6,3%). Sin embargo, la participación de exportaciones de alta tecnología sobre el total continuó en torno al 12%, casi la mitad del total mundial (22%) e inferior a los países más desarrollados (33%). Esta realidad debe ser contrastada con los países asiáticos que consiguieron cambiar la estructura de sus exportaciones, ocupando el comercio de productos con tecnología punta un 28% del total. Además, es muy significativo que las tres cuartas partes de la inversión directa extranjera continúe concentrada en los países desarrollados, aunque la tendencia fue a aumentar este tipo de inversión en los países en desarrollo durante los años noventa.

Como se nota en el Cuadro 1, España se agrupa según su nivel de PNB *per cápita* entre los países más desarrollados, situándose en el puesto número cuarenta, entre los ciento y cincuenta países considerados por el Banco Mundial en su estudio. En este contexto, es importante resaltar que las exportaciones españolas vienen aumentando su participación en las exportaciones de los países desarrollados, pasando de representar el 2,14% en 1990 al 2,75% en 1998, con lo que duplicó su nivel de exportaciones en dólares. Sin embargo, su participación en el comercio mundial de productos con alta tecnología es baja, lo que se refleja en el hecho de que sólo el 7% de sus exportaciones son de esta naturaleza, frente a un 33% de promedio entre los países más desarrollados. Los demás datos relacionados con el nivel tecnológico de la economía española tampoco son muy alentadores, pues tiene la séptima parte del promedio de los países desarrollados en acceso a Internet, la mitad respecto al uso de computadoras y de científicos, aunque se acerca más respecto al gasto público en educación (93% del promedio de los países desarrollados) y al número de teléfonos (73%).

CUADRO 1**Producción, inversión y mercado de trabajo en países seleccionados según su nivel de desarrollo**

	PNB PER CÁPITA (US \$)	POBLA- CIÓN (MILLONES)	PNB (BILL. US \$)	PNB PER CÁPITA RANK 99	PEA (MILLONES)	VARIACIÓN PEA	PROMEDIO ANUAL DE CRECIMIENTO PBI	
	99	98	99		99	90-99	80-90	90-99
Japón	32.230	127	4.078,9	6	68	0,7	4,0	1,4
Estados Unidos	30.600	273	8.351,0	8	41	1,2	3,0	3,4
Alemania	25.350	82	2.079,2	13	41	0,4	2,2	1,5
Italia	19.710	58	1.136,0	28	26	0,7	2,4	1,2
Irlanda	19.180	4	71,4	30	2	2,1	3,2	7,9
España	14.000	38	551,8	40	17	0,9	3,0	2,2
Portugal	10.600	10	105,9	47	5	0,5	3,1	2,5
Países desarroll.	25.730	891	22.921,3	—	433	0,9	4,4	2,4
Argentina	7.600	37	277,9	55	15	1,9	-0,7	4,9
Chile	4.740	15	71,1	67	6	2,4	4,2	7,2
Brasil	4.420	168	742,8	70	79	2,2	2,7	2,9
Perú	2.390	25	60,3	95	9	2,7	-0,3	5,4
ALYC	3.840	509	1.954,9	—	219	2,5	1,7	3,4
Corea	8.480	47	397,8	51	24	2,1	9,4	5,7
Malasia	3.400	23	77,3	82	9	3,0	5,3	6,3
Tailandia	1.960	82	121,0	102	37	1,7	7,6	4,7
Filipinas	1.020	77	78,0	131	32	2,8	1,0	3,2
Asia Oriental y Pacífico	1.000	1.837	1.832,8	—	1.036	1,5	8,0	7,4
Países en desarr. (1)	2.000	2.887	5.323,2	—	1.374	1,5	3,2	3,5
Total mundial	4.890	5.975	29.323,0	—	2.892	1,7	3,2	2,5

(Continúa)

(Continuación)

	C.T.A. C.T.E. (MILLONES DE US \$)		EXPORTACIONES (MILLONES DE US \$)		EXP. ALTA TECNO. % TOTAL EXP)	IMPORTACIONES (MILLONES DE US \$)	
	90	98	90	98	98	90	98
Japón	44.078	120.696	287.581	387.927	26	23.368	28.484
Estados Unidos	-79.324	-220.559	393.592	682.497	33	516.987	942.645
Alemania	48.303	-3.445	421.100	542.812	14	355.686	470.656
Italia	-16.479	19.998	170.304	242.348	8	181.968	215.576
Irlanda	-361	906	23.743	64.380	45	20.669	44.526
España	-18.009	-3.135	55.642	109.037	7	87.715	132.789
Portugal	-181	-7250	16.417	24.177	4	25.263	36.912
Países desarr.	-	-	2.604.220	3.963.915	33	2.717.343	4.058.694
Argentina	4.552	-14.274	12.353	26.441	5	4.076	31.404
Chile	-485	-4.139	8.372	14.830	4	7.678	18.779
Brasil	-3.823	-33.829	31.414	51.120	9	22.524	60.730
Perú	-1.384	-1.384	3.230	5.735	3	3.470	9.840
ALYC	-2	-2	141.932	272.768	12	120.241	336.683
Corea	-2.003	40.558	65.016	132.313	27	69.844	93.282
Malasia	-870	-4.792	29.416	73.305	54	29.258	58.326
Tailandia	-2.988	14.048	23.070	54.456	31	33.379	42.971
Filipinas	-2.695	1.287	8.068	29.414	71	13.041	31.496
Asia Oriental y Pacífico	-	-	220.817	537.290	28	230.492	413.466
Países en desarr. (1)	-	-	613.5427	1.124.846	18	572.952	1.147.658
Total mundial	-	-	3.328.357	5.253.926	22	3.408.529	5.383.645

(Continúa)

(Continuación)

	INV. INTERNA BRUTA (% DE PBI)	INVERSIÓN DIRECTA EXTRANJERA (MILLONES DE US \$)		TELÉFONOS (POR CADA 1.000 PERS.)	COMPUT. (POR CADA 1.000 PERS.)	INTERNET (POR 1.000 PERS.)	GASTO PÚBLICO EDUC. (% DEL PNB)	CIENTÍ- FICOS (POR CADA 1.000 PERS.)
	99	90	99	98	98	98	97	98
Japón	29	1.777	3.268	503	237,2	208,06	3,6	4.909
Estados Unidos	19	48.954	193.373	661	458,6	1.939,97	5,4	3.676
Alemania	21	2.532	18.712	567	304,7	207,62	4,8	2.831
Italia	18	6.411	2.635	451	173,4	114,42	4,9	1.318
Irlanda	20	627	2.920	435	271,7	159,17	6,0	2.319
España	21	13.984	11.392	414	144,8	105,36	5,0	1.305
Portugal	26	2.610	1.783	413	81,3	90,67	5,8	1.182
Países desarr.	21	169.252	448.316	567	311,2	77,22	5,4	3.166
Argentina	18	1.836	6.150	203	44,3	38,48	3,5	660
Chile	24	590	4.638	205	48,2	26,42	3,6	445
Brasil	21	989	31.913	121	30,1	26,22	5,1	168
Perú	22	41	1.930	67	18,1	2,6	2,9	233
ALYC	21	8.188	69.323	123	33,9	22,33	3,6	–
Corea	27	788	5.415	433	156,8	60,03	3,7	2.193
Malasia	32	2.333	5.000	198	58,6	25,43	4,9	93
Tailandia	21	2.444	6.941	84	21,6	6,46	4,8	103
Filipinas	21	530	1.713	37	15,1	1,58	3,4	157
Asia Oriental y Pacífico	33	11.135	64.162	70	14,1	2,69	2,9	492
Países en des. (1)	24	21.929	160.267	109	22,9	9,96	4,8	668
Total mundial	22	193.382	619.258	146	70,6	120,02	4,8	–

(1) Se consideran los Países en desarrollo cuyo PNG *per cápita* es superior a 750 dólares.

FUENTE: Banco Mundial. Informe sobre el Desarrollo Mundial, 2000.

Con la aparición de Internet, el comercio electrónico ha evolucionado desde su significado original de compra electrónica hasta su expresión actual, que abarca todos los aspectos de los procesos de mercado y empresas habilitados por Internet. La posibilidad de hacer negocios *online* o vender y comprar productos y servicios a través de los «escaparates» virtuales de la

Red constituye paso importante para acelerar el proceso de globalización (GARIBOLDI, 1999). Internet permitió a las pequeñas empresas competir desde distintos contextos tecnológicos para comercializar a nivel mundial de forma económica aprovechando las economías de escala de esta tecnología, con lo que se aceleró el proceso de globalización.

Los mercados electrónicos se refieren fundamentalmente a ventas y subastas *online*, como, por ejemplo, mercados de comercios de *stocks online*, subastas *online* de computadoras u otros artículos. De este modo, constituye una red llena de interacciones e interrelaciones, donde se intercambian información, productos, servicios y pagos, con lo que es un representante virtual de los mercados físicos. La intensidad de estos cambios va a depender en gran medida de las actitudes y estrategias empresariales, siendo menores en las que quieran seguir apegadas al máximo a la actividad tradicional y mayores en las que opten por transformación más profunda, que podrían llegar a la virtualización de la empresa.

Es importante considerar que las empresas no acceden solamente a nuevos clientes, sino que nuevos competidores surgen por efecto de la globalización de los mercados al eliminarse la barrera de la distancia, pero también como resultado de la reconversión de algunas empresas. Sin embargo, existen factores que pueden frenar la globalización, como el idioma, la falta de regulación o cuando la actividad de la empresa requiere el transporte de mercancías. Por otro lado, el comercio electrónico revoluciona la relación entre consumidor y proveedor, siendo que el primero tiene acceso cada día a más productos especializados. Los precios bajan a medida que descienden los costes generales y los de infraestructuras materiales, como edificios y almacenes, y se incrementa la eficiencia. Se estima que en los próximos años el comercio electrónico llamado B2B (Negocio a Negocio) crecerá

exponencialmente en toda la Europa, subiendo desde los 78,8 billones de dólares en el año 2000 hasta 1.410,7 billones.

4 EL ACCESO A LAS TIC Y LAS BRECHAS TECNOLÓGICAS

Frente a la enorme capacidad de expansión de las TIC, quedaría la pregunta de si esta tecnología es realmente tan democrática cuanto parece. Sobre el particular el informe de la OIT para el año 2001 señala que existen dos tipos de riesgo de incremento de las brechas «digitales» a considerar: En primer lugar, se encuentra la brecha tecnológica externa, relacionada con los diferentes niveles de desarrollo de los países, y en segundo lugar, la brecha digital interna, relacionada con la existencia de distintos estratos sociales, lo que refleja la concentración de la renta y las diferencias educacionales entre los diferentes grupos de la población, lo que es más significativo en las economías en desarrollo.

Por un lado, se presenta las nuevas oportunidades relacionadas con la nueva era digital, relacionados con los efectos multiplicadores de las telecomunicaciones en otros procesos sociales y económicos, permitiendo incremento de la productividad y de la eficacia económica derivadas de la mayor utilización del capital generado por la TCI en otros sectores de la economía. Además, resalta la atenuación de los obstáculos a la comunicación (demora y distancia), junto al acceso y al suministro de grandes cantidades de información cada vez más baratos y rápidos. Así, la OIT argumenta que con las TIC se posibilitan relaciones más integradas entre los países desarrollados y en desarrollo, estableciendo cadenas mundiales de valor, y facilita el acceso a nuevos mercados y con menor costo de comercialización, a través del comercio electrónico.

Sin embargo, no es solamente el acceso a Internet lo que permite aprovechar su potencial, sino que hay que invertir conjuntamente en educación y capacitación para poder sacar el mejor provecho de estas tecnologías, en la medida que el conocimiento es uno de los principales factores determinantes de la competitividad de las economías en la nueva era digital. En este contexto, el elemento clave en los procesos educativos debe ser el aprendizaje permanente, o sea, el aprender a aprender de forma continua y vinculada a la trayectoria profesional de cada individuo.

De este modo, las nuevas oportunidades se combinan a nuevos riesgos de exclusión del acceso a mejores posibilidades profesionales, de las redes de información y de cadena de valores a nivel internacional. Así, las TIC presentan una combinación inusualmente intensa de riesgos y oportunidades que atañe a todas las áreas del mundo laboral. Estas tecnologías permitirían saltarse etapas de desarrollo al favorecer el acceso a la información, pero reproducen y consolidan patrones generalizados de exclusión social.

Por su parte, el informe del PNUD sobre el desarrollo humano para el año 2001 tiene una perspectiva más optimista frente a la utilización de las TIC para disminuir la pobreza en todo el mundo, en la medida que permite superar las barreras de aislamiento social, económico y geográfico, aumentar el acceso a la información y la educación y facilitar la participación de la población con menores recursos en la toma de decisiones sobre cómo mejorar sus condiciones de vida. Este organismo ha desarrollado un indicador llamado Índice de Adelanto Tecnológico (IAT), con informaciones relacionadas con la creación de tecnología, la difusión de innovaciones recientes, la difusión de antiguas innovaciones y los conocimientos especializados.

El informe señala que España se encuentra en la posición 19 en términos de adelanto tecnológico, encontrándose en primer lugar

en el grupo de los líderes potenciales, por delante de países como Italia y Malasia, como se puede notar en el Cuadro 2. Las informaciones son muy significativas respecto a la creación, difusión y conocimientos tecnológicos, pues entre las patentes concedidas e ingresos recibidos por concepto de regalías y licencias, los países más desarrollados tienen un nivel muy superior a los demás, aunque con excepciones como Corea (puesto 5) e Irlanda (puesto 13). España no se destaca en los indicadores de difusión de innovaciones recientes, como el número de anfitriones en Internet y exportación de productos de tecnología alta y media, aunque en la tasa bruta de matriculación terciaria en ciencias presenta el nivel más elevado de los países seleccionados para la comparación.

Para transformar esta realidad, hay que señalar el papel del Plan Info XXI, aprobado en diciembre de 1999, que constituye la iniciativa específica más reciente del Gobierno español para desarrollar la sociedad de la información en respuesta al planteamiento de la Comisión e-Europe, aprobada por el Consejo de Lisboa en marzo del año 2000. El Plan presenta conjuntamente las acciones y los compromisos que cada uno de los Ministerios ha asumido con sus propios presupuestos para el período 2001-2003, así como los proyectos que por su envergadura, interés estratégico o afectación de varios entes competentes requieren apoyo para su realización bien del sector público, bien del sector privado. El objetivo general del Plan es implantar la sociedad de la información en España, para que todos puedan participar en su construcción y aprovechar las oportunidades que ofrecen para la cohesión económica y social, de calidad de vida y de trabajo y acelerar el crecimiento económico. Para lograr estos objetivos, el Plan moviliza recursos por valor de 825.000 millones de pesetas en sus tres años de vigencia (275.000 en 2001), estando prevista la cofinanciación de algunos proyectos con las CCAA, las CCLL y el sector privado.

5 CONCLUSIONES

En los últimos informes de los organismos internacionales se nota la creciente preocupación por el surgimiento de la sociedad de la información y por los efectos de las TIC como aceleradora del proceso de globalización y como promotora de una transformación en la estructura ocupacional de los diversos países. Las informaciones disponibles permiten concluir sobre la dificultad de generalizar los análisis respecto de países con diferentes niveles de desarrollo socioeconómico. Sólo con la creación de nuevas oportunidades en sectores con tecnología punta se puede asegurar el desarrollo económico sostenido a largo plazo y la internalización de los efectos positivos de la demanda de bienes automatizados sobre el nivel de utilización de los factores productivos.

En este sentido, hace falta incentivar el proceso de modernización en los países en desarrollo para internalizar los efectos multiplicadores de estas inversiones en un contexto donde la apertura de mercado y la globalización de la economía aumenta la competencia frente a regiones más desarrolladas. Asimismo, como señala el PNUD, existe la necesidad de incentivar políticas concretas que proporcionen computadoras de bajo costo y conexiones inalámbricas para los pobres y para las comunidades aisladas.

De este modo, solamente con una política activa de fomento a la expansión de la sociedad de la información, como la del Plan Info XXI, puede permitir reducir las brechas digitales externas e internas a los países, facilitando el acceso y el conocimiento de las TIC a sectores cada vez más grandes de la población. Sin esta actitud activa, la pérdida de competitividad y la consolidación de las estructuras de exclusión social se repetirán en el marco de la sociedad de la información, dificultando la convergencia tecnológica de los diversos sectores y países.

CUADRO 2

Índice de Adelanto Tecnológico (IAT)-PNUD-2000

POSICIÓN INFORME	IAT	CREACIÓN DE TECNOLOGÍA		DIFUSIÓN DE INNOVACIONES RECIENTES		DIFUSIÓN ANTIGUAS INNOVACIONES		CONOCIMIENTOS ESPECIALIZADOS		
		PATENTES CEDIDAS A RES- DENTES (1)	INGRESO RECIBIDO POR CON- CEPTO DE REGALÍAS Y LICEN- CIAS (2)	ANFI- TRIONES EN IN- TERNET (5)	EXPORTA- CIÓN DE PRODUC- TOS DE TECNOL- OGÍA (4)	CONSUMO DE TELÉFO- NOS (6)	PROME- DIO DE DE ES- COLARI- ZACIÓN (7)	TASA BRUTA DE MA- TRICULA- CIÓN TER- CIARIA (8)		
	2001	2001	1998	1999	2000	1999	1999	1998	2000	1995-97
Japón	4	0,698	994	64,6	49,0	80,0	1.007a	73.222b	9,5	10,0
EEUU	2	0,733	289	130,0	179,1	66,2	993a	11.832b	12,0	13,9c
Alemania	11	0,583	235	36,8	41,2	64,2	874	5.681	10,2	14,4
Italia	20	0,471	13	9,8	30,4	51,0	991a	4.431	7,2	13,0
Irlanda	13	0,566	106	110,3	48,6	53,6	924	4.760	9,4	12,3
España	19	0,481	42	8,6	21,0	53,4	730	4.195	7,3	15,6
Portugal	27	0,419	6	2,7	17,7	40,7	892	3.396	5,9	12,0d
Argentina	34	0,381	8	0,5	8,7	19,0	322	1.891	8,8	12,0
Chile	37	0,357	—	6,6	6,2	6,1	358	2.082	7,6	13,2
Brasil	43	0,311	2	0,8	7,2	32,9	238	1.793	4,9	3,4
Perú	48	0,271	—	0,2	0,7	2,9	107	642	7,6	7,5c
Corea	5	0,666	779	9,8	4,8	66,7	938	4.497	10,8	23,2
Malasia	30	0,396	—	0,0	2,4	67,4	340	2.554	6,8	3,3
Tailandia	40	0,337	1	0,3	1,6	48,9	124	1.345	6,5	4,6
Filipinas	44	0,300	—	0,1	0,4	32,8	77	451	8,2	5,2

NOTAS:

- (1) Por millón de personas. A los efectos del cálculo del IAT se utilizó un valor de cero para los países respecto de los cuales no se dispuso de datos.
- (2) Dólares EEUU por 1.000 personas. A efectos del cálculo del IAT se utilizó un valor de cero para los países que no son miembros de la OCDE respecto de los cuales no se dispuso de datos.
- (3) Por 1.000 personas.
- (4) Porcentaje del total de exportación de bienes.
- (5) Estacionarios y celulares por 1.000 personas.
- (6) Kilowatios-hora *per cápita*.
- (7) 15 años o más.
- (8) Porcentaje. Los datos se refieren al año más reciente disponible durante el período especificado.
 - (a) A los efectos del cálculo del IAT se utilizó el valor medio ponderado para los países de la OCDE (901).
 - (b) A los efectos del cálculo del IAT se utilizó el valor medio ponderado para los países de la OCDE (6.969).
 - (c) Los datos se refieren al año más reciente disponible durante el período 1989-1994.
 - (d) Los datos se basan en estimaciones preliminares de la UNESCO sobre la tasa bruta de matriculación terciaria.

FUENTE: PNUD. Informe sobre el desarrollo humano, 2001.

6 BIBLIOGRAFÍA

- BANCO MUNDIAL: *Informe sobre el Desarrollo Mundial*, 2000.
- CASTELLS, Manuel: «Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa». *La Factoría*, octubre de 1998, n.º 7.
- FREEMAN, C.; CLARK, J., & SOETE, L.: *Desempleo e Innovación Tecnológica. Un Estudio de las Ondas largas y el Desarrollo Tecnológico*. Madrid, MTSS, 1985.
- GARIBOLDI, Gerardo: *Comercio Electrónico: Conceptos y Reflexiones Básicas*. Buenos Aires, BID-INTAL, 1999.
- OIT: *Informe sobre el Empleo en el Mundo, 2001; La vida en el Trabajo en la Economía de la Información*. Ginebra, OIT, 2001.
- PNUD: *Informe sobre Desarrollo Humano, 2001; Poner el Adelanto Tecnológico al Servicio del Desarrollo Humano*. Nueva York, Ediciones Mundi-Prensa, 2001.
- TOSTES VIEIRA, Marta: *Nuevas tecnologías, empleo y cualificación profesional*. Tesis Doctoral. Universidad de Sevilla, 1998.

Claves de la *globalización* financiera

José Manuel Naredo
Doctor en Ciencias Económicas

RESUMEN

En este artículo pasa revista a las relaciones entre poder y dinero, que explican cómo se fueron produciendo las mutaciones clave del mundo financiero que desembocaron en la llamada «globalización». Se observa que el actual estado de cosas resulta de la imposición de unas reglas del juego financiero acordes con los intereses que han ido predominando y presionando en cada momento. Los cambios analizados explican cómo la intermediación financiera se extendió por el mundo empresarial llevando los fenómenos de creación monetaria más allá de los confines de la banca y de las fronteras de los Estados a través de lo que en este artículo se denomina la creación de «dinero financiero». Se observa que esta nueva creación monetaria globalizada está generando un riesgo y una polarización social sin precedentes cuyo tratamiento escapa al marco institucional vigente. Por último se reflexiona sobre las perspectivas de evolución de este marco.

ABSTRACT

In this article the author makes a revision of the relationships between power and money which explain how took place the changes

in the economic world that culminated in what we call «globalisation». He observes that the current state of things is the result of the imposition of some rules in the financial area that were in agreement with the interests of each moment. The changes analysed explain how financial mediation expanded throughout the business world leading the phenomena of financial creation beyond the end of banking and beyond States borders through what we call in this article «financial money». It is observed that this new financial and globalised creation is generating a risk and a social polarisation whose treatment escapes current institutional frame. Finally, it reflects on the perspectives of evolution of this frame.

El dinero suele estar ligado al poder y ello no sólo porque sea un instrumento extremadamente útil para el ejercicio «normal» del poder, sino porque su establecimiento mismo aparece vinculado desde antiguo al poder político. Sin embargo la economía, al haberse consolidado como un cuerpo de conocimiento propio e independiente de la política, acostumbra a soslayar la obvia relación entre dinero y poder. Dada su querencia a razonar sobre una sociedad ideal compuesta por individuos libres e iguales, suele hacer abstracción del poder para presentar el dinero como una mercancía más y la valoración monetaria como un simple «velo» que se superpone al funcionamiento de la economía «real». El dinero se presenta así en los manuales como un instrumento socialmente neutro y la política monetaria como algo a manejar, atendiendo a razonamientos meramente técnicos, por especialistas que se suponen al servicio de la comunidad. En lo que sigue intentaremos recordar la estrecha relación histórica que se observa entre dinero y poder y explicar cómo las mutaciones del dinero que desembocan en la actual «globalización» financiera resultan de la imposición de unas reglas del juego acordes con los intereses que han ido predominado y presionando en cada momento.

Como es bien sabido, el dinero debutó en la historia de la Humanidad cargado de materialidad. El dinero surgió, con el respaldo físico de ciertas sustancias, para cumplir sus funciones de unidad de cuenta y de depósito de valor, intercambiable por otras mercancías. La acuñación, que garantizaba la ley y el peso de la sustancia metálica contenida en la moneda, constituyó el primer paso para facilitar el curso del dinero, ligado a la seguridad en el desempeño de sus funciones. El dinero de «curso legal» nació así respaldado por una entidad emisora,

estrechamente vinculada al poder político, que fue proclive desde el principio a avalar con su sello del valor de las monedas para ingresar el llamado derecho de «señoreaje», embolsándose la diferencia entre el valor de la moneda y su coste de acuñación. Los Estados se reservaron así, con gusto, el derecho a acuñar moneda y a cobrar impuestos, como elementos clave para el ejercicio de su soberanía territorial.

Dos pasos previos permitieron llegar al actual orden de cosas. Uno fue la emisión de «papel-moneda», otro, la creación de «dinero bancario». Los billetes de banco precisaban en sus orígenes su valor metálico contando, hasta bien entrado el siglo XX, con el respaldo del Estado a través de los Bancos Centrales para asegurar la convertibilidad de los billetes. Los billetes decían así: «el Banco de España pagará al portador X pesetas-oro». Pero desde hace tiempo el Banco de España ya no se comprometía a pagar nada a los portadores de sus billetes: éstos son una simple convención social y su valor no tiene más respaldo que la confianza de la sociedad que los admite y valora. A medida que las obligaciones de pago «en metálico» de las entidades emisoras se fueron disipando, la emisión de billetes se convirtió en un negocio redondo: la diferencia enorme entre el valor atribuido al billete y su coste muy inferior de fabricación pasaba a manos del Estado, sin que éste que tuviera que garantizar ninguna convertibilidad. De ahí que el Estado se reservara el derecho de emisión de billetes y persiguiera con enormes penas a los posibles falsificadores que amenazaban con romper su monopolio, beneficiándose de los pingües derechos de acuñación (1).

(1) Por ejemplo, un billete de cien dólares vale esa cantidad, pero cuesta fabricarlo sólo unos centavos de dólar: la diferencia entre el valor de los billetes y el coste de fabricación aporta al Tesoro de los Estados Unidos un ingreso anual de unos 25.000 millones de dólares (es decir, un ingreso sin contrapartida de más de cuatro billones de pesetas, cerca del 5% del PIB español). Por lo que el uso del dólar en países que van desde Cuba hasta los de la antigua Unión Soviética no es una cuestión baladí, aunque sólo sea por este concepto, resaltando la pérdida de soberanía de estos países en favor de Estados Unidos.

Sin embargo, desde antiguo los banqueros empezaron a crear el llamado «dinero bancario». El hecho de que los titulares de los depósitos «a la vista» no acostumbren a sacarlos todos de golpe, otorgó a los banqueros la posibilidad de utilizar este dinero ajeno para negocios propios, primero de forma solapada y mal vista, después con el acuerdo explícito e interesado de los Estados. Históricamente se empezó a justificar que los bancos incumplieran su obligación de mantener en custodia los depósitos «a la vista» sólo para prestar ese dinero al Estado, cuya solvencia se veía respaldada por el Tesoro público y por su propio derecho de acuñación. Poco a poco este incumplimiento se generalizó y se reguló legalmente, con la exigencia de mantener disponible en los bancos una fracción del dinero depositado (el llamado «coeficiente obligatorio de caja») en billetes o valores públicos de «fácil realización». De esta manera, el Estado brindó a los bancos privados la posibilidad de utilizar el dinero depositado «a la vista» para desencadenar una espiral de créditos y depósitos capaz de generar en el seno del propio sistema bancario un dinero muy superior al emitido por el Estado. Por ejemplo, un «coeficiente de caja» del 5% permite al sistema bancario multiplicar por 20 cada nueva peseta introducida en el sistema en forma de depósitos mediante la creación de «dinero bancario» (también llamado «dinero fiduciario» por contraposición al «papel-moneda») a través de la cadena de créditos-depósitos antes mencionada.

Pero con la creación de «dinero bancario», mediante simples anotaciones contables, se alimentaba el fantasma de la crisis bancaria. La eventual pérdida de confianza en la solvencia de los bancos podía originar episodios de «pánico bancario», es decir, «estampidas» de depositantes dirigidas a retirar sus depósitos «a la vista», que los bancos no podían atender. La creación de «dinero bancario» necesitó así verse defendida de las posi-

bles crisis de liquidez con el apoyo de los Bancos Centrales. Una vez más vemos que el afán de ampliar el negocio privado bancario mediante la creación de este nuevo tipo de dinero reclamó del respaldo firme del Estado y del intervencionismo de los Bancos Centrales para mantener la estabilidad del sistema. Conviene recordar que aunque el Estado delegara en los bancos el monopolio de la creación de «dinero bancario», seguía manteniendo el control de la misma, directamente, al fijar el «coeficiente obligatorio de caja», e indirectamente, con el manejo del tipo de interés y otros instrumentos de la política monetaria.

Con lo hasta ahora expuesto hemos subrayado la posición del dinero como elemento clave en la conexión entre el negocio económico-empresarial y el poder político-estatal. Sin embargo, en los últimos tiempos está culminando a escala internacional la ruptura del vínculo exclusivo que unía al Estado con el dinero, al multiplicarse los activos financieros que usurpan las funciones de éste y las entidades que los emiten al margen del control estatal. El desplazamiento sordo y paulatino que se observa en el control de las finanzas mundiales no es una cuestión meramente técnica, sino que refleja el desplazamiento simétrico de poder que se está operando desde los Estados hacia esas otras organizaciones igualmente jerárquicas y centralizadas que son las empresas capitalistas transnacionales. Veamos cómo los Estados fueron perdiendo las riendas del dinero y, por ende, su capacidad de intervenir sobre la economía, con el consiguiente recorte del poder «político» estatal en favor de los emergentes poderes «económicos» transnacionales, hasta desembocar en la presente «globalización».

Las mutaciones observadas en el mundo financiero durante las últimas décadas del siglo xx derivan de la evolución del sistema monetario internacional establecido a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Recordemos los rasgos esenciales de esta

evolución como paso obligado para aclarar el significado de sus cambios más recientes. El sistema monetario internacional surgió de los acuerdos de la Conferencia de Bretton Woods acaecida en 1944. Una vez más observamos que el poder hegemónico impuso las reglas del juego que más le interesaban en lo relativo al dinero. Por aquel entonces la supremacía militar, política y económica de los Estados Unidos de América era un hecho incuestionable, por lo que impusieron su propia moneda como medio de pago internacional a los empobrecidos restos del mundo industrial. En efecto, frente a la propuesta defendida por Keynes, en representación del Reino Unido, de crear una nueva moneda internacional (el «bancor») y un verdadero banco mundial emisor, los EEUU establecieron que esta moneda fuera pura y simplemente el dólar, con el compromiso de seguir manteniendo su convertibilidad en oro que se había fijado años atrás [desde 1934 se convino que una onza de oro (30,59 gr.) equivaldría a 35 dólares].

Para forzar el monopolio del dólar como moneda internacional se prohibió la compraventa de oro por los Bancos Centrales de los países y se abolieron los pagos en oro entre éstos, que habían venido siendo hasta entonces el recurso más común para saldar deudas entre países (2). De esta manera se estableció que los Bancos Centrales de los países tuvieran sus reservas frente al exterior en dólares, facilitando la expansión internacional del negocio de los bancos de los EEUU, que pasaron a ser capaces de crear dinero internacional, a diferencia de los bancos del resto del mundo, que sólo podían crear «dinero bancario» a escala nacional. En este marco se estableció un sistema de tipos de cambio fijos cuya defensa se encomendó al

(2) Hay que advertir que en 1944 los EEUU disponían de las dos terceras partes de las reservas de oro, por lo que el uso del oro como medio de pago internacional no ofrecía a los países arruinados por la guerra un panorama muy favorable.

Fondo Monetario Internacional que, lejos de ser el banco emisor propuesto por Keynes, se limitó a financiar los ocasionales ajustes de los países para que se atuvieran a los tipos de cambio prefijados, contando para ello con las cuotas de los países y los votos proporcionales a ellas, siendo EEUU el socio hegemónico.

El compromiso de los EEUU de ayudar a la reconstrucción de los países de Europa occidental a través del Plan Marshall (1948-1952) fue la contrapartida al establecimiento de unas reglas del juego monetario que le resultaban tan favorables. La mayor parte de la liquidez internacional que brindó a Europa el mencionado Plan, en forma de créditos y subvenciones, sirvió para pagar importaciones procedentes de los EEUU, con lo que este país mostró durante la postguerra una balanza comercial y una balanza corriente fuertemente excedentarias. Sin embargo los EEUU no tardaron en sacar cada vez más partido del privilegio que suponía ser la fábrica de la moneda internacional a base de aumentar las «emisiones» cada vez más alegremente, financiando una salida masiva de inversiones en el extranjero y ampliando sus importaciones hasta tornar deficitaria su balanza comercial en 1971, por vez primera desde el siglo XIX.

La salida masiva de dólares antes mencionada se operó sin respetar el compromiso de mantener la convertibilidad del dólar en oro. Así, en 1971, las reservas en oro de los EEUU sólo podían asegurar la convertibilidad de una sexta parte de sus pasivos en dólares frente a otros países. En ese mismo año tuvo que admitirse formalmente la inconvertibilidad del dólar y modificarse los acuerdos de Bretton Wood para abrazar el «dólar papel» como patrón internacional, cuya cotización sólo cabía referir ya a su tipo de cambio en relación con otras monedas. La deuda de los EEUU frente al mundo (60.000

millones de dólares en 1971) ya no sería jamás reembolsada en oro o en otras monedas: sus titulares tuvieron que contentarse con anotaciones contables referidas exclusivamente a «dólares papel» (3). Lo cual acarreó la pérdida de confianza en el dólar y su obligada devaluación y el colapso del sistema de tipos de cambio fijos antes acordado. Valga decir que tal replanteamiento confirmó el carácter virtual del mundo financiero, al alejar al oro de cualquier referencia monetaria, y que, una vez agotado el intervencionismo en favor del dólar, se optó por «flexibilizar» los tipos de cambio y «desregular» la actividad financiera, confiando que la potente banca internacional estadounidense sacaría partido de la nueva situación. Pero con ello se resquebrajó el monopolio que el dólar había venido ejerciendo en la escena internacional, al dar cabida en ella a otras monedas y al posibilitar nuevos mecanismos autónomos de creación de liquidez internacional, dejando expedito el camino hacia la creación de «dinero financiero» manejado por empresas transnacionales. Veamos cuáles han sido los principales pasos y sus consecuencias.

En la década de los setenta se iniciaron cambios que acabaron alterando profundamente el panorama financiero internacional. Por una parte, al desvincularse del dólar la liquidez internacional, se diversificó la colocación del ahorro en favor de otras divisas, como el marco. Por otra, se empezó a tejer entonces una red internacional de bancos cuya creación de liquidez escapaba al control directo de las autoridades monetarias nacionales e internacionales (ya que las instituciones de Bretton

(3) Así de fácil resolvieron entonces los EEUU los problemas de su deuda frente al exterior. Como también los resolverían ahora los países del Sur si no tuvieran que responder de sus deudas en dólares u otras divisas, sino en sus propias monedas, pues todos los países son solventes en sus propias monedas si se devalúan a voluntad y, no digamos, si se acuerda su inconvertibilidad. Pero este tipo de “soluciones” ni siquiera se menciona en el caso de la deuda de los países pobres.

Woods no estaban capacitadas para ejercer dicho control). Esta red aceleró la circulación de capitales a escala internacional y apoyó sobre ella una creación de dinero que se revelaba cada vez más autónoma de las políticas practicadas en los países emisores de las principales divisas.

Por otro lado la intermediación bancaria clásica (captación de depósitos y concesión de créditos) dio paso a la conexión de ahorradores e inversores a través de los mercados financieros: las operaciones financieras se desplazaron desde las ventanillas bancarias hacia las bolsas de valores. Se tendió así a la «titulización» de los créditos (y los depósitos) y al fraccionamiento de las operaciones financieras que englobaba la intermediación bancaria clásica. La actividad bancaria misma se relacionó cada vez más con la emisión y colocación de títulos, que en las últimas décadas aumentan a ritmo muy superior al de los créditos y los depósitos, con la subcontratación y el manejo de «servicios» y «productos» ajenos... y con la exportación de «riesgos» hacia empresas aseguradoras especializadas. A la vez que empresas no bancarias se fueron haciendo cargo de tareas antes realizadas por la banca: por ejemplo, en el sector de medios de pago está al orden del día el lanzamiento y la gestión de tarjetas de crédito, de ventas a plazo, etc., por entidades ajenas a la banca. La economía financiera ha inundado así el quehacer de las empresas importantes. Los grandes grupos industriales se están convirtiendo en enormes bancos de negocios cuya actividad principal pasa por la emisión de títulos, que los ahorradores aceptan como depósito de valor, con los que financiar la compra de otras sociedades, y no por el desarrollo de actividades de fabricación, que pasan a un segundo plano circunstancial: el valor de las empresas es cada vez más función de esta actividad de intermediación que de cualesquiera otras que lleven a cabo.

Los cambios esbozados en los párrafos anteriores explican cómo la intermediación financiera se extendió por el mundo empresarial, llevando los fenómenos de creación monetaria más allá de los confines de la banca y de las fronteras de los Estados. Al igual que el «papel-moneda» permitió construir sobre él la creación de «dinero bancario», ambos sirvieron de base a los nuevos procesos de creación de lo que hemos llamado «dinero financiero» (4). Junto a la cadena de créditos y depósitos que originaba la creación de «dinero bancario» se desplegaron otras cadenas más amplias de activos y pasivos financieros, que se respaldan a sí mismos en los balances de las empresas, siendo fuente de una nueva creación monetaria globalizada. Así como la creación de «dinero bancario» reforzó el poder y el riesgo de los bancos, esta nueva creación monetaria refuerza el poder y el riesgo de las entidades empresariales que son capaces de llevarla a cabo. Pues la emisión de títulos no sólo permite captar dinero a las entidades que los emiten, sino que las acciones mismas se han transmutado en moneda (5), no ya como depósito de valor, sino como medio de pago en las billonarias compras y absorciones de empresas y en la remuneración a directivos y accionistas. La mayor capacidad de crecimiento y ampliación del valor de las empresas transnacionales que se dedican a crear «dinero financiero», operando con títulos y empresas, frente a aquellas otras que se limitan a las tareas ordinarias de producción y comercialización, acarrea el continuo reforzamiento del poder del capitalismo transnacional frente a los Estados y al capitalismo local, que van siendo comprados y sometidos a sus intereses expansivos. El hecho de que la tasa de crecimiento del valor de los activos financieros mun-

(4) Vid. J. M. NAREDO, «Las mutaciones del mundo financiero», *Le Monde diplomatique* (ed. española), n.º 52, febrero 2000.

(5) Vid. S. M. ARANCIBIA, «Las metamorfosis del dinero», *Archipiélago*, n.º 39, invierno 1999.

diales haya más que doblado durante el último decenio a la del producto o renta planetaria, atestigua el desplazamiento de poder antes mencionado.

El juego financiero descrito se impone así sobre la «economía real» hasta el punto de que los tipos de cambio de las principales monedas dependen mucho más de los movimientos de capitales que de los intercambios mercantiles (6). El caso de los EEUU resulta ejemplar en este sentido. El déficit de su comercio exterior y de su balanza de operaciones corrientes con el exterior se acentuaron notablemente durante la década de los ochenta hasta convertirse en las más deficitarias del mundo. Sin embargo la cotización del dólar se ha venido manteniendo a pesar de estos déficits, debido a la afluencia de capitales (al calor de tipos de cambio y de interés elevados y estables) hacia los mercados financieros de este país alimentados por la demanda general de dólares o de otros pasivos emitidos en esta moneda. La atracción que ejercen los pasivos financieros (o deudas) que emiten las entidades domiciliadas en ese país sobre el ahorro mundial es hoy la clave equilibradora de su déficit comercial y corriente. Mientras tanto, el Fondo Monetario Internacional, haciendo la vista gorda ante el riesgo derivado de tan grandiosos déficits, se dedicó a exigir con firmeza a los países del Sur frugalidad, disciplina monetaria e incluso a recomendar la «dolarización» (7) de sus economías para conseguir que «paguen sus deudas» y, más recientemente, con medios acordados *ad hoc*, al salvamento discrecional de empresas y países aquejados por las crisis que afloran por el mundo.

(6) Habida cuenta el peso mucho mayor que hoy tienen las transacciones financieras: su valor viene a multiplicar por cincuenta el de las transacciones comerciales. También suele constatarse que las reservas de todos los Bancos Centrales del mundo equivaldrían a las transacciones de un día en el mercado de cambios de Nueva York, para señalar hasta que punto éstas escapan al control de aquéllos.

(7) Se denomina «dolarización» de un país a la sustitución de su moneda por el dólar, renunciando a su propia soberanía monetaria.

La entrada neta de capitales que entrañó el continuado déficit corriente de EEUU hizo que desde 1985 dejara de ser el acreedor mundial neto que en su día fue, para convertirse en deudor neto frente al resto del mundo. Y al aumentar los pasivos emitidos por entidades residentes en los EEUU a ritmos superiores a los activos de su propiedad, su posición deudora neta se ha ido agravando hasta superar el billón de dólares en la década de los noventa. Nos encontramos así con que el país más poderoso y rico de la Tierra es, a su vez, el más endeudado. No en vano este poder y esta riqueza están estrechamente ligados al privilegio de ser el primer país emisor de dinero (pasivos) de curso internacional en los tres sentidos antes señalados: «papel-moneda», «dinero bancario» y «dinero financiero». Pues hemos visto que el dinero ya no es más que un pasivo o deuda, sin soporte físico alguno, para las entidades que lo emiten. Precisamente su carácter abstracto y desvinculado del mundo físico es el que lo defiende de una crisis global de confianza, al generar un mundo financiero cada vez más cerrado, del que el ahorro apenas ya puede escapar exigiendo su conversión masiva en oro u otras riquezas materiales (8). En las crisis, la huida de capitales de ciertos títulos, divisas o mercados, termina reforzando otros hacia los que acuden en su huida: recordemos cómo el dólar subió como «moneda refugio», al igual que la cotización de otros valores «de calidad», a raíz de la «crisis asiática», en 1998.

Con todo, la economía de los EEUU ha ido perdiendo peso desde la postguerra (9) con relación a los otros dos centros de

(8) El mercado inmobiliario es el que ofrece la principal vía de escape al sistema financiero, de ahí que se observen interacciones entre ambos mercados que varían atendiendo a la previsible evolución de sus cotizaciones.

(9) Por ejemplo, los EEUU pasaron de aportar casi dos tercios del PIB mundial en 1950 a solo un tercio en 1980. Hoy los países de la UE generan un PIB similar al de los EEUU.

poder que actualmente compiten en el reparto del mundo y sus mercados: la Unión Europea y Japón. Como es sabido, la Unión Europea está tratando de construir un circuito propio de captación y creación de liquidez internacional, acorde con su poder económico. Este proyecto, apoyado sobre el euro, está llamado a competir con el que opera en torno al dólar. Pero el acelerado proceso de concentración que se observa entre las empresas transnacionales domiciliadas en los tres espacios mencionados, induce a sus Estados a colaborar en la defensa del capitalismo transnacional para, con su ayuda, seguir disfrutando de una situación privilegiada en el mundo. En este contexto se dosifican discrecionalmente la «desregulación» con la «intervención» y la exigencia de «disciplina» financiera para crear un ambiente propicio al negocio de los grandes conglomerados empresariales o para salvarlos de situaciones críticas. Así la actividad mercantil y financiera ya no se supedita, como antes, al engrandecimiento de los Estados, sino que éstos sirven al engrandecimiento de los nuevos poderes económicos transnacionales (10), manteniéndose entre ambos una relación de estrecha simbiosis.

A luz de lo anterior cabe concluir que la rapidez y la importancia de las alteraciones producidas en el panorama financiero mundial durante las dos últimas décadas del siglo xx son de tal calibre que vuelven a los Estados impotentes para regular el orden económico planetario y dejan obsoletas muchas de las enseñanzas que los economistas habían aprendido en sus manuales. Las instituciones de Bretton Wood resultan a todas luces inadecuadas para reconducir la presen-

(10) La existencia de «paraísos fiscales» en los que estas empresas escabullen la fiscalidad estatal es una muestra de ello.

(11) Véase, STRANGE, S. (1999). *Dinero loco. El descontrol del sistema financiero global*, Barcelona, Paidós.

te situación (11). Hemos visto que el Fondo Monetario Internacional vale para apretar las clavijas a los pobres o para paliar ciertas crisis locales, pero cierra los ojos ante la acelerada expansión de la burbuja financiera mundial, que alcanza cotas sin precedentes (12), generando un riesgo y una polarización social acrecentados, que afectan al conjunto de la sociedad, que de la noche a la mañana puede, sin saber por qué razón, perder sus empleos remunerados, ver reducidos sus ingresos, sus ahorros... o sus pensiones. El tratamiento de estos problemas exigiría de instituciones internacionales que no estuvieran gobernadas por los intereses del capitalismo transnacional, cuyo negocio se apoya en la expansión del «dinero financiero» que engrosa la «burbuja» antes señalada. El escenario del reajuste financiero mundial se muestra así dramáticamente irrealista, al no existir ni la voluntad, ni las instituciones capaces de practicarlo. Haría falta una nueva conferencia internacional que discutiera el modo de poner coto a la expansión del «dinero financiero» (13) para reconstruir sobre nuevas bases el sistema financiero mundial, con nuevas reglas del juego e instituciones capaces de gestionarlo desde puntos de vista más elevados que los del negocio de las corporaciones transnacionales y los intereses de los actuales países beneficiarios. Lo cual exigirá contar con unos enfoques y una

(12) Véase, Brenner, R. (2001). «La expansión económica y la burbuja bursátil», *New Left Review* (edición española), n.º 6.

(13) La polémica liberalismo-intervencionismo distrae hoy la atención de la verdadera encrucijada del sistema financiero internacional. Por un lado, la masiva creación actual de «dinero financiero» demanda un intervencionismo cada vez más potente de los Estados y organismos internacionales para evitar que el fantasma de la crisis se acerque a los principales bastiones del capitalismo transnacional que, curiosamente, utiliza la bandera liberal para seguir ampliando sus negocios. Por otro, la única forma de evitar dicho intervencionismo que plantea la socialización de pérdidas y privatización de beneficios a una escala sin precedentes, pasaría por limitar la creación de «dinero financiero» reinventando, a este nuevo nivel, figuras como la de la «banca limitada», propuesta sin éxito por acreditados representantes del pensamiento liberal, para limitar la creación de «dinero bancario» y con ello el intervencionismo de los bancos centrales.

presión social capaces de alterar el vínculo entre poder y dinero que ha generado la presente situación. Plantearlo ya puede ser el primer paso para conseguirlo*.

* Este texto reelabora el publicado en la edición española de *Le Monde Diplomatique*, n.º 55, mayo de 2000, con el título «Poder y dinero en la era de la globalización».

Globalización y Medio Ambiente

Juan Carlos Rodríguez Murillo

*Científico Titular del Centro de Ciencias
Medioambientales del Consejo Superior
de Investigaciones Científicas.*

Miembro de Ecologistas en Acción de Madrid

Sumario

1. Introducción.—2. El «estado del mundo». a) Perturbaciones humanas de los ecosistemas mundiales. b) Flujos de materia. c) Ciclo hidrológico. d) Contaminación ambiental. e) Recursos alimentarios. f) Biodiversidad.—3. Los efectos de la globalización sobre el ambiente.—4. Respuestas a la crisis ambiental dentro del sistema.—5. A modo de conclusión.—6. Referencias bibliográficas.

RESUMEN

Se expone un breve resumen de las características del cambio ambiental planetario («cambio global») provocado por el ser humano que, al igual que la globalización, es una característica distintiva de la actual época histórica. Se tratan las manifestaciones del cambio global en los siguientes aspectos: Perturbación de ecosistemas, flujos de materia, ciclo hidrológico, contaminación ambiental, recursos alimentarios y biodiversidad. Se ponen de relieve las relaciones entre globalización económica y cambio ambiental global, a través de un análisis de sus influencias recí-

procas. Los efectos ambientales de la globalización son muy negativos, pese a algunos argumentos contrarios a esta afirmación, que se critican en el texto. Las respuestas (desde dentro del sistema) a estos efectos ambientales negativos son también objeto de crítica. Se concluye con una llamada al cuestionamiento del actual sistema económico, político y social, tomando como base la importancia de los ciclos vitales perturbados por dicho sistema y el desconocimiento de las consecuencias de estas perturbaciones en la civilización humana.

ABSTRACT

A summary of the characteristics of planetary environmental change («global change») is presented. Human-caused global change is, like globalization, a distinctive feature of our time. Some global change manifestations are briefly reviewed: Ecosystem perturbation, matter fluxes, hydrological cycle, environmental pollution, food resources and biodiversity. Relationships between economic globalization and global environmental change are highlighted through an analysis of their mutual influx. Environmental consequences of globalization are nefarious, in spite of some counter-arguments; these are criticized in the text. Responses from the present system to the negative environmental effects of globalization are also criticised. Finally, an appeal is made to the questioning of the present socio-economic and political system, taking into account the importance of the perturbed vital cycles and our ignorance of the consequences of these perturbations over the human civilization.

1 INTRODUCCIÓN

Parece una obviedad el decir que la globalización (definida muy sucintamente por Miren ETXEZARRETA como «el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo» (ETXEZARRETA, 2001) está teniendo unas consecuencias ambientales graves y crecientes. Los problemas ambientales originados por el sistema económico, político y social actual no han dejado de aumentar desde la revolución industrial, aunque el deterioro ambiental no ha sido ni uniforme ni creciente sin cesar en todos los lugares. También ha cambiado en todo el tiempo transcurrido la naturaleza de las agresiones ambientales. Es muy difícil generalizar, pero diversos estudios muestran cómo algunos problemas ambientales, como la calidad del agua corriente y ciertos tipos de contaminación (por dióxido de azufre) mejoran ostensiblemente al crecer el nivel económico a partir de un cierto nivel, y también, históricamente, desde el inicio de la era industrial. Sin embargo, problemas como la generación de residuos y las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) —principal gas de invernadero— parecen crecer con el nivel de riqueza (SCHOU, 1998); el consumo de recursos aumenta también de manera ostensible con la prosperidad. Si bien se ha producido una sustitución de recursos a lo largo de la Historia, lo que ha evitado el agotamiento de varios de ellos (como la madera, al ser sustituida en los países desarrollados por el carbón, y éste al ser sustituido por otros combustibles, como la energía nuclear), es evidente que la base de recursos es finita y que también lo es la capacidad de sustitución de unos recursos por otros. Además, el uso de los nuevos recursos ha provocado a su vez problemas ambientales y sociales muy graves.

Una característica ambiental muy importante, y muy novedosa de nuestros días, es la emergencia de los problemas ambientales globales, tanto por derivar de cambios que ocurren en la atmósfera y los océanos (que al ser sistemas más o menos «bien mezclados» se experimentan globalmente), como por provenir de cambios estrictamente locales, pero abundantemente repartidos por todo el planeta. Ejemplos de los primeros son el cambio climático, la destrucción de la capa de ozono y la contaminación atmosférica por compuestos tóxicos persistentes, y de los segundos, el cambio de uso de la tierra (que muy a menudo implica deforestación), la pérdida de la biodiversidad y las invasiones biológicas (VITOUSEK, 1992). Esta presencia de cambios planetarios omnipresentes contrasta con la situación ambiental de hace apenas unas décadas, en que los problemas (contaminación, pérdida de especies, deforestación) eran mayormente locales. Es evidente, y también urgente, la necesidad de conocer más sobre estos «cambios mundiales» o «globales», y desde hace unos años se suceden los estudios, congresos, etc., de lo que se ha dado en llamar «ciencia del cambio global». La «era de la globalización» es también la era del «cambio global» en el ambiente mundial.

2 EL «ESTADO DEL MUNDO»

¿Cuáles son las características principales de este cambio global causado por nuestra especie? W. B. MEYER destaca las siguientes (MEYER, 1996):

- Magnitud sin precedentes en la historia de la Tierra; muchas alteraciones humanas son del orden de o mayores que los cambios naturales.

- Los flujos principales de materiales y energía de la biosfera están siendo afectados profundamente, así como la propia faz de la tierra (vegetación, suelos, relieve).
- La velocidad de estos cambios es muy superior a la que tenían en tiempos pasados y a las velocidades de cambio naturales.
- La variedad y talla de los cambios modernos implican nuevos niveles de interacciones y retroacciones complejas entre ellos. Los intentos por solucionar un problema pueden originar otros aún peores, o agravar problemas ya existentes. Ejemplos señeros son el uso de la energía nuclear como fuente energética, para reemplazar a los contaminantes petróleo y carbón, y la «revolución verde», que promovió en el Tercer Mundo una agricultura muy contaminante e insostenible, con un enorme uso de agua, fertilizantes, venenos químicos y energía, con la justificación de «acabar con el hambre en el mundo».
- Los cambios que se esperan son mucho mayores todavía que los que han acontecido hasta ahora si no cambian drásticamente las formas de actuar de los seres humanos.

Un sucinto repaso de algunos de los componentes del cambio global nos permitirá hacernos una idea de la magnitud de éste.

a) Perturbaciones humanas de los ecosistemas mundiales

Aunque el 52% del área emergida del planeta puede considerarse libre de la influencia humana directa (la indirecta, en forma de cambios atmosféricos y del clima, abarca a todo el planeta sin excepción), la mayor parte de estas áreas «prístinas»

son hielos, rocas o desiertos. Las 3/4 partes de la superficie habitable de la Tierra puede considerarse más o menos perturbada por la acción humana (la perturbación que se considera es la sustitución de la vegetación primaria por otra secundaria). (HANNAH y col., 1994). En particular, la superficie arbolada (que hace 10.000 años, justo antes del inicio de la agricultura) representaba el 34% de la superficie terrestre (sin los mares), se redujo a un 32% de dicha superficie al empezar el siglo XX, y era de un 26% en los años 90, pero sólo una tercera parte de los bosques que había hace 10.000 años quedan intactos (el 12% de la superficie terrestre). A la tasa de destrucción actual, los bosques tropicales desaparecerán antes de 2040 (MEYER, 1996).

b) Flujos de materia

Se estima que el ser humano consume, usa o ha destruido (por cambios de uso de la tierra) cerca del 40% de la productividad primaria neta (PPN) de los ecosistemas terrestres (VITOUSEK y col., 1986). La PPN es un parámetro ecológico fundamental, porque es la cantidad de carbono atmosférico que incorporan las plantas verdes cada año de manera neta (fotosíntesis menos respiración vegetal); este carbono, incorporado en los tejidos vegetales, es la base de la alimentación de todos los animales terrestres y organismos heterótrofos en general.

Paralelamente, y debido sobre todo a la quema de combustibles fósiles para la obtención de energía (el consumo de energía mundial entre 1900 y 1990 se ha multiplicado por 15, mientras la población sólo se ha triplicado), el ser humano está provocando un desequilibrio de proporciones geológicas en el ciclo mundial del carbono. La concentración de CO₂ en la atmósfera ha crecido casi un tercio desde hace 200 años, lo que está pro-

vocando consecuencias en forma de cambio climático y efectos de fertilización en los ecosistemas de alcance desconocido. Los posibles efectos del cambio climático, tanto sobre los ecosistemas naturales como sobre las sociedades humanas, son de tal alcance y magnitud, que este problema es, para muchos estudiosos, el principal problema ambiental que tendremos que afrontar en este siglo XXI que comienza (IPCC, 2001).

Los grandes ciclos biogeoquímicos del azufre y del nitrógeno han sido alterados todavía en mayor medida. Las actividades humanas movilizan en la actualidad el doble de azufre que los flujos naturales. Este azufre se vierte en la atmósfera y en la biosfera en general en forma de compuestos tóxicos, que causan problemas de contaminación desde la escala local a la continental (MEYER, 1996). La fijación humana de nitrógeno superó a partir de 1980 la fijación natural de este elemento. Las consecuencias biológicas de este hecho son formidables, y para nada positivas en su conjunto (VITOUSEK, 1994), como una primera visión simplista del problema podría sugerir, dado que el nitrógeno se utiliza como fertilizante.

El movimiento de materiales que realiza el ser humano supera ampliamente los movimientos naturales de materiales por erosión hídrica o eólica. Sólo las actividades extractivas generan un movimiento de tierras de unos 70.000 millones de toneladas cada año, lo que es cuatro o cinco veces la cantidad de sedimentos arrastrados por todos los ríos del mundo (NAREDO, 1998).

c) Ciclo hidrológico

A pesar de su abundancia, sólo un 2,5% del total del agua es potable, y de ésta, dos tercios están en casquetes polares y glaciares. Sólo el 0,3% de toda el agua está disponible en ríos y

lagos. La Humanidad utiliza hoy día un 26% de la evapotranspiración sobre las tierras emergidas (esta es el agua transpirada por los seres vivos, básicamente por las plantas, más el agua evaporada desde el suelo) y un 54% de la escorrentía de lagos, ríos y otras fuentes accesibles (POSTEL, 1996). En las dos últimas décadas, el consumo de agua se ha triplicado, mientras que la población sólo ha aumentado un 40% (POSTEL, 1992).

d) Contaminación ambiental

La alteración humana de los flujos naturales de elementos y compuestos, que, casi siempre, consiste en la *aceleración* de los mismos, tiene como consecuencia habitual (y lógica) el aumento en el aire, el agua y el suelo de las concentraciones de sustancias peligrosas para la salud de las personas y seres vivos en general, sustancias que conocemos como «contaminantes». Aparte de contaminantes masivos, como los compuestos de azufre, nitrógeno y fósforo y otros derivados de ellos, es notable el aumento de contaminantes «traza», como diversos metales pesados (plomo, mercurio, cinc, cadmio, cobre, cromo) y compuestos orgánicos de síntesis no existentes en la Naturaleza y que, por este motivo y por su relativa inactividad química, tienden a acumularse en los lugares más diversos. Ejemplos de éstos son los CFCs y otras sustancias que afectan a la capa de ozono, y los contaminantes orgánicos persistentes, como las dioxinas, furanos, PCBs y otros, con efectos aún poco conocidos, pero potencialmente devastadores sobre el sistema hormonal humano y animal (COBORN y col., 1997).

e) Recursos alimentarios

Dos de los recursos alimenticios básicos de la Humanidad, los cereales y el pescado, muestran claros signos de no poder

satisfacer las necesidades (y los lujos) crecientes de una población en aumento. Mientras que la producción mundial de cereales ha ido creciendo más o menos linealmente desde 1950, la producción *per cápita* (debido al crecimiento de la población mundial) está hoy día a nivel de mediados de los 70; desde entonces está estancada, con altibajos (BROWN y col., 1992). En el caso de la pesca, el declive del consumo *per cápita* se irá haciendo evidente, porque las capturas mundiales alcanzaron en torno a 1990 los 100 millones de toneladas anuales, lo que se considera el rendimiento sostenible máximo, mientras que la población seguirá aumentando. Si se consigue sobrepasar este límite de capturas, será a costa de un agotamiento generalizado de las pesquerías, cosa que ya ha sucedido en numerosos lugares (*ibid.*).

Lo cierto es que los anteriores recursos, bien repartidos, permitirían acabar con el hambre en el mundo, pero la desigualdad en su reparto origina que 3.000 millones de personas (la mitad de la población mundial) vivan con una alimentación insuficiente o inadecuada (también, bastante a menudo en nuestro Primer Mundo, por excesiva), mientras que cerca de 1.000 millones pasan hambre.

La FAO estimó que hacia 2010 habrá un 22% menos de superficie de pastos *per cápita*, un 10% menos de capturas pesqueras, un 12% menos de superficie de regadío, un 21% menos de tierra de cultivo y un 30% menos de bosque, siempre en términos *per cápita*.

f) Biodiversidad

Desde 1600 se han extinguido 171 especies de aves y 115 de mamíferos; esto es sólo una parte pequeña de un número

mucho mayor, forzosamente desconocido, de extinciones. Se estima que en la actualidad se extinguen por la acción humana (destrucción de hábitats, invasiones biológicas, contaminación y caza o recolección) unas 5.000 especies al año, lo que es casi 10.000 veces superior al ritmo natural de extinción (MEYER, 1996). La pérdida de una especie supone la pérdida irreversible de una combinación genética única, además de las repercusiones sobre el ecosistema en el que habitaba.

Con este panorama no es de extrañar que en 1992 la Academia Nacional de Ciencias de los EE UU y la Real Sociedad de Londres publicaran un informe que empezaba afirmando que:

«Si las actuales predicciones sobre el crecimiento de la población resultan acertadas y si los modelos de actividad humana no cambian, la ciencia y la tecnología podrían verse incapacitadas para evitar una irreversible degradación del medio ambiente y la pobreza definitiva para buena parte de la población mundial» (BROWN, 1993).

3 LOS EFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN SOBRE EL AMBIENTE

La globalización significa una extensión del capitalismo y de las relaciones de mercado, supuestamente libre a cada vez más lugares y cada vez más actividades humanas, combinada con fenómenos nuevos como la «deslocalización productiva», es decir, el uso de componentes y procesos que se llevan a cabo en zonas geográficamente muy distantes para obtener un producto dado. La deslocalización productiva aumenta las necesidades de transporte y estimula la producción de todo tipo de mercancías, lo que, en igualdad de condiciones, representa un mayor uso de energía y recursos, lo que comporta un mayor

deterioro medioambiental (MENOTTI y SOBHANI, 1999). El crecimiento del comercio internacional, muy superior al de la economía en su conjunto, produce efectos similares.

Además de estas relaciones obvias entre globalización y medio ambiente, aquélla está influyendo indirectamente en la degradación ambiental de dos maneras:

- Por el debilitamiento de las normas ambientales ante la preeminencia del libre comercio, consagrada en los acuerdos de la OMC. Los conflictos entre normas ambientales y libre comercio se han saldado en su casi totalidad hasta la fecha en resonantes derrotas a favor del segundo (RESTALLACK, 1997).
- Por la competencia internacional que el paradigma del libre comercio provoca, que hace que se sacrifiquen normas ambientales, aunque no lo demande la OMC, en aras de la competitividad, y para atraer a empresas multinacionales, aunque éstas provoquen fuertes impactos ambientales.

Existen algunos argumentos sobre las ventajas de un aspecto fundamental de la globalización (el «libre comercio») para el ambiente. El principal es que el libre comercio favorecería el uso eficiente de recursos, lo que es bueno para el ambiente. Además, el libre comercio ayudaría a acabar con subvenciones y políticas de precios «distorsionadoras», que favorecen productos y actividades ambientalmente nocivos; por otro lado, favorecería la difusión de tecnologías limpias (BRACK, 1998).

Respecto al primer argumento, la eficiencia a la que se refiere es de carácter monetario y no necesariamente físico. Se olvida, además, que una mayor eficiencia, aunque deseable, no sig-

nifica un impacto ambiental menor, ya que aunque realmente se lograran producir más bienes y servicios con menos recursos naturales (lo que ha ocurrido y está ocurriendo históricamente), es también un hecho histórico que los aumentos en la producción estimulados por el libre comercio y el propio aumento de la eficiencia suponen un mayor consumo de recursos de lo que se ahorra con el aumento de la eficiencia (BUNKER, 1996). Respecto a las otras dos «ventajas» del libre comercio, es evidente que se basan en puras creencias en que el mercado es lo mejor (también para el medio ambiente). ¿Por qué razón debería el mercado por sí solo seleccionar productos y actividades más limpios que los actuales? ¿Se deberían retirar también las subvenciones, por ejemplo, a las energías renovables, en aras de un mercado «sin distorsiones»? Si un país no tiene dinero ni medios para adoptar las tecnologías limpias del mercado, ¿se queda sin ellas? ¿Sólo habrá transferencia de tecnologías limpias para quien las pague?

Una cuestión que suele ser pasada por alto es la influencia que la crisis ambiental puede tener sobre la globalización. Se olvida que es la economía la que está dentro de la Naturaleza, y, en último extremo, está controlada por ella. Los límites ambientales pueden representar un freno para la globalización en dos aspectos: De forma directa, los costes de reparación de daños ambientales (depuración, descontaminación) perjudican la acumulación de capital, lo que ha sido analizado por diversos autores, como J. O'CONNOR e I. WALLERSTEIN entre otros. Indirectamente, los grandes proyectos de infraestructuras y la degradación ambiental en general suscitada por la globalización originan conflictos sociales, que pueden suponer un serio obstáculo para los procesos de liberalización económica y desregulación social que se quieren extender por todo el mundo.

4 RESPUESTAS A LA CRISIS AMBIENTAL DENTRO DEL SISTEMA

Resulta evidente que la preocupación ambiental ha sido plenamente aceptada por los grandes poderes mundiales, pero al mismo nivel que otras «buenas intenciones», como los derechos humanos y la paz, es decir, a nivel de discurso políticamente correcto. En realidad, todos los indicios y los estudios más o menos objetivos apuntan a la conclusión de que el crecimiento económico «limpio» es algo que aún está por demostrar, y que la persistencia y extensión de la globalización no está aliviando el estado del ambiente mundial, sino todo lo contrario. Por ello, no es de extrañar que las múltiples «soluciones» que se proponen dentro del sistema para paliar o incluso resolver la crisis ambiental sean siempre parciales, y muy a menudo, meramente verbales. Los teóricos del crecimiento sostenible son los que tienen la carga de la prueba, es decir, deberían demostrar, contra todos los indicios disponibles, que es posible un crecimiento económico «limpio» ambientalmente.

Se han hecho intentos teóricos más serios de reforma ambiental del capitalismo, basados en las tesis sobre la «desmaterialización» de las economías avanzadas y la «revolución de la eficiencia» y el «factor 4», acompañadas de una «reforma fiscal ecológica» (WEIZSÄCKER y col., 1997). No hay aquí lugar para criticar detalladamente estas ideas; sólo decir que el análisis de las posibilidades de éstas desborda el campo meramente ambiental, siendo necesario analizar los aspectos políticos y sociales de la cuestión. Desde un punto de vista tecnológico y probablemente también económico, son perfectamente posibles propuestas como el «factor 4». Hay que diferenciar, sin embargo, entre las posibilidades teóricas de reforma y las tendencias reales del sistema, que van claramente a

contrapelo de las reformas en cuestión (RODRÍGUEZ MURILLO, 2001).

5 A MODO DE CONCLUSIÓN

El sistema económico y sociopolítico actual es el responsable de una modificación importante de ciclos mundiales de diferentes elementos y compuestos básicos para la vida (carbono, nitrógeno, azufre, fósforo, agua...). Estos ciclos son los que garantizan el funcionamiento de todos los procesos vitales de la Tierra, determinando muchas de sus características físicas (como el clima) y químicas esenciales. Mucho se han estudiado las posibles consecuencias de estos cambios globales, pero, en líneas generales, *no sabemos las consecuencias de los cambios ambientales globales que estamos provocando*, tanto por falta de experiencia histórica de los mismos, como por la incapacidad, ¿quizá imposibilidad?, de la ciencia en predecirlos.

Las anteriores características de los anteriores ciclos globales como soportes de la vida, junto con el desconocimiento de las consecuencias de las alteraciones que estamos provocando en ellos, deberían por sí solos hacer que nos cuestionáramos la continuación de un sistema económico (y sociopolítico) directamente responsable de los cambios acaecidos. Como mínimo sería necesario el establecimiento de límites rigurosos a estas alteraciones, dictados por el principio de precaución. Está bastante claro que tales límites (por ejemplo, una reducción del 80-90% de las emisiones de gases de invernadero en los países ricos en las próximas décadas, a fin de intentar estabilizar en el futuro el ciclo del carbono y el clima mundial), además de atentar contra intereses muy poderosos y muy concretos, ponen en cuestión la actual dinámica globalizadora y la propia existencia del capitalismo.

La posibilidad de alcanzar estos límites a través de una reforma del sistema es pequeña, teniendo en cuenta la dinámica expansiva inherente a la acumulación de capital, todavía más ostensible en la etapa actual de globalización del capitalismo.

Caso de que no consigamos «poner orden» en nuestro ambiente, la Historia nos ofrece ejemplos de declive súbito e irreversible de civilizaciones (mayas, isla de Pascua), cuyas causas inmediatas fueron sociales y políticas (guerras...), pero donde una investigación más profunda apunta a factores ambientales como parte fundamental de estos procesos de decadencia (PONTING, 1992).

6 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRACK, Duncan (editor): *Trade and Environment: Conflict or Compatibility?* Londres: Earthscan y Royal Institute of International Affairs, 1998.
- ROWN, Lester R.; FLAVIN, C., y KANE, H.: *Vital Signs*. Washington: Worldwatch Institute, 1992.
- BROWN, Lester R.: «El inicio de una nueva era». En: *La situación en el mundo*, 1993. (V.V.AA.) Barcelona: Ediciones Apóstrofe y Fundación Hogar del Empleado, 1993.
- BUNKER, S.: «Materias primas y la economía global: olvidos y distorsiones de la ecología industrial». *Ecología política*, n.º 12 (1996), págs. 81-89.
- COLBORN, Theo; DUMANSKI, Dianne, y MYERS, Pete: *Nuestro futuro robado*. Madrid: Ecoespaña y Gaia-Proyecto 2050, 1997.
- ETXEZARRETA, Miren: «Algunos rasgos de la globalización». En: *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*, por Ramón FERNÁNDEZ DURÁN, Miren ETXEZARRETA y Manolo SÁEZ, Barcelona: Editorial Virus, 2001.

- HANNAH, Lee, y otros: «A preliminary inventory of human disturbance of world ecosystems». *AMBIO*, 23 (1994), págs. 246-250.
- IPCC (Intergovernmental Panel on Climate Change): *Climate Change 2001. The Scientific Basis*. Cambridge University Press, 2001.
- MENOTTI, Víctor, y SOBHANI, Ladan: «Globalisation and Climate Change». *The Ecologist*, 29, mayo-junio 1999, n.º 3, pág. 178.
- MEYER, William B.: *Human impact on the Earth*. Cambridge University Press, 1996.
- NAREDO, José Manuel: «Cuantificando el capital natural. Más allá del valor económico», *Ecología Política*, n.º 16 (1998), págs. 31-58.
- POINTING, Clive: *Historia verde del mundo*. Barcelona: Paidós, 1992.
- POSTEL, Sandra L.: *Last oasis: facing water scarcity*. Nueva York: W. W. Norton & Co., 1992.
- POSTEL, Sandra L.; DAILY, Gretchen C., y EHRLICH, Paul R.: «Human appropriation of renewable fresh water». *Science*, 271 (1996), págs. 785-787.
- RETALLACK, Simon: «The W.T.O. Places Corporate Interest Above Humanity and the Environment». *The Ecologist*, 27, julio-agosto 1997, n.º 4.
- RODRÍGUEZ MURILLO, Juan Carlos: Globalización y Cambio Climático: ¿Qué hacer? *El Ecologista*, noviembre 2001, n.º 28.
- SCHOU, Poul: *Economics: Clean growth is not proven*. En www.au.dk/~cesamat/debate.html, 1998.
- VITOUSEK, Peter M.: «Global environmental change: An introduction». *Annual Review of Ecology And Systematics*, 23 (1992), págs. 1-14.
- «Beyond global warming: ecology and global change». *Ecology*, 75 (1994), págs. 1861-1876.
- VITOUSEK, Peter M.; EHRLICH, P. R.; EHRLICH, A. H., y MATSONB, P. A.: «Human appropriation of the products of photosynthesis». *Bioscience*, 36 (1986), págs. 368-373.
- VON WEIZSACKER; ERNST, U.; LOVINS, A., y LOVINS, L.: *Factor 4: Duplicar el bienestar con la mitad de los recursos naturales. Informe al Club de Roma*. Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 1997.

Globalización religiosa

Luis González-Carvajal Santabárbara

*Profesor de la Facultad de Teología
de la Universidad Pontificia Comillas*

Sumario

1. La Iglesia Católica como institución global. 1.1. Cultura unitaria. 1.2. Organización unitaria—2. Malestar en la Iglesia global.

RESUMEN

El catolicismo es sin duda, la religión más globalizada de cuantas hoy existen, y no tanto por su extensión —que, de hecho, es muy grande: algo más de 1.100 millones de adeptos, presentes en todos los países del mundo— como por la existencia de dos factores que han ido acentuándose a lo largo de los siglos: una cultura y una organización unitarias. Ambos elementos convierten a la Iglesia Católica en una institución muy fuerte y eficaz, pero a la vez provocan un notable malestar en amplios sectores de la misma. Cabría decir que, también en el interior de la Iglesia, existe una especie de «movimiento antiglobalización».

ABSTRACT

Catholicism is without doubt the most globalized religion today. This is not so much because of its area of influence, which as a matter of

fact is very important (something over 1.1 billion followers, present in every country), but because of the existence of two factors that have become stronger throughout history: a unitary culture and organisation. Both elements make the catholic Church a very strong and efficient institution, but producing on the same time a deep sense of unease among wide sectors of the same Church. It could be said that also inside the very Church we find some kind of «antiglobalization movement».

1 LA IGLESIA CATÓLICA COMO INSTITUCIÓN GLOBAL

Cuando me encargaron este artículo sobre la dimensión socio-eclesial de la globalización, me vino en seguida a la mente aquel personaje de MOLIÈRE que, al explicarle lo que era la prosa, se asombró de haber estado hablando en prosa durante más de cuarenta años sin saberlo (1). Si el concepto de globalización –o «mundialización», como prefieren decir los franceses– está ligado a la idea de una Humanidad que por primera vez funciona como un todo, como un Sistema-Mundo, podríamos afirmar que la Iglesia Católica lleva muchos siglos globalizada sin saberlo.

Hablaré aquí sólo de la Iglesia Católica, pero no por chauvinismo. Es verdad que, al pertenecer a ella, la conozco mucho mejor que a cualquier otra; pero el motivo es otro: En ninguna otra religión aparecen con tanta intensidad las características propias de eso que hoy llamamos globalización. Y no sólo por su extensión –algo más de 1.100 millones de adeptos presentes en todos los países del mundo, mientras que la presencia del Islam en América, Europa y Oceanía es prácticamente testimonial, así como la del hinduismo o el budismo fuera de Asia (2)– sino también por dos factores que vamos a estudiar a continuación: una cultura y una organización unitarias.

(1) MOLIÈRE: *El burgués ennoblecido* (Obras completas, Aguilar, Madrid, 6.ª ed., 1973, pág. 1019).

(2) Según la *Enciclopedia Católica*, 1.167.482.000. Dato tomado de GONZÁLEZ-ANLEO, Juan: «El mapa del catolicismo y del cristianismo dentro de medio siglo. Consecuencias» (Varios autores: *Ser cristiano en el siglo XXI. Reflexiones sobre el cristianismo que viene*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2001, pág. 121).

1.1. Cultura unitaria

Proclamado originalmente en la Palestina del siglo I, el mensaje de Jesús se expresó al principio en las categorías culturales del pueblo judío. Sin duda, tanto Él como la historia de salvación antecedente pudieron haberse expresado en *otras* categorías culturales. Lo que no era posible es que no se expresaran en ninguna. El Evangelio *eterno* irá expresado siempre en una cultura *temporal*.

Siendo así las cosas, a nadie se le oculta que podría plantearse un problema muy serio en caso de que las categorías culturales en que se expresa la revelación no se correspondieran con las de sus destinatarios. Los apóstoles, desde luego, no tuvieron ese problema: Jesús era judío, como ellos, y anunció el Evangelio en sus propias categorías culturales, muy refractarias, por cierto, a las de los ocupantes romanos.

El problema se planteó por primera vez cuando el Evangelio rompió los muros de la Sinagoga y comenzó a extenderse «hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8): Roma, India, Etiopía, Arabia... Afortunadamente, Pablo comprendió que su misión consistía en llevar a los gentiles el Evangelio de Jesucristo, pero no las categorías culturales judías —circuncisión incluida—, como pretendían los judeocristianos. Basta releer el discurso en el Areópago (Hech 17, 22–31) para ver que intentó de verdad hacerse «gentil con los gentiles» (1 Cor 9, 20–22) y expresar el Evangelio en las categorías culturales que suponía podían ser las de sus oyentes. No le salió demasiado bien, pero a pesar de aquel fracaso inicial no abandonó la empresa. Quien compare el discurso del Areópago con los ocho primeros capítulos de la Carta a los Romanos percibirá los inmensos progresos que fue realizando el Apóstol en su propósito de hablar de Jesús, o mejor «hacer hablar a Jesús», ante

un auditorio que no coincidía ya con el destinatario histórico de sus palabras.

BERGER dirá que San Pablo es «uno de los hombres de una importancia más permanente que haya vivido jamás. (...) Fue Pablo quien transformó una oscura secta judía en una fe universal que cambió de manera decisiva el curso de la Historia» (3). Después se repetiría ese mismo proceso en otras muchas culturas: india, copta, irania...

Eso hoy nos parece natural (y nos lo parece, precisamente, porque se consiguió); sin embargo, los paganos —que estaban acostumbrados a los dioses domésticos, a los cultos particulares— lo consideraban una aspiración imposible. CELSO, por ejemplo, decía: «¡Ojalá fuera posible que convinieran en una ley única los que habitan el Asia, Europa y la Libia; griegos a la par que bárbaros, hasta los últimos confines de la Tierra!». Pero, teniéndolo por imposible, añade: «El que eso piensa, nada sabe» (4).

HARNACK —un gran teólogo protestante de comienzos del siglo XX— mostró convincentemente que una de las razones de la sorprendente difusión del cristianismo en los primeros tiempos fue su capacidad para expresarse en las más diversas culturas. Reformular el Evangelio en otras categorías culturales sin perder por ello su identidad era, sin duda, una tarea muy arriesgada en la que fracasaron otras religiones (por eso no fueron capaces de extenderse más allá del ámbito de su cultura de origen).

Desgraciadamente, pronto una de esas inculturaciones empezó a predominar sobre todas las demás: la grecolatina.

(3) BERGER, Peter L.: *Una gloria lejana*, Herder, Barcelona, 1993, pág. 12.

(4) ORIGENES: *Contra Celso*, cap. 72 (BAC, Madrid, 1967, pág. 581).

Hasta tal punto se encarnó la Iglesia en la cultura greco-romana que los escritos del Nuevo Testamento no se redactaron en arameo sino en griego. Los Padres de la Iglesia expresaron la fe cristiana en las categorías culturales de PLATÓN, y desde luego sin caer en un concordismo fácil. Como dice un buen conocedor del tema, «los conceptos de la filosofía pagana fueron radicalmente alterados en su contexto cristiano, y no raramente completamente descartados después de haberlos experimentado» (5). A la vez fueron impregnando poco a poco aquella cultura con los valores del humanismo evangélico: igualdad radical de todos los hombres, dignidad de la mujer, solidaridad con los débiles y vencidos, el perdón, la reconciliación, la paz... Recordemos a HEGEL: «Con el triunfo de la religión cristiana no ha cesado, por ejemplo, inmediatamente la esclavitud; ni menos aún la libertad ha dominado en seguida en los Estados; ni los gobiernos y las Constituciones se han organizado de un modo racional, fundándose sobre el principio de la libertad. Esta *aplicación* del principio al mundo temporal, la penetración y organización del mundo por dicho principio, es el largo proceso que constituye la Historia misma» (6).

Tan seria y profunda fue esta asunción de la cultura greco-romana que, paradójicamente, ha constituido un obstáculo muy difícil de salvar a la hora de asumir otras culturas. Es un hecho que, desde el siglo IV hasta prácticamente nuestros días, la Iglesia Católica no ha sabido evangelizar sin romanizar. Se impuso a todo el mundo una teología elaborada a partir de las categorías greco-latinas, una liturgia inspirada en los ceremoniales de las cortes imperiales, una legislación construida en los talleres del Derecho Romano y una autoridad marcada por el modelo monárquico.

(5) PRESTIGE, G. L.: *Dios en el pensamiento de los Padres*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1977, pág. 19.

(6) HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich: «Lecciones sobre la filosofía de la historia universal», *Revista de Occidente*, Madrid, 4.ª ed., 1974, págs. 67-68.

Es verdad que algunas Iglesias antiguas vinculadas a Roma gozan todavía de una tradición propia (Iglesia griega, Iglesia maronita, etc.), pero tienen prohibido fundar misiones conforme a su rito; sólo el derecho de la Iglesia romana tiene valor universal. Se invita a los creyentes católicos a pensar, a orar y a organizarse según normas idénticas en Roma, Lima o Tokio. De aquí se derivaron no pocas dificultades para la misión y en nuestros días se ha provocado un malestar del que hablaremos más adelante.

1.2. Organización unitaria

Un segundo factor que ha contribuido poderosamente a que la Iglesia Católica aparezca hoy mucho más «globalizada» que cualquier otra es la fórmula elegida para preservar la unidad.

Según los famosos sumarios de los Hechos de los Apóstoles, los primeros cristianos no tenían más que un corazón y una sola alma (Hech 4, 32; cfr. 2, 42). Su unidad era una ilustración de la unidad que debería caracterizar a toda la Humanidad si estuviera bajo el Reinado de Dios: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (7).

Constantemente en Pablo, en el Credo, en los Padres, se repite este tema decisivo: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 5-6).

En principio, podría buscarse la unidad de la Iglesia universal por tres caminos diferentes: la federación, la organización

(7) CONCILIO VATICANO II: *Lumen gentium*, 1 (Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación postconciliar, BAC, Madrid, 7.ª ed., 1970, pág. 40).

unitaria y la comunión. La primera fórmula no se ha empleado nunca y, de hecho, no se correspondería con las exigencias profundas de la fe cristiana.

La Iglesia antigua (y hoy la Iglesia Ortodoxa) confió más en la comunión que en la organización unitaria. Ese sistema fue muy respetuoso con las Iglesias locales, pero la Historia muestra que no siempre fue suficiente para conservar la unidad entre ellas.

En cambio la Iglesia Latina prefirió el camino de la organización unitaria, que se mostró realmente eficaz de cara a la unidad, pero, sobre todo a partir de la reforma gregoriana (siglo XI), las Iglesias locales perdieron casi toda su autonomía frente al Papado. Veamos cómo fue:

Entre las sedes episcopales que se remontaban a los apóstoles había tres particularmente eminentes en Oriente: Jerusalén, Antioquía de Siria y Alejandría. En Occidente sólo había una —Roma—, aunque siempre fue considerada como la primera de todas por haber sido la sede de Pedro. Cada una de estas cuatro sedes eminentes ejercía una autoridad efectiva sobre el conjunto de su región, que formaba un «patriarcado». Pronto la sede de Constantinopla —también en Oriente— reivindicó la dignidad patriarcal, e incluso el segundo lugar, después de Roma, por ser la capital del Imperio romano de Oriente. Durante mucho tiempo Roma se resistió a esa pretensión, pero en el año 870 aceptó en la práctica una forma de gobierno de la Iglesia llamada «pentarquía», es decir, un gobierno colegial de los cinco patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Aunque las Iglesias orientales aceptaban la primacía de la Iglesia romana, ésta nunca las «gobernó», porque pertenecían a otros patriarcados. Como es sabido, en el año 1054 se produjo la ruptura entre los cuatro patriarcados de la Iglesia

oriental y el patriarcado romano. A partir de ese momento Iglesia Católica y patriarcado romano fueron la misma cosa, en todas las diócesis que pertenecían a ella, el obispo de Roma ejercía a la vez funciones de primado y de patriarca; y así ha venido ocurriendo hasta el día de hoy. «Es a título de patriarca como [el Obispo de Roma] hoy “gobierna la Iglesia”, no a título de primado» (8).

La reforma de Gregorio VII en el siglo XI tuvo, sin duda, numerosos efectos beneficiosos, pero con ella se consolidó un lento y constante movimiento de centralización, que en los últimos ciento cincuenta años se ha visto extraordinariamente potenciado por las modernas tecnologías de los transportes y las telecomunicaciones. Anteriormente, el tiempo necesario para elevar una consulta a Roma desde un lugar apartado del planeta y recibir la correspondiente respuesta obligaba a dejar bastante autonomía a las Iglesias locales. En resumen, que la Iglesia Católica ha acabado convirtiéndose en una institución verdaderamente globalizada, por utilizar la expresión de moda.

Con el tiempo, el grado de institucionalización alcanzado por la Iglesia ha resultado comparable con el de las más eficaces organizaciones internacionales. De hecho, en un estudio realizado hace ya cuarenta años por el *American Institute of Management* sobre las estructuras organizativas de las principales empresas transnacionales, tuvo la ocurrencia de incluir una comparación con la forma en que está organizada administrativa y financieramente la Iglesia Católica. El Vaticano no solicitó ni autorizó esta encuesta, pero tampoco se opuso a ella. Los autores del estudio clasificaron a la Iglesia en segundo lugar: obtuvo 9.010 puntos sobre 10.000, pero fue superada por la *American Telephon and Telegraph*, que alcanzó 9.510 puntos.

(8) SESBOUÉ, Bernard: *Créer*, San Pablo, Madrid, 2000, pág. 529.

Indicaron que muchos miembros del Sacro Colegio eran demasiado ancianos para ser eficaces como *business executives* (9).

En uno de sus últimos escritos, ARANGUREN emitió un juicio durísimo: «La Iglesia se ha convertido en un “aparato”, en una organización, en una especie de empresa multinacional en la que el Espíritu está representado por administradores, la gracia y la religión están burocratizadas, la inspiración divina ha sido canalizada, los sacramentos son “administrados”, el carisma profético ha sido eliminado y el carisma se ha convertido en altamente sospechoso» (10).

2 MALESTAR EN LA IGLESIA GLOBAL

Creo que el juicio de Aranguren es parcial. Esta Iglesia que parece tan burocratizada nunca ha dejado de producir santos. Haría falta estar sordo y ciego para ignorar la tarea admirable de los misioneros y misioneras entre los más pobres de la tierra, el trabajo ejemplar de tantos cristianos anónimos entre los marginados de nuestro país e incluso el buen hacer de instituciones absolutamente «oficiales» de la Iglesia, como Cáritas o Manos Unidas.

Pero, ciertamente, esos dos elementos que hacen funcionar a la Iglesia universal como un Sistema-Mundo —la cultura unitaria y la organización unitaria— se han desarrollado tanto que en muchos sectores provocan hoy un justificado malestar. En cierto modo podríamos decir que, también en el interior de la Iglesia, existe una especie de «movimiento antiglobalización».

(9) Cfr. *Newsweek*, 3 de septiembre de 1962, pág. 36.

(10) LÓPEZ ARANGUREN, José Luis: «La religión hoy» [DÍAZ-SALAZAR, Rafael; GINER, Salvador, y VELASCO, Fernando (eds.): *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid, 2.ª ed., 1996, pág. 35].

En África, y mucho más todavía en Asia, el catolicismo sigue viéndose todavía como la «religión del extranjero»; llena de prestigio muchas veces, pero desde luego «europea» y muy poco repensada desde el carácter propio de cada pueblo. John MBITI ha elaborado un cuento absolutamente ficticio para describir la experiencia de los sacerdotes africanos formados en Occidente cuando entran en contacto con las culturas tradicionales. El africano que ahora sabe alemán, griego, francés, latín y hebreo, además de inglés, historia de la Iglesia, metodología, homilética y exégesis, vuelve a su pueblo natal, donde todos se han reunido para oírle contar sus años de estudio en medio de fiesta y música. «De repente se oyen gritos. Alguien ha caído al suelo. Es su hermana mayor... El jefe le dice: "Has estudiado teología en el extranjero durante diez años. Ahora tienes que ayudar a tu hermana. Está atormentada por el espíritu de su tía abuela." Mira alrededor suyo. Despacio va a buscar el Bultmann, mira el índice, encuentra lo que busca... Insiste en que su hermana no está poseída. La gente grita: "¡Ayúdala, está poseída!" Les responde gritando: "¡Pero Bultmann ha desmitificado la posesión diabólica!"» (11).

«La Iglesia —dice Pablo RICHARD— tiene que elegir entre la inculturación y la globalización. Desde el Tercer Mundo necesitamos una Iglesia Católica, no una Iglesia global. Si el cristianismo llegó al Tercer Mundo por el camino de la expansión del colonialismo europeo, el cristianismo únicamente puede recuperar su credibilidad por el camino de la inculturación» (12).

Lo curioso es que en la doctrina oficial de la Iglesia encontramos los fundamentos teóricos para esa deseada renovación

(11) MBITI, John S.: «Theological impotence and the universality of the Church» [ANDERSON, Gerald H., y STRANSKY, Thomas F. (dirs.), *Mission trends 3: Third World theologies*, Paulist, New York, 1976, págs. 7-8].

(12) RICHARD, Pablo: «La Iglesia, entre la inculturación y la globalización», *Utopías*, 5/49 (1997), pág. 28.

que, sin embargo, se abre camino con mucha lentitud. El Concilio Vaticano II quiso inaugurar una nueva era: «La Iglesia —leemos en la Constitución sobre Sagrada Liturgia— no pretende imponer una rígida uniformidad en aquello que no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad, ni siquiera en la liturgia; por el contrario, respeta y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos. Examina con simpatía y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos encuentra que no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, y aun a veces lo acepta en la misma Liturgia, con tal que se pueda armonizar con el verdadero y auténtico espíritu litúrgico» (13). «La liturgia consta de una parte que es inmutable, por ser de institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aun deben variar» (14).

Si leemos juntos —como acabamos de hacer— estos dos párrafos 21 y 37 del documento sobre la Liturgia, vemos que para el Concilio la norma debe ser el pluralismo, y la excepción —es decir, lo único que no está sujeto a esta ley del cambio— son los elementos de institución divina. Como decía un prestigioso obispo africano, monseñor Laurent MONSENGWO, en nuestro continente «todo debe ser inculturado: la teología, los sacramentos, la liturgia y el derecho eclesiástico» (15).

Algo parecido podríamos decir respecto a la tremenda centralización que ha alcanzado la Iglesia. La autonomía de las Iglesias locales es muy pequeña, y sin embargo Pío XII afirmó que el principio de subsidiariedad es aplicable «también a la vida de la Iglesia, sin perjuicio de su estructura jerárquica» (16), lo

(13) CONCILIO VATICANO II: *Sacrosanctum concilium*, 37 (ed. cit., pág. 205).

(14) CONCILIO VATICANO II: *Sacrosanctum concilium*, 21 a (ed. cit., pág. 197).

(15) Cit. en TING, Henri: *Desafíos para el Papa del tercer milenio*, Sal Terrae, Santander, 1998, pág. 206.

(16) Pío XII: *La elevatezza* (20 de febrero de 1946), núm. 9 (Doctrina Pontificia, BAC, Madrid, 1958, t. 2, pág. 923).

que debería conducir a dejar la mayor responsabilidad y poder de decisión posibles a quienes están cerca de las situaciones. Es curioso, por ejemplo, que el vigente Código de Derecho Canónico retoma una antigua sentencia tradicional: «Lo que afecta a todos y cada uno, debe ser aprobado por todos» (17).

Ciertamente no tendría sentido restaurar al pie de la letra la organización de los primeros tiempos, pero quizá cabría buscar cierta inspiración en la vieja fórmula de los patriarcados que recordábamos más arriba. El hoy cardenal RATZINGER escribió tiempo atrás: «Habría que mirar como tarea para el futuro el distinguir de nuevo más claramente el verdadero oficio del sucesor de Pedro y el oficio patriarcal; y, de ser necesario, crear nuevos patriarcados y desmembrarlos de la Iglesia latina. (...) Ello quiere decir que una unión con la cristiandad oriental no debería cambiar nada, lo que se dice nada, en su vida eclesial concreta. (...) Los cambios palpables podrían ser estos: que en la provisión de sedes episcopales céntricas se diera una "ratificación" comparable al intercambio de cartas de comunión en la Iglesia antigua; hubiera de nuevo reuniones comunes en Sínodos y Concilios y de nuevo traspasara las fronteras de Oriente y Occidente el intercambio de cartas pascuales o documentos semejantes ("encíclicas"); finalmente, que el obispo de Roma fuera otra vez nombrado en el canon de la misa y en las oraciones. (...) De forma equivalente, podría pensarse sin duda en una forma especial de la cristiandad protestante dentro de la unidad de la Iglesia universal; y finalmente debería reflexionarse en un futuro tal vez no lejano sobre si las Iglesias de Asia y África, a la manera de las de Oriente, no podrán o deberán ofrecer su forma propia como patriarcados o "grandes Iglesias" independientes» (18).

(17) *Código de Derecho Canónico*, c. 119, n. 3 (BAC, Madrid, 1983, págs. 44-45).

(18) RATZINGER, Joseph: *El nuevo pueblo de Dios*, Herder, Barcelona, 1972, págs. 160-161.

Estamos hablando de cuestiones muy serias. En opinión de VALADIER, «no es temerario decir que el gran desafío del siglo XXI consistirá en la aptitud de la Iglesia para enfrentarse a una reorganización coherente con su presencia multicultural en el mundo. A falta de ello no sería inverosímil que tuvieran lugar cismas todavía más graves que los del Renacimiento y, sin duda, todavía más irreversibles» (19).

(19) VALADIER, Paul: *Un cristianismo de futuro*, PPC, Madrid, 2001, pág. 200.

La encrucijada de la globalización*

Cândido Grzybowski
Sociólogo, director de Ibase

Sumario

1. ¡El mundo no es una mercancía!—2. La contestación a la globalización económico-financiera.—3. Pese a las amenazas de la lógica del terror y de la guerra, es posible otro mundo.

RESUMEN

La globalización se fundamenta en procesos y políticas esencialmente antidemocráticos. Se trata de construir otra globalización, con base en la democracia y en la ciudadanía. La lógica del terror y de la guerra hacen que esta tarea sea urgente para la Humanidad.

En la primera parte del artículo se niega la primacía del mercado, que todo lo transforma en mercancía. En esto reside esencialmente la propuesta neoliberal, implementada por las políticas del «Acuerdo (Consenso) de Washington». Estas políticas producen pérdida de derechos, desigualdad, exclusión social y, además, destrucción del medio ambiente, con predominio absoluto de los intereses de las

* El original ha sido escrito en portugués. La traducción del texto íntegro la ha realizado José Manuel Herrera Alonso.

grandes corporaciones económicas. Como ideología, la globalización se presenta como un valor que prioriza el individualismo frente a los derechos de los ciudadanos.

En la segunda parte se analizan las características del movimiento contestatario de la globalización económico-financiera. El tejido formado por movimientos y organizaciones, coaliciones, campañas y redes de la emergente sociedad civil mundial es hoy una base fundamental para otra globalización. Se destaca el Foro Social Mundial, como encrucijada de encuentro y de propuestas de todos los portadores de ciudadanía y de democracia.

En la actual coyuntura de terror y de guerra la tercera parte propone una agenda concreta para trabajar con urgencia en el resurgir de otro mundo, de otra globalización, de humanidad y de paz.

ABSTRACT

A globalização funda-se em processos e políticas essencialmente antidemocráticas. Trata-se de construir outra globalização, com base na democracia e na cidadania. A lógica do terror e da guerra tornam tal tarefa urgente para a humanidade.

Na primeira parte do artigo, nega-se o primado do mercado, que tudo transforma em mercadoria. Nisto reside à essência da proposta neoliberal, implementada através das políticas do «Consenso de Washington». Tais políticas produzem desmonte de direitos, desigualdade, exclusão social e mais destruição ambiental, com predomínio absoluto dos interesses das grandes corporações econômicas. Como ideologia, a globalização se apresenta como valor que prioriza o individualismo no lugar dos direitos da cidadania.

Na segunda parte, analisam-se as características da onda contestatória da globalização econômico-financiera. O tecido formado por movimentos e organizações, coalizões, campanhas e redes da emergente sociedade civil mundial é hoje uma base fundamental para outra globalização. Dá-se destaque ao Fórum Social Mundial como encruzilhada para o encontro e propostas de todos os sujeitos portadores da cidadania e democracia.

Dada a conjuntura de terror e guerra, a terceira parte propõe-se uma agenda concreta para, com urgência, trabalhar na emergência de um outro mundo, de uma outra globalização, de humanidade e paz.

La globalización nos lleva a enfrentar nuevos desafíos en los que las viejas ideas y las estrategias ya gastadas son insuficientes. Estamos en una gran encrucijada histórica. Queramos o no, para poder influir en los procesos futuros, hemos de enfrentarnos al proceso de globalización.

Como hipótesis central de mi argumentación intento –en este artículo– construir y demostrar que la globalización dominante se apoya en una lógica esencialmente antidemocrática. No se trata de democratizar la tal globalización, sino de construir la ciudadanía y la democracia global como alternativa a la actual globalización. Quiero decir que los problemas de la globalización están en ella misma, no en el modo como se produce. Para corregir sus defectos no basta una orientación global democrática. La globalización dominante, fundada en una lógica que prioriza los mercados y la economía, niega la ciudadanía y la democracia para todos. Ante esto, defendiendo la hipótesis de que debemos transformar la globalización con una perspectiva de ciudadanía global en lugar de los mercados globales. La lógica del terror y de la guerra de este momento hacen que la tarea sea aún más urgente.

1 ¡EL MUNDO NO ES UNA MERCANCÍA!

¿Por qué la globalización provoca tantas pasiones y odios? ¿Por qué molesta? Una primera respuesta se encuentra en el hecho de que se trata de un proceso con efectos prácticos reales, que se sienten en cualquier parte del planeta. Nadie parece ajeno o inmune a la globalización, que parece que transforma todo en bien o servicio medido según su valor mercantil. Pero,

más allá de la mercantilización de las relaciones, procesos, estructuras, bienes comunes y de la propia vida, la que se torna insoportable es la misma arrogancia de los que proponen y defienden la globalización económico-financiera. Se la presenta como un hecho inevitable y, lo que aún es peor, sin alternativa. Lo que más molesta es su dominio como pensamiento único.

● **La propuesta neoliberal del primado de la economía**

Liberalismo y capitalismo se confunden. Pero todos sabemos que libertad no es lo mismo que liberalismo y que el capitalismo no dudó, hasta ahora, en sacrificar la libertad en nombre de la prosperidad, del progreso de los negocios, de un supuesto crecimiento del pastel económico para todos. En su historia, el capitalismo ha producido riqueza, es verdad, pero también pobres en abundancia y dictaduras.

El liberalismo es la vieja ideología de la ley del libre mercado, que es la base del capitalismo. A las órdenes del liberalismo se forja una idea falsa de la economía autónoma del Estado, hegemónica sobre la sociedad, disimulando su naturaleza política, que es esencialmente de relaciones de poder. El neoliberalismo tiene sus innegables matices, pero, en lo fundamental, es una repetición del viejo liberalismo. Pretende descontaminar la economía del control estatal —es decir, del control democrático, conquistado a lo largo de los años— liberando la fuerza bruta del poder de las grandes corporaciones multinacionales y así acomodar el mundo a su parecer. Aspira también a separar el poder estatal y la economía en el sentido de dar un carácter más policial y represivo al Estado. Busca la restauración de una vieja división del poder, en beneficio del poder privado del sistema empresarial.

- **Las políticas neoliberales y el «Washington Consensus»**

El llamado modelo neoliberal conlleva, sin duda, un conjunto de acciones articuladas: liberalización, privatización, desreglamentación, desestatalización. Son acciones que pretenden, sobre todo, deshacer lo que está hecho. Se destruye usando la fuerza del poder político-estatal. Basta aquí recordar las políticas de ajuste estructural. De las entrañas del modelo neoliberal brota un proceso particular de globalización económico-financiera alrededor y al servicio de las grandes corporaciones, sin nacionalidad y sin fronteras.

El «Acuerdo de Washington» define lo que se considera como la buena política macro-económica. Existe toda una escuela de pensamiento a su servicio, que legitima estas políticas. Las políticas neoliberales se introdujeron de forma decisiva en instituciones multilaterales, viejas, aunque renovadas, como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, o nuevas, como la Organización Mundial de Comercio. Desde finales de los años 70 del siglo xx se fueron fraguando políticas e ideas legitimadoras, con el propósito de recomponer una hegemonía capitalista, no al modo de un imperialismo estatal-nacional, sino de un sistema-mundo al servicio de las grandes corporaciones económico-financieras privadas. Los mismos líderes e intelectuales orgánicos de tales ideas y políticas las definieron como que la globalización era un proceso irreversible, según ellos, que marcaba el fin de la historia. El fin real del orden bipolar, de la Guerra Fría, que se asentó tras la Segunda Guerra Mundial, con la aparición del socialismo real en el Este europeo, parecía crear condiciones definitivas para la consolidación y expansión del nuevo (des)orden mundial del capital económico-financiero.

Por detrás de todas las malezas sociales de la globalización, con la liberación casi ilimitada de tal mano invisible del merca-

do, es necesario reconocer el nuevo «locus» del poder y el modo cómo se forjan las políticas globales. Lo más evidente es el poder casi sin límites y sin contrapeso de las grandes corporaciones económico-financieras, que hoy controlan relaciones y flujos de riqueza a escala mundial. Las grandes decisiones sobre políticas que afectan a nuestras vidas se desplazan de los Parlamentos y Gobiernos nacionales elegidos, a instancias como la Comisión Europea, la OCDE, el Banco Mundial, el FMI y, especialmente, a la OMC —Organización Mundial de Comercio—. La globalización se asienta sobre estructuras poco transparentes, alejadas del control ciudadano. La propia ONU, en tanto que organismo de conciliación entre las naciones, ha perdido importancia. Estamos ante un problema de reconstrucción de la gobernabilidad democrática, el problema ha llegado a ser mundial.

- **Como resultados: la pérdida de derechos, la desigualdad, la exclusión social y, además, la destrucción ambiental**

La globalización, promovida por los grandes conciertos económico-financieros, es sinónimo de negación de las conquistas históricas y de flexibilización y pérdida de derechos. Se desmonta lo que se construyó a partir de una lucha dura y con participación social, con negociación y acuerdo entre opuestos y diferentes, expresado en el Estado democrático de derecho, en vistas a la promoción y al ensanchamiento del bienestar colectivo. A pesar de la enorme diversidad de situaciones, este desmontar, de un modo o de otro, penetra en todas las sociedades. Hoy vivimos un fenómeno nuevo en el mundo, la re-definición de las relaciones Norte-Sur. Hay una interiorización de la pobreza del Norte desarrollado (junto a una acelerada pauperización del Este europeo). Al mismo tiempo, la riqueza de algu-

nos privilegiados del Sur empobrecido provoca tales desigualdades de poder económico, cultural y político, que funciona como auténtico *apartheid* social. Todo se hace en nombre del mercado y se justifica por las cualidades intrínsecas de la globalización.

Los resultados de más de dos décadas de globalización están a la vista de todos. Sólo no ve el que no quiere ver. Nunca en tan corto espacio de tiempo, se produjo tal concentración de riqueza a escala planetaria, en manos de tan pocos. Fruto de la globalización, de los negocios, son más evidentes la pobreza y la miseria. Las desigualdades en el acceso a los recursos se manifiestan de modo cruel: entre hombres y mujeres, niños y viejos, entre razas y pueblos. Al mismo tiempo, nunca la Humanidad llegó tan cerca de la destrucción de las condiciones naturales de existencia. La lógica del neoliberalismo que mueve la globalización ahondó aún más la ruptura entre economía y naturaleza, llevándonos al borde de la catástrofe. Desde su punto de vista, la causa no está en la economía, ni en el desarrollo económico que ella promueve. Por el contrario, radica en el hecho de que somos muchos y no hay producción ni Naturaleza para todos. El capitalismo neoliberal no sólo justifica el *apartheid* global entre ricos, de un lado, y pobres y miserables, del otro. Sino que sugiere el genocidio de los excluidos como la salida para sí mismo y para la Humanidad. ¡No nos engañemos, actúa en esta dirección!

- **La globalización como referencia ideológica**

Se nos bombardea con ideas y valores que justifican y legitiman los procesos y las políticas globales, por más destructivas y excluyentes que sean. Quizá una de las ideas-fuerza más

difundida y escuchada, aunque no tenga ningún fundamento lógico ni histórico, ha sido que la globalización es inevitable. No se explicó el proceso, y la palabra «globalización» pasó a ser la barita mágica, causa y explicación de todo. La globalización se presenta como pensamiento único y como valor que aspira a ser universal.

Hay una falsedad intrínseca en la idea-fuerza del libre mercado, que está en el centro de las elaboraciones del neoliberalismo. Ningún mercado existe sin una institucionalidad política y, por consiguiente, sin un poder político. Libre mercado y mercado mundial son, en realidad, un sistema de poder mundial que se fundamenta en instituciones globales adecuadas —como la OMC, el FMI, el BM, el G-8, la Unión Europea, la OTAN— y en sus tratados. El libre mercado —que de libre no tiene casi nada, a no ser la ley de la selva que siempre da ventaja a los más fuertes— es, de hecho, un modo de concebir el mundo, de organizar la economía, el poder político estatal y la propia sociedad civil. Se trata de un pensamiento que ve las posibilidades y los problemas del mundo a partir de la lógica de la acumulación de ganancias de los grandes consorcios empresariales. El bienestar colectivo, la libertad y la dignidad humana, la conservación del medio ambiente, en fin, los bienes comunes y los derechos humanos dejan de ser el objetivo principal de la sociedad y pasan a ser, apenas, una consecuencia natural de la mayor o menor salud económica de los mercados y de las empresas.

El neoliberalismo, como escuela que tiene su filosofía, brota de la restauración de las viejas ideas del individualismo como valor central de las relaciones humanas. No se trata de negar la individualidad en lo que cada uno y cada una tiene de único. El problema está en elevarlo a valor exclusivo como lo hace el individualismo. La idea de ciudadanía se le contrapone exactamente por ver valores y derechos comunes por detrás de individuos

diferentes. Libertad, igualdad y diversidad son centrales en la concepción de ciudadanía. En tanto que valores, no son propiedades individuales, sino derechos que sólo existen cuando son comunes a diferentes individuos. Ahí estriba la oposición entre la visión de ciudadanía y del individualismo. Y ahí está también el origen de toda la oposición político-cultural de la naciente ciudadanía global al individualismo predicado y practicado por la globalización. En síntesis, se puede decir que el neoliberalismo desapropia la ciudadanía en nombre del individualismo, lo que significa en la práctica despojar a ciudadanos y ciudadanas del poder de decisión de sus vidas en sociedad.

2 LA CONTESTACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICO-FINANCIERA

Felizmente, el mundo todavía no es sólo la mercancía que predica la globalización dominante. La mejor prueba de esto es el surgimiento de la sociedad civil global y de la ciudadanía planetaria. Esto parece una fórmula gastada o un mero deseo utópico, pero no lo es. Aunque sí está reclamando un esfuerzo de análisis para superar el déficit de investigación y de sistematización teórico-política, que es fundamental para el que tenga como referente la libertad y la dignidad humanas y se compromete en el arraigo de la democracia.

● Multiplicación de las redes y movimientos civiles globales

La sociedad civil y la ciudadanía planetaria no pueden limitarse a la globalización, como si fuesen sus efectos. Los movimientos sociales globales existen por fuerza de los mismos sujetos colectivos que los constituyen. Recuerdo aquí, a modo

de ejemplos, para que no queden dudas a este propósito, los movimientos feministas y ecologistas, con sus enormes organizaciones, coaliciones y redes, que cubren y actúan en todo el mundo. Por su amplitud, podemos asociarles los movimientos de derechos humanos, que forjó Amnistía Internacional en torno a los derechos civiles, y sobre el derecho a la alimentación, que vienen siendo el tema central de las coaliciones y plataformas en torno a los DESC (Derechos Económicos, Sociales y Culturales). Estos movimientos crearon y crean hechos globales, no por la globalización económico-financiera, sino como desdoblamiento natural del problema ciudadano que los mueve, que en sí mismo ya es global en esencia. Aunque en este caso estamos ante otro movimiento de globalización. No es por acaso que ellos están al frente de la lucha contra los grandes conglomerados y sus estrategias de globalización.

Sin duda, y contradictoriamente, la lucha contra la globalización amplía el proceso de constitución de redes y movimientos civiles globales. La agenda y los acontecimientos «de los otros» en el plano internacional han sido y son espacios en que se van gestando nuevos actores y redes que inmediatamente toman la globalización como asunto propio. La articulación de las organizaciones civiles en torno a la larga Ronda de Uruguay de las negociaciones del GATT, desde 1986 hasta 1994, que dio nacimiento a la OMC (Organización Mundial de Comercio), como su acto final en Marrakesh, fue el patio de construcción de una perspectiva ciudadana global. El paso siguiente que nos llevó a Seattle, a finales de 1999, cuando la ciudadanía global consiguió abortar la puesta en marcha de la nueva ronda de negociaciones para la liberación del comercio mundial bajo la égida de la OMC, ya dejaba ver la alianza estratégica de actores y redes civiles, ONGs y sindicatos, con diferentes adhesiones culturales y nacionales, pero con una perspectiva global. Un

proceso semejante se dio en torno a la cuestión de la especulación financiera, al constituirse la red ATTAC, y de la deuda de los países del Sur, en que la Campaña Mundial del Jubileo 2000 es un ejemplo.

Pero fue en torno al ciclo de conferencias de la ONU en la década de los 90 de donde surgieron redes globales de ciudadanía, particularmente activas. Ejemplos concretos son las redes Social Watch e Dawn –Development Alternative with Women for a New Era–. Se constituyeron otras muchas redes, como: SAPRIN (Structural Adjustment Participatory Review International Network), Fifty Years is Enough, IFG (International Forum on Globalization), Alliance Pour un Monde Responsable et Solidaire; Red Interamericana Agricultura y Desarrollo, Via Campesina, One World, Third World Network, Focus on the Global South y otras muchas. En general, se trata de redes temáticas que acumulan conocimiento y experiencia, son fundamentales a la hora de pensar en alternativas a la globalización.

● **Foro Social Mundial**

En el contexto de las luchas contra la globalización neoliberal y de la constitución de una ciudadanía planetaria merece la pena destacar la iniciativa del Foro Social Mundial. Realizado en Porto Alegre, Brasil, del 25 al 30 de enero de 2001, en las mismas fechas del Foro de Davos, este Foro Social Mundial reunió a cerca de 20.000 personas en torno a la idea de que otro mundo es posible. El Foro Social Mundial está imbricado (solapado, inmerso) en el caldo cultural y político de oposición a la globalización que está al servicio de los grandes grupos económico-financieros, intentando ser una de las formas de emergencia de la conciencia colectiva y de elaboración teórica de alter-

nativas. Los que hacen posible y viable el Foro son todos los que y las que se forjan como sujetos en luchas, movimientos, asociaciones y organizaciones, redes y coaliciones, en acciones pequeñas o grandes, locales, nacionales, regionales o globales.

El mundo, visto sin la máscara del libre mercado, aparece fecundado por valores, pensamientos y actos portadores de otro futuro para la Humanidad. Se engaña el que piense que la globalización económico-financiera se enfrenta sólo a viejos intereses y fuerzas contrarias. Los hay, sin duda, pero se caracterizan por ser también contrarios a la emergente sociedad civil mundial y a la ciudadanía planetaria. Los «de la oposición» que se adhirieron al Foro Social Mundial tienen el sabor de lo nuevo, de fuerzas que se renuevan en la lucha, que se apoderan de las calles para defender sus causas, se organizan en redes mundiales para intercambio y construcción colectiva de propuestas, participan y remodelan Estados, economías y sus mismas sociedades, explotando las posibilidades en sus lugares de vida.

El Foro Social Mundial intentó ser un espacio de encuentro, una encrucijada, una universidad abierta de ciudadanía global, para reflexionar e intercambiar conocimientos y experiencias. Una afirmación pública de lo diferente y de la elaboración de alternativas frente al pensamiento único, aniquilador y homogeneizador de la globalización neoliberal. Con el Foro Social Mundial se trata de extraer la esencia común constructiva de nuestra diversidad, tanto de iniciativas ciudadanas globales, como de resistencias a la globalización dominante.

● **Los desafíos fundamentales para construir otra globalización**

Cuando tanta gente se moviliza por todo el mundo hay que reconocer que está pasando algo. La Historia nos muestra que

siempre estas oleadas acaban moviendo el mundo. Además, no hay manera de negar que nos encontramos ante un poderoso proceso democratizador. Sus potencialidades constructivas o, por el contrario, las posibilidades destructivas del avance de una lógica ciega de violencia-represión, dependen de todos nosotros, hombres y mujeres, ciudadanos del mundo. Tenemos una gran oportunidad de dar otro rumbo a las cosas.

La luz amarilla está encendida. Los «señores» del mundo están, al menos, inquietos ante la creciente contestación civil, especialmente después de lo que pasó en Génova en julio de este año. El problema está en que muchas cosas no están claras. Hasta ahora apenas se desmontaron las certezas y se desordenaron las ideas. Faltan respuestas fundamentales. El mayor efecto del movimiento contestatario hasta el momento ha sido exactamente el de mostrar que la globalización neoliberal es esencialmente una desregulación. Desregulación en el sentido exacto de reducción del espacio público, de los códigos y reglamentos de los derechos de ciudadanía en todos los campos de actuación humana y una permanente fragilización del poder público estatal, en sus diversos niveles.

3 PESE A LAS AMENAZAS DE LA LÓGICA DEL TERROR Y DE LA GUERRA, ES POSIBLE OTRO MUNDO

Ahora bien, con la oportunidad que se abre con los actos terroristas del 11 de septiembre parece que todo pierde el rumbo. No es para menos. En cierto sentido, todos fuimos alcanzados por los terroristas suicidas que lanzaron los aviones civiles secuestrados contra las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York. Junto a los miles de muertos y heridos, en la devastación física de una referencia arquitectónica llena de

significados, en los rostros horrorizados de las personas corriendo, de algún modo, se destruyó también un poco de nuestras vidas. Las imágenes de todo aquello, en directo, fueron diseminando el miedo y la incertidumbre por todo el mundo. Ciudad cosmopolita por excelencia, Nueva York es una especie de puerta abierta a la diversidad del mundo, con la mitad de sus habitantes nacidos fuera de los Estados Unidos. Los terroristas tenían como objetivo uno de los símbolos del capitalismo americano, pero alcanzaron de lleno a la Humanidad. Cometieron un crimen global.

En respuesta al terrorismo, el espíritu guerrero y de venganza, como una niebla negra, está queriendo imponerse sobre todos los seres humanos de este ya castigado planeta. Necesitamos tomar la iniciativa si no queremos ser tragados precisamente por todo aquello que estamos combatiendo. Al terror globalizado hemos de dar una respuesta de ciudadanía globalizada en el camino de la paz, con coraje y osadía.

Con la ola global contestataria nace una enorme posibilidad histórica, que reivindica como condiciones de la globalización participación y derechos de ciudadanía para toda la Humanidad. Por primera vez, la conciencia común de la Humanidad en la diversidad supera al nacionalismo fragmentador y aislacionista. ¿Tendría otra explicación la enorme oleada de solidaridad con aquellas mujeres y hombres de Nueva York que se apoderó del mundo en la semana pasada?

Como miembros activos de la naciente sociedad civil y militante de un humanismo planetario fundado sobre los valores de libertad, igualdad, diversidad, solidaridad y participación, necesitamos con urgencia revisar y adaptar estrategias. La perplejidad inicial debe dar lugar a la iniciativa. Después del fundamentalismo de los mercados, no podemos dejarnos dominar

por el fundamentalismo, ni por la agenda de los guerreros, sean los que sean, terroristas o Estados. La coyuntura no es fácil, pero es en ella donde hemos de mostrar osadía de ideas, generosidad en la acción y grandeza de espíritu ciudadano y ético.

Se impone concretar una agenda:

1. *Oponerse a todas las formas de terror y trabajar por la paz.* No podemos titubear en la condena de los actos terroristas. Al mismo tiempo, tenemos que ser intransigentes con el terrorismo de Estado, como el que viene armando el Gobierno Bush. No se trata de poner en la balanza las atrocidades de unos y de otros, pues ambos matan igual y brutalmente a inocentes. Además, necesitamos tomar una postura clara de condena de oposición a tales formas de acción que, además de atentatorias a los derechos humanos, sólo genera más terror. Esto es una condición para entender sus causas y luchar contra el terror, en la forma en que se manifieste, poniendo en el centro los seres humanos en su calidad de ciudadanas y ciudadanos portadores de derechos. Construir la paz es transformar los conflictos en fuerzas constructivas de sociedades democráticas, libres y justas, que proporciones lugar activo, ecuánime y solidario a todas las mujeres y hombres, en su diversidad de culturas, estilos, deseos y posibilidades.
2. *Practicar y fortalecer el internacionalismo solidario.* La coyuntura es particularmente dañosa a las redes, alianzas, coaliciones y campañas que se forjaron en los países del Norte desarrollado contra la globalización neoliberal. Desde el punto de vista de los guerreros, no hay lugar para los pacifistas, para los que claman por justicia en base a la ley, para todas y todos los que se com-

prometen en la condena de procesos, estructuras y políticas que excluyan y desentonen. Aprovechan el momento para atacar a los portadores de proyectos que defienden valores de igualdad y participación, respetando y valorando la diversidad que construimos como seres humanos. De momento, incumbe a las redes civiles del Sur un protagonismo portador de valores universales. No dejemos que se instaure, a nivel de la emergente sociedad civil planetaria, una ruptura entre el Norte y el Sur. Nos toca a nosotros, por debajo del Ecuador y fuera del epicentro en que opera la lógica del terror y de la guerra, una responsabilidad mayor en el sentido de juntar, aglutinar, condensar fuerza política propositiva, constructiva de alternativas para el mundo. Debemos hacer esto cooperando y practicando la solidaridad con los movimientos, organizaciones, redes y coaliciones del Norte, al mismo tiempo en que fortalezcamos el tejido organizativo y participativo en el Sur.

3. *Construir proyectos de poder mundial radicalmente democráticos.* Frente a la crisis del sistema multilateral existente el mundo corre el riesgo de perder la posibilidad de establecer un mínimo de regulación democrática de las relaciones entre los pueblos. La hegemonía bruta de un Estado Nacional, como los Estados Unidos, o del G8, fuertes económica y militarmente, sólo puede generar más exclusión, pobreza, concentración de riqueza y destrucción ambiental, agudizando las causas generadoras del terror y de la guerra. La emergente sociedad civil mundial se enfrenta aquí con un desafío importante: ha de tener osadía e ir a las raíces para que sobre la economía y los mercados globalizados vuelva a instaurarse el primado del bien público y de la democracia.

4. *Servirse de la plataforma del Foro Social Mundial.* Éste, como encrucijada de redes civiles para pensar y proponer alternativas, es una iniciativa que puede catalizar y aglutinar las diversas fuerzas de la emergente sociedad civil mundial, en el momento actual. La realización del Foro en Porto Alegre, del 31 de enero al 5 de febrero de 2002, es una oportunidad única para resituar los asuntos de la sociedad civil en el centro de los debates. Necesitamos alimentar la esperanza de que es posible un mundo diferente. Esta es la idea que atrae a tanta gente al Foro. El eco que provoca en los medios de comunicación puede ser un contrapunto efectivo contra el fundamentalismo económico y el espíritu vengativo y guerrero reinante. Por su visibilidad, el Foro Social Mundial puede ayudar a reconstruir el sueño de justicia y libertad, difundiéndose por el mundo y animando a mucha gente a comprometerse en iniciativas ciudadanas, en la presión por cambios de rumbo y en busca de la paz. Lo importante es que el Foro Social Mundial depende básicamente de nosotros, movimientos, organizaciones y redes civiles, especialmente de los países pobres y en desarrollo del Sur. La hora actual exige de nosotros mucha responsabilidad y valor, para demostrar que otro mundo de paz es posible.

La política económica ante la globalización: sobre la pretendida impotencia del Estado

Gabino Izquierdo
Economista

Sumario

1. Introducción: Entre posturas enfrentadas.—2. La tesis de la transformación del papel del Estado.—3. Las diferentes implicaciones de la perspectiva temporal.—4. Derivas nacionalistas: ¿Hacia un nuevo mercantilismo?—5. A modo de conclusión.

RESUMEN

El artículo parte de la polémica surgida entre numerosos analistas y políticos acerca de la incidencia de la globalización en la capacidad de los Estados para regular las economías nacionales. Entre quienes consideran que esa incidencia está dejando al Estado casi en la impotencia y quienes rechazan de plano esa suposición, reafirmando la importancia y la virtualidad del papel estatal, se está consolidando una línea intermedia, más pragmática y muy plural, que entiende que el fenómeno globalizador está, ciertamente, afectando decisivamente a la capacidad de actuación del Estado en la economía, pero no tanto reduciéndola como condicionándola: provocando de hecho un auténtico cambio en el papel del Estado en este ámbito

y en el propio carácter de la política económica, que debería orientarse crecientemente, desde esta perspectiva, a defender e impulsar la competitividad de la economía nacional. El artículo se centra en el examen de algunas de las implicaciones más problemáticas de esta concepción de la política económica.

ABSTRACT

The article starts from the polemic risen between a great number of analysers and politicians about the impact of globalisation in the capacity of the States to regulate national economies. Between those who consider that this impact is making the State almost powerless and those who directly reject this argumentation is rising a halfway line, more pragmatic and more plural which understands that the phenomena of globalisation is really affecting the capacity of the State in economics, but it is not reducing it as it is conditioning it: it has in fact caused a tremendous change in the role of the State in this area and in the character of financial policy. The article focuses on the examination of some of the most problematic implications of this conception of the financial policy.

1 INTRODUCCIÓN: ENTRE POSTURAS ENFRENTADAS

Parece lugar común la consideración de que los avances en el proceso de globalización están condicionando sustancialmente el margen de maniobra de los Estados nacionales, limitando muy especialmente la capacidad operativa de la política económica. De hecho, se trata de un fenómeno prácticamente implícito en la propia esencia del fenómeno: un proceso que ineludiblemente tiende a la superación de los límites nacionales y, por ello, a una difícilmente cuestionable erosión de la capacidad reguladora de los Estados. Por eso, para muchos analistas, globalización y pérdida de soberanía estatal constituyen dos fenómenos inseparables: casi, dos sinónimos.

Las vías a través de las que se está produciendo ese deterioro del margen de maniobra estatal son numerosas (1) y prácticamente no hay línea de política socio-económica que no resulte —en mayor o menor medida— afectada por los fenómenos aludidos, que inciden particularmente en la viabilidad de las llamadas políticas sociales y redistributivas, llegando a poner en cuestión el futuro del Estado de Bienestar. Podríamos estar así ante lo que algún autor no ha dudado en calificar de auténtica «desnacionalización» de la economía (2): una desnacionalización en cuyo curso los Estados pierden rápidamente autonomía

(1) Me he ocupado con más detenimiento de estas cuestiones en IZQUIERDO, G., *Entre el fragor y el desconcerto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización*, Madrid, Minerva Ediciones, 2000. Análisis generales de interés sobre este tema pueden verse en CASTELLS, M., *La era de la información*, vol. 2, Alianza Editorial, Madrid, 1998; DE LA DEHESA, G., *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, y MARTÍNEZ, A., *Economía política de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2000.

(2) BECK, U.: *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998.

ante las múltiples presiones del entorno global y se hacen cada día más vulnerables ante ellas.

Por eso, las innegables dificultades que el proceso de globalización está planteando para el margen de maniobra estatal no sólo obligan a cuestionar el carácter de la política económica posible y el papel del Estado, sino que colocan en el centro del análisis a la capacidad de legitimación del sistema y a la propia naturaleza de la democracia, que, al pensar de no pocos autores, estaría en peligro serio ante las restricciones en aumento que la globalización provoca al Estado nacional (3).

Sin llegar a conclusiones tan radicales, es difícil, al menos, no participar de la sospecha de que la globalización está generando en el Estado y en la política económica nuevas y nada fútiles dificultades. Ciertamente, el peso proporcional del Estado en la economía de prácticamente todos los países —y particularmente en los desarrollados— no ha descendido apreciablemente en las últimas décadas —e incluso ha aumentado en numerosos casos—, al tiempo que la influencia pública sigue siendo absolutamente central en todas las economías. Pero es evidente que el Estado se enfrenta a constricciones y desafíos nuevos, que su margen de maniobra en muchos campos se ha reducido sensiblemente, que su poder general de regulación parece progresivamente menor y, sobre todo, menos autónomo y que empieza a mostrar síntomas de incapacidad y aun de impotencia en aspectos nada livianos de lo que ha venido siendo tradicionalmente su ámbito de actuación. Problemas todos que, en buena parte —y como muchos autores ya han puesto de relieve—, parecen claro resultado de una contradicción creciente entre las implicaciones de una intensa integración económica a nivel

(3) *Vid.* sobre esto GUÉHENNO, J. M., *El fin de la democracia*, Barcelona, Paidós, 1995. Un análisis ya clásico sobre la relación globalización-democracia puede verse en HELD, D., *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997.

mundial y el potencial de actuación de unos entes políticos que continúan limitados a su tradicional base nacional.

Con todo, se trata de un fenómeno que –como siempre sucede en las Ciencias Sociales– admite muy diferentes y hasta enfrentadas interpretaciones. Entre ellas, destacan dos posturas extremas y claramente contrapuestas. La primera, en la que coinciden los analistas liberales más radicales, insiste en que las limitaciones apuntadas comportan una indisimulable y progresiva impotencia del Estado en materia económica, recomendando una severa limitación de la discrecionalidad de las actuaciones y una drástica reducción de su intervencionismo, que debería polarizarse hacia la consecución de los equilibrios macroeconómicos básicos y hacia la promoción de los mayores niveles posibles de liberalización, apertura y flexibilización de la economía (4). Es un pesimismo sobre la capacidad estatal en el que vienen a coincidir no pocos autores situados en las antípodas ideológicas de los anteriores, pero desesperanzadamente convencidos de la drástica reducción del margen de maniobra estatal, y muy especialmente de la obsolescencia de las actuaciones de inspiración keynesiana y de las políticas redistributivas y aun de la propia crisis de los planteamientos socialdemócratas (al menos, a escala nacional) (5).

La postura contraria es la de quienes –normalmente en la banda izquierda del espectro ideológico– sostienen que esa supuesta debilidad estatal no es más que un mito inventado con la finalidad de facilitar el asentamiento de las políticas liberales. Aun asumiendo las patentes restricciones que el proceso de globalización comporta para determinadas formas de inter-

(4) Una exposición clara, poco técnica y particularmente radical de esta tesis se puede ver en OHMAE, K., *The End of the Nation State: The Rise of Regional Economies*, Nueva York, Free Press, 1995.

(5) Arquetípico de este pesimismo es GRAY, J., *Falso amanecer*, Barcelona, Paidós, 2000. También, MARTÍN, H. P., y SCHUMANN, H., *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus, 1998.

vención —y muy particularmente para las políticas keynesianas de demanda—, rechazan que los datos de la realidad permitan sostener que el Estado esté reduciendo ni su peso ni su papel en la economía, ni que la globalización, en definitiva, sea incompatible con su capacidad gestora o con las políticas sociales y de bienestar (6). Más aún, algunos autores insisten en el hecho de que los países que han resistido mejor el impacto de la mundialización económica son precisamente los que han contado con Estados más activos, que han conseguido compatibilizar la competitividad y la eficiencia de la economía con la profundización de las mejoras sociales y con sólidas políticas redistributivas. Son razones en las que basan su negación rotunda de la presunta incapacidad estatal y del estrechamiento de su papel regulador de la economía, e incluso de la pérdida de relevancia de los modelos socialdemócratas (7).

De esta forma, la supuesta debilidad que el proceso de globalización provoca en la capacidad de actuación económica del Estado es campo de una intensa, apasionante y ciertamente nada irrelevante polémica que, desde luego, trasciende el puro ámbito académico: polémica, por cierto, intensamente reactualizada a la luz de la reconsideración del papel del Estado a que está conduciendo la crisis política internacional desatada por los recientes atentados en Estados Unidos. En este contexto, el objeto básico de este artículo radica en el examen —obligadamente esquemático— de una corriente analítica «intermedia»,

(6) Referencia obligada de esta posición es HIRST, P., y THOMSON, G.: *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996. De gran interés empírico es también RODRIK, D.: «Why do more open countries have bigger governments?», documento del *National Bureau of Economic Research*, n.º 5537, abril de 1996. Otro texto básico que, desde otro punto de vista (el poder hegemónico de EEUU), cuestiona la tesis de la debilidad del Estado es GILPIN, R., *The Political Economy of International Relations*, Princeton, 1997.

(7) Ejemplos modélicos de esta posición son THERBORN, G. *La globalización y las posibilidades de la acción pública*, conferencia pronunciada en el seminario *Políticas sociales contra la pobreza*, organizado por la Fundación Argentaria y el Gobierno Vasco, en Bilbao, en junio de 2000, y múltiples textos de NAVARRO, V., una buena muestra puede verse en *Globalización económica, poder político y Estado del Bienestar*, Barcelona, Ariel, 2000.

más matizada y posibilista, muy plural, y que presenta, sin duda, elementos muy sugerentes y en alguna medida innovadores, pero que no deja de comportar también zonas de sombra.

2 LA TESIS DE LA TRANSFORMACIÓN DEL PAPEL DEL ESTADO

Se trata de una ancha posición en la que se sitúa la mayor parte de los analistas y, desde luego, la inmensa mayoría de los más reconocidos académica y políticamente: una posición –como apuntaba– más ponderada y que admite multitud de variantes, aunadas en el reconocimiento del indudable impacto de la globalización sobre la capacidad operativa del Estado, pero defendiendo al tiempo que el potencial de actuación estatal es todavía considerable, aunque sensiblemente diferente al característico de la etapa anterior. En efecto, la creciente integración económica mundial estaría produciendo una radical transformación no sólo en el carácter de la política económica aplicable, sino incluso en el propio papel del Estado. Una transformación asumida en la práctica, con mayor o menor intensidad, por todos los Gobiernos. Estaríamos así ante un verdadero cambio de paradigma, definitivamente superador del dominante durante la llamada «Edad de Oro» del capitalismo keynesiano: no se trataría tanto –como pretenden los liberales extremos– de una menor capacidad del Estado en materia socioeconómica y de una menor importancia de la política económica como de un drástico cambio –destilado paulatinamente desde mediados de los años 70 del pasado siglo– de lo que se considera la línea correcta de la política económica. La agudización asfixiante de la competencia que la globalización impulsa genera inevitablemente nuevas limitaciones para la política económica, crecientemente condicionada por el imperativo de

resistir la competencia externa. Como sintetiza un partidario decidido de esta tesis, «ante esta revolución globalizadora..., a los Estados no les queda más remedio que redefinir sus funciones, su papel y su tamaño» (8), obligándoles a centrar su atención y sus recursos en todas aquellas medidas necesarias para defender y mejorar la posición competitiva del país –y de las empresas del país– en el entorno internacional en el que ineludiblemente tienen que desenvolverse.

Algo que está conduciendo a todos los Estados a priorizar dos líneas de actuación: por una parte, aquellas políticas que posibilitan un mayor nivel de competitividad en los productos del país –baja inflación, contención de salarios, flexibilidad laboral, potenciación del beneficio empresarial, formación, investigación, infraestructuras básicas para el sector productivo, sanidad, seguridad pública, justicia, etc.; y en segundo lugar, aquellas otras que maximicen el atractivo del país para el capital exterior y le permitan disponer de suficientes recursos financieros a buen precio: equilibrio en las cuentas públicas y reducido endeudamiento del sector público, con tipos de interés consiguientemente bajos, máximas apertura y liberalización de la economía, escasa intervención directa del Estado en el sector productivo, fortalecimiento del sistema financiero... Algo a lo que contribuyen tanto el mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos básicos como la garantía y credibilidad que tales medidas ofrecen sobre la intención general del Gobierno y sobre la ortodoxia económica que le guía. Se trata, en definitiva, de actuaciones preferentemente microeconómicas, institucionales y de infraestructuras, presididas por la voluntad de priorizar la libertad de mercado y por una dominante tensión reestructuradora y flexibilizadora orientada a potenciar la eficiencia de empresas y mercados.

(8) DHESA, G., *op. cit.*

Funciones, así, encaminadas a contribuir a generar el clima socioeconómico y el capital físico y humano óptimos para el crecimiento económico, así como a corregir aquellos «fallos del mercado» y a proveer aquellos servicios públicos que más directamente puedan afectar a la eficiencia de la economía.

Naturalmente, se trata de una filosofía en la que caben multitud de matices diferenciales, que pueden dar lugar a planteamientos político-ideológicos sensiblemente distintos: desde posiciones plenamente liberales —que insisten ante todo en la liberalización, flexibilización y apertura de la economía— hasta posturas claramente enraizadas en la inspiración socialdemócrata —que destacan fundamentalmente la necesidad de medidas que ayuden a la mejora de la productividad de la economía a través de mayores inversiones públicas en infraestructuras y en servicios sociales básicos— (9), pasando por el modelo exportador de muchos países asiáticos o por toda la corriente de planteamientos que confían en la capacidad de lo que se ha denominado la «marca país» para impulsar la competitividad de la producción nacional (10). La característica unificadora de todos ellos, no obstante, radica en la coincidencia en esa prioridad crucial al fomento de la competitividad nacional: una prioridad que, ciertamente, puede acabar transformando a los Estados —como sugiere CASTELLS (11)— «de sujetos soberanos» —capaces de decidir más o menos autónomamente sus prioridades— en «actores estratégicos», en una dinámica competitiva mundial en la que únicamente pueden aspirar a insertarse más o menos positivamente: una dinámica, por tanto, de «soberanía

(9) Un estudio muy consistente en esta línea para el caso español puede verse en ESPINA, A., *Hacia una estrategia española de competitividad*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor Dis., 1995.

(10) Puede verse sobre esto ÁLVAREZ, R., «País de origen como estereotipo: ¿ventaja competitiva para la marca?», *Harvard Deusto Business Review*, n.º 98, Bilbao, 2000.

(11) CASTELLS, M., *op. cit.*, vol. 2.

compartida» —o quizá mejor, de interdependencia estrecha—. Una situación que, como se ha llegado a afirmar, inaugura una nueva relación entre la política y la economía, en la que la función esencial —y descaradamente economicista— de los Estados consiste en actuar «como moderadores de la competitividad nacional en la competencia global» (12).

3 LAS DIFERENTES IMPLICACIONES DE LA PERSPECTIVA TEMPORAL

Sea como fuere, y por encima de los matices de cada uno de estos planteamientos, merece la pena insistir en el decisivo elemento diferencial que todos ellos introducen en el carácter de la política económica: la exigencia de competitividad se convierte en un condicionante general y permanente, en una horma omnipresente, para todas las actuaciones estatales, presionadas sistemáticamente por la obligación inexcusable de impulsar la adaptación de los agentes económicos nacionales a los patrones fijados por los agentes y espacios más competitivos en el mercado global. Es ese el imperativo modernizador que fuerza a una carrera sin fin y que impele también a abandonar en la cuneta a los agentes imposibilitados de correr a la máxima velocidad. No puede extrañar, en este sentido, la inevitable ambivalencia de este obligado proceso modernizador, impulsor de intenso crecimiento en los espacios y ámbitos más competitivos, pero generador también de empobrecimiento y exclusión en los incapaces de adaptarse a la competición.

Es una tensión sistémica que provoca también inevitables contradicciones en el interior de cada unidad y de cada espacio,

(12) ALTVATER, E.: «El lugar y el tiempo de lo político bajo las condiciones de la globalización económica», *Zona Abierta*, n.º 92/93, Madrid, 2000.

por la propia exigencia constante de eficiencia que requiere: contradicciones sociales y económicas, pero también medioambientales, en la medida en que fuerza a un aprovechamiento máximo de todos los recursos y todas las potencialidades existentes.

Se trata de un fenómeno con múltiples y extremadamente complejas implicaciones, muchas veces claramente opuestas. Por una parte, la mezcla de esa tensión a la que fuerza la carrera competitiva y de la necesidad de aprovechar al máximo los recursos disponibles conduce a revalorizar las virtudes del consenso social: sin duda, el conflicto mina las energías y la capacidad competitiva de toda sociedad. Por ello, muchos políticos y analistas tienden a priorizar la importancia de consolidar la capacidad de aunar esfuerzos y repartir los costes que la competencia exige entre todos los sectores sociales. Una vía que conduce a destacar la importancia competitiva de las inversiones públicas en servicios sociales básicos que garanticen un cierto bienestar —al tiempo que un mayor nivel de capital humano— para toda la población y por la que algunos autores avanzan hacia una enormemente sugestiva e innovadora teorización de la relevancia de lo que se ha denominado el «capital social» o «capital confianza»: la suma de todos aquellos factores que contribuyen a potenciar la integración social, la capacidad de colaboración entre los diferentes agentes sociales, su voluntad de participación en redes colectivas, su solidaridad y confianza recíprocas, etc. Elementos todos que impulsan el orden y la paz sociales, pero que también intensifican la energía creativa y el clima social óptimamente favorecedor del crecimiento económico (13).

(13) Sobre el concepto de «capital social» puede verse el estupendo número monográfico que ha dedicado *Zona Abierta* al tema en el volumen coordinado por HERREROS, F., y DE FRANCISCO, A., n.º 94/95, Madrid, 2001.

Pero por otra parte, el fenómeno aludido puede conducir a planteamientos bien diferentes: a priorizar todas aquellas medidas capaces de potenciar la competitividad nacional de la forma más rápidamente posible. Algo que está en las antípodas de lo anterior, puesto que impulsa sobre todo hacia políticas de reducción de costes —más que inversiones—, que son las mayores generadoras de ganancias de competitividad a muy corto plazo. Se trata de una opción ganadora con harta frecuencia en todos los niveles de decisión (empresarial, regional, nacional e incluso internacional), porque ciertamente puede ser una vía más rápida que la orientada al fomento de la productividad a través de inversiones en capital físico, humano y social. Pero es también una vía que obliga a medidas casi siempre negativas para los niveles de vida de los sectores mayoritarios de la población: es la tan conocida opción por los recortes salariales y de prestaciones sociales, por la flexibilización y precarización de las condiciones laborales, por la exigencia de un esfuerzo creciente en el trabajo, por la prioridad de las políticas contra la inflación y el déficit público, etc.

En cierta medida, se trata de una tendencia difícilmente evitable en este tipo de estrategias económicas, puesto que la prioridad dominante contribuye a reducir paralelamente la viabilidad de todas las otras líneas de actuación pública que puedan poner en peligro la competitividad nacional, reduciéndose paralelamente el campo de acción del Estado: particularmente, respecto a políticas que sólo afecten marginalmente a ese objetivo prioritario. En general, buena parte de las políticas redistributivas y sociales pueden verse en peligro.

Esa es la razón de los riesgos de conflictividad social que aprecia CASTELLS en este papel promotor de la competitividad nacional de los Estados: «... para fomentar la productividad y competitividad de sus economías, deben aliarse estrechamente

con los intereses económicos globales y guiarse por las reglas globales favorables a los flujos de capital, mientras piden a sus sociedades que esperen pacientemente el goteo de los beneficios creados por la iniciativa empresarial» (14), generando así un imparable distanciamiento con amplios sectores de su población. Es una obsesión cortoplacista por la eficiencia que puede estar también detrás de una igualmente peligrosa propensión a rebajar la calidad democrática de los instrumentos de la política económica —semejante a la que subyace a las aproximaciones liberales—, en la medida en que la pureza democrática suele comportar costes y plazos no siempre compatibles con la finalidad mencionada: cabría recordar aquí la fácil cohabitación de estas estrategias con fenómenos como la intensificación de la autonomía —y por lo tanto, la ausencia de control democrático— de instituciones tan relevantes como los bancos centrales o la fijación de límites a determinadas actuaciones de política económica —por ejemplo, en el nivel de gasto o déficit o endeudamiento públicos.

4 DERIVAS NACIONALISTAS: ¿HACIA UN NUEVO MERCANTILISMO?

En todo caso, las estrategias competitivas centradas en el corto o en el medio y largo plazos no constituyen, por supuesto, opciones absolutamente alternativas, sino que más bien tienden a presentarse combinadas —en diferente proporción— en todos los Gobiernos. Sea como fuere, incluso en las modalidades de mayor horizonte temporal y más positivas para el bienestar general, este condicionamiento general de la política económica por la presión competitiva no deja de tener conno-

(14) CASTELLS, M., *op. cit.*, vol. 2.

taciones problemáticas. Ante todo, porque su unilateralismo, su visión en buena parte unidimensional, comporta —como veíamos— una muy peligrosa tendencia a considerar como inevitable el fracaso y la consiguiente quiebra de los ámbitos menos competitivos de la sociedad: se trata de una cierta propensión a la dureza, a la falta de piedad por los más débiles, que es conatural en todas las filosofías económicas obsesionadas por la competición y por el éxito y que parece innegable que se expande inmisericorde en nuestro mundo.

Pero no es este el único peligro latente en el nuevo papel del Estado en la era de la globalización. No es el menor el que deriva precisamente de una atención exagerada a la importancia del consenso social y de la capacidad de aunar esfuerzos para poder afrontar mejor los retos de la agobiante competencia internacional. Porque un excesivo hincapié en esos elementos —en sí mismos, desde luego, absolutamente positivos y encomiables— puede conducir a la sociedad a una cierta sensación de estar en lucha contra todo lo exterior: a la sobrevaloración de la necesidad de cohesión social y de homogeneidad para poder superar con éxito esa competencia constante y creciente que coloca en situación de riesgo permanente el bienestar conseguido. Y de la generalización de esa expansión al nacionalismo hay sólo un paso, que no por casualidad muchas sociedades están claramente dando en nuestro tiempo. La defensa de la identidad —contra lo que muchos opinan— puede así presentarse en paralelo con las estrategias competitivas más impetuosas.

No debería descartarse por ello la posibilidad de que puedan radicar en este fenómeno algunas de las razones que —por supuesto, junto a muchas otras, de carácter básicamente cultural— están impulsando en la actualidad, paradójicamente al calor de la globalización, la expansión del nacionalismo, y también, en consecuencia, de movimientos regionalistas, autonomistas e

independentistas de todo tipo (15). Muy especialmente, puede ser esta una de las razones de la intensificación del nacionalismo de muchas pequeñas áreas pretendidamente compactas en términos lingüísticos, culturales o étnicos, en las que sectores sociales representativos pueden llegar a pensar que esa —presunta o real— homogeneidad y la consiguiente cohesión que posibilita pueden brindar nuevas y mejores oportunidades de competir con éxito en el orden internacional. En no pocas comunidades integradas en Estados cultural o étnicamente plurales puede así surgir la tentación de soñar que un nuevo Estado —más pequeño, pero más firme, integrado y compacto que el original— estaría en mejores condiciones de insertarse adecuadamente en el orden económico global: un orden que no elimina la importancia de las singularidades, de las señas diferenciales y de las identidades espaciales, sino que, muy al contrario, las refuerza en muchos aspectos, haciendo de ellas instrumentos de competencia. Por eso —señala J. NOGUÉ en un muy recomendable texto— «... las lenguas y las culturas minoritarias reafirman su identidad y reinventan el territorio, puesto que es innegable que una cultura con base territorial resiste mucho mejor los embates de la cultura de masas mundializada» (16).

Fenómenos todos con muchas dimensiones y susceptibles sin duda de valoraciones muy diferentes, con indudables virtualidades de intensificación de la cohesión social, pero que comportan igualmente riesgos claros de enfrentamiento e incluso de exclusión respecto a los colectivos y espacios considerados diferentes. Algo difícilmente evitable en estrategias cimentadas en filosofías hipercompetitivas, ensalzadoras de lo propio y lo supuestamente auténtico por encima de todo y que

(15) He examinado este tema con más detalle en IZQUIERDO, G., *op. cit.*

(16) NOGUÉ, J.: «El retorno al lugar. La creación de identidades territoriales», *Claves de Razón Práctica*, n.º 92, Madrid, mayo de 1999.

casi inevitablemente, paradójicamente también en la era de la globalización, abocan a consideraciones del exterior o de lo ajeno como rivales e incluso enemigos potenciales (17).

Es ese el peligro máximo que aprecia E. LUTTWAK en la generalización de estas estrategias, polarizadas, en su opinión, por una consideración aguerridamente «geoeconómica» y por una visión miopeamente microeconómica de la economía nacional, que conducirían a la reducción del papel de los Estados a la función de fomento del éxito de las empresas nacionales —o de las empresas transnacionales más importantes para sus economías—, compitiendo así como unidades cuasi-empresariales que buscan la victoria por encima de todo, aun a riesgo de eliminar del mercado a los rivales. Una tarea preferente, por tanto, de apoyo a las principales empresas del país con el objetivo de «proteger, fomentar o impulsar los “intereses nacionales”», pero no tanto con la finalidad última de incrementar todo lo posible el nivel y la calidad de vida de la población, sino de «... conquistar o defender un papel adecuado en la economía mundial» (18).

Naturalmente, sería fruto del delirio achacar este tipo de connotaciones a todas las orientaciones de política económica presididas por el referente básico del impulso de la competitividad internacional. No obstante, sí cabe pensar que son riesgos derivados de la desmesura de estrategias de este carácter: de un excesivo hincapié en este tipo de objetivos, situándolos por encima de cualquier otra consideración y convirtiéndolos en finalidad dominante y condicionante radical de la política económica. Una desmesura que, como apuntaba, puede conducir bien a orientaciones caracterizadas por una visión exagerada-

(17) Vid. sobre esto ALTVATER, E., *op. cit.*

(18) LUTTWAK, E.: *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden con la globalización*, Barcelona, Crítica, 2000.

mente «empresarial» y cortoplacista de la política económica, bien a orientaciones dominadas por una perspectiva marcadamente «nacionalista». Orientaciones, en ambos casos, que recuerdan no poco algunos de los rasgos principales de esa filosofía económica preponderante en la belicosa Europa de la Edad Moderna que ha recibido la denominación genérica de «mercantilismo» y que todos los manuales de Historia de la Economía suelen considerar una pura y obsoleta reliquia del pasado. Aunque se trata de algo que no puedo aquí sino apuntar, no está de más recordar el antagonismo generalizado que desató esa concepción de la economía: una concepción derivada de la consideración de la riqueza como fin supremo y presidida por una omnipresente «voluntad de poder» (19), que interpretaba que «la consolidación del Estado puede conseguirse tanto, si no mejor, debilitando el poder económico de los vecinos como aumentando el propio» (20), entendiendo, en consecuencia, la política económica como el conjunto de medidas, de todo tipo, adecuadas para fomentar la actividad económica nacional y para debilitar la de los demás países.

Sin duda, no puede equipararse esa situación con la actual, pero no deberíamos olvidar algunas similitudes nada intrascendentes con las políticas comentadas en este epígrafe ni las peligrosas pulsiones conflictivas de estrategias que exacerbaban la lucha competitiva a nivel internacional.

5 A MODO DE CONCLUSIÓN

No parece, ante todo, que ni la literatura disponible ni la evidencia empírica permitan dar por zanjado el debate en torno a

(19) DEYON, P.: *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, Barcelona, Península, 1970.

(20) BLAUG, M.: *La teoría económica actual*, Barcelona, Luis Miracle, 1968.

las consecuencias de la globalización sobre la capacidad estatal de desarrollar la política económica, si bien no dejen de acumularse dudas consistentes sobre las posiciones más extremas. El Estado sigue siendo un actor fundamental en el panorama económico de nuestro tiempo y su intervención continúa disponiendo de múltiples instrumentos y siendo imprescindible y básica: algo —como se apuntaba en la introducción— en lo que parecen coincidir ahora incluso muchas tradicionales críticas del intervencionismo público tras el «redescubrimiento» de la importancia del Estado que parece haberse producido después de los atentados del 11 de septiembre. Pero no es posible tampoco negar la dureza del impacto de muchos de los fenómenos que el proceso de globalización propicia sobre el margen de maniobra de la política económica ni los numerosos condicionantes que la imponen.

Desde esta constatación, no es fácil cuestionar la inevitabilidad de que la intervención económica estatal se deslice en alguna medida hacia orientaciones defensoras de la competitividad nacional del tipo de las aquí examinadas: el contexto internacional las exige y numerosas experiencias prueban su viabilidad y su conveniencia.

Ahora bien, no deberían dejarse de lado las implicaciones negativas que podrían derivarse de estos planteamientos. Junto a efectos económicos potencialmente positivos, la exacerbación de sus objetivos y, sobre todo, su contemplación con un horizonte exageradamente cortoplacista puede conducir al empeoramiento de las condiciones de vida de los colectivos menos favorecidos, al agravamiento de la situación medio-ambiental, a serias fragmentaciones sociales, con los consiguientes riesgos de conflictividad, e incluso al —seguramente impensado— aliento de impulsos nacionalistas, tanto en la sociedad como en la

política, con el peligro también de fomento de un clima internacional más enrarecido y menos cooperativo.

Se trata, en general, de posibilidades derivadas de una concepción extremadamente competitiva, cortoplacista y parcial de la economía, en la que la acentuación absolutizadora de una racionalidad limitada —marcadamente economicista e incluso de perspectiva predominantemente microeconómica— avoca a irracionalidades de orden más general. Irracionalidades que —en la modesta opinión de quien esto escribe— sólo podrían afrontarse adecuadamente desde perspectivas políticas que superen la parcialidad: tanto en el horizonte temporal como en el carácter de los objetivos perseguidos; que superen así el cortoplacismo miope, pero también la unidimensionalidad. Y que aspiren, igualmente, a superar la parcialidad espacial: es decir, políticas capaces de asumir la necesidad ineludible de cooperación a nivel internacional para hacer frente con éxito a los desafíos múltiples que la globalización plantea. Una perspectiva ésta no precisamente estimulada por las estrategias más viscerales de fomento de la competitividad nacional y sin cuya consideración preferente difícilmente las políticas económicas nacionales se sustraerán a esa propensión mercantilista a la rivalidad que antes apuntaba. En ese carácter integral y en esa necesidad de cooperación radican, creo, los verdaderos retos de la política económica y, en general, de la acción del Estado.

Globalización y cohesión social

Emilio Fontela

*Profesor de la Universidad
Autónoma de Madrid*

Sumario

1. ¿Qué entendemos por globalización? a) La globalización financiera. b) Los límites del planeta. c) La ciencia y la tecnología. d) El comercio y la producción.—2. Globalización y nuevo modelo de crecimiento económico.—3. La cohesión social en la sociedad postindustrial.

RESUMEN

La globalización refleja un fenómeno de supranacionalización.

La primera actividad económica que puede ser globalizada es la financiera, per también se observan tendencias claras a la globalización en la producción y el comercio, la ciencia y la tecnología, los recursos naturales y el medio ambiente.

La globalización se produce en un período histórico en el que el modelo de crecimiento de la sociedad industrial está siendo transformado por las nuevas tecnologías. La Sociedad de la Información está tomando cuerpo como prototipo de la sociedad postindustrial.

La cohesión se refiere a ideales de paz, equidad y bienestar. En el plano global la concretización de estos ideales se identifica con la

necesidad de un contrato social mundial. Sería conveniente promover contratos específicos sobre necesidades básicas, la protección de la Tierra, el diálogo de las culturas o la gobernación democrática (propuestas del Grupo de Lisboa).

ABSTRACT

Globalisation is to be associated to the idea of supranationalisation. Finance in the first fully global economic activity, but globalisation is also in process, in production and trade, in science and technology, in natural resources and the environment.

Globalisation is taking place just when new technologies are transforming the fundamental model of the industrial society. The Information Society appears as a prototype of the post-industrial society. Cohesion refers to the basic ideals of peace, equity and welfare. In a globalized system these visions are to be providing inspiration to a world wide social contract. It is necessary to promote specific world contracts on basic needs, protection of the Earth, cultural dialogue and democratic governance (proposals of the Group of Lisbon).

1 ¿QUÉ ENTENDEMOS POR GLOBALIZACIÓN?

La globalización o mundialización corresponde a un fenómeno de supranacionalización de la economía. Dos siglos después de *La Riqueza de las Naciones*, de Adam SMITH, nos estamos planteando una nueva realidad política, tecnológica, económica y social que implica un concepto de Riqueza del Mundo. Es obvio que la mecánica institucional de la globalización sigue siendo en buena parte «internacional», o sea, que se establece por acuerdo entre naciones soberanas; pero la gran innovación de este proceso reside en el impulso globalizador que ejercen las fuerzas económicas y que hace que algunos agentes económicos se eleven imperativamente a un nivel «supranacional».

Los principales aspectos de esta supranalización se refieren:

- al funcionamiento del sistema financiero;
- a la percepción de los límites y de la sostenibilidad del planeta;
- al desarrollo del conocimiento, de la ciencia y de la tecnología, y
- al funcionamiento del comercio y de los sistemas productivos.

Estos aspectos tienen carácter permanente, y por ello se pueden encontrar antecedentes históricos para cada uno de ellos: siempre han existido agentes económicos interesados por actividades de dimensión mundial. Lo que hace que el siglo XXI sea especial a este respecto es el apoyo que el proceso de globalización está recibiendo por parte de la ideología económica dominante (o sea, por el pensamiento liberal) y por parte de las

tecnologías del paradigma de la Sociedad de la Información, tecnologías que eliminan innumerables distancias geográficas: el mercado es ahora un algoritmo de solución de problemas económicos con validez universal y la información se desplaza a escala planetaria en tiempo real y sin obstáculos.

a) La globalización financiera

Los acuerdos de Bretton Woods habían recortado severamente las posibilidades de circulación del capital financiero a nivel internacional, hasta principios de la década de los setenta. Durante el último cuarto del siglo xx hemos asistido a una liberalización de todos los movimientos de capital, a corto o largo plazo; el big-bang de las bolsas, el éxito de la conexión electrónica entre mercados financieros y el ejemplo de la regulación financiera en la UE han hecho posible que las finanzas sean el primer sector productivo que consigue un funcionamiento verdaderamente globalizado.

El objetivo de las finanzas es facilitar la intermediación entre el ahorro y la inversión, y en estos momentos la mayoría de los instrumentos de esta intermediación forman parte de un mercado financiero global, en el que se negocian transacciones entre ahorradores e inversores con diferentes niveles de precios y de riesgos.

Aunque los movimientos de capitales tienen evidentes consecuencias nacionales (países como EEUU pueden financiar sus inversiones para el crecimiento gracias al ahorro del resto del mundo), las decisiones que toman los agentes de este mercado global responden a sus propios intereses, que no tienen ninguna razón para ser intereses nacionales. En este sentido, el mercado financiero global ya es supranacional.

Y aún más: los agentes del sistema financiero global se mueven en función de su propia interpretación de lo que es una «economía sana», un «sector sano» o una «empresa sana», y esta evaluación de situaciones utiliza criterios estrictos (estabilidad de precios de una economía, perspectivas de innovación tecnológica de un sector o rentabilidad financiera de una empresa, por ejemplo), que no cubren necesariamente aspectos importantes de la economía real o del funcionamiento de la sociedad.

b) Los límites del planeta

MALTHUS ya había puesto en evidencia el carácter inexorable de las progresiones geométricas. El crecimiento de la población y el crecimiento económico tienen necesariamente un límite físico en la dimensión del planeta. El Club de Roma renovó el pensamiento malthusiano, completándolo con los problemas de la destrucción del medio ambiente y del agotamiento de los recursos minerales y energéticos.

En el último cuarto de siglo, apoyándose en los modernos medios de comunicación, la conciencia ciudadana de estos problemas globales del crecimiento se ha intensificado y ha favorecido un movimiento de *ONGs* que también evoluciona progresivamente por encima de las tradicionales barreras nacionales.

Poco a poco se está abriendo paso la idea de que una gestión global del medio ambiente y de los recursos plantea necesidades de nuevas formas de *gobernación mundial*, y que nuevas fórmulas de solidaridad planetaria deben guiar el uso de los bienes comunes de la Humanidad.

Es evidente que en este campo buena parte del tema consiste en *pensar globalmente y actuar localmente*, con lo que este

aspecto de la *globalización conlleva actuaciones subnacionales* (que también debilitan el sentido de la soberanía nacional de los últimos siglos), pero también es verdad que los grandes problemas que condicionan la supervivencia requieren soluciones supranacionales, como es el caso de la destrucción progresiva de la capa de ozono.

La globalización del medio ambiente y de los recursos está empezando y no ha progresado tan rápidamente como la globalización de las finanzas, pero es obvio que será un elemento determinante para el funcionamiento de los sistemas tecnológicos, económicos y sociales en el siglo XXI.

c) La ciencia y la tecnología

La ciencia es un bien común de la Humanidad, y como tal ha circulado con bastante libertad, aunque es de todos sabido que los nacionalismos siempre han tratado de impedir esta libre circulación del conocimiento, en la mayoría de los casos sin conseguirlo, ya que se trata de un intangible que se mueve en la esfera de la inteligencia humana.

La tecnología, o ciencia aplicada a la solución de problemas de producción de bienes y servicios, si es objeto de apropiación por los agentes económicos, puede serlo también por los Estados (el llamado tecno-nacionalismo, que, por ejemplo, limita las transferencias de tecnologías llamadas «estratégicas»).

En el siglo XIX y en el siglo XX, caracterizados por el predominio de la actividad industrial apoyada en el desarrollo tecnológico, y en base a la ideología de *La Riqueza de las Naciones*, las empresas han mantenido en regla general (siempre hay excepciones) un enfoque nacionalista, desarrollando su tecno-

logía, innovando y produciendo en el país de origen y exportando sus productos al resto del mundo. Este es el fundamento de la división internacional del trabajo y de la especialización internacional.

La liberalización de los movimientos de capitales que ha promovido la globalización de las finanzas también está impulsando la globalización de la tecnología. Liberada de las ataduras del nacionalismo empresarial, la tecnología se desplaza, se compra y se vende, se difunde, aporta soluciones generalizadas de ámbito mundial; el tecno-nacionalismo se diluye. La tecnología sigue y seguirá siendo apropiable, pero el título de propiedad es ahora mundial.

d) El comercio y la producción

Si en Bretton Woods se decidió controlar severamente los movimientos de capitales, también se decidió liberalizar progresivamente los movimientos de bienes. El acuerdo era internacional, y sus fundamentos eran los de la teoría económica del comercio internacional, según la cual la especialización de los países en la producción de bienes para los que disponen de ventajas comparativas (en términos de disponibilidad y calidad de factores, o de conocimientos tecnológicos para combinar eficientemente estos factores), aportaría ganancias de bienestar a todos los implicados, exportadores e importadores.

El GATT primero, y ahora la OMC (Organización Mundial del Comercio, la más moderna de las instituciones internacionales, que ya ha optado por llevar el título de «mundial») han promovido un *desmantelamiento progresivo del nacionalismo comercial*, eliminando barreras cuantitativas, aranceles y, más

recientemente, barreras no tarifarias que aún frenan el libre movimiento de bienes y servicios.

La Unión Europea, con la constitución de un mercado único, se ha erigido en precursora de lo que puede llegar a ser el mercado mundial en el siglo *xxi*, incluyendo la etapa final de la moneda única, consecuencia inevitable de la globalización financiera y de la globalización de los mercados de bienes y servicios.

Como señalábamos al comentar la globalización de la tecnología, las empresas de la economía real han empezado ya el desarrollo de estrategias productivas mundiales, y la *IDE* (inversión directa extranjera) es parte esencial de las inversiones productivas totales en la mayoría de los países del mundo.

Así en el sistema productivo y en el comercio, en las finanzas y la tecnología, y en la conciencia ecológica, sé esta produciendo un proceso aparentemente irreversible de globalización que establecen el creciente predominio de la realidad mundial sobre las realidades nacionales.

2

GLOBALIZACIÓN Y NUEVO MODELO DE CRECIMIENTO ECONÓMICO

En el contexto de globalización que acabamos de describir se produce la transformación productiva de los países industriales avanzados que, como España, se encuentran frente a un nuevo reto de competencia a escala planetaria. Estos países buscan un nuevo modelo de crecimiento que sea compatible con el nivel de bienestar adquirido y con las nuevas condiciones que impone el proceso de globalización.

Para los economistas y otros especialistas de las ciencias sociales, hablar de modelo de crecimiento es entrar en un terre-

no de arenas movedizas. Abundan los trabajos que explican la dinámica del pasado; de entre la multiplicidad de causas aparentes de un cierto crecimiento, en un país determinado, los analistas saben extraer aquellas que fueron las más importantes, aquellas que caracterizaron un modelo específico y diferenciable: acontecimientos políticos e institucionales, desarrollos tecnológicos, motivaciones culturales, atmósferas de la producción, movimientos demográficos.

Los estudios econométricos basados en series históricas nos dicen que la principal fuente de crecimiento, la que permite que todos los ciudadanos de un país sean cada vez más ricos, y vivan cada día mejor, es la mejora de la productividad total de los factores. En términos económicos, crecer es producir más, pero a ser posible economizando esfuerzos de trabajo, de energía, de materias primas y de equipos de capital. Un modelo de crecimiento es un modelo que explica el progreso de la productividad global de los factores y sus efectos sobre el bienestar social.

En el pasado histórico reciente de nuestra sociedad el modelo de crecimiento ha sido un modelo industrial, o sea, un modelo en el que las mejoras de productividad se producían en las actividades industriales, en la producción de materiales básicos y bienes intermedios (productos químicos, metales, materiales de construcción, etc.), en la producción de manufacturas y bienes de consumo (duraderos, como los automóviles o los electrodomésticos, o de vida más efímera, como los productos alimenticios, textiles, del cuero, etc.).

Las progresiones más fuertes de la productividad tenían lugar en aquellas industrias que podían fácilmente beneficiarse de economías de escala, que podían rebajar costes unitarios cuando aumentaban su producción: era más productiva una

planta de polímeros que producía 500.000 toneladas/año que una que producía solamente 100.000.; era más barato producir un automóvil en una cadena que terminaba 1.000 unidades diarias que una que solamente producía 100 unidades. También era más fácil, al aumentar la producción, introducir mejoras tecnológicas en los procesos, economizar, en términos relativos, energía, materiales y trabajo humano.

Los resultados de este proceso de aumento de productividad tenían otras consecuencias: disminuían los precios relativos de los productos industriales en relación con el resto de los productos agrícolas o de servicios. El consumidor recibía con satisfacción esta transferencia de excedentes de productividad que le llegaba por la vía de precios reales más bajos, y se animaba a comprar más automóviles y lavadoras, más cubos de plástico y mesas de plexiglass, más trajes de *prêt-à-porter* y zapatillas de deporte.

Si hay una ley económica que funciona con relativa consistencia en cualquier circunstancia, esta es la de los precios; cuando el consumidor intuye que los precios reales han bajado (o en monedas corrientes, cuando observa que su poder de compra aumenta más rápidamente que ciertos precios), compra o compra más.

En muchos países industrializados la euforia compradora que sustentó el crecimiento «milagroso» de los años sesenta tuvo su origen en este simple modelo de crecimiento: precios de bienes intermedios a la baja, productos manufacturados más baratos, demandas no satisfechas, lejos de una posible saturación, y que respondían positivamente al estímulo de los precios.

El modelo que acabamos de analizar era un modelo de crecimiento industrial; la agricultura compartía este modelo, aumentando sin cesar su productividad (mejorando sus productos, mecanizando su producción, introduciendo nuevos estímulos

químicos) y disminuyendo sus necesidades de empleo. Los servicios, por el contrario, seguían con ritmo cansino esta revolución de los sistemas productivos; las funciones administrativas o las profesiones liberales preservaban sus tradiciones; el pequeño comercio seguía dominando los sistemas de distribución; las finanzas empleaban miles de colaboradores dotados de meticulosidad y buenos modales. Los precios relativos de los servicios aumentaban; el consumidor pagaba cada vez más caro la escasa progresión de la eficiencia de estas actividades, caracterizadas también por mercados pocos fluidos y rentas de situación vitalicias (por ejemplo, en numerosas profesiones liberales).

Pero gracias al esfuerzo tecnológico y productivo de la industria, el bienestar global, incluyendo a los servicios menos productivos, estaba garantizado. Obreros y empleados veían cómo aumentaban sueldos y salarios; empresarios y capitalistas veían cómo crecían sus rentas y dividendos. La Revolución Industrial había conseguido sus objetivos, pero su modelo estaba llegando al límite de sus posibilidades.

La experiencia de las últimas décadas de crecimiento lento y de paro ha puesto en evidencia la necesidad de un nuevo modelo que debe tener como finalidad el desarrollo de la Sociedad de la Información (o, si se prefiere, Sociedad del Conocimiento) y como característica principal la de ser un primer modelo post-industrial, de la misma manera que la Revolución Industrial propuso un primer modelo post-agrícola.

Si el paso de la Era de la Agricultura a la Era de la Industria puede servir de ejemplo, conviene recordar que la agricultura ha seguido aumentando su productividad y reduciendo su empleo a lo largo de toda la Era de la Industria. Pero que su contribución al crecimiento global ha disminuido progresivamente hasta el punto que las amplias fluctuaciones de su producción, debi-

das a efectos climáticos, ya no tienen prácticamente ningún efecto sobre la coyuntura económica de los países industriales avanzados.

En la mayoría de los países, la agricultura tiene, en términos de valor añadido, un peso relativo inferior al de la construcción, y sin embargo alimenta sin problemas a la población local o padece situaciones excedentarias.

Al reflexionar sobre una sociedad post- industrial, es necesario establecer un paralelismo con estas consideraciones sobre la agricultura. En el nuevo modelo de crecimiento de la Sociedad de la Información cabe esperar de la industria que siga aumentando su producción y su productividad, en particular para producir los bienes «inteligentes» que demandarán los consumidores y también bienes más tradicionales. Pero esta progresión de la industria ya no podrá ser el motor del crecimiento como en el modelo industrial pasado. Generará excedentes de productividad, pero éstos serán insuficientes para mantener el sector de los servicios si éste sigue siendo poco eficiente como en el pasado.

¿Cómo es posible imaginar un cambio tan radical en el motor de crecimiento? Pues simplemente porque las posibilidades de grandes revoluciones en los procesos industriales están llegando paulatinamente a saturación; pasar de un proceso discontinuo a un proceso continuo generaba importantes excedentes de productividad; pasar de una cadena mecanizada a una cadena robotizada también produce excedentes de productividad, pero que son relativamente menores que los anteriores.

En la postguerra mundial era necesario renovar las estructuras industriales; en muchos casos, se partía de una base cero. También existían grandes demandas insatisfechas de bienes materiales. Hoy esas demandas se han diluido. Numerosos

mercados de bienes duraderos están saturados y la renovación domina sobre las nuevas demandas.

La cantidad, criterio básico de la revolución industrial y de su modelo de crecimiento, está dando paso a la calidad, y una demanda de calidad va más allá de una simple demanda de bienes manufacturados bien hechos. Es una demanda de atención, de cuidado, de mantenimiento, de servicio. La economía de la calidad es una economía de servicio.

En la Sociedad de la Información la demanda de los consumidores ha evolucionado hacia este nuevo criterio de la calidad:

- calidad de vida, que se refleja en una demanda de entorno físico adecuado (calidad del medio ambiente, de los transportes, de la vivienda) y de entorno social estimulante (educación, sanidad, ocio);
- calidad del trabajo, también reflejada en un entorno físico apropiado y en una realización personal mediante el trabajo bien hecho;
- calidad de los bienes y servicios de consumo privado, identificada en general con una elevada personalización (bienes y servicios «a la medida», en los que el acto de compra es una manifestación de identidad).

Globalización y calidad de vida plantean el problema de la cohesión social y del futuro del Estado de Bienestar.

3**LA COHESIÓN SOCIAL EN LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL**

El concepto de cohesión social es multidimensional e incluye en todo caso:

- el ideal de *paz*, que establece que toda verdadera cohesión está exenta de violencia;
- el ideal de *equidad*, que implica la igualdad de oportunidades y la erradicación de la pobreza y de la exclusión social;
- el ideal de *bienestar*, que en la sociedad postindustrial conlleva un elevado nivel de calidad y excelentes servicios colectivos (sanidad, educación, cultura, etc.).

En nuestras sociedades el peso relativo que conviene atribuir a estos ideales es el resultado del *proceso democrático* en el que confluyen libertades individuales y libertades colectivas. En democracia, los ciudadanos deciden el contenido de paz, equidad y bienestar necesario para favorecer un nivel elevado de cohesión social.

En realidad, este concepto de cohesión social tiene necesariamente un ámbito geográfico en el que se manifiesta; así podría hablarse de cohesión social planetaria, a escala nacional o local.

En los países de la OCDE en los que existe una fuerte tradición democrática, las sociedades han promovido durante la segunda mitad del siglo xx un importante desarrollo del llamado Estado del Bienestar, con claros ideales de paz, equidad y bienestar.

La economía de mercado se estableció y consolidó en el contexto de la Revolución Industrial, período histórico caracterizado por el abandono progresivo del campo y la formación de una población urbana asalariada. Durante dos siglos, la burguesía y el proletariado, entre conflictos y revoluciones, entre dictaduras y guerras, construyeron el edificio de la economía social de mercado, que se consolidó a partir de la Segunda Guerra Mundial.

El edificio se apoyaba en un prototipo humano: el obrero-empleado asalariado y en gran medida, alienado de la industria manufacturera; a él y a sus descendientes, se le dedicaron las inversiones necesarias para crear una cierta igualdad de oportunidades, las prestaciones de desempleo y las pensiones.

Esta economía social de mercado era burguesa en sus centros de poder, pero proletaria en sus objetivos.

A finales del siglo XX, cuando se inicia la Revolución de la Sociedad de la Información, el contexto es muy diferente. El prototipo humano de la Revolución Industrial se diluye: cada día que pasa el «obrero-empleado asalariado y alienado» pierde puestos de trabajo acosado por la reingeniería de procesos. Se cumplen profecías de KEYNES: el trabajo humano en las manufacturas es reemplazado por máquinas más eficientes y fiables. Los trabajos repetitivos desaparecen. La mercancía «obrero-empleado asalariado y alienado» que se negociaba en un mercado de trabajo, y que como factor de producción indispensable que era, convenía privilegiar y proteger, está perdiendo todo valor económico.

El Estado de Bienestar está en crisis en cuanto a su justificación moral y en cuanto a su equilibrio financiero porque su clientela original está desapareciendo y su diseño no es el más adecuado para enfrentarse a las necesidades de una nueva clientela.

La Sociedad de la Información propone un nuevo prototipo de «trabajador vocacional», para el cual ni la condición de asalariado, ni las delimitaciones claras entre empleo, paro y retiro, son apropiadas; además, al tratarse de una Sociedad altamente capitalizada, la redistribución de la renta también requiere nuevos canales.

Desde mi perspectiva, es evidente que en estos momentos nos encontramos en un proceso de transición, del Estado de Bienestar de la Sociedad Industrial al Estado de Bienestar de la Sociedad de la Información, de la economía social de mercado «industrial» a la economía social de mercado «informatizada». Es importante interpretar correctamente los factores de este cambio si se quiere que las inevitables reformas del sistema vigente de protección social faciliten el mayor bienestar de las futuras generaciones.

La globalización afecta de manera determinante esta transformación: las finanzas imponen una visión del mundo económico que limita sensiblemente los poderes de actuación de los Gobiernos en materia de políticas económicas; al mismo tiempo, la ideología de la competitividad, nacida de un abuso interpretativo de la sana competencia de los mercados, transforma las relaciones económicas en luchas de intereses que olvidan los fundamentos morales de toda actividad humana.

Una globalización del comercio, de la producción de las finanzas, que se eleva por encima de mecanismos democráticos que solamente existen a escala nacional y local, carece de las redes de protección que tanto éxito había establecido la economía social de mercado.

Puede argumentarse que un fuerte crecimiento de la producción mundial sería capaz de aumentar el bienestar general sin afectar el ideal de equidad. Pero probablemente esto es imposible. El rediseño de un sistema productivo globalizado (con territorios «ganadores» y «perdedores») y el evidente coste sistémico de una globalización financiera propensa a las crisis, especuladora y deflacionaria (E. FONTELA, *El empresario del siglo XXI*, Pirámide, Madrid, 2000), necesariamente provocaran una

mayor fractura social entre países ricos y pobres, y entre grupos sociales en el interior de cada país.

De ahí la necesidad de responder a esta amenaza con un mecanismo de cohesión, inspirado en los ideales de paz, equidad y bienestar que condicionan la cohesión social planetaria, nacional y local.

En estos momentos, la globalización de las finanzas es un hecho, y la globalización del medio ambiente y los recursos, de la ciencia y de la tecnología, y finalmente del comercio y de la producción, está en marcha. La Riqueza del Mundo debe ser el objetivo implícito de este proceso, y esto requiere un elevado grado de altruismo colectivo para modificar la gobernación internacional.

Para conseguir que la globalización aporte una respuesta positiva al objetivo de *La Riqueza del Mundo*, la gobernación requiere un gran contrato social planetario, en el mismo sentido que la Riqueza de las Naciones se ha apoyado en el pasado en contratos sociales nacionales, o sea, en fórmulas pactadas que garanticen la igualdad de oportunidades y la igualdad de situaciones.

No hay duda de que en este contexto la reflexión institucional evoluciona con un fuerte retraso y con excesiva lentitud frente a la explosión del proceso globalizador.

Como ya señalábamos con el Grupo de Lisboa en los *Límites de la Competitividad* (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1996), un nuevo contrato social mundial podría apoyarse en instituciones de cooperación entre Administraciones, empresas, ONGs y otros organismos del Tercer Sector, esencialmente en torno a cuatro grandes temas:

- el contrato de las necesidades básicas (superar las desigualdades);

- el contrato cultural (tolerancia y diálogo entre culturas);
- el contrato de la Tierra (por un desarrollo sostenible), y
- el contrato democrático (hacia la gobernación mundial).

Numerosos agentes económicos y sociales ya han iniciado acciones que consciente o inconscientemente se enmarcan en los conceptos que inspiran esta propuesta, cuyo principal objetivo ha consistido en delimitar campos prioritarios para la acción de la colectividad como respuesta al reto de la supranacionalización y de la globalización de numerosos problemas y actividades humanas.

La dictadura intelectual ejercida en estos momentos por el modelo teórico de economía liberal hace que cualquier propuesta de construcción de una gobernación basada en un contrato social planetario tenga un marcado carácter utópico. Pero también es evidente que períodos eufóricos (y en estos momentos se vive la euforia del fin de la III Guerra Mundial entre la economía de mercado y la economía planificada) deben cíclicamente dar paso a períodos dominados por una mayor sensatez. Quiérase o no, la cohesión es una condición *sine qua non* para el éxito final de la globalización y para la Riqueza del Mundo.

La viabilidad de las políticas sociales en el marco de la globalización

Jesús Ruiz-Huerta Carbonell
Universidad Rey Juan Carlos

Sumario

1. Introducción.—2. Algunas consideraciones sobre el concepto y alcance de la globalización.—3. Efectos de la globalización sobre las políticas de protección social. a) Los gastos directos de bienestar. b) Los gastos fiscales. c) La regulación en el Estado de Bienestar.—4. La financiación de las políticas sociales en un marco de globalización.—5. Conclusiones. Los cambios producidos en el nuevo marco internacional.—6. Referencias bibliográficas.

RESUMEN

El proceso de globalización parece cuestionar la capacidad de los Estados de Bienestar tradicionales para seguir garantizando la provisión de los servicios públicos sociales, como consecuencia de la pérdida progresiva de competencias y de recursos para poder financiar tales servicios. Después de hacer algunas consideraciones sobre el significado y alcance de la globalización, el artículo analiza las diversas políticas sociales, su instrumentación concreta y los problemas a los que se enfrentan en el nuevo contexto. En la última parte, se ofre-

cen algunas reflexiones sobre las dificultades financieras para mantener como hasta ahora la provisión de estos programas y unas breves consideraciones sobre las perspectivas de la actividad protectora del sector público.

ABSTRACT

It seems that the process of globalisation questions the capacity of the Welfare States to go on guaranteeing the provision of social public services, as a consequence of the progressive loose of competence and resources to finance those services. After some considerations about the meaning and the reach of globalisation, the article analyses the different social policies, the concrete implementations and the problems it has to face in the new context. Finally, the article offers some reflections about the financial difficulties to maintain the provision of this programs and some considerations about the perspectives of the protector activity of public sector.

1 INTRODUCCIÓN

El debate sobre la globalización de la economía y de la vida social, lanzado en la década de los años noventa, ha integrado entre sus componentes el cuestionamiento del papel atribuido en épocas pasadas al Estado como provisor de diferentes servicios públicos y regulador de la actividad económica y social. Esta puesta en cuestión del papel del Estado alcanza especial relevancia en el caso de las naciones en las que existen Estados de Bienestar, en el sentido de que en ellas el sector público garantiza la aplicación de una serie de derechos sociales a través de la provisión de determinados gastos en especie, el aseguramiento mediante transferencias de las necesidades básicas ciudadanas y la regulación de las condiciones laborales en los mercados de trabajo.

En este artículo comenzamos efectuando algunas consideraciones sobre los conceptos de globalización y sobre su alcance, para pasar a analizar después las consecuencias que genera este proceso sobre las políticas de protección social. Para ello se consideran los instrumentos tradicionales de aplicación de tales políticas, así como sus principales debilidades en el nuevo marco internacional, analizando posteriormente los medios financieros empleados para asegurar su viabilidad. El trabajo concluye con unas breves reflexiones sobre la situación presente y alguna consideración adicional sobre los interrogantes que se abren tras la reciente crisis mundial en relación con el objeto analizado en el artículo.

2 ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCEPTO Y ALCANCE DE LA GLOBALIZACIÓN

El fenómeno de la globalización puede ser entendido como la consecuencia de los intensos y cada vez más rápidos cambios tecnológicos, económicos y sociales que se han producido en el mundo a lo largo de las últimas décadas. Como nos recuerda GIDDENS (2000), al final de los años ochenta apenas se hablaba del problema de la globalización y, sin embargo, en nuestros días el término es utilizado de manera generalizada, de modo que, como el mismo autor británico manifiesta, «la difusión global del término testimonia las mismas tendencias a las que se refiere» (GIDDENS, 2000, pág. 20).

Frente a las actitudes de los escépticos, que consideran que nos hallamos ante una evolución natural del sistema capitalista, provocado por algunos elementos nuevos pero que cuenta con múltiples precedentes en el pasado, la opinión más extendida estima que los cambios a los que asistimos son especialmente intensos, que tienen repercusiones en múltiples manifestaciones de la vida individual y social y que plantean serios interrogantes sobre el funcionamiento de nuestras sociedades en el presente y en el inmediato futuro.

Los cambios mencionados pueden ordenarse en cuatro grandes capítulos, mencionados por K. OHMAE en 1995 como las cuatro «íes»: los que afectan a la inversión, en el sentido de que el enorme crecimiento de la misma ha dejado de estar limitado por las fronteras geográficas de los países; los relacionados con la industria, ante la enorme expansión de las empresas multinacionales y el peso creciente del comercio entre las mismas (matrices y filiales, con los problemas relacionados de los precios de transferencia); la revolución de los medios de información, como consecuencia del flujo de información digital, la

mundialización de Internet y la extensión de los sistemas de transmisión con bajo coste, y los cambios inducidos en los comportamientos de los individuos, con una capacidad de movilidad, de conexión con otros individuos o colectivos y de acceso a la información y a la cultura sin precedentes en períodos anteriores y mucho menos limitados que en el pasado para vivir donde nacieron.

El profesor THERBORN (2000) ha advertido sobre la necesidad de distinguir entre conceptos de globalización diferentes. En su opinión, las manifestaciones de la globalización son tan diversas que más bien habría que hablar de «globalizaciones», en plural, para dar cuenta de tal diversidad. A su juicio, el primer concepto tiene que ver con la perspectiva más claramente económica: la globalización como consecuencia de la creciente competencia de las empresas en una escala mundial. Por el contrario, habría una aproximación sociocrítica, que pone el énfasis en las consecuencias sociales de la mundialización de la economía y la sociedad, especialmente en los graves problemas de la quiebra de los equilibrios naturales, la desigualdad y la marginación de una gran parte del mundo. El tercer enfoque se centra en la visión crecientemente limitada de los Estados respecto a la economía global, en su incapacidad para hacer frente a muchos problemas actuales, ante la pérdida de competencias derivada de la internacionalización de los problemas y de los procesos de integración económica puestos en marcha para afrontar mejor tales problemas. El cuarto concepto de globalización se refiere a los problemas culturales, al debate actual entre la perspectiva de la progresiva uniformidad cultural o la respuesta de la diversidad y el fortalecimiento de la «hibridación» y el mestizaje. El último alude a la globalización en clave de ecosistema planetario y advierte sobre los grandes problemas que afectan a la Humanidad como especie enfrentada a la

ruptura del equilibrio de la Naturaleza, el desgaste de los recursos y las incertidumbres del futuro.

Hablar de viabilidad de políticas sociales en el contexto de un mundo globalizado, sin olvidar los otros conceptos, implica poner el acento en el tercero de los enfoques señalados por THERBORN, partiendo de la premisa de que apenas se han desarrollado las políticas sociales en un marco internacional, que los esfuerzos de lucha contra la desigualdad a escala planetaria no han tenido resultados significativos (1) y que la batalla por el desarrollo sigue sin ofrecer resultados aceptables. Sin negar la enorme importancia de tales cuestiones, centraremos nuestra atención en un problema más concreto, cual es el de la viabilidad de las políticas sociales en países como el nuestro, en los que tales políticas desempeñan un papel fundamental en la vida social y económica.

3

EFFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN SOBRE LAS POLÍTICAS DE PROTECCIÓN SOCIAL

Las políticas de carácter social llevadas a cabo en los países en los que existen Estados de Bienestar (2) tienen que ver esencialmente con los sistemas de transferencias monetarias de rentas a los colectivos beneficiarios de los sistemas de protección social, la provisión de determinados servicios públicos considerados como preferentes (educación, sanidad, vivienda, etc.) y las medidas protectoras de los trabajadores en el marco de los mercados laborales.

(1) Frente a las expectativas creadas hace algunos años con la ayuda al desarrollo y el objetivo de aplicar, en los países ricos, el 0,7% del PIB, la situación actual es desoladora a este respecto. A pesar del crecimiento económico, dicho objetivo está lejos de hacerse efectivo en la mayor parte de los países desarrollados.

(2) Aunque en muchos países, y desde luego el nuestro, buena parte de los servicios de bienestar han sido descentralizados, prescindimos aquí de esta perspectiva por razones obvias.

Desde el punto de vista de los instrumentos de actuación de los Estados de Bienestar podemos distinguir tres principales políticas de intervención social: las políticas directas de gasto (los programas presupuestarios correspondientes a los gastos de carácter social), los gastos fiscales (minoraciones impositivas dirigidas a cubrir diversas necesidades, algunas de carácter social) y las políticas reguladoras con objetivos sociales (actuaciones gubernamentales a través de las normas y las instituciones dirigidas a garantizar la protección de determinados colectivos).

Los gastos directos crecieron notablemente en el mundo desarrollado desde la Segunda Guerra Mundial. En realidad, el aumento más intenso del gasto se produjo entre 1960 y 1980, dos décadas caracterizadas por la expansión acelerada de la actividad económica general, el progresivo reconocimiento de los derechos sociales, especialmente en Europa Occidental, y la mayor intervención del Estado en las actividades económicas y sociales de esos países.

Según el estudio realizado por TANZI y SCHUKNECHT (2000), entre los países más avanzados, el gasto público como proporción del PIB creció del 28% en 1960 al 43% en 1980 y, en gran parte, tal crecimiento se debía a la expansión de los gastos de protección social y de transferencias de rentas (3). A través de la expansión de los gastos sociales, se pretendía cubrir a los colectivos afectados por determinados riesgos y necesidades, como los enfermos o incapacitados, las personas mayores, los desempleados o individuos sin conocimientos mínimos de lectura o escritura.

(3) Según el mismo estudio, entre los 12 países con mayor nivel económico de Europa, el peso medio de los subsidios y transferencias, en términos de PIB, pasó del 10,8% en 1960 al 24% en 1980. El mismo dato, en 1995, se elevaba al 26,8%.

En definitiva, crecieron los gastos educativos, los sanitarios o los vinculados a las pensiones de manera muy pronunciada en el período de consolidación de los Estados de Bienestar, especialmente en Europa (4). El período posterior, desde los años ochenta hasta mediados de los noventa, pone de manifiesto un crecimiento mucho más moderado del gasto público. Dicha ralentización tiene que ver con las crisis económicas que se manifiestan desde mediados de los setenta y la revisión crítica que se efectúa en los países occidentales sobre el papel del sector público en la vida social y económica. Con todo, el gasto público de bienestar ha crecido en la práctica totalidad de los países o al menos se ha mantenido en niveles elevados.

¿Qué impacto cabe esperar de la globalización sobre el nivel del gasto público y, en general sobre la estructura de bienestar de los países que garantizan la provisión de los bienes y regulaciones sociales?

Para intentar responder a esta pregunta, analizaremos las políticas de protección social a través de los tres tipos de instrumentos antes mencionados:

a) Los gastos directos de bienestar

En los países en los que funcionan sistemas de bienestar generalizados los programas directos de gasto social representan un volumen importante y parece difícil que pueda producirse un recorte intenso en los mismos. Así ocurre, por ejemplo, con la sanidad o la educación. Una vez asumidos por la población como programas universales que derivan de un derecho subjetivo reco-

(4) En algunos países, como España, la expansión de los gastos de bienestar se produciría con un claro retraso respecto a otros países europeos.

nocido en la Constitución, existe una gran resistencia a que se pongan en marcha medidas privatizadoras o de intensa reforma que puedan significar un recorte significativo de las prestaciones. Existe un fenómeno de inercia según el cual, en opinión de la población, algunos programas de gasto podrían ser mejorados, pero no recortados o sensiblemente modificados. La opinión de los ciudadanos suele manifestar serias dudas sobre la capacidad gestora del Gobierno o el comportamiento fiscal de «los demás», pero no suele cuestionar tanto el sistema general de los gastos sociales (5). Hay que pensar, por otra parte, que determinadas partidas de gasto público tienden a crecer en el tiempo, en paralelo a los cambios demográficos de la sociedad. En ese sentido, conviene recordar el peso creciente que los gastos sanitarios y de pensiones tienen en los presupuestos de los países europeos occidentales. Son, sin duda, los dos capítulos principales del gasto público y ambos muestran una tendencia a su ampliación.

Por otra parte, en el mundo actual, junto al deseo por mantener altos estándares de gasto social, hay nuevas demandas de gastos públicos en campos como el medio ambiente, investigación y desarrollo, infraestructuras, adaptación institucional, formación profesional o mejoras en la calidad de los servicios públicos tradicionales. En este sentido, es posible que se produzcan algunas tensiones en relación con la distribución de los gastos en función de las diversas opciones.

A pesar de su indudable importancia, los gastos sociales directos han sido muy criticados en el marco de la globalización por los incentivos negativos que se supone que generan (dependencia, «trampas» de la pobreza o del desempleo ante los sistemas de garantías de renta, en general, pérdida de eficiencia

(5) Al menos así ocurre en España, según los datos aportados en los diversos documentos elaborados por el IEF o por el CIS. Ver, por ejemplo, los trabajos de DELGADO (2001) o ALVIRA y GARCÍA LÓPEZ (2000).

del sistema) y los problemas que implica su mantenimiento en niveles elevados para la competitividad de las empresas, especialmente en un contexto de competencia exterior con países que tienen estándares de protección social muy inferiores. Adicionalmente, suelen señalarse las serias dificultades financieras para poder mantener niveles tan elevados de gasto social.

b) Los gastos fiscales

Una parte importante de la acción redistributiva y de garantía de prestaciones sociales de los Gobiernos se materializa a través de los gastos fiscales como alternativa a la realización de gastos directos. Las minoraciones fiscales son consustanciales a las diversas figuras tributarias, y pese a las críticas que tradicionalmente se han lanzado sobre las mismas, se han mantenido a lo largo del tiempo, en buena medida gracias a su «ocultación» en el marco de cada figura tributaria, lo que, entre otras cosas, hace menos difícil su aprobación en el Parlamento respecto a las medidas de carácter directo.

Los gastos fiscales, especialmente empleados en el mundo anglosajón y singularmente en los Estados Unidos, se han justificado como medios para estimular o facilitar ciertas actividades socialmente deseables. A través de ellos puede pretenderse estimular el ahorro, facilitar el acceso a diversos niveles educativos (a través de determinadas deducciones en el IRPF), recortar los gastos sanitarios, incentivar la suscripción de planes privados de pensiones o estimular la adquisición de viviendas mediante las oportunas minoraciones impositivas.

El crecimiento de los gastos fiscales generó sistemas fiscales cada vez más complejos que, en ocasiones, ponían en duda el propio mantenimiento de figuras tributarias que apenas gene-

raban el 50% de su recaudación potencial y que impedían o dificultaban seriamente el ejercicio del control de las actuaciones públicas ante la diversidad y complejidad de las normas tributarias (6). Por estas razones, las reformas fiscales puestas en marcha desde mediados de los ochenta pretendieron recortar los beneficios fiscales mediante el intento de ir a sistemas con bases extensivas en los cuales las minoraciones fueran tan solo excepciones y no reglas. Eso permitía además rebajar tipos impositivos, lo que, indirectamente, redundaba en un menor valor de los gastos fiscales. No obstante, a pesar de tales reformas, todo parece indicar que muchas de las deducciones han vuelto a incorporarse en los sistemas tributarios con el correr del tiempo (7). En todo caso, los recortes de los gastos fiscales, defendidos por muchos, deben entenderse también como limitaciones de la política social de los Gobiernos.

c) La regulación en el Estado de Bienestar

Una tercera posibilidad de actuar sobre el sistema de bienestar consiste en el empleo de mecanismos de regulación a través de los cuales el Gobierno incentiva ciertas conductas u obliga a los ciudadanos a adoptar determinados comportamientos sin la mediación del presupuesto. Así ha ocurrido tradicionalmente en ámbitos como los mercados de trabajo (protección de los trabajadores), la vivienda (controles sobre alquileres) o los mercados financieros (protección de determinados, colectivos o sectores a través de la concesión de ciertos privilegios como los menores tipos de interés), entre otros muchos supuestos.

(6) Eso explica el deseo del legislador de controlar esta faceta de la actuación del sector público a través de la exigencia de elaborar, como ocurre en España, un presupuesto específico de gastos fiscales, que debe pasar también la aprobación del Parlamento.

(7) Así parece haber ocurrido en Estados Unidos, como expresa H. ROSEN (1998) en el capítulo 16 de su manual.

Los excesos de las medidas reguladoras han sido criticados por sus nocivos efectos sobre la eficiencia. Así, se ha defendido la desregulación del mercado de trabajo para garantizar mayor flexibilidad y permitir una mayor competitividad de las empresas. O la supresión de los controles de precios para asegurar un funcionamiento más transparente y flexible de los mercados. En estos casos, las razones de eficiencia predominaron sobre las de distribución o la protección de determinados colectivos. Todo ello puede explicar el predominio de políticas desreguladoras desde los años setenta hasta nuestros días en muchos ámbitos, lo que ha implicado una cierta pérdida de capacidad protectora del Estado de Bienestar en este marco de regulación de la actividad social y económica. Adicionalmente, los procesos de integración, apertura comercial y competencia creciente han implicado serios límites al mantenimiento de las regulaciones (8).

En definitiva, puede afirmarse que la intensificación del proceso de globalización ha afectado a los sistemas de gasto social predominantes en los países de Europa Occidental, cuestionando los costes de eficiencia que generaban y la creación de incentivos perversos. Ello ha provocado la impugnación de algunos programas, la introducción de mecanismos de privatización y los recortes, tanto en algunas políticas de gasto directo, como en el campo de los gastos fiscales y de la regulación.

4 LA FINANCIACIÓN DE LAS POLÍTICAS SOCIALES EN UN MARCO DE GLOBALIZACIÓN

Las dificultades para el aumento del gasto público directo, junto a la caída de la importancia de los gastos fiscales o la des-

(8) Sobre el alcance y las modificaciones de la regulación en el mercado de trabajo, ver M. REGINI (1999).

regulación de diversas áreas de protección social, parecen apuntar a un horizonte sombrío para el mantenimiento de las políticas sociales. En todo caso, sean cuales fueran las políticas aplicadas, un aspecto esencial que debe ser tomado en consideración es el que se refiere a las posibilidades de financiación de los programas y políticas de protección social.

Muy probablemente el mayor impacto de la globalización sobre las políticas sociales tenga que ver con los mecanismos de financiación de las mismas. En la actualidad el nivel de presión fiscal en la mayoría de los países europeos es muy elevado y, a pesar de las críticas sobre los excesos de la intervención pública, no parece que tienda a disminuir a lo largo del tiempo, aunque parece claro que su crecimiento se ha detenido respecto a épocas anteriores.

La globalización, sin embargo, está planteando serios retos a los sistemas fiscales actuales, en gran medida como consecuencia de la competencia creciente entre países, que en el terreno fiscal se materializa en la tendencia a la disminución de la presión fiscal, con objeto de mejorar la posición del país en el contexto del comercio internacional. Esa tendencia a la pérdida de capacidad recaudatoria ha sido denominada la acción de las «termitas fiscales», como expresión de la erosión progresiva de algunos tributos básicos.

Algunas muestras de esta pérdida de capacidad recaudatoria vendría dada por los siguientes fenómenos (9):

a) La creciente incapacidad de los países para gravar el capital financiero, así como las rentas generadas por individuos especialmente cualificados, como consecuencia de la elevada

(9) El concepto de «termita fiscal» se recoge en TANZI (2000). Seguimos el mismo trabajo en el recuento de problemas que exponemos a continuación.

movilidad internacional de este tipo de factores productivos y la competencia fiscal a la baja.

b) La pérdida de peso específico de la imposición sobre las ventas ante la mayor movilidad de los individuos y su mayor posibilidad de adquirir productos en otros países.

c) Las crecientes dificultades para gravar las rentas de los trabajadores más cualificados, ante su desplazamiento a otros países y sus mayores posibilidades de evasión por la vía de la infradeclaración de sus rentas.

d) Las consecuencias fiscales de la expansión del comercio electrónico. Por un lado, las transacciones virtuales son de mucho más complejo seguimiento que las reales. En el caso de que la imposición sobre las ventas se sustente en el principio de tributación en origen la consecuencia será que los establecimientos de ventas tenderán a situarse en países donde la tributación sea más baja o inexistente. Por otra parte, la mayor importancia de la producción de bienes digitales (música, lecturas, planes de construcción, películas, servicios educativos, etc.) implica también la pérdida de perfiles de la jurisdicción tributaria competente.

e) El juego de los paraísos fiscales (10) y otras técnicas de evasión fiscal como medios para eludir impuestos o el empleo de nuevos instrumentos fiscales como los fondos derivados, con frecuencia gestionados desde centros «off-shore» y escasamente regulados, lo que hace muy difícil identificar a sus propietarios.

f) El creciente peso de las transacciones internas entre los establecimientos de las empresas multinacionales que antes se

(10) La nueva situación internacional generada desde los ataques terroristas del 11 de septiembre puede significar un cambio de rumbo en la preocupación de los países para concertar acuerdos en contra de los paraísos fiscales, hasta ahora claramente tolerados.

comentaba y la utilización de los precios de transferencia para desplazar los beneficios de los diversos centros entre las jurisdicciones en función de criterios puramente fiscales.

g) La progresiva transformación del dinero real en dinero electrónico, con los consecuentes problemas para la autoridades fiscales y monetarias de los distintos países.

A pesar de los acuerdos entre naciones para mejorar eventualmente la aplicación de los sistemas tributarios a través de la creciente concertación internacional de sus políticas fiscales y de los instrumentos de información de los movimientos de rentas y capitales, todo parece indicar que en el futuro los Gobiernos deberán enfrentarse a una progresiva disminución de su capacidad para obtener ingresos por las vías tradicionales y, en consecuencia, a una menor capacidad para mantener una buena parte de sus programas de asistencia social. En parte ello explica la profusión de propuestas alternativas que se ofrecen para captar nuevos recursos, como los impuestos ecológicos, la denominada tasa Tobin, la búsqueda de nuevas bases impositivas o el aumento de la aplicación del principio de beneficio en la imposición. No obstante, es difícil creer que, a corto plazo, alternativas como las anteriores puedan compensar la potencia recaudatoria de los impuestos convencionales.

5 CONCLUSIONES. LOS CAMBIOS PRODUCIDOS EN EL NUEVO MARCO INTERNACIONAL

El marco general creado por la globalización parece indicar que va a ser difícil mantener el Estado de Bienestar tal como lo entendemos en nuestros días. La inercia del gasto que antes comentábamos, el crecimiento de algunas partidas de gasto tra-

dicional (infraestructuras, cambios institucionales, mejoras en calidad y eficiencia, etc.) y las evidentes dificultades de todo orden que surgen para asegurar el funcionamiento de los sistemas tributarios plantean algunas contradicciones obvias para los actuales Estados de Bienestar. Seguramente, cada vez más, el gasto público deberá ser selectivo y habrá que garantizar en mayor medida su efectividad ante las nuevas restricciones económicas. Por otra parte, tenderán a pesar más los recursos procedentes de fuentes alternativas o de la aplicación del principio de beneficio (que paguen más quienes más beneficios obtienen de los programas de gasto) frente a los aplicados con arreglo al principio de capacidad de pago.

No obstante, el sombrío panorama dibujado no debe implicar la desaparición de los principios esenciales de equidad o solidaridad social. Ninguna sociedad moderna puede vivir al margen de los problemas de la desigualdad, la marginación o la pobreza, y esto vale tanto para el ámbito nacional como para el internacional.

Las críticas lanzadas contra los gastos sociales deben ser seriamente sustentadas. Como ha señalado FLIGSTEIN (1998), «no existe evidencia empírica que demuestre que la desaparición de las redes de Seguridad Social en beneficio de las personas aumentando su inseguridad, contribuya a hacer más competitivas a las empresas en sus mercados respectivos o garantice el crecimiento económico a largo plazo» (11).

Por otra parte, a pesar de las restricciones señaladas, nada permite afirmar que la única opción disponible sea una drástica reducción del gasto. Más que la reducción del gasto la mejor respuesta a los problemas planteados es la reestructuración del

(11) N. FLIGSTEIN (1998), pág. 50.

mismo. La pregunta, como ha señalado ATKINSON (1999), no es si la protección social sigue siendo económicamente viable, sino si las políticas redistributivas son aún políticamente posibles.

Tal vez un aspecto levemente esperanzador de la actual crisis, generada a raíz del ataque terrorista del 11 de septiembre, es que nos obligue a pensar en un nuevo orden internacional más justo en el que primen a escala planetaria los valores de la justicia y la solidaridad, que sólo podrán hacerse efectivos si se consigue una mayor concertación y un superior grado de consenso entre los países que permita poner freno a algunos de los problemas que se han recogido en las páginas anteriores. Las posiciones en contra de los paraísos fiscales para controlar el dinero negro que sirve para financiar acciones terroristas puede ser una vía para incrementar los mecanismos de cooperación entre países y evitar algunos de los procedimientos más extendidos de evasión fiscal. O la preocupación por el potencial desestabilizador de la desigualdad y la marginación obligue a reflexionar sobre el diseño de los sistemas de bienestar y su extensión a los países de menor desarrollo económico, en el marco del fortalecimiento de la ayuda al desarrollo, como un elemento más de garantía de estabilidad social y progreso económico.

6 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALVIRA, F, y G.^a LÓPEZ, J. (2001): *Los límites de los efectos redistributivos de la política tributaria*. Madrid: Fundación BBVA.

ATKINSON, A. (1999): *Equity Issues in a Globalizing World: The Experience of OECD Countries*. En Tanzi, V. Chu, K.Y., y Gupta, S. (eds.): *Economic Policy and Equity*. Washington: Banco Mundial.

DELGADO, M.^a L. (2001): *Evaluación ciudadana de la política fiscal en*

- España*. Madrid: Documento de Trabajo presentado en el Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- FLIGSTEIN, N. (1998): *Is globalization the Cause of the Crises of the Welfare States?* EUI Working Paper 98/5. European University. Florencia: Institute of Florence. Department of Political and Social Sciences.
- GIDDENS, A. (1999): *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus. 2000.
- OHMAE, K. (1995): *The end of the Nation State: The Rise of Regional Economics*. Londres: Harper Collins. (traducción española: *El despegue de las economías regionales*. Bilbao, Deusto, 1997).
- TANZI, V. (2000): *Globalization and the future of Social Protection*. Madrid: Documento de Trabajo.
- TANZI, V., y SCHUKNECHT, L. (2000): *Public Spending in the 20th Century: A Global Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- THERBORN, G (2000): *Globalización y posibilidades de la acción pública*. Bilbao: Documento presentado en el Encuentro sobre las Políticas contra la Pobreza organizado por la Fundación Argentaria y el Gobierno Vasco.

¿Podemos controlar la globalización

Luis de Sebastián
Profesor de ESADE

Sumario

1. ¿Es gobernable la globalización?

RESUMEN

La globalización es el resultado de un amplio proceso de liberalización de los mercados de capitales, bienes y servicios a escala mundial. Pero la liberalización implica el que las autoridades nacionales renuncien al control de los flujos de capitales y bienes, así como respecto de las inversiones extranjeras directas. Por otro lado, la globalización ha producido un desplazamiento de poder, desde los Estados a las empresas multinacionales. ¿Quién ha de velar por los intereses de la colectividad? Los mercados, en cuanto tales, no controlan el proceso. Sacan provecho a favor de empresas y hogares concretos, pero no se preocupan de los resultados en términos de eficiencia y equidad para la colectividad. Las multinacionales no pueden establecer un orden, mientras que compiten entre ellas. Tres cosas son necesarias: invertir el proceso de liberalización que se entiende como renuncia a la vigilancia y a la regulación de los mercados, buscar una

coordinación internacional de estos esfuerzos y someter las multinacionales a unos códigos de conducta consensuados. Reformar y fortalecer las instituciones multilaterales nos ayudará a alcanzar estos objetivos.

ABSTRACT

Globalization is the result of an extensive liberalization process of markets for capital, goods and services at world scale. But liberalization implies giving up control by national governments over flows of capital and goods as well as foreign direct investment. On the other hand globalization has brought about a transfer of power from states to multinational firms. Who is to look after the benefit of the whole? The markets as such do not govern the process, as they take advantage from it for individual firms and households, but they do not bother about results in terms of efficiency and equity for the whole. Multinational firms can not bring about order as they compete against each other. Three things are necessary: Invert the liberalization process as a renunciation of monitoring and regulation of markets, try international coordination of these efforts and subject multinationals to agreed codes of conduct. Reforming and strengthening multilateral institutions will help.

1 ¿ES GOBERNABLE LA GLOBALIZACIÓN?

La situación de globalización en que nos encontramos es el resultado de un proceso de liberalización de todos los mercados. Podemos situar el comienzo del proceso en 1973, cuando se abandonó el sistema de tipos de cambio fijos y se pasó a uno de tipos flexibles, que trajo como consecuencia la liberalización de los mercados de cambios y la convertibilidad de las principales monedas. La renuncia colectiva al sistema de cambios fijos –pero ajustables– que se estableció en Bretton Woods (1944) fue causada por la presión de los capitales internacionales, que buscaban mayor libertad de movimientos entre países (1). Esta libertad de movimientos del capital fue creciendo gradualmente hasta llegar un momento en que incluso países en vías de desarrollo, con instituciones financieras débiles, han liberalizado completamente sus mercados financieros, a veces para ruina de su economía (2).

La liberalización de los movimientos de capitales llevó a la liberalización de la inversión directa, es decir, del establecimiento de las empresas multinacionales en cualquier país de mundo en que les conviniera. Eso llevó a una extensa internacionalización de los procesos productivos. Las empresas producen los productos finales, o partes de ellos, en cualquier parte del mundo donde les resulte más rentable. El fenómeno tiene dos consecuencias: la introducción en los países de grandes empre-

(1) BARRY EICHENGREEN (1998): *Globalizing Capital. A History of the International Monetary System*. Princeton, Princeton University Press, págs. 136 y ss.

(2) La crisis financiera que en 1998 sufrieron los países asiáticos mostró que algunos países, como Tailandia, Indonesia y la misma Corea del Sur, no estaban preparados para aguantar las convulsiones de un capital que sale tan masivamente como entra y en un plazo más corto.

sas que tienen casi tanto poder como los Gobiernos (3) y el debilitamiento de las estructuras nacionales de control a las empresas nacionales, que ahora pueden amenazar con irse a producir en otro país si los sindicatos, por ejemplo, piden demasiados beneficios para los trabajadores.

La liberalización de la producción trajo, como consecuencia natural, la liberalización del comercio exterior de bienes y servicios, en parte, porque los Gobiernos no podían controlar adecuadamente los flujos de exportaciones e importaciones. Las políticas comerciales cada vez perdían sentido y eficacia, por lo que los Gobiernos optaron, en parte también para satisfacer las pretensiones de las multinacionales, por liberalizar los intercambios. Las sucesivas olas de liberalizaciones se han ayudado de las tecnologías de la información y de las comunicaciones para llegar al estado en que nos encontramos. Esto es a grande rasgos la historia de la globalización.

Ahora bien, la liberalización supone renuncia al control y en definitiva a la gobernación de los procesos económicos nacionales. A la globalización se ha llegado por cesión de autoridad y control sobre estos procesos. Si los procesos nacionales no se controlan bien, ¿qué diremos de los procesos internacionales? El debilitamiento de estructuras multilaterales, como era el sistema de Bretton Woods, ha añadido nuevos grados de libertad a los movimientos de los agentes internacionales (4). El resultado es una situación descontrolada y hasta cierto punto caótica. Lo cual no sería tan grave si los mercados proporcionaran,

(3) Y muchas veces más. Por ejemplo, el volumen de facturación de la General Motors en 1999 fue mayor que el producto interno bruto de Paquistán con sus casi ciento cincuenta millones de habitantes ese mismo año.

(4) Los procesos de integración reducen parcialmente estos grados de libertad y en cierta manera compensan la pérdida de control nacional de las economías con un control colectivo, pero la mayor parte de los países del mundo no forman parte de ningún proceso de integración formal, como la Unión Europea.

como pretenden sus panegiristas, un principio ordenador, en términos de eficiencia y equidad, de las actividades económicas internacionales en el mundo. Pero los mercados tienen muchos fallos (5).

Por desgracia la cesión del poder para regular y controlar los mercados, que es renuncia a compensar o contrarrestar los efectos no deseados de su actividad, ha llevado a situaciones de suma ineficiencia y suma injusticia. Porque además parte del control que antes ejercían los Gobiernos ha pasado, por la fuerza de los hechos, a las empresas multinacionales, que pueden decir, por ejemplo, sobre las ventajas comparativas de un país. Si Costa Rica exporta equipos electrónicos es porque Intel decidió poner una fábrica en ese país. Los automóviles, que constituyen el primer producto de exportación de España, son producidos todos por empresas multinacionales. Pero las empresas multinacionales no pueden poner orden en la globalización, porque ellas están luchando unas contra otras para sobrevivir en los mercados. Sólo por una insostenible casualidad podría salir un cierto orden económico de esta purga de empresas gigantes.

A falta de instituciones verdaderamente multilaterales y democráticas que gobiernen la globalización, no queda más remedio que gobernarla desde los Estados. Es decir, hay que revertir la liberalización, sin negar la libertad de los agentes —lo que supondría una revolución en toda regla—, en lo que ha tenido de pérdida de vigilancia y regulación de mercados. Segundo, hay que coordinar entre todos los Estados el ejercicio de esta vigilancia y regulación, por medio de reglas de juego efectivas, en las principales economías nacionales. Y finalmente habría

(5) Sobre este tema he escrito muchas cosas. Ver, por ejemplo, Luis de SEBASTIÁN (1998): *El rey desnudo. Cuatro verdades sobre el mercado*. Madrid, Editorial Trotta.

que someter a las multinacionales y obligarlas, por medio de un esfuerzo internacional coordinado, a que acepten estándares éticos en sus negocios y con respeto a los países que las hospedan.

Todo esto será más fácil cuando el mundo se convenza de que los mercados, dejados a la lógica del lucro privado, pueden ser nefastos para la Humanidad.

Aspectos éticos de la globalización. Justicia, solidaridad y esperanza frente a la globalización

Jesús Conill
Universidad de Valencia

Sumario

1. ¿Es la globalización un proceso natural?—2. La relación medios-fines en la economía moderna.—3. Economía financiera y economía real.—4. Nueva perversión del capitalismo.—5. Críticas al desarrollo deforme del sistema financiero.—6. Cambio de racionalidad económica.—7. Repercusiones sociales. 7.1. Desestructuración institucional. 7.2. Desigualdades sociales, pobreza y paro.—8. Globalizar la justicia y la solidaridad.

RESUMEN

¿Es la globalización un fenómeno natural?, por lo tanto nada habría que decir ni hacer, o ¿se trata de procesos impulsados sobre todo por innovaciones tecnológicas y económicas con posibilidades de intervenir en ella? Si es así, ¿se la puede orientar, mejorar e incluso gobernar? En el artículo plantea que hay que responsabilizarse de esos procesos globalizadores y orientarlos hacia metas tan poco estrenadas como la libertad real, lo cual es imposible sin justicia y solidaridad. Esto implica incorporar una perspectiva ética en el tratamiento

de la globalización. El autor analiza algunos aspectos éticos («ética moderna»), que se haga cargo de las peculiaridades del desarrollo de la economía, concretamente en su fase de globalización, como desarrollo de todos los procesos modernizadores.

ABSTRACT

Is globalisation a natural phenomena? There is nothing to do nor to say; are we talking about processes driven by technological and financial innovations with the possibility to take part in them?, in this case, could it be directed, improved and even governed? The article says that we have to take responsibility for those globalisation processes and direct them to targets as real freedom, which is impossible without justice and solidarity. This entails the incorporation of and ethic perspective in the treatment of globalisation. The author analyses some ethic aspects («modern ethic») that take the responsibility for the peculiarities of economic development, in its stage of globalisation to be precise, as the development of all the processes of modernisation.

Lo primero que hemos de preguntarnos es si la globalización puede ser evaluada con propiedad desde una perspectiva ética. Porque, si nos atenemos a las expresiones de quienes la consideran un puro fenómeno natural, algo así como el advenimiento de la primavera, nada habría que decir. En cambio, si existe alguna posibilidad de intervenir en ella, tendrá sentido preguntarse si es buena o mala, si es posible orientarla, mejorarla o incluso gobernarla.

Vivimos cada vez más en un contexto global, para cuyos problemas se requieren soluciones globales. Pero no debe olvidarse que se trata de la extensión de procesos sociales modernizadores (con gestos postmodernos), impulsados sobre todo por innovaciones tecnológicas y económicas, con gran impacto cultural. Lo que no está claro es que estas nuevas mediaciones socio-tecno-económicas, que dicen servir para globalizar la libertad y el bienestar, impliquen un progreso auténticamente humanizador (1).

Por eso, hay que responsabilizarse de esos procesos globalizadores —irreversibles, aunque no por eso inmodificables— y orientarlos hacia metas tan poco estrenadas como la libertad real, lo cual es imposible sin justicia y solidaridad (2). Ahora bien, esto implica incorporar una perspectiva ética en el tratamiento de la globalización, que pocos han explicitado en sus argumentaciones a favor o en contra.

(1) GABINO IZQUIERDO: *Entre el fragor y el desconcierto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización*, Minerva Ediciones, Madrid, 2000.

(2) J. CONILL: «Globalización y ética», *Razón y Fe*, n.º 1.228, febrero 2001, págs. 155-166; «Contrato de esclavitud? Una versión del contractualismo (de HOBBS a BUCHANAN)», *Pensamiento*, vol. 57 (2001), n.º 219, págs. 353-372; A. CORTINA: *Alianza y contrato. Política, ética y religión*, Trotta, Madrid, 2001.

A continuación aludiremos a algunos de esos aspectos éticos. Me refiero a una ética *moderna*, que se haga cargo de las peculiaridades del desarrollo de la economía, concretamente de su fase de globalización, como desarrollo de todos los procesos modernizadores (3).

1 ¿ES LA GLOBALIZACIÓN UN PROCESO NATURAL?

Algunos autores ven en la globalización un fenómeno natural, fruto de un proceso provocado por fuerzas irresistibles, ante las que no cabe más que la aceptación, para bien o para mal, porque nada se puede hacer para resistirse a ella. ¿Qué sentido tiene —se dice— empeñarse en hacer frente a una fuerza irresistible?

En el caso de que la cosa fuera absolutamente así, la ética no tendría nada que ver con ese acontecimiento que es fruto exclusivamente de un proceso natural, pues sólo cabe pensar desde la perspectiva ética allí donde de algún modo pueda hablarse de «posibilidades», «libertad» y «responsabilidad». Si la globalización no tuviera nada que ver con el reino de las posibilidades, de la libertad y de la responsabilidad humanas, entonces nada cabría decir —ni hacer— desde el punto de vista ético.

Ahora bien, como todos los procesos modernos, la globalización, y en particular la económica, tiene que ver con decisiones e instituciones, por las que entran en juego diversas posibi-

(3) Adela CORTINA: *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993; A. CORTINA, J. CONILL, A. DOMINGO, D. GARCÍA MARZÁ: *Ética de la empresa*, Trotta, Madrid, 1994, cap. 31; P. ULRICH, *Integrative Wirtschaftsethik*, Bern, Haupt, 1998; J. A. ZAMORA: «Globalización y cooperación al desarrollo. Desafíos éticos», en *Foro I. Ellacuría*, «La globalización y sus excluidos», Verbo Divino, Estella, 1999, págs. 151-228; y K. O. APEL: «Globalización y necesidad de una ética universal», *Debats*, n.º 66 (1999), págs. 48-67.

lidades y opciones, por consiguiente, con un espacio abierto de libertad e intersubjetividad. Nos encontramos ante un campo en el que ni reina la libertad pura ni la necesidad ciega; antes bien, estamos inmersos en un espacio híbrido de coerciones y de libertad condicionada por las mismas coerciones que, a su vez, son fruto de la puesta en marcha de unos mecanismos y unas instituciones elegidos.

La economía no es un proceso meramente natural, en el que estén presentes sólo fuerzas anónimas, ajenas a las decisiones e instituciones humanas. Es esta una idea errónea, provocada por la interpretación mecanicista de la economía moderna, que finge una realidad económica abstracta, separada del contexto social e histórico.

De hecho, algunos economistas consideran que la «necesidad» de optar por la capacidad competitiva es la que impide otras «posibilidades», por las que al parecer no sería imposible optar, una vez conseguido un mayor nivel económico, como son generar empleo, ofrecer más prestaciones sociales, erradicar la pobreza, posibilitar más tiempo libre... *Ergo* la «necesidad» no es tan necesaria, sino fruto de una opción, cuyo sentido y racionalidad será necesario revisar.

2 LA RELACIÓN MEDIOS-FINES EN LA ECONOMÍA MODERNA

En ocasiones se utilizan argumentos con sentido crítico en contra de la globalización, que se refieren a que algunos componentes de la economía moderna, que deberían cumplir una determinada función, se han desvirtuado en la medida en que, en vez de ser «medios», se han convertido ellos mismos en «fines» de la actividad económica. Por ejemplo, la competencia

—se dice— «ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin» (Informe del Grupo de Lisboa).

Este tipo de razonamiento presupone que hay una jerarquía funcional, racionalmente fundada, de los mecanismos que componen la auténtica actividad económica. Pero esta auténtica «racionalidad» implícita parece no coincidir con, sino más bien ir en contra de, la «racionalidad» oficial que rige la efectiva actividad económica *de facto*. Por consiguiente, para poder aplicar debidamente la relación medio-fin habría que determinar primero esa estructura jerarquizada de funciones económicas, que es al parecer lo que está en litigio entre economistas.

Por otra parte, habría que preguntarse cuál es el criterio y fundamento de esa jerarquía. Porque cuando se analizan los argumentos empleados al respecto se detecta que, al final, los criterios y razones a los que se recurre son de carácter moral, poniendo en marcha de este modo un tipo de argumentación moral, que se presupone que está entrañada en la misma racionalidad económica.

3 ECONOMÍA FINANCIERA Y ECONOMÍA REAL

Una de las distinciones a las que se nos ha habituado en los últimos tiempos es a la distinción entre «economía financiera» y «economía real». Ésta —se suele decir— es la economía concerniente al ámbito de los bienes y servicios; la economía financiera ha sido caracterizada como simbólica, «de papel», «de casino», «especulativa», etc. Parece que una sea la real y otra la ficticia, meramente aparente; una la verdadera y otra, la fingida. Distinción tradicionalmente filosófica donde las haya, que nos recuerda los albores de la filosofía griega y ciertas nociones transculturales del saber acerca de lo real y lo aparente.

Sin embargo, no todos los economistas están de acuerdo con esta tajante distinción «metafísica» entre lo real y lo irreal. Pues de hecho lo que funciona e impera sobre la llamada economía real es la economía financiera, la presuntamente irreal. Así que no es tan fácil, ni mucho menos justificado, denominarla con una serie de términos, en último término, metafísicamente peyorativos, como si se tratara de algo no suficientemente real, un cierto no-ser, una especie de espectro, como si se tratara de una economía espectral o virtual. Porque lo que nadie pone en duda es que se trata de la economía decisiva en este momento del desarrollo de la globalización. ¿Estamos, pues, ante el triunfo de la economía espectral, pero con efectos innegablemente «reales»?

Para poder establecer esta tajante distinción hay que tener una concepción de la realidad económica y de su estructura jerarquizada entre economía financiera y economía real. Sólo si se tiene una noción del sentido intrínseco de una actividad, cabe hablar de «desajuste», y en el caso de la actividad económica, de desajuste entre la economía real y la financiera. Es decir, sólo si se tiene una noción normativa del ordenamiento económico financiero, cabe hablar de perversión e irresponsabilidad de las transformaciones y crisis financieras. Porque sólo entonces puede comprenderse qué significa viciar o perturbar el orden de las cosas. Un vicio o un abuso consiste en alterar o trastocar la forma de algo, echarlo a perder, dañarlo o pervertirlo. Incluso cabría hablar de corrupción del sentido de una actividad, en este caso, de la económica y la financiera.

4 NUEVA PERVERSIÓN DEL CAPITALISMO

¿Nos devuelve la economía marcada por el espíritu financiero a las tendencias más perversas del capitalismo? Porque la

transformación del capitalismo ha sido tan profunda que ya no se considera que la contradicción básica de donde se derivan los más graves problemas se encuentre entre el capital y el trabajo; pero podría ocurrir que estén surgiendo nuevas contradicciones a partir del desarrollo del sistema financiero. Y de ahí que tal vez haya que abandonar la idea de la construcción de otro modo de producción; pero ahora pueden surgir otras formas de dominación provenientes principalmente de la esfera financiera. ¿Puede ser el capitalismo financiero un capitalismo social y ético, o por su propia índole es imposible reconvertirlo en un instrumento al servicio de la sociedad?

¿Es el sistema financiero un sistema carente de moralidad por su propia estructura y sus modos de funcionar? ¿No hace más que ampliar el número de «lacas» del que ha sido acusado el capitalismo, ya que no pone la economía al servicio del hombre sino todavía más crudamente al servicio del móvil del beneficio y del lucro ilimitado y rápido, sin más consideraciones? ¿Es el campo más propio para el fomento del *homo oeconomicus*, bajo la consideración de que es la mejor expresión de la naturaleza humana (ser calculador y utilitario)? ¿Se refuerza la cultura de la desigualdad, de la competición, de la lucha y la instrumentalización de la comunicación?

Un grave peligro de la nueva situación internacional es que el capitalismo, que trató de aparecer durante décadas como un capitalismo con rostro humano, ahora crea no necesitarlo y se presente con trazos de creciente inhumanidad. Porque el capitalismo de las décadas anteriores fue un capitalismo de reformas económicas y sociales y se preocupó de los países del entonces llamado Tercer Mundo. Pero actualmente ha perdido importancia la producción de materias primas y se ha hecho superflua la fuerza de trabajo que las producía. La superpoblación ya no tiene ninguna utilidad para la producción capitalista;

y, por otra parte, carece de poder de negociación, porque ya no puede amenazar, ni tampoco tienen capacidad para desarrollarse por sí solos (necesitan de la solidaridad).

No obstante, además de fomentar el egoísmo y la avaricia (al basarse en la persecución del beneficio) y arrojar a buena parte de la sociedad a la pobreza y al desempleo (creando o manteniendo profundas desigualdades), también se ha destacado entre las virtualidades de la globalización la eficacia para producir riqueza y bienestar. Y otros hasta han destacado que la economía desarrolla así un peculiar fondo moral típicamente moderno: el del *interés*. Éste se convierte en un elemento esencial de la ética social moderna, ya que constituye una *garantía eficaz del orden social*. El deseo de mejorar la propia situación es una fuente inagotable de beneficios para la sociedad, ya que impulsa a crear, innovar y asumir riesgos.

5 CRÍTICAS AL DESARROLLO DEFORME DEL SISTEMA FINANCIERO

Son ya muchas las voces que han expresado su preocupación y han advertido de los peligros que implica la renovada, pero no por eso menos fascinante, «lógica» del capitalismo *ultrafinanciero* (4).

SÁNCHEZ ASIAÍN (5) expresó su preocupación por la creciente autonomización del sistema financiero, al desvincularse cada vez más en la economía mundial el movimiento de capitales del flujo de bienes y servicios. Esta tendencia podría deformar el

(4) GABINO IZQUIERDO: *Entre el fragor y el desconcierto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización*, Madrid, Minerva Ediciones, 2000.

(5) J. A. SÁNCHEZ ASIAÍN: *Reflexiones sobre la banca*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, págs. 18-19, 140-143.

ámbito financiero y hacerle olvidar su auténtico papel como instrumento para asignar con eficiencia recursos escasos, asumir riesgos y servir a la economía real; con lo que perdería también su legitimación económico-social y, por tanto, ética.

Según JAMES TOBIN (6), «la proliferación de operaciones financieras no sirve en muchas ocasiones para realizar más económicamente una tarea sino para inflar la cantidad y variedad de intercambios financieros, operaciones con las que huir de una regulación y obtener un beneficio privado sin la equivalencia de un beneficio social».

Por tanto, una «superestructura» financiera, «desconectada de la economía real», recortaría la posibilidades de crecimiento real de la economía mundial y separaría cada vez más el beneficio privado (rendimiento a corto plazo) del beneficio social (necesidad de inversión productiva). Porque no debería olvidarse que el sentido de la economía «simbólica» (movimientos de capital, tipos de cambio y corrientes crediticias) consiste en estar al servicio de la economía «real» (corrientes de bienes y servicios).

Y también debería tenerse en cuenta la influencia que el desarrollo de este capitalismo ultrafinanciero y especulativo ha tenido y está teniendo sobre los países más pobres de la tierra. Precisamente los años de mayor desarrollo deforme del sector financiero han coincidido con el declive de las economías que fomentaban el desarrollo de los pueblos y zonas más pobres del planeta (7). Por tanto, las exigencias éticas de solidaridad internacional, que reclaman los países pobres, deberían estar presentes en las reflexiones sobre el nuevo escenario global de la economía.

Así pues, las críticas al capitalismo ultrafinanciero nacen de la reflexión sobre los peligros del espíritu especulativo y de la

(6) «On the efficiency of the financial system», *Lloyds Bank Review*, julio de 1984.

(7) Cfr. los Informes sobre el desarrollo humano presentados por el PNUD en los últimos diez años.

necesaria cautela ante el «splendor de las finanzas», ya que éste suele producir una especie de «delirio financiero especulativo, donde aparecen ganancias enormes sin fundamento real, cuyos efectos desmoralizadores realmente se subestiman» (según Maurice ALLAIS) (8).

Y es que el capitalismo ultrafinanciero impone una determinada *lógica* económica, inspirada en unos determinados *valores*; en definitiva, se trata de la lógica del mercado puro y duro del «ultraliberalismo», donde dejándose llevar por la locura financiera sólo se busca la rentabilidad inmediata, maximizando a corto plazo el dinero convertido en *commodity*.

Esta lógica «*financiera*» va *contra* la lógica «*industrial*», porque la hegemonía de la economía ultrafinanciera y especulativa puede destruir el espíritu de empresa productiva, que tiene otro ritmo y otros valores en juego. Según M. ALBERT (9), esta pugna expresa precisamente un conflicto entre dos tendencias dentro del capitalismo: 1) la que valora sobre todo el «riesgo» y el beneficio «a corto plazo», aun a costa de erosionar o destruir valores tan fundamentales como la confianza, y 2) la que valora primordialmente la «seguridad» y el beneficio «a largo plazo», porque así se pueden favorecer los vínculos sociales y fomentar valores como la confianza mediante alguna forma de organizar cierta cooperación entre los participantes en el juego financiero.

Si no se reflexiona y actúa prudentemente a tiempo, el delirio especulativo, que impulsa la lógica del capitalismo ultrafinanciero, puede acabar con la moral en la vida económica y destruir el tejido social en que se sustenta y al que debe prestar sus servicios. De ahí que el «retorno de la moral» a la vida eco-

(8) Vid. asimismo G. SOROS: *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*, Madrid, Debate, 1999.

(9) M. ALBERT: *Capitalismo contra capitalismo*, Barcelona, Paidós, 1992.

nómica, incluida la financiera, se haya convertido en una necesidad, ya que se trata de una dimensión ineludible para lograr un buen funcionamiento de la actividad económica.

6 CAMBIO DE RACIONALIDAD ECONÓMICA

Una de las cosas más llamativas de las evaluaciones de los oficialmente responsables de la economía es su constante afirmación de que «la economía va bien», cuando a la vez se tiene constancia de los altos niveles de pobreza y desigualdad en el mundo lejano y cercano. Por otra parte, dentro de la lógica económica se admite ya como propio de nuestro tiempo que, a pesar del crecimiento económico, se genera desempleo y más pobreza. Sin embargo, para otros esto conduce hasta el «sin-sentido» de la economía.

Lo curioso es que, a pesar de ciertas expectativas que se suelen fomentar, el crecimiento económico no garantiza que estemos en mejores condiciones para resolver los problemas a los que nos enfrentamos en la vida ordinaria de nuestros desiguales mundos (por ejemplo, hambre, pobreza y paro). Hay más medios y recursos que nunca, hay más competencia, pero la creciente complejidad del proceso no deja llegar a los fines. ¿Nos hemos vuelto cada vez más competitivos, sin finalidad, sencillamente para seguir compitiendo sin fin?

Lo que está bien claro es que el progreso material (el crecimiento económico) no ha logrado, ni garantiza, el progreso moral.

Es más, algunos han resaltado que aquello que genera crecimiento económico y riqueza produce a la vez paro y desprotección social. Pues se ha llegado hasta el «sinsentido» de que un anuncio de reducción de la plantilla de trabajadores en una

empresa ha producido un aumento de la cotización en bolsa de sus acciones; y, por otra parte, el crecimiento de los costes sociales parece ir en detrimento de la capacidad competitiva. Estos ejemplos son ilustrativos de un significativo cambio en el paradigma de la «racionalidad económica». Constituyen un descrédito del pensamiento social-demócrata tradicional, que había confiado en la resolución procesual de los conflictos, frente a quienes estaban convencidos de la existencia en el fondo o bien de una armonía latente o bien de un conflicto irresoluble.

Estas manifestaciones invitan a una reflexión sobre la noción de racionalidad que se emplea en las argumentaciones económicas (10). Si lo que se está poniendo en juego es una racionalidad unilateral, al margen de la vida, incluso anti-vital, por cuanto mata la vida, esto no se debe sin más a un fracaso de la Ilustración, sino en todo caso a una ingenuidad del planteamiento ilustrado y a un desarrollo monstruoso (descoyuntado) de la razón, debido a que se ha producido una fragmentación de la razón. Como decía ORTEGA, no era toda la razón, no ha sido todo lo que puede dar de sí la razón, lo que está funcionando como racionalidad económica hegemónica. Hace falta un desarrollo de la razón vital (experiencial) en la vida económica (11).

7 REPERCUSIONES SOCIALES

7.1. Desestructuración institucional

La forma tal vez más extendida de razonar en contra de la globalización ha sido aquella que resalta las repercusiones de los cambios en la economía globalizada.

(10) Vid., por ejemplo, P. ORMEROD: *Por una nueva economía (Las falacias de las ciencias económicas)*, Barcelona, Anagrama, 1995; R. VELASCO: *Los economistas en su laberinto*, Madrid, Taurus, 1996.

(11) Vid., por ejemplo, el enfoque de AMARTYA SEN: *Desarrollo como libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

Una de las repercusiones sociales a la que todos los estudiosos de la globalización aluden es la desestructuración de las instituciones modernas, entre las que sobresale el Estado. Se suele destacar el hecho de que el estado nacional moderno es incapaz de hacer frente a las fuerzas globalizadoras. El Estado-nación está en crisis, o bien debido a su debilitamiento, o bien a la desorientación ante la innegable necesidad de *reestructurar* sus funciones. ¿Son capaces las instituciones sociales de garantizar la libertad real de las personas?

7.2. Desigualdades sociales, pobreza y paro

Otro de los efectos inaceptables de la globalización está siendo el acrecentamiento del abismo que separa a los ricos y poderosos de los pobres (los *áporoi*) (12). Es una auténtica contradicción proclamar que toda persona es libre e igual y mantener en la práctica unas desigualdades tan injustas. Y aquí conviene recordar que nadie puede alegar desconocimiento de esas desigualdades ni falta de medios para empezar a remover las situaciones. Lo único que falta es voluntad real y decisión.

Al proceso de globalización ha acompañado un aumento de las *desigualdades* entre los países y entre las personas. Es éste un estado de desigualdades agravado por las dificultades que existen para la libre circulación de los trabajadores de unos países a otros, especialmente de los más pobres hacia los ricos. Pues así como el *capital* se mueve con gran facilidad, no ocurre lo mismo con los *trabajadores*, de manera que la globalización favorece más los intereses del capital que los del trabajo.

(12) Vid. A. CORTINA: *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*, Madrid, Alianza, 1997; A. CORTINA: *Hasta un pueblo de demonios. Ética pública y sociedad*, Madrid, Taurus, 1998.

Existe una guerra económica entre los ricos y los pobres, cuyas repercusiones sociales son muy graves. Cabría pensar que se trata de una guerra de *exterminio* o, cuando menos, de *marginación*. Porque ya no se necesita su población —son demasiada gente, se dice— y cada vez se necesitan menos sus materias primas; al parecer, sólo «los necesitamos como basurero».

Una de las consecuencias más nefastas de los procesos de globalización es el aumento de las desigualdades y de la exclusión. Abruma pensar que la mayoría de la población mundial está al margen —excluida— no sólo del disfrute de los bienes y servicios de que dispone la Humanidad, sino aún más de los procesos en los que se toman las decisiones mundialmente relevantes y que afectan a su vida.

Más todavía, la mayoría de la población mundial se ha hecho «superflua» (13). Los pobres pasan de ser «explotados», reales o virtuales, a ser «excluidos», porque están de sobra. Ya no cuentan para nada, carecen de todo tipo de poder, porque no pueden ni siquiera negociar para hacer valer sus exigencias (14). Están al margen, pues, de cualquier participación significativa sobre su futuro.

La «globalización» a secas no arregla nada, ya que globalizar sin las condiciones para, a la vez, integrar, implica aumentar las dimensiones de la *jungla global* (15). Sin las exigencias de justicia y solidaridad de una ética cívica universal constituye una irresponsabilidad asistir sin más a una globalización unilateral,

(13) F. HINKELAMMERT: *El capitalismo al desnudo*, Santafé de Bogotá, El Búho, 1991.

(14) He aquí la práctica de la *aporofobia*, que casi todo el mundo intenta recubrir mediante otras terminologías, rehuendo llamar a la realidad por su nombre: *aversión por el pobre*, el desvalido, el que no tiene nada que ofrecer a cambio, en el terreno que sea (económico, político, jurídico, de opinión pública) (A. CORTINA: *Ciudadanos del mundo*, Madrid, Alianza, 1997).

(15) J. CONILL: «Guerra económica y comunidad internacional», *Sistema*, n.º 149 (1999), págs. 99-110.

cuando la inmensa mayoría de la Humanidad queda fuera del desarrollo auténticamente humanizador (16).

8 GLOBALIZAR LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD

Uno de los retos más importantes y significativos del mundo actual es el de hacer compatible el mecanismo del mercado y las exigencias de justicia, porque sin justicia –también– económica no hay libertad real. La única esperanza es, pues, globalizar la justicia y la solidaridad, en la misma medida en que se globalizan otras mediaciones socio-económicas de la libertad moderna (como los mercados).

Es el lugar de la justicia en la economía un asunto conflictivo en el debate entre las éticas contemporáneas (17). Pero incluso en la nueva situación mundial de la economía, en su actual fase de globalización de los mercados, tampoco ha dejado de plantearse por diversas vías la cuestión ética de la justicia social y económica (18). Y una de las contribuciones recientes más prometedoras es la que ha presentado A. SEN (19), a la que recurre para defender una posición ético-económica en la que cabe conjugar el moderno mecanismo de mercado y las también modernas exigencias éticas de justicia.

(16) P. ULRICH: *Integrative Wirtschaftsethik*, Bern, Haupt, 1998; J. A. ZAMORA: «Globalización y cooperación al desarrollo. Desafíos éticos», en *Foro I. Ellacuría, La globalización y sus excluidos*, Verbo Divino, Estella, 1999, págs. 151-228; y K. O. APEL: «Globalización y necesidad de una ética universal», *Debats*, n.º 66 (1999), págs. 48-67.

(17) Vid. J. CONILL: «Mercado y justicia: Un reto para la ética económica contemporánea», en *Contrastes*, Suplemento 5 (2000), págs. 247-257.

(18) A. CORTINA: *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*, Madrid, Alianza, 1997; GABINO IZQUIERDO: *Entre el fragor y el desconcierto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización*, Madrid, Minerva Ediciones, 2000.

(19) Vid. A. SEN: *Ética y economía*, Madrid, Alianza, 1989; *Choice, Welfare and Measurement*, Oxford, Blackwell, 1982; *Commodities and Capabilities*, Amsterdam, North Holland, 1985; *Bienestar, justicia y mercado*, Barcelona, Paidós, 1997; *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

Un punto fundamental de la propuesta de SEN es, a mi juicio, el haber detectado un grave desenfoque en la tendencia predominante de la disciplina económica de los últimos tiempos y el haber intentado corregirlo centrando la atención prioritariamente en el valor que de suyo tienen la libertad y la justicia antes que en los aspectos instrumentales.

Desde esa perspectiva entiende SEN que las instituciones sociales modernas han de contribuir a aumentar y garantizar las libertades fundamentales de los individuos en su vida socio-económica. En este sentido hay que destacar el papel de los mercados dentro del proceso de expansión de las libertades reales de tales individuos. Pues, como ya vio Adam SMITH —a quien remite el propio SEN—, el mercado está al servicio de una de las libertades básicas, aquélla que capacita para realizar intercambios y transacciones. El valor primordial del mercado no consiste, pues, en contribuir al crecimiento económico, como tantas veces se dice, pues éste es un valor meramente instrumental; el valor más profundo del mercado consiste en servir de vehículo y mediación de la libertad. Y la libertad para intercambiar no necesita una justificación basada en sus efectos, sino que tiene un valor de por sí. Por sorprendente que suene en los ambientes económicos (y mucho más en los economicistas), he aquí el análisis y la reflexión de un reputado economista, que destaca el valor intrínseco de la libertad como matriz y parámetro evaluador del mecanismo del mercado.

El fecundo enfoque de A. SEN aporta al conjunto ya existente de éticas del mercado, entre otras cosas, el haberla diseñado a partir de la libertad y de la justicia, en concreto de la justicia vista desde el punto de vista de la libertad, superando así la habitual contraposición entre ambas. Porque la justicia es un ingrediente constitutivo de la libertad, aun cuando no lo sea la igualdad. Pues puede haber igualdad injusta y desigualdades

justas. El mercado es un espacio de la libertad donde reina la desigualdad, pero no tiene porqué significar que sea «amoral» o tenga que entenderse al margen de la justicia. Igual que el mercado no es amoral con respecto al valor de la libertad, siguiendo este hilo conductor descubrimos que hay aspectos de la justicia que son constitutivos de la libertad real y que, por consiguiente, han de ser también compaginables con los mecanismos del mercado, cuyo sentido precisamente es el respeto y promoción de la libertad.

Desde este horizonte impulsado por el enfoque ético-económico de SEN se comprende asimismo con más facilidad su defensa de «la necesidad de someter a un estudio crítico el papel de los mercados», porque sus señales pueden ser engañosas y ciertos comportamientos y móviles conducen en ocasiones al «despilfarro social». Pues no debería olvidarse que «los individuos viven y actúan en un mundo de instituciones. Nuestras oportunidades y perspectivas dependen sobre todo de las instituciones que existen y de cómo funcionan»; por tanto, que es posible evaluar la contribución de las instituciones al desarrollo de la libertad. Y el mercado es una institución moderna que cobra su sentido y legitimidad asimismo de contribuir al desarrollo de la libertad real, entendida —como propone SEN— desde las capacidades y la creación de oportunidades vitales.

Modelos de ciudadanía en la sociedad global

Agustín Domingo Moratalla
Profesor de Filosofía Moral y Política
Universidad de Valencia

Sumario

1. El debate sobre la justicia liberal: liberalismo y comunitarismo.—
2. De una ciudadanía pasiva a una ciudadanía activa.—
3. El valor de la participación en una ciudadanía democrática.—
4. De la ciudadanía democrática a la ciudadanía diferenciada.—
5. Luces y sombras de la ciudadanía multicultural.—
5. Entre la ciudadanía intercultural y la ciudadanía intracultural.

RESUMEN

Aunque los atentados terroristas del pasado 11 de Septiembre han desplazado el protagonismo que la globalización tenía en la agenda política, ésta sigue desempeñando un papel central, pero desde coordenadas diferentes. Las coordenadas económicas, tecnológicas e informacionales han dejado paso a coordenadas jurídicas, culturales y religiosas. El hecho de que los EEUU ya no inviten a sus aliados a participar en una iniciativa de «justicia infinita», sino de «libertad duradera» es un síntoma de que la sociedad global no es tecnológicamente limpia, políticamente transparente y éticamente inocente.

Por eso, el debate sobre la ciudadanía no puede reducirse a sus dimensiones políticas sino que debe integrar dimensiones sociales, culturales y religiosas. Ese es el objetivo de estas páginas para el que nos proponemos tres tareas:

- a) Describir la génesis del problema de la ciudadanía en el debate político contemporáneo.*
- b) Analizar la evolución de los diferentes modelos de ciudadanía según el valor que conceden a la participación cultural y no sólo política; ciudadanía liberal, social, democrática, republicana, multicultural, diferenciada, intercultural.*
- c) Invitar a una teoría de la ciudadanía intracultural que integre y no excluya factores culturales (y/o religiosos) donde una ética de la persona no sea sustituida por una política de la ciudadanía.*

ABSTRACT

Although the attacks on September the 11th have replaced the prominence of globalisation in the political agenda, it still has a really important role, but from a different position. The fact that US does not invite anymore his allies to participate in an initiative of «Infinite Justice» but in «Lasting freedom» is a symptom which shows that current society is not technologically clean, politically transparent and ethically innocent. That is why the discussion about citizenry can not be reduced to its political dimensions; it must integrate its social, cultural and religious dimensions. This is the target of this pages and these are our compromises:

- a) To describe the genesis of the problem of citizenry in the contemporaneous politic discuss.*
- b) To analyse the evolution of the different models of citizenry regarding the value they give to cultural participation and not only to the political one. The citizenry must be social, liberal, democratic, republican, multicultural and intercultural.*
- c) To invite to a theory about citizenry which integrates cultural factors where the ethic of a person is not replaced by the policy of a citizenry.*

1

EL DEBATE SOBRE LA JUSTICIA LIBERAL: LIBERALISMO Y COMUNITARISMO

Desde 1971 en que apareció la *Teoría de la Justicia*, las tradiciones anglosajonas y continentales se han fundido en una tradición común que puede ser analizada desde diversos ángulos; uno de ellos es el que aparece directamente relacionado con la obra de J. RAWLS y ha sido descrito como la controversia entre *liberalismo* y *comunitarismo* (1).

Gran parte de la tradición liberal y los defensores de la *Teoría de la Justicia* de John RAWLS afirman que una teoría de la justicia debe ser crítica, universalista e independiente de las prácticas y tradiciones culturales. Debería ser formal y procedimental, más preocupada por la *forma* de los principios de justicia que por su *contenido*. Con ello, la tradición liberal no se está desentendiendo de un *modelo de racionalidad* (o de filosofía con los correspondientes presupuestos ontológicos), sino que está aplicando uno de los modelos, el modelo de la racionalidad procedimental-moderna.

A diferencia de otros modelos de racionalidad, como los propios de una herencia platónico-aristotélica, donde el razonamiento moral está regulado por una sabiduría prudencial (*phronesis*), la razón moderna es una razón previsio-

(1) Los textos básicos del debate y una completa introducción al mismo se encuentran recogidos en A. BERTEN, P. DA SILVEIRA y H. POURTOIS, *Libéraux et communautariens*. PUF, París, 1997. Algunos de los primeros comentarios al debate se encuentran en S. MULHALL y A. SWIFT, *El individuo frente a la comunidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1996. Trad. E. LÓPEZ CASTELLÓN, F. CORTÉS y A. MONSALVE (eds.), *Liberalismo y Comunitarismo. Derechos humanos y democracia*. Alfons el Magnanim, Valencia, 1996. También puede verse el número 1 de la revista *La Política*, Paidós, 1996.

ra que tiende a excluir toda improvisación en el cálculo. Dejar la acción individual, social y política en manos de la prudencia significaría ceder a elementos emocionales, psicológicos o afectivos, como si los «hábitos del corazón» fueran irracionales. Una «auténtica» razón moral debería estar basada en la formalidad de las máximas (derechos humanos universales) y no en estados emocionales (significados culturales). Una teoría de la justicia debería tener un carácter incondicionado y no depender de condiciones existenciales, históricas o culturales.

Junto a J. RAWLS, en el «equipo liberal» se encontrarían pensadores como R. DWORKIN, T. NAGEL, T. M. SCANLON, Ch. LARMORE, B. ACKERMANN. Frente a estos autores, y en el «equipo comunitarista» se encuentran M. SANDEL, A. MACINTYRE, M. WALZER y Ch. TAYLOR. Éstos últimos critican el procedimentalismo e individualismo de la teoría de la justicia liberal porque consideran que ha realizado una abstracción de la vida moral. Los liberales no se han tomado en serio el carácter condicionado de la razón humana y, por consiguiente, de la libertad. En este sentido, han construido una figura atomista y, en cierta medida, esperpéntica de ser humano: sin raíces, sin historia, sin emociones, sin tradiciones, sin «hábitos del corazón».

2 DE UNA CIUDADANÍA PASIVA A UNA CIUDADANÍA ACTIVA

W. KYMLICKA y W. NORMAN han señalado que el concepto de ciudadanía está íntimamente ligado a dos problemas clave de la filosofía política: la idea de derechos *individuales* y la noción de *vínculo* con una comunidad particular. Este interés

ha estado alimentado por una serie de acontecimientos políticos, como el despertar de la sociedad civil en la Europa del Este, las tensiones generadas por los movimientos migratorios en Europa, la apatía de los votantes en EEUU, la crisis del Estado de Bienestar o el auge de los nacionalismos. Estos fenómenos han ido mostrando que el vigor y la estabilidad de una democracia no dependen sólo de una teoría de la justicia sino de las *cualidades y actitudes de los ciudadanos*. Así pues:

«...su sentimiento de identidad y su percepción de formas potencialmente conflictivas de identidad nacional, regional, étnica o religiosa; su capacidad de tolerar y trabajar conjuntamente con individuos diferentes; su deseo de participar en el proceso político con el compromiso de promover el bien público y sostener autoridades controlables; su disposición a auto-limitarse y ejercer la responsabilidad personal en sus reclamaciones económicas, así como en las decisiones que afectan a su salud y al medio ambiente. Si faltan ciudadanos que posean estas cualidades, las democracias se vuelven difíciles de gobernar e incluso inestables» (2).

Este protagonismo de la ciudadanía supone un giro con respecto al protagonismo que ya tuvo este problema después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se planteaba como el problema de asegurar que cada uno fuera tratado como miembro de una sociedad de iguales. Entonces, más que un problema ético se trataba de un problema jurídico, se buscaba el reconocimiento de unos derechos de ciudadanía; era el clásico planteamiento de T. H. MARSHALL, quien para su

(2) W. KYMLICKA y W. NORMAN, «Return of Citizen: A Survey of Recent Work on Citizenship Theory», *Ethics*, 104 (1994), págs 257-289. Traducido por P. DA SILVEIRA en *Cuadernos del Claeh*, 75 (1996), págs 81-112. También en *La Política*, 3 (1997), págs 5-39; p. 6.

realización exigía un determinado modelo de Estado, el Estado de Bienestar liberal-democrático. A esta ciudadanía se la llamaba pasiva porque no exigía actividad y obligación alguna para conseguir el reconocimiento. Cuarenta años después, frente a una *ciudadanía pasiva* donde al ciudadano se le reconocen unos derechos, hoy hablamos de una *ciudadanía activa* donde al ciudadano se le exigen unas responsabilidades (3).

Como han señalado KYMLICKA y NORMAN, la crítica a la ciudadanía pasiva se realizó desde una derecha ideológica para la que el Estado de Bienestar había promovido la pasividad de las gentes, había creado una cultura de la dependencia y había convertido a los ciudadanos no ya en súbditos sino en clientes de la tutela burocrática. Para esta derecha ideológica las democracias occidentales tendían hacia la «ingobernabilidad» (4), con las contribuciones de una parte de los ciudadanos disfrutaban todos de las mismas prestaciones. El bienestar de todos se construía sobre la responsabilidad y participación desigual de unos pocos. En realidad, el Estado social de la postguerra se había transformado en un Estado de bienestar sin haber sido antes un Estado de justicia. El propio HABERMAS ha señalado que con una ciudadanía pasiva se crean individuos dependientes, se crea un retraimiento a la vida privada y se produce una «clientelización de la ciudadanía» (5).

(3) Para un análisis más detallado de este debate sobre la ciudadanía, cfr. A. CORTINA, *Ciudadanos del Mundo*. Alianza, Madrid, 1997.

(4) Sobre la tesis de la «ingobernabilidad» de las democracias, cfr. C. OFFE, «Ingobernabilidad. El renacimiento del neoconservadurismo», *Revista Mexicana de Sociología*, 1981, págs. 1847-1866; M. NOVAK, *El espíritu del capitalismo democrático. Tres tiempos*, Buenos Aires, 1983.

(5) J. HABERMAS, citado por KYMLICKA y NORMAN, pág. 11.

3 EL VALOR DE LA PARTICIPACIÓN EN UNA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA

Planteada la política en clave de participación no sólo está en juego un *modelo de Estado*, sino un *modelo de sociedad*. En realidad, el problema de la ciudadanía depende más de la preocupación común por lo público y de cierto nivel de virtudes públicas que de un determinado modelo de Estado. Lo que el Estado necesita de la ciudadanía no se puede obtener por medio de la coerción, sino por medio de la cooperación y el autocontrol en el ejercicio del poder. Entonces aparece la gran pregunta de la ética política ¿Dónde aprender las virtudes públicas?, ¿cómo adquirir esa conciencia de lo público? KYMLICKA y NORMAN plantean cuatro frentes:

- a) *La izquierda y la democracia participativa*. Esta izquierda considera que el problema de la pasividad se resuelve otorgando a los ciudadanos más participación, planteando una democratización del Estado del Bienestar. En este sentido, el problema de la ciudadanía sólo se resuelve mediante una renovación participacionista de las teorías de la democracia. La izquierda no tendría fácil esta renovación de la ciudadanía en clave de responsabilidad porque ha despreciado durante mucho tiempo la noción de ciudadanía al considerarla una noción «burguesa» (6).
- b) *Republicanismo cívico*. Esta tradición cívico-republicana, nacida en fuentes greco-romanas e inspirada en MAQUIAVELO y ROUSSEAU, considera que la participación política tiene un *valor intrínseco* y, por consiguiente, no

(6) KYMLICKA y NORMAN, *op. cit.*, pág. 16, cfr. nota 14.

tiene un *valor instrumental* como piensan los liberales. La dedicación a los asuntos públicos tiene un valor superior al que proporciona una dedicación a los asuntos privados y debe, por consiguiente, ocupar el centro de la vida de las personas.

- c) *Teóricos de la sociedad civil*. Se agrupan aquí algunos pensadores comunitaristas para quienes la responsabilidad se aprende participando en el entramado de asociaciones que dan forma a la vida de los pueblos. No es al amparo del Estado, donde el ciudadano actúa «por obligación» o «por convención», sino en este entramado de asociaciones donde el ciudadano actúa voluntariamente «por convicción», donde se adquieren la civildad y la disciplina personal necesaria que requiere la vida democrática.

- d) *Teorías de la virtud liberal*. No faltan quienes afirman que las grandes reflexiones sobre la virtud cívica se encuentran en la tradición liberal. En este sentido, la capacidad para cuestionar la autoridad y la voluntad de involucrarse en las discusiones públicas son dos virtudes sin las que no habría una vida democrática. Virtudes que se deberían aprender en el marco del sistema educativo. Mientras que en otros momentos de la historia de la ética era una cuestión derivada de la reflexión sobre la democracia o la justicia (un ciudadano es alguien que tiene *derechos democráticos* y plantea *exigencias de justicia*), ahora aspira a desempeñar un papel culturalmente relevante y significativo (7).

(7) KYMLICKA y NORMAN, *op. cit.*, pág. 23. Sobre las políticas públicas y la tarea de educación política que desempeñan nuevos agentes políticos como las organizaciones de voluntariado, véase nuestro trabajo *Ética y Voluntariado. Una solidaridad sin fronteras*. PPC, Madrid, 1997, 2.ª ed.

En definitiva, la apuesta por estrategias cívicas ya no supone una apuesta simple por cualquier tipo de participación, sino por una participación valiosa en sí misma. Con esta participación, los bienes individuales se reordenan y modulan según bienes compartidos, es decir, según un proyecto de bien común; también la justicia procedimental se convierte en justicia social e igualmente las responsabilidades ciudadanas se transforman en responsabilidades solidarias. Una participación y organización social, con la que se desarrolla lo que algunos analistas han llamado *ciudadanía corporativa* (8).

4 DE LA CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA A LA CIUDADANÍA DIFERENCIADA

Uno de los desafíos más importantes para los teóricos de la ciudadanía es el fenómeno de la inmigración. No se trata de un fenómeno nuevo, pero sí con dimensiones globales porque la desaparición de las fronteras también cuestiona el modelo de ciudadanía. Hasta ahora cuando hablábamos de ciudadanía nos referíamos a una ciudadanía «con papeles», *nacional o estatal*, delimitada institucionalmente por las fronteras que establece un régimen político en un territorio, con unas lenguas determinadas o culturas comunes.

Aunque la sociedad del conocimiento y la economía globalizada sean trans-fronterizas, las fronteras siguen existiendo. No son únicamente fronteras físicas, hay también fronteras de muchos tipos: económicas, sociales, políticas y culturales. Ante esta situación, ¿cómo entender la integración?, ¿qué modelo de ciudadanía: cosmopolita o patriótica?

(8) Cfr. R. ESPEJO y Z. MENDIWIELSO, «Ciudadanía organizacional: una forma de generar justicia en las organizaciones». En *Educación para la ciudadanía*. Valencia: UIMP, 1999, en prensa.

La ciudadanía no es simplemente un estatus legal definido por un conjunto de derechos y responsabilidades. Es la expresión de la pertenencia a una comunidad política que comparte unas señas de identidad común. En ella no todos los grupos sociales están igualmente integrados; muchos se sienten excluidos de esta identidad compartida no sólo por razones socioeconómicas, sino por razones socioculturales. Unas razones que pueden girar en torno a una religión, etnia, costumbres, color de piel, sexo o lengua diferente. La integración de estos grupos sólo sería posible si se adopta lo que Iris MARION JOUNG ha llamado «*ciudadanía diferenciada*» (9).

Para los defensores de esta teoría, los miembros de ciertos grupos son incorporados o integrados no sólo como individuos, sino miembros de un grupo con determinadas características, y sus derechos dependerían de su pertenencia o adscripción. Por ejemplo, algunos grupos discriminados por razones de género exigirán una política de cuotas o discriminación positiva; algunos grupos discriminados por razones religiosas exigirán una modificación de la uniformidad para ejercer cargos públicos, los horarios escolares o el calendario laboral.

Estas demandas de diferencia que han ocasionado polémicas importantes en la opinión pública con ocasión del uso del *shador* en las escuelas públicas francesas o la interrupción de las clases en colegios para facilitar la oración a niños musulmanes, ponen en cuestión el principio liberal de igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. Son demandas de discriminación o acción afirmativa a favor de unos grupos que se justifican porque sus defensores mantienen que la igualdad no consiste

(9) I. M. YOUNG, *La justicia y la política de la diferencia*. Cátedra, Madrid, 2000, págs. 263 ss.

en aplicar leyes que ignoren las diferencias naturales, sino que las tengan en cuenta. Para ello habría que proveer medidas institucionales y *políticas de diferencia* (10).

Sin embargo, de la política de la diferencia a la política de la distinción fragmentadora puede haber un solo paso. Cuando la política de la diferencia se plantea como reivindicación de una distinción que disgrega y no como una distinción que complementa, entonces nos aproximamos a una política que fragmenta las comunidades políticas y las convierte en agregados sociales. Para evaluar las diferencias, habría que clarificar y distinguir tres tipos de derechos:

- a) *Derechos especiales de representación*. Aquellos derechos que reclaman grupos desfavorecidos que exigen determinadas cuotas de representación para alcanzar una situación de justicia. Grupos de personas con alguna minusvalía o discapacidad que reclaman la aplicación de una discriminación positiva a su favor.
- b) *Derechos de autogobierno*. Aquellos derechos que reclaman minorías nacionales dentro de una comunidad política más amplia, de la que se sienten discriminados porque no se reconocen sus peculiaridades culturales: lengua, tradiciones, fueros. Grupos que reclaman competencias políticas encaminadas al autogobierno (autonomía, federalismo, soberanía).
- c) *Derechos multiculturales*. Aquellos derechos que reclaman grupos étnicos o religiosos para que se produzca el reconocimiento público de sus diferencias. Exigen al derecho público común una serie de medidas políticas que protejan el derecho a mantener su cultura, religión

(10) Estas exigencias de «acción afirmativa» fueron analizadas críticamente por A. Bloom, *El cierre de la mente moderna*. Plaza y Janés, Barcelona 1989.

y tradiciones. Un ejemplo lo tenemos en los gitanos o algunas minorías religiosas que reclaman protecciones externas para mantener la estabilidad o supervivencia.

5 LUCES Y SOMBRAS DE LA CIUDADANÍA MULTICULTURAL

En estos últimos casos, el problema ético no se encuentra en el simple reconocimiento de las diferencias culturales, sino en la reciprocidad de tal reconocimiento o, lo que es más importante, en la aceptación de un *marco ético-político* que haga posible la reciprocidad socio-cultural (11). Los «derechos multiculturales» se han convertido en exigencias de integración en una comunidad política con la que se quiere un *modelo simbiótico de convivencia* para la promoción de un *bienestar compartido*. Ahora bien, esta simbiosis no siempre se plantea en términos de convivencia respetuosa para promover tradiciones y proteger a las personas bajo principios éticos comunes.

Hay veces que se plantea en términos de una *simbiosis selectiva*. Se trata de una supervivencia muy particular porque quienes reclaman la protección de sus diferencias culturales se desentienden de los principios ético-políticos sobre los que se asienta el reconocimiento: dignidad de la persona (sea varón o mujer), tolerancia religiosa, separación de legalidad y religiosidad. La ciudadanía multicultural no puede ser una ciudadanía del «todo vale» o que se desentienda del valor moral que cada tradición cultural o religiosa aporte. No todos los elementos de todas las tradiciones culturales o religiosas son éticamente defendibles.

(11) Quien ha incidido de una manera especial en la importancia de «la reciprocidad» es G. SARTORI en *La sociedad multiétnica*. Madrid: Taurus, 2001, 37.

En algunas éticas contemporáneas la valoración de las diferencias en una teoría de la ciudadanía depende de los presupuestos individualistas con los que se sostenga una política liberal. Ciertamente, hay un *liberalismo individualista* donde la igualdad ante la ley exige la ceguera ante las diferencias (12). Sin embargo, también hay un *liberalismo solidarista* donde la igualdad exige el *reconocimiento de las diferencias*. Este es el modelo de ciudadanía que ofrece Charles TAYLOR en su libro *El multiculturalismo y la política del reconocimiento* (13).

Algunos de estos planteamientos han sido desarrollados por W. KYMLICKA y los defensores de un nacionalismo liberal. A su juicio, los verdaderos enemigos de una *ciudadanía cosmopolita* no son los nacionalistas liberales sino la xenofobia, la intolerancia, el «chauvinismo», el militarismo y el colonialismo. Sin embargo, mientras que los defensores del cosmopolitismo están a favor de una política de fronteras abiertas en la inmigración porque la consideran un derecho natural, los defensores del nacionalismo liberal como KYMLICKA defienden la existencia de culturas nacionales, como si el concepto de cultura sólo exigiera un enraizamiento crítico en tradiciones y no un distanciamiento crítico de las mismas.

Esta defensa de la *cultura nacional* genera la necesidad de medidas que no sólo protejan esta particular forma de entender la identidad nacional (14), sino que *limiten la movilidad personal y restrinjan a priori* el número de miembros que puedan aspirar a compartir esa cultura. Recientemente, KYMLICKA ha mante-

(12) M. WALZER distingue entre «Liberalismo 1», neutral con las diferencias; y un «Liberalismo 2», comprometido con las diferencias; Cfr. A. GUTMANN, *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, FCE, México, 1993.

(13) A. GUTMANN es la compiladora de este trabajo, citado en la nota anterior.

(14) No olvidemos que la identidad se puede entender de muchas formas. RICOEUR ha propuesto el concepto de «identidad narrativa» cuando están en juego tradiciones culturales y políticas. La narratividad permite articular identidad y diferencia porque exige siempre un modelo de racionalidad hermenéutico-dialógica, cfr. P. RICOEUR, *Si mismo como otro*. Siglo XXI, México, 1996.

nido estos planteamientos en un artículo que lleva por título «Del cosmopolitismo ilustrado al nacionalismo liberal». Sus dos tesis fundamentales son:

- Los beneficios de la movilidad están condicionados a la seguridad de la viabilidad de la propia *cultura nacional*;
- se debe limitar el número de inmigrantes y se les debe animar a que se integren en la propia *cultura nacional* (15).

Ahora bien, ¿hay una única forma de entender el cosmopolitismo?, ¿cabe un cosmopolitismo diferente al ilustrado? A nuestro juicio no sólo es posible sino deseable un cosmopolitismo intercultural donde las identidades culturales no se planteen únicamente en términos de enraizamiento para una supervivencia nacional, sino en términos de distanciamiento para un encuentro convivencial. Alain FINFIELKRAUT apuntaba en esta dirección sus reflexiones cuando comentaba lo siguiente:

«Extrayendo del episodio nazi la lección de que existía un vínculo entre la barbarie y la ausencia de pensamiento, los fundadores de la UNESCO habían querido crear, a escala mundial, un instrumento para transmitir la cultura a la mayoría de los hombres. Sus sucesores han recurrido al mismo vocabulario, pero le atribuyen una significación completamente distinta. Siguen invocando con énfasis la cultura y la educación, pero sustituyen la cultura como tarea (*Bildung*) por la cultura como origen e invierten la trayectoria de la educación: allí donde estaba el “yo”, debe entrar el “nosotros”; en lugar de cultivarse (y salir así de su pequeño mundo) el individuo tiene ahora que recuperar su cultura, entendida como “el conjunto de conocimientos y de valores que no constituye el objeto de ninguna enseñanza específica y que, sin embargo, todo miembro de una comunidad conoce”. Exactamente lo mismo que el pensamiento de las luces denomina

(15) W. KYMLICKA, «Del cosmopolitisme il·lustrat al nacionalisme liberal», *Idees*, 2 (1999), págs 26-45.

incultura o prejuicio. Así pues, LICHTENBERG daba muestras de una lucidez premonitoria cuando escribía, hace ya doscientos años: "Hoy se intenta por todas partes extender el saber, ¿quién sabe si dentro de unos siglos no existirán Universidades para restablecer la antigua ignorancia?"» (16).

6

**ENTRE LA CIUDADANÍA INTERCULTURAL
Y LA CIUDADANÍA INTRACULTURAL**

Para algunos autores, la forma en la que los defensores del multiculturalismo plantean la ciudadanía democrática resulta insatisfactoria. En primer lugar porque una política de la *diferencia* no garantiza siempre una política del *reconocimiento recíproco*. Sin esta reciprocidad en el ejercicio del reconocimiento puede haber supervivencia o incluso coexistencia simbiótica con las diferencias, pero no *convivencia democrática*. Hay valores, tradiciones, costumbres y religiones (diferencias) que merecen ser estimados y reconocidos, lo que no significa que quienes las diferencien y reconozcan se olviden del valor de lo propio. En este sentido, una ciudadanía multicultural puede interpretarse como una *ciudadanía filosóficamente «perezosa»*, no porque olvide las pretensiones de verdad de la propia cultura, sino porque no está dispuesta a ponerlas a prueba en el encuentro con otras. Es más sencillo desentenderse del encuentro o diálogo inter-cultural porque supone tener disponibilidad para argumentar públicamente sobre la verdad de las mismas.

El multiculturalismo aparece en EEUU durante la década de los sesenta y setenta. En algunas Universidades de EEUU se estableció un fuerte debate sobre el valor de los autores que hasta entonces se consideraban «clásicos». En el debate, los

(16) A. FINKELFRAUT, *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona, 1987, pág. 86.

defensores del multiculturalismo exigían que se concediera igual valor a todas las expresiones de la diferencia, fueran occidentales u orientales, americanas o africanas, europeas o mapuches, zulúes o chiapanecas (17). En primer lugar, ciertamente, una política del reconocimiento permite afirmar que el desconocimiento produce frustración, depresión e infelicidad, pero eso no autoriza a afirmar que los grupos o expresiones culturales diferentes estén oprimidos.

En segundo lugar, no tiene sentido hablar de cultura «nacional», porque no podemos realizar la ecuación entre comunidad nacional = comunidad cultural. Hay convicciones culturales que desbordan los límites nacionales e incluso estatales, de manera que lo nacional y lo cultural no se identifican. Una ciudadanía democrática exige una *ética hermenéutica* que no plantee los problemas en términos jurídicos-políticos sino socio-culturales enraizados en la vida cotidiana de las personas. Los horizontes de cada cultura no son horizontes fijos, estables e inmutables. Por eso cuando se produce el diálogo entre culturas sucede lo que desde una ética hermenéutica describimos como «fusión de horizontes» (18).

Esto significa que la diversidad cultural no puede ser tratada como la diversidad biológica, como si el problema de la ciudadanía democrática fuera un problema de «biodiversidad cultural». Como afirma Adela CORTINA, más que una ciudadanía multicultural deberíamos hablar de una ética intercultural:

«...se trata de tomar conciencia de que ninguna cultura tiene soluciones para todos los problemas vitales y de que puede

(17) Sobre las consecuencias de estas reflexiones en la misión de la Universidad y el papel de los intelectuales, véase nuestro trabajo citado anteriormente en F. TORRALBA y J. M. ESQUIROL.

(18) Sobre este concepto véase nuestro trabajo *El arte de poder no tener razón. La hermenéutica dialógica de H. G. Gadamer*. Pub. de la Univ. Pont. Salamanca, Salamanca, 1989.

aprender de otras, tanto soluciones de las que carece, como a comprenderse a sí misma. En este sentido, una ética intercultural no se contenta con asimilar las culturas relegadas a la triunfante, ni siquiera con la mera coexistencia de las culturas, sino que invita a un diálogo entre las culturas de forma que respeten sus diferencias y vayan dilucidando conjuntamente qué consideran irrenunciable para construir una convivencia justa... el sueño de los universalistas homogeneizadores —la eliminación de toda diferencia— representa un supremo empobrecimiento para la sociedad que lo practica; pero también el entusiasmo ante lo diferente, por el mero hecho de serlo, raya en el papanatismo, ya que no toda diferencia eleva el nivel de humanidad» (19).

Esta ética intercultural exige pensar en serio lo que significa la convivencia en sociedades complejas y pluriétnicas. Convivir no es simplemente *sobrevivir* unos a costa de otros. Convivir no es *coexistir* mediante apaños y negociaciones ocasionales que resuelven problemas puntuales. Convivir es *participar* en un horizonte socio-cultural compartido que genera identificaciones cívico-políticas y se produce cuando hay voluntad de diálogo. Ahora bien, entablar un diálogo significa estar dispuesto a aceptar las condiciones que le dan sentido, y entre ellas no sólo la voluntariedad en la adscripción a grupos de pertenencia, sino la afirmación de que no todas las culturas u horizontes tienen igual valor. Cuando una ética intercultural se apoya en el diálogo no busca un consenso fácil, busca más «voluntad de acertar» que «voluntad de consensuar» (20).

Para ello no es suficiente una *ciudadanía intercultural*, sino que necesitamos una *ciudadanía intra-cultural*. Sólo quienes

(19) A. CORTINA, *Ciudadanos del Mundo*. Alianza, Madrid, 1997, págs. 183-185.

(20) A. CORTINA, *op. cit.*, pág. 211.

desconocen sus tradiciones culturales se entusiasman ante las de los demás. La globalización y la inmigración no sólo están poniendo sobre la mesa el problema de la integración social de las diferentes culturas en una ciudadanía cosmopolita, sino la ignorancia cultural de quienes piensan que son incompatibles modernidad política y tradiciones culturales. Mientras que el multiculturalismo responde a esta necesidad en clave de patriotismo y *cultura nacional*, el interculturalismo responde en clave de diálogo enraizado y *pluralismo*. Falta por desarrollar una *ciudadanía intracultural* que afronte de lleno el problema de una ignorancia cultural que no sólo manifiestan los conversos a la ciudadanía cosmopolita, sino los incívicos talibanes que desestiman la capacidad de argumentación pública que hay en ciertas tradiciones religiosas. Pero esta es otra historia que tendrá que ser contada en otra ocasión (21).

(21) Para esta profundización puede consultarse nuestro trabajo *Ética. Una introducción*. Madrid: Acen-to, 2001.

Reaccionando contra el pensamiento único

Félix García Moriyón

Sumario

1. Del sueño del pensamiento único.—2. La reacción de los ganadores.—
3. Las reacciones de los perdedores.—4. Las reacciones de los excluidos.

RESUMEN

Frente a la pretensión de que sólo hay un modelo de globalización, frente al intento de imponer un pensamiento único, se levantan muchas voces que reaccionan de manera bien diversa al actual proceso globalizador que determina la vida del planeta. Reacciona el bloque dominante para garantizar que el proceso se ajusta a sus objetivos de preservación de la dominación actual, Reaccionan también los perdedores, quienes se están llevando la peor parte, porque consideran que es posible otro modelo de globalización mucho más justo y solidario, en el que las leyes de una economía que sólo busca el beneficio no gobiernen nuestras vidas. Reaccionan también los grupos que están próximos a la definitiva exclusión, los que ya poco

tienen que perder, y lo hacen con extrema violencia. Por último, apenas hacen oír su voz los desheredados de la tierra, los auténticos excluidos.

ABSTRACT

There are a lot of voices against the idea of the existence of only one model of globalisation and against the try of imposing a unique though. These voices react in many different ways against the current process of globalisation which determines the life of the of the planet. The leading bloc reacts to guarantee that the process meets its objectives of preservation of the current domination. The losers also react because they consider that it is possible another model of globalisation much more fair and supporting where our lives were not run by the laws of an economy that only looks for profits. But also the groups which are next to exclusion, those which don't have anything to loose, react with extreme violence. Finally, those who are abandoned by their own land , those who are excluded; none wants to know about them.

1 DEL SUEÑO DEL PENSAMIENTO ÚNICO

No voy a insistir mucho más en algo que ya debe resultar obvio. El mismo término de pensamiento único no deja de tener visos de ser un ejemplo más de lo que se entiende por ideología en su sentido duro: un pensamiento socialmente condicionado encaminado a encubrir la realidad social. Desde un primer momento se confundió el deseo del bloque dominante, y de quienes consciente o inconscientemente le ofrecen su apoyo, con la realidad. Desde luego que para determinados sectores, voceros del fin de la historia, era adecuado considerar que ya no existía más que una interpretación de la realidad, interpretación que, por descontado, se consideraba correcta. Quienes no pensaban de ese modo no pasaban de ser sectores absolutamente marginales que para nada contaban como agentes sociales, que son los que van haciendo historia. Excluidos y marginados terminarían desapareciendo o bien reconociendo que el pensamiento oficial era el único camino para entender la realidad y para orientar la acción social, económica y política.

Desde luego el intento no era nuevo. Basta con retroceder a finales de los años sesenta, en plena efervescencia de movimientos contestatarios, para encontrar algo parecido en un famoso libro, bastante mediocre por cierto, de uno de los ideólogos de la tecnocracia franquista, GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, que hablaba sin tapujos del fin de la ideología. Si retrocedemos algo más en el tiempo, nos encontramos con el gran COMTE, quien también pensaba que se había acabado el tiempo de las especulaciones metafísicas, que la Humanidad había entrado en la época definitiva de la industria y el progreso; sólo quedaban pequeños ajustes técnicos para seguir profundizan-

do en el modelo de organización social propio del capitalismo entonces ya consolidado. La Humanidad mira ahora a la ciencia y a la técnica con bastante más suspicacia que entonces, pero el marco global y las líneas orientadoras del pensamiento dominante no han cambiado sustancialmente. Eso sí, el tiempo nos ha permitido comprobar que estos profetas del fin de las especulaciones metafísicas o de las ideologías se equivocaron de parte a parte. No es mucho mejor el futuro que les espera a los actuales profetas, ni siquiera el presente. Las resistencias contra el pensamiento único han sido constantes y han estallado de forma notoria a partir de Seattle, con una creciente capacidad de incidir en los espacios en los que se intenta controlar el cotarro. Más dramático ha sido la irrupción de otro tipo de resistencias capaces de llevarse por delante dos descomunales y emblemáticos edificios, en los que simbólicamente han quedado patentes a un tiempo tanto la desmesura y arrogancia del sistema como su extrema vulnerabilidad (1).

Resistencias, por tanto, las hay y muy claras y contundentes. Cierto es que no son todas del mismo tipo, y voy a recurrir a una fina distinción aportada por Claus OFFE en un artículo escrito hace unos pocos años (2). Establece en dicho artículo una sugerente tipología para entender las complejas sociedades actuales. En el sistema vigente tenemos por un lado a los ganadores, esto es, a quienes poseen las capacidades para actuar eficazmente en la sociedad y además ocupan posiciones de cierto privilegio, si bien no debemos pensar sólo en lo que llamaríamos tradicionalmente la clase dominante o el bloque hegemónico. Aquí están incluidas todas las personas que disfrutan de

(1) De todo esto escribo con detalle y amplitud en GARCÍA MORIYÓN, Félix: *Senderos de libertad*. Madrid: Libre Pensamiento, 2001.

(2) OFFE, CLaus: «Modern “Barbarity”: a Micro-state of Nature», en *Constellations*, vol. 2, n.º 3 (1996), págs. 354-377.

un trabajo digno y estable y acceden en mayor o menor medida a numerosas esferas de participación en la vida social: política, educación, salud, consumo... Vienen a continuación los perdedores, es decir, quienes sí disponen de las capacidades y se encuentran además en lugares en los que sería posible ejercerlas, pero no lo han conseguido y se encuentran fuera del sistema, de forma temporal o de forma bastante permanente. Pensemos en trabajadores en paro o precarios, un colectivo que incluye a demasiadas personas. Por último tenemos a los excluidos, que son aquellas personas que ni siquiera pueden aspirar a participar en el juego, ni ahora ni a medio e incluso largo plazo. Hay de un extremo al otro de esta breve tipología una gradación con posiciones variadas, algunas de ellas en zonas fronterizas entre dos de los grandes grupos.

2

LA REACCIÓN DE LOS GANADORES

La clasificación me parece sugerente porque ayuda bastante a entender las diferentes reacciones ante los cambios y tensiones que afronta la Humanidad en estos tiempos. Los ganadores lo tienen relativamente claro y no necesitan ser muy imaginativos; les basta con dejar que las cosas sigan su inercia, pues el sistema nada a su favor. Escuchan amenazas apocalípticas, pero no hacen mucho caso, bien porque piensan que exageran, bien porque confían plenamente en que serán capaces de superarlas o al menos de que no les afecten a ellos personalmente. Es más, en un determinado momento han pensado y difundido la idea de que cuanto menos intervención activa de poderes públicos para regular la situación, mejor para ellos. La propia sociedad civil (en el fondo están pensando tan sólo en los ganadores y en las redes de las que forman parte, las multinacionales entre otras, pero también las internacionales políti-

cas y sindicales) se basta y se sobra. Esta especie de inacción tranquila les permite compatibilizar el mantenimiento de un sistema que les favorece ampliamente con la participación o fomento de organizaciones que se hacen cargo de los aspectos más denigrantes del mismo, que siempre los hay. En algunos casos se dan cuenta de que el actual proceso de globalización tiene unos elevados costos, pero su reacción ante esos problemas es más bien reaccionaria, y viene bien aquí el juego de palabras. En primer lugar, aceptan una feroz lucha competitiva para que ellos mismos y sus descendientes accedan a posiciones de privilegio, sin pararse a reflexionar sobre el enorme costo personal y social que esa competitividad extrema tiene. En segundo lugar, refuerzan las medidas de seguridad, que garantizan que su posición no va a ser puesta en peligro, y de ahí el incremento de cuerpos de seguridad privados y el sostenimiento, incluso en momentos en los que ya no existen conflagraciones bélicas notables, de elevados presupuestos militares. La reacción suscitada por el muy reciente atentado de las Torres Gemelas es significativa. Por último, potencian el crecimiento de algunas Organizaciones No Gubernamentales que echan una mano donde más duele y permiten dar salida a la mala conciencia de algunas personas, pero sobre todo no cuestionan el orden vigente y de forma indirecta contribuyen a hacer más llevadero el desmantelamiento del Estado del Bienestar.

He mencionado las reacciones de este segmento de la población mundial porque me parece que no son en absoluto despreciables. Uno de los rasgos del capitalismo realmente existente es su enorme flexibilidad y su camaleónica capacidad adaptativa. Genera constantemente respuestas que vampirizan enormes recursos humanos contestatarios, incorporándolos a la preservación maleable de su orden social. Basta con fijarse en algunos anuncios para comprobar hasta qué punto el vocabu-

lario más radical puede ser reciclado para incrementar las ventas de un producto. Quizá son más rígidos y menos imaginativos en sus planteamientos económicos, donde la exigencia de mantener a toda costa las tasas de beneficios y las plusvalías como objetivo casi único de la economía les lleva a políticas económicas a muy corto plazo y bastante destructivas. En todo lo demás están alertas de forma permanente y no dejan de ofrecer alternativas para que nada cambie bajo la apariencia de que todo está cambiando.

3 LAS REACCIONES DE LOS PERDEDORES

Los perdedores del sistema no acaban de encontrar un camino adecuado para defender sus derechos temporalmente suspendidos. Siguen funcionando organizaciones clásicas, como son los grandes partidos y los grandes sindicatos, con sus respectivas coordinaciones internacionales: socialistas, liberales, democratacristianas, Organización Internacional del Trabajo... Su profunda inserción en el orden vigente provoca que sus reacciones se mantengan en el marco que he mencionado en los dos párrafos anteriores. La mayor parte de los grandes partidos clásicos están claramente a favor de lo que hay y sólo proponen cambios muy tímidos, que es a lo más que llegan los socialistas o socialdemócratas. Los grandes sindicatos pactaron ya hace tiempo y en la actualidad no son en absoluto un cauce para solucionar ningún problema, sino más bien una parte del problema que hay que solucionar. Ambas instituciones, partidos y sindicatos, se han convertido en grandes maquinarias burocráticas en las que está sólidamente asentada una elite de tecnócratas y burócratas cuya finalidad esencial es preservar su posición de privilegio y velar por sus intereses. Entre sus clientelas hay pocos perdedores, o sólo aquellos cuyo estatus social

está poco amenazado. Suelen llegar tarde y mal a los intentos realmente existentes de hacer frente al sistema y mejorar las condiciones de vida de quienes están seriamente amenazados. Pensemos, por ejemplo, en su patética reacción ante las oleadas de inmigración ilegal o en su apoyo casi sin fisuras a las medidas que buscan apuntalar el orden existente. Ciertamente hay en ellos algún resquicio por el que de vez en cuando asoma alguna reacción seria e innovadora, pero es bien poco y rápidamente se reconduce a las prácticas habituales.

Mucho más interés tienen todas aquellas organizaciones que sí están intentando enfrentarse al modelo de organización social impuesto por el actual capitalismo hegemónico. En este campo, sin embargo, es también conveniente establecer algunas distinciones que resultan clarificadoras. Un primer grupo podemos configurarlo en torno a esa sigla que se ha puesto tan de moda: Organizaciones No Gubernamentales (3). El núcleo más importante y más sólido hunde sus raíces algunas décadas atrás. Amnistía Internacional cumple ya 40 años y sigue desempeñando su labor bastante eficaz; en estos momentos parece decidida a ampliar su campo de actuación. Junto a ella podríamos mencionar otras también importantes y valiosas, desde Oxfam hasta Médicos sin Fronteras. Su labor se sustenta en una opción que va más allá del proceso actual de globalización, pero ellas mismas han mostrado desde hace años la cara buena de ese imparable proceso que acerca unos países a otros y borra fronteras en el mundo. Cuando se han dado las últimas movilizaciones, en las que la resistencia contra el modelo neoliberal se ha incrementado poderosamente, casi todos esos movimientos han mostrado un claro acercamiento e incluso apoyo manifiesto a dichas movilizaciones, sean éstas manifestaciones o foros sociales.

(3) ARANGUREN GONZALO, Luis: *Cartografía del voluntariado*. Madrid, Promoción Popular Cristiana, 2000.

El problema es que la proliferación de este tipo de organizaciones no obedece exclusivamente a planteamientos de búsqueda de unas estructuras sociales más justas o a una mayor sensibilización ante el lado oscuro del actual curso de acontecimientos. Muchas de ellas obedecen a la actual lógica impuesta por el bloque dominante de desmantelamiento del Estado protector del bienestar que se había erigido en los países occidentales económicamente desarrollados durante los llamados «treinta gloriosos», esto es, entre 1945 y 1975. El dogma del déficit cero y la llamada a la sociedad civil para que recupere protagonismo en la vida pública han servido como excusa para ir poco a poco deshaciendo muchas de las instituciones o mecanismos que, desde el aparato del Estado, garantizaban una mejor distribución de los recursos y una atención de las necesidades de las clases sociales más desfavorecidas. De este modo, se convierten en cómplices de unas propuestas políticas sumamente insolidarias y terminan realizando el trabajo social con personas contratadas en condiciones muy precarias; la calidad del servicio prestado no mejora y tampoco se incrementa sustancialmente la implicación activa y crítica de la sociedad civil en la resolución de los problemas sociales. El chorro de millones en subvenciones a estas asociaciones procedentes de las arcas públicas está regido por el criterio de abaratar los costes de los gastos sociales, consiguiendo así el déficit cero y las rebajas de los impuestos. En los peores casos (éstos ya más minoritarios, afortunadamente) las ONG son simplemente maquinarias montadas por personal avisado y oportunista que quiere hacerse con esas subvenciones y ganarse de ese modo la vida. También pueden provocar el negativo efecto de tranquilizar la mala conciencia de los más beneficiados por el sistema, que no acaban de disfrutar de sus privilegiadas condiciones de existencia al contemplar el triste espectáculo de los numerosos perdedores. Ayudar a una

Organización No Gubernamental, practicar el voluntariado, libera de algunas pesadillas.

El segundo grupo se caracteriza por la enorme variedad de propuestas y de centros de interés. Hay una poderosa y amplia red de organizaciones que en distintos lugares, con objetivos diversos, procuran hacer frente al modelo de globalización neoliberal y proponen alternativas. Algunos autores se refieren a estos movimientos como redes que dan libertad (4), otros insisten en su dimensión solidaria, pues es esa su gran aportación a la configuración de una sociedad global más enriquecedora y acogedora (5). Algunas de ellas caben perfectamente en párrafos anteriores donde me he referido a ellas como Organizaciones No Gubernamentales; corresponden a esas que ya he dicho que han apostado por el amplio y difuso movimiento por una globalización alternativa. Otras han surgido más recientemente, al hilo de estas oleadas de protestas cada vez más intensas, con propuestas tan concretas como la aplicación de la tasa Tobin o la abolición de la deuda externa. Conviene mencionar también a organizaciones más clásicas que están haciendo un esfuerzo notable para conseguir aportar ideas nuevas frente al proceso de globalización neoliberal, como es el caso de organizaciones sindicales continuadoras del sindicalismo revolucionario (la CGT en España, por ejemplo), partidos políticos de tradición revolucionario (como el Partido de los Trabajadores en Brasil) u organizaciones anarquistas.

Todos estos grupos comparten, a pesar de las enormes diferencias, algunos rasgos comunes. El primero es sin duda su oposición frontal al modo en que se están llevando adelante las

(4) RIECHMANN, J., y F. FERNÁNDEZ BUEY: *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós, 1999.

(5) RICCARDO PETRELLA: *El bien común: elogio de la solidaridad*. Madrid: Debate, 1997.

cosas. Eso es lo que probablemente ha llevado a ser denominados como movimiento antiglobalización, resaltando su carácter de rechazo al orden establecido. Hay algo de cierto en ello, pero también obedece el apelativo a una cierta voluntad de desprestigiar todo el movimiento. Se les acusa precisamente de no tener ninguna propuesta alternativa, de intentar frenar lo inevitable y de utilizar las innovaciones más punteras del actual proceso de globalización para oponerse a ese mismo proceso. Desde luego las dos primeras acusaciones son falsas; sí se proponen alternativas y se indican líneas posibles de actuación que cambiarían profundamente el modelo vigente, algunas a pesar de ser propuestas modestas. Tampoco se está en contra de la globalización, es más, en la tradición de la izquierda progresista, de la que muchos de estos movimientos son deudores o continuadores, ya se reivindicaba la dimensión internacionalista como elemento irrenunciable y se criticaba con dureza el modelo de globalización que entonces aplicaba el bloque dominante, el imperialismo. Lo que se está buscando es una globalización alternativa, más justa y solidaria. Obviamente se utilizan todas aquellas herramientas que hacen posible una oposición mínimamente eficaz a nivel mundial.

Una segunda característica es la enorme variedad de planteamientos en los grupos que se aglutinan en ese movimiento de resistencia contra la globalización. Desde su primera gran eclosión como colectivo relativamente organizado fue posible distinguir corrientes muy diferentes, lo que hacía pensar que su colaboración no iba a durar mucho tiempo. La prensa afín al sistema, esto es, casi toda la prensa, llamó a aquellas manifestaciones «algaradas callejeras». Había grupos que atacaban a la Organización Mundial del Comercio simplemente porque veían amenazado el nivel de vida alcanzado por la clase obrera de los países económicamente avanzados. Otros llevaban su ecologis-

mo hasta extremos totales, proponiendo una destrucción de la mayoría de los avances técnicos que caracterizan la sociedad actual. Se sumaron muchas organizaciones cristianas que ya entonces venían trabajando para conseguir la condonación de la deuda externa que esquilmbaba a los países más pobres del planeta. Eso sí, con el paso del tiempo, con la participación conjunta en sucesivas manifestaciones y con la experiencia de compartir la dura represión del sistema, que creció al comprobar que se trataba de algo más que de una simple algarada, fueron desarrollando señas comunes de identidad que les ha conferido algo más de unidad y coherencia, sin perder la enorme variedad inicial.

La variedad es fruto de otros rasgos que comparten en mayor o menor medida. Muchos de estos grupos surgen marcando claramente distancias frente a las grandes organizaciones que, como ya he mencionado, han dejado de ser agentes de transformación social para convertirse en agentes de conservación del orden establecido. Pretenden ofrecer formas organizativas en las que no se incurra en los riesgos derivados de la burocratización inherente a toda gran institución, preservando de ese modo un estilo de participación política más flexible y menos profesionalizado. No quiere decir esto que dentro de muchos de esos grupos no se hayan producido ya situaciones de cierta profesionalización o que puedan repetirse modelos de dirigismo vanguardista en los que una minoría sigue controlando los debates y la toma de decisiones. No obstante, siguiendo cierta lógica roussoniana, reivindican que la democracia participativa requiere proximidad y un ámbito de acción más reducido. Puede que estén de este modo recogiendo la idea de que debemos actuar localmente pensando globalmente, o quizá más bien al revés, intervenir en acontecimientos claramente globales para que eso tenga una repercusión local en el área de

intervención del que procede cada pequeño grupo. Por otra parte, este apego a lo más directo y reducido favorece la consolidación de prácticas más propias de la democracia directa, como son la autogestión, el asambleísmo, la participación, la ausencia de líderes consolidados... Como ya ocurriera en los años sesenta, vuelve a darse un marcado talante libertario en muchas de estas organizaciones (6). Este estilo puede generar ciertas dificultades organizativas a corto plazo, pero también garantiza una mayor implicación de más gente y un abanico más amplio de áreas de intervención en el gran rechazo y el gran cambio que se está buscando.

La reacción auspiciada por todos estos grupos tiene algo de rabiosa actualidad. Si aceptamos la hipótesis de CASTELLS (7) de que nos encontramos ante una sociedad red, en la que la articulación de los flujos de poder de todo tipo tiene una geometría variable y flexible, la mejor manera de actuar es reproducir esa misma estructura de red, con su acentuada flexibilidad y su ausencia de un centro estable desde el que se confiera solidez o coherencia a la propia red. Es una reelaboración de algunas propuestas postmodernas; se ha perdido la posibilidad de establecer un Gran Relato, pero no en el sentido de que se diluyan las exigencias utópicas más generales de alcanzar un mundo sin explotación ni opresión, sino en el sentido de que ya no es posible encontrar una contradicción fundamental ni una rígida jerarquización de los problemas entre infraestructurales y supraestructurales. Tampoco existe una clase o sujeto histórico portador de los intereses generalizados de la Humanidad. Hemos descubierto más bien que el poder, la explotación y la opresión tienen mil caras y mil manifestaciones, que se configura de forma

(6) Esa es una de las tesis centrales de mi libro, GARCÍA MORIYÓN, Félix, *o.c.*, caps. 1 y 2.

(7) CASTELLS, Manuel: *La era de la información*, 3 vols. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

muy distinta según lugares y épocas. No puede haber, por tanto, un único frente de lucha, si que eso signifique que no sea imprescindible coordinar los esfuerzos realizados en diversos frentes para de ese modo garantizar un mayor impacto social. Es más, la fijación contra las grandes organizaciones del capitalismo neoliberal (Banco Mundial, FMI u OMC) puede ser perjudicial en tanto en cuanto suponga olvidar que la miseria de muchas zonas del planeta se debe más a la rapiña depredadora de sus propias elites locales que a decisiones de organismos lejanos, aunque bien poderosos. Poco tienen que ver igualmente esas grandes organizaciones si lo que intentamos es, por ejemplo, luchar contra la opresión machista, todavía firmemente asentada en la mayoría de las sociedades. Bien está aprovechar los eventos de esas nefastas organizaciones para generar cierta unidad y difundir los planteamientos alternativos, pero el «enemigo» a batir no se concentra ahí.

4 LAS REACCIONES DE LOS EXCLUIDOS

Si volvemos a la tipología de OFFE, hay otra zona en la que se están dando reacciones muy virulentas contra el sistema. Es la zona que se encuentra entre los perdedores, quienes en definitiva todavía mantienen las esperanzas de que su acción les permita cambiar la actual correlación de fuerzas, y los excluidos, aquellas personas que ni siquiera tienen la posibilidad de participar en el juego. Retomando una antigua constatación del marxismo, hay algo mucho peor que ser una persona explotada, consiste en ser una persona en paro, en especial si éste es de larga duración. Pues bien, según OFFE, es en esa zona intermedia donde se dan reacciones de extremada violencia. Ven que su posición social se está degradando hasta

el extremo de que están a punto de dejar de ser tenidos en cuenta, y perciben como algo inminente el riesgo de engrosar esa estadística de los excluidos, los pobres, los ninguneados, por usar la bella expresión de GALEANO. Desconfían de cualquier acción más o menos aceptable por el sistema y recurren entonces a la protesta violenta, pues sólo en la violencia encuentran un ámbito en el que recuperar cierto protagonismo social. Las revueltas ocurridas en algunas ciudades de Estados Unidos hace unos años pueden constituir un buen ejemplo de esta reacción (8). Son estallidos esporádicos de violencia con los que en realidad no se pretende arreglar casi nada, ni tampoco cambiar las reglas del juego; posiblemente sólo quieran recordar al resto de la sociedad, a los ganadores, que existen, que no son un magma invisible o invisibilizado, arrinconado en zonas en las que apenas pueda perturbar la tranquilidad de quienes navegan en un mar globalizado con el viento en popa.

Es en este marco más general donde podemos encontrar alguna luz para entender mejor manifestaciones especialmente sorprendentes de la lucha social (9). Por un lado, los movimientos fundamentalistas de diverso tipo son expresión de la sensación de zozobra y desorientación que atraviesan muchos colectivos que ven cómo se van desmoronando sus señas de identidad, sus marcos de referencia o sus escalas de valores. En un primer momento puede ser que sólo se trate de reivindicar usos y costumbres seriamente amenazados por la difusión de una homogénea cultura del consumo. En determinadas ocasiones, sin embargo, se saltan las barreras de la sensatez y la construcción de la propia identidad sólo se alcanza destruyendo al contrario que es percibido como una amenaza. Frente a la expan-

(8) DONZELOT, Jacques: «La nouvelle question urbaine», en *Esprit*, n.º 258 (París, 1999), págs. 87-114.

(9) Para este tipo de reacciones es muy sugerente consultar los volúmenes 2 y 3 de CASTELLS, M., *o.c.*

sión de las hamburguesas de McDonald se erige como baluarte defensor la *yihad* (10); para frenar la decadencia de los valores familiares tradicionales, se levantan en armas las milicias fundamentalistas de lo más profundo de Estados Unidos; para acabar por fin con el vil genocidio del pueblo vasco ejecutado por Madrid y París, hay que poner en marcha la lucha callejera. Luego, claro está, desbordados por algo que no pueden parar y que no saben cómo afrontar, terminan arrasando dos inmensas torres con miles de personas dentro, símbolo del Satán occidental; dinamitando un Ayuntamiento repleto de gente; o pegando un tiro en la nuca a quienes no se pliegan a su voluntad. Recurren al acto más violento y más impactante en una sociedad proclive a valorar tan sólo el espectáculo, sin pararse ante lo más macabro: esas víctimas argelinas degolladas, atadas con sus propios intestinos y con sus hijos crucificados a su lado para hacerles compañía en su agonía.

Son, sin duda, reacciones residuales provocadas por unos procesos globalizadores que se han realizado con poco cuidado y mucha zafiedad. La pretendida modernización ha entrado cual elefante en cacharrería devastando los frágiles equilibrios mantenidos durante generaciones. Algunos acumulan agravios también seculares y han agotado su capacidad de reclamar un lugar bajo el sol, lo que les empuja indiscutiblemente hacia la violencia como catártica afirmación de su existencia y rabiosa expresión de su impotencia; pensemos, por ejemplo, en kurdos y palestinos. Otros son ganadores de toda la vida que de pronto han percibido que su privilegiado estatus estaba seria y definitivamente amenazado y que se les venía encima una sociedad con unas reglas del juego bien distintas; pensemos, por ejemplo, en la violencia con la que muchos hombres están intentan-

(10) BARBER, Benjamin: *Jihad vs. McWorld. How globalism and tribalism are reshaping our world*. Times Brook, 1995.

do recuperar una identidad que ya no puede basarse en la dominación de las mujeres. Los hay que se han movido siempre en los márgenes, sin conseguir nunca una posición clara, pero ahora tienen la posibilidad de habilitarse un esplendoroso nicho de existencia, manejando perfectamente las redes tejidas por la globalización; pensemos, por ejemplo, en las grandes mafias del tráfico de drogas o del tráfico de personas, incluidas las destinadas a servicios sexuales. Reacciones todas ellas sumamente preocupantes, síntomas de que hay un mar de fondo lleno de podredumbre y corrupción. Evitar esas violencias es un reto, aunque nunca se parará su proliferación con el incremento de policías o medidas de seguridad, tentación clara de quienes ven sus apacibles vidas amenazadas.

Queda por último un último grupo, el de los excluidos, el de quienes valen menos que la bala que los mata, volviendo a robarle un verso a GALEANO. A esos se les ha quitado hasta la palabra y aguantan resignadamente el chaparrón de su miseria, refugiados en los mínimos resquicios por los que se cuelan las migajas con las que sobreviven. Preservan como pueden la dignidad humana, a la que no pueden renunciar porque en ella se les va la vida. A veces logran que alguien les escuche y entonces muestran ante el asombro generalizado que saben bien lo que quieren y lo que les están quitando, como ocurriera en Chiapas. Esperan, quizá sin fundamento, que algún día serán considerados algo más que meros recursos humanos o fríos datos en estadísticas que nada dicen de biografías personales empobrecidas. Es posible también que, escarmentados por experiencias seculares, casi prefieran pasar inadvertidos, que la globalización pase de largo por su puerta, no vaya a ser que les robe lo poquísimo que les queda y que ahonde una pobreza que nació al abrigo de anteriores procesos globalizadores. Si no hemos perdido completamente nuestra sensibilidad, si somos

capaces de permanecer callados por un tiempo, comprobaremos sin duda que es el estruendo sigiloso de sus silencios el punto de partida de toda reacción que desee una genuina globalización, aquella en la que todo el mundo será tenido en cuenta y podrá participar como sujeto activo en la construcción de su presente.

La sociedad civil ante la globalización neoliberal: El Foro Social Mundial de Porto Alegre, 2001

M.^a Ángeles Espadas Alcázar
Universidad de Jaén

Sumario

1. La respuesta social ante la globalización neoliberal. 1.1. Breve apunte sobre «sociedades civiles». 1.2. De las protestas a las propuestas.—
2. El Foro Social Mundial de Porto Alegre 2001. 2.1. Cronología. 2.2. Temas y estructura de trabajo. 2.3. Puntos de consenso. 2.4. De Porto Alegre a Porto Alegre.—
3. Desafíos para la construcción de alternativas.—
4. Bibliografía.

RESUMEN

Ante el modelo de globalización neoliberal están surgiendo en los últimos años diferentes movimientos sociales de contestación y oposición. En esa línea, una representación significativa de la sociedad civil a nivel planetario se ha constituido en un foro de carácter internacional, el Foro Social Mundial, reuniéndose en su primera convocatoria en Porto Alegre (Brasil), en enero de 2001. En el presente artículo hacemos una síntesis del proceso, de los temas allí trabajados y un planteamiento inicial de los que son, a nuestro entender, los desafíos de este movimiento a corto plazo.

ABSTRACT

In the last years, different opposition social movements are emerging against neoliberal globalization. In this way, an important representation of Civil Society of all the world, has been composed named Social World Forum. The first meeting took place in Porto Alegre (Brazil) in January, 2001. In this article we make a synthesis about this course, the subjects worked there, and on overview about the most important problems –in our opinion– and challenges of this movements has in a sort term.

«Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para avanzar.»

(Eduardo Galeano)

1

RESPUESTA SOCIAL ANTE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

1.1. Breve apunte sobre «sociedades civiles»

Parece indiscutible hoy el potenciamiento de la sociedad civil y la abundancia de los discursos que la ensalzan, pero ¿hablamos todos de lo mismo cuando utilizamos este término? Bajo esta supuesta unanimidad subyacen diferentes posiciones ideológicas y estratégicas que constituyen también distintas configuraciones del concepto de sociedad civil.

La concepción original de GRAMSCI entendía a los actores sociales articulados en dos realidades: la sociedad política y la sociedad civil; esta última aglutinaba a una serie instituciones (iglesias, sindicatos, asociaciones cívicas, cooperativas...) orientadas a producir consenso. Como indica CASTELLS, es una sociedad civil fruto de *identidades legitimadoras* (1), constituida por un conjunto de actores sociales que reproducen la identidad que racionaliza las fuentes de dominación estructural.

(1) Véase la clasificación que hace CASTELLS (1997) sobre la construcción de la identidad: identidad legitimadora, identidad resistencia e identidad proyecto.

Hoy encontramos muchas perspectivas que sitúan a la sociedad civil como uno de los vértices de una división tripartita de los espacios sociales, superando la tradicional división moderna Estado-Mercado. En esa línea, HOLTART (2001) distingue tres concepciones de sociedad civil que conviven en la actualidad, a saber: la «de arriba» o burguesa, la «angelical» y la sociedad civil «de abajo» o popular.

Según la primera concepción, la sociedad civil es el espacio de desarrollo de las potencialidades del individuo y del ejercicio de las libertades (fundamentalmente de la de empresa). Agrupa a las grandes instituciones de reproducción social y a ciertas organizaciones de carácter caritativo, alejadas del compromiso político, del carácter crítico y siendo perfectamente funcionales al sistema. Este es el modelo al que se refieren los organismos internacionales, muchos gobernantes y empresarios cuando hablan de la necesidad de ampliar el papel de la sociedad civil (incluso financiándola) (2) o de incluir su participación en las grandes reuniones para legitimar en parte sus procesos de toma de decisiones (por ejemplo, BERLUSCONI, tras Génova).

La concepción «angelical» de la sociedad civil agrupa a lo que hoy entendemos como un sector altruista que denuncia los abusos y desmanes del sistema capitalista pero que no cuestiona su lógica. Podemos decir que coincide en ciertos aspectos con la concepción burguesa y en ese sentido suele ser también utilizada, reclamada e incluso subvencionada por las instituciones dominantes. Su motivación para la acción no es la lógica del Mercado ni la del Estado sino el altruismo, la *lógica del don* (3),

(2) Nótese el escandaloso desarrollo del «lado caritativo» de las empresas transnacionales mediante la creación de Fundaciones benéficas.

(3) Sobre las lógicas del don, del intercambio y del derecho véase GARCÍA ROCA, J. (1994)

y en ese sentido comparte también algunas dimensiones características de la sociedad civil popular, pero pretendiendo más ser un paliativo del modelo dominante o una vía de «humanización» del capitalismo que un medio para cambiar el orden de las relaciones sociales.

La sociedad civil «de abajo» o popular está constituida por movimientos sociales, organizaciones ciudadanas (con distintos grados de formalización), sectores de la economía social y solidaria, que buscan no ya paliativos sino *alternativas de sociedad* (VILLASANTE, 1995). Su composición es amplia, plural y heterogénea, pero comparten un horizonte común que es la transformación social y la emancipación de las personas; proceden a denunciar y evidenciar los abusos del sistema pero también contribuyen a cuestionar su lógica. Pretenden crear otras relaciones de poder y en ese sentido piensan y actúan políticamente (4). Es la sociedad civil que (junto con los sectores más críticos de la concepción anterior) se reunió en Porto Alegre en el Foro Social Mundial alternativo al Foro Económico Mundial de Davos y que se está vertebrando, a partir de múltiples encuentros y movilizaciones en los últimos años, como una red de redes y movimientos sociales de contestación a la globalización capitalista con vocación de ir más allá de la protesta o la resistencia y de autoconstituirse como *identidades proyecto*.

1.2. De las protestas a las propuestas

La aparición de estas redes y movimientos supone un cambio muy interesante en la dirección que habían tomado los

(4) ALONSO y JEREZ (1997) hacen un espléndido análisis sobre la necesidad de la politización de la sociedad civil con especial referencia a la Política Social y la acción social.

Nuevos Movimientos Sociales en las últimas décadas. Como señalan ALONSO y JEREZ (1997), el pacifismo, ecologismo y feminismo de finales de los 60 —aunque cristalizaban en sujetos sociales concretos, esto es, respondían a fracturas concretas de los sistemas sociales— tenían como objetivo la mejora generalizada del conjunto de la sociedad. Se definían por su radicalismo, utopismo y por la mezcla de elementos políticos y culturales; podían en suma considerarse como sujetos de transformación social.

A finales de los 70 los NMS sufren un repliegue, que durará hasta los años 90. Fruto de la crisis del Estado de Bienestar y de los cambios en la estructura social ligados a la flexibilización del modelo de producción y acumulación, los movimientos sociales tomarán un carácter más adscriptivo, defensivo, monotemático, particularista, muy fragmentado y casi apolítico. Por tanto su potencial como sujetos de transformación social ha sido nulo.

En los últimos años parecía improbable un cambio de tendencia, sin embargo, a finales de los 90 comenzamos a ver un horizonte de reconstrucción de los actores sociales, sobre todo, de mano de los movimientos de contestación a la globalización. Así lo señalaba CASTELLS (1997: 400 y 402) aun cuando estos movimientos estaban apenas empezando a componerse:

«Los movimientos sociales que surgen de la resistencia comunal a la globalización, la reestructuración capitalista, la organización en red, el informacionalismo incontrolado y el patriarcado (...) son los sujetos potenciales de la Era de la Información. (...) En estos callejones traseros de la sociedad, ya sea en redes electrónicas alternativas o en redes populares de resistencia comunal, es donde he percibido los embriones de una

nueva sociedad, labrados en los campos de la historia por el poder de la identidad.»

Es verdad que éstos, en muchos casos, siguen siendo de carácter adscriptivo, monotemáticos o «movimientos problema» (desempleados, campesinos, mujeres, emigrantes, minorías étnicas, deuda externa, relaciones Norte-Sur...). Sin embargo, el salto o la diferencia con movimientos anteriores es que están sabiendo vincular los problemas que les ocupan a cada uno con las consecuencias de la globalización. De este modo es como surge la convergencia y se puede superar el atomismo de cada movimiento y la heterogeneidad entre unos grupos y otros.

Por tanto, desde nuestro punto de vista —y especialmente desde la relevancia que están adquiriendo en el año 2001— podemos albergar fundadas esperanzas de que estos movimientos desarrollarán en el futuro sus potencialidades de agentes de cambio social. Consideramos que los movimientos «anti-globalización» constituyen ya una de las respuestas más interesantes (entre las pocas) que han surgido en los últimos treinta años. Sus retos, limitaciones y desafíos evidentemente son múltiples, pues, como hemos dicho, este nuevo sujeto social está aún «en mantillas».

Pero antes de pasar a señalar esos aspectos vamos a hacer una síntesis de uno de los acontecimientos ligados al movimiento que —a nuestro juicio— va a ser fundamental para su consolidación: *El Foro Social Mundial*, cuya primera edición se ha celebrado en Porto Alegre (Brasil) a finales de enero de 2001. Entendemos que es especialmente significativo no sólo como referente simbólico de estos movimientos (aunque también eso es importante) sino porque en él se ha construido un espacio de convergencia, reflexión y propuesta, cuestiones cruciales, todas ellas, para su maduración.

2 EL FORO SOCIAL MUNDIAL PORTO ALEGRE 2001

2.1. Cronología

En los últimos años del siglo xx, aun cuando la globalización neoliberal parecía estar en sus momentos de indudable consolidación, surgen movimientos críticos (como el movimiento zapatista) y se consolidan experiencias alternativas con otro modelo de desarrollo (como son las del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra –MST– de Brasil). Éstos van a demostrar al mundo y a refutar con sus prácticas la idea de que la ideología neoliberal es el único pensamiento posible y que el modelo de globalización económica que ésta pretende es la organización social natural y por tanto indiscutible.

Como ya hemos señalado, es en la segunda mitad de los 90 cuando se empiezan a organizar una serie de redes ciudadanas, asociaciones de la sociedad civil, movilizaciones y protestas frente al modelo de globalización neoliberal que se han desarrollado en torno a dos líneas de actuación entrelazadas: acciones alternativas, movilizaciones y protestas y creación-difusión de conocimiento.

Podemos considerar 1996 como punto de partida con el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el neoliberalismo celebrado en Chiapas (México). Fue promovido por el movimiento zapatista y asistieron numerosos intelectuales y organizaciones sociales. Aun habiendo transcurrido hasta hoy apenas seis años, el listado de acontecimientos sucedidos desde entonces ya es tan largo que no podemos enumerarlos aquí de un modo exhaustivo; pero sí destacaremos algunas referencias que han sido importantes para el movimiento de contestación a la globa-

lización y más concretamente para el desarrollo del Foro Social Mundial (5).

Al año siguiente, en el 97, se filtran y comienzan a difundirse, a través de la organización *Global Trade Watch*, los primeros borradores del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que venía siendo negociado en secreto por la OCDE y que planteaba unos derechos excepcionales para las transacciones de las transnacionales. La difusión de estas informaciones en medios de comunicación como *Le Monde Diplomatique* desata una campaña internacional de denuncia en su contra.

A principios de 1998 se celebra en Ginebra la primera convocatoria de la Acción Global de los Pueblos (AGP), que en un principio se perfiló como un instrumento contra la OMC y contra el libre comercio y que más tarde se ha ido consolidando como una verdadera red de coordinación más amplia de lucha contra la globalización económica y el neoliberalismo (FERNÁNDEZ DURÁN, 2001: 86 y ss.).

En junio de 1998 se crea en París ATTAC (inicialmente Asociación por la Tasa Tobin de Ayuda a los Ciudadanos, hoy Asociación para la Tasación de las Transacciones y Ayuda al Ciudadano), extendiéndose posteriormente a muchos otros lugares del mundo y contando hoy en día con miles de seguidores.

Desde esas fechas, ante cada paso, declaración, reunión o movimiento que han dado las instituciones o los representantes del FMI, Banco Mundial, OCDE, se han llevado a cabo movilizaciones y protestas importantes (hoy ya más de 50), destacando las de Seattle (noviembre del 99 frente a la OMC),

(5) Para un recorrido histórico de los movimientos antagonistas en el siglo xx y referencias mucho más amplias, especialmente sobre los movimientos en la línea de Acción Global de los Pueblos (AGP), véase FERNÁNDEZ DURÁN, R., *et al.* (2001). También SEOANE, J. A. (2001), elabora un exhaustivo listado de protestas y convocatorias internacionales en el período 1996-2001, con información muy precisa sobre América Latina.

Washington (abril de 2000, reunión del FMI), Praga (septiembre de 2000, FMI y BM), Niza (diciembre de 2000, cumbre UE)... y las más recientes de Gotemburgo (junio de 2001, reunión UE), Barcelona (junio de 2001, reunión BM) y Génova (julio de 2001, Cumbre G-8).

Una reunión anterior al FSM de Porto Alegre —y fundamental para el posterior desarrollo del mismo— tuvo lugar en enero de 1999, cuando se realiza en Zúrich el encuentro *El Otro Davos* en oposición al Foro Económico de Davos. Fue convocado, entre otras organizaciones, por ATTAC, el Foro Mundial de las Alternativas, Coordinadora Contra el AMI (CCAMI), y asistieron como invitados varios movimientos sociales, como el MST, el Policy and Information Center for Internacional Solidarity de Corea del Sur, la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas de Burkina Faso, el Movimiento de Mujeres de Quebec y el Movimiento de Desempleados de Francia. Estuvieron presentes, asimismo, analistas internacionales como Samir AMIN, Ricardo PETRELLA, Susan GEORGE, François CHESNAIS y François HOUTART, estando representadas más de 20 nacionalidades de todos los continentes. En esta reunión, que tuvo una repercusión significativa en los medios de comunicación, se trabajó prioritariamente sobre el orden económico mundial y las propuestas alternativas a éste y sobre una cuestión crucial para el futuro: la «globalización» de las resistencias y las luchas. Por tanto una dimensión primordial fue cómo establecer vínculos y organizar futuras convergencias a escala mundial entre movimientos sociales que trabajan en la base y centros de investigación y estudios. Este encuentro demostró que la convergencia era posible, pero que era necesaria la continuidad en la acción para que las diferentes iniciativas no quedasen en simples sucesos. Mientras, en Brasil crecía también la idea de crear un movimiento de resis-

tencia al pensamiento hegemónico que fuese más allá de las protestas.

Como decíamos, paralelamente se ha desarrollado un rico proceso de creación de conocimiento y difusión a la opinión pública. Así, durante los últimos años, intelectuales, políticos, universitarios, artistas, periodistas, etc., de reconocido prestigio mundial analizan, estudian y difunden información sobre: la globalización neoliberal, sus órganos financieros, económicos y empresariales; sus modos de toma de decisiones y también sobre las consecuencias del modelo de orden mundial que pretenden instaurar. Se encargan además de crear publicaciones, medios de comunicación y organizaciones que trasladen a la opinión pública todas estas cuestiones. (*Le Monde Diplomatique*, ATTAC, artículos en prensa, sitios en Internet...)

La articulación de todos estos hechos hizo que desde entonces tomara cuerpo y forma la idea de un movimiento mundial de contestación a la globalización, amplio, plural y heterogéneo en su interior, pero con el convencimiento compartido de no aceptar un mundo absolutamente controlado por los intereses del capital.

De este modo, uniendo todos esos esfuerzos, surge la iniciativa de realizar un encuentro de dimensión mundial en el que participasen todas las organizaciones que venían movilizándose contra la globalización neoliberal, con el que se abriera la fase de búsqueda de alternativas y propuestas concretas.

Los contactos entre Odej GRAJEW, Francisco WHITAKER y Bernard CASSEN concretaron la idea de la realización de un Foro Social coincidiendo en las fechas con el de Davos, en Porto Alegre (Brasil), ciudad de un país del Tercer Mundo y

referente singular de experiencias de democracia participativa (6). Así se contacta con las entidades que podrían estar dispuestas a participar (7) y con el Alcalde de Porto Alegre y el gobernador del Estado de Río Grande do Sul.

En junio de 2000, una comitiva de las entidades se reunió en Ginebra y se constituyó el Comité Internacional de Apoyo al Foro. Por fin, desde el 25 al 30 de enero de 2001, con la asistencia de más de 15.000 personas procedentes de más de 120 países y centenares de organizaciones sociales, se celebró el I Foro Social Mundial ideado, con vocación de continuidad anual, como un espacio de reflexión compartida y puesta en común de experiencias.

2.2. Temas y estructura de trabajo del FSM

El Foro se organizó en torno a dos temas: la *riqueza* y la *democracia*, que a su vez se vertebraron en cuatro ejes de conferencias generales (en sesiones simultáneas por las mañanas) y talleres (más de 400, por las tardes) (8).

Respecto de la *riqueza mundial*, su modo de producción, concentración y distribución (así como sobre las implicaciones en el empleo, el medio ambiente y la libertad de movimientos de capital financiero), se desarrollaron dos ejes temáticos: la pro-

(6) Una síntesis de esta experiencia se recoge en GENRO, T., y DE SOUZA, U. (2000): *El Presupuesto Participativo: la experiencia de Porto Alegre*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

(7) ABONG-Asociación Brasileña de Organizaciones no Gubernamentales; ATTAC; CBJP (Comisión Brasileña Justicia y Paz); CIVES (Asociación Brasileña de Empresarios por la Ciudadanía; CUT (Central Única de los Trabajadores); IBASE (Instituto Brasileño de Análisis Socioeconómicos); CIG (Centro de Justicia Global); MST (Movimiento de los Trabajadores sin Tierra)

(8) Una selección de ponencias presentadas al FSM puede encontrarse en la reciente publicación del *Viejo Topo*: «Porto Alegre. Otro mundo es posible» y también en : www.forumsocialmundial.org.br

ducción de la riqueza y la reproducción social y el acceso a la riqueza y la sustentabilidad.

El primero abordó cuestiones como la construcción de un sistema financiero, un modo de producción de bienes y servicios y un modelo de comercio internacional alternativos que aseguren la igualdad y el desarrollo.

En el segundo eje, el acceso a la riqueza y la sustentabilidad, se trató sobre cómo traducir el desarrollo científico en desarrollo humano; cómo garantizar el carácter público de los bienes comunes a la Humanidad y su desmercantilización; el control social sobre el medio ambiente y la construcción de ciudades sustentables.

Respecto de la *Democracia*, se articularon dos ejes. Uno de ellos se centró en la afirmación de la sociedad civil y de los espacios públicos con ponencias y debates sobre el fortalecimiento y capacidad de acción de la sociedad civil, los límites y posibilidades de una ciudadanía planetaria, así como la construcción del espacio público, el derecho a la información y la democratización de los medios de comunicación, o cómo garantizar las identidades culturales y proteger la creación artística frente a la mercantilización.

El cuarto eje, sobre el poder político y ética en la nueva sociedad, profundizó sobre cuáles son los fundamentos de la democracia y cómo democratizar el poder mundial ante el futuro de unos Estados-nación con enormes limitaciones, frente a la amplia libertad de operaciones del capital financiero y también sobre la mediación en los conflictos y la construcción de la paz.

Como podemos comprobar, el interés y las múltiples dimensiones de todos estos temas, conjugados con el relato de las experiencias prácticas que se expusieron en los numerosísi-

mos talleres o mediante la visita a diferentes asentamientos del MST en el Estado de Río Grande do Sul, hicieron del FSM de Porto Alegre un espacio excepcional de encuentro, flexión y participación.

Además, durante los días de celebración del FSM tuvieron lugar una gran cantidad de actividades paralelas de carácter cultural: teatro, conciertos, exposiciones de artesanía, destacando la iniciativa de la construcción de un mosaico intercultural con piedras llevadas desde todas partes del mundo por los participantes.

2.3. Puntos de consenso y propuestas

El FSM no fue concebido como un espacio con carácter deliberativo en el que hubiese que redactar y consensuar un documento final, sino como el inicio de un proceso de reflexión conjunta de la sociedad civil que se concreta en un nuevo encuentro cada año para profundizar en la búsqueda de alternativas a la globalización. No obstante, sí hay unos puntos de acuerdo claramente compartidos que sirven como base para plantear estrategias; éstos son:

- Cancelación de la deuda al Tercer Mundo.
- Implantación de una «Tasa Tobin» sobre las transacciones especulativas del capital.
- Eliminación de los paraísos fiscales.
- Reforma de las instituciones financieras internacionales, definición de nuevas reglas para el comercio mundial y rechazo de las políticas de ajuste económico impuestas por el BM y el FMI.
- Defensa de todos los Derechos Humanos (sociales, ecológicos y políticos).

2.4. De Porto Alegre a Porto Alegre (9)

El FSM no pretende quedarse en un evento puntual, aislado, anecdótico. Es un proceso y un espacio de relaciones que va más allá del encuentro que se celebra cada año, pues mientras tanto las organizaciones y personas asistentes siguen conectadas y poniendo en común informaciones y experiencias.

En esa línea se está dando una extensión y ramificación muy interesante: no sólo se están creando grupos y redes en las grandes ciudades y en las áreas centrales sino también en lugares periféricos, desde donde bastantes personas han seguido atentamente todo este proceso a título individual, o desde las organizaciones en las que trabajan, ya participando en las diferentes movilizaciones y encuentros, ya mediante Internet. Muchos colectivos de la sociedad civil de ámbito local (de consumidores, de agricultores, religiosas, ecologistas, de apoyo social, educativas, culturales...) están descubriendo las consecuencias de la globalización en el mundo y de qué manera les afectan en su entorno inmediato, y se están coordinando teniendo como denominador común los puntos de consenso planteados en Porto Alegre y como objetivo a corto plazo el de informarse, movilizarse y reflexionar sobre las oportunidades de actuación desde lo local y lo cotidiano.

Con toda esta riqueza y también teniendo muy presentes los retos que se plantean (entre otros, acontecimientos como los de Gotemburgo, Barcelona y Génova de junio y julio de 2001), está clara la necesidad de un nuevo encuentro planetario. Así, en la segunda edición (a celebrar de nuevo en Porto Alegre, con la idea de descentralizarse en convocatorias futuras), se deberían perfilar no ya los objetivos y el diagnóstico sino tam-

(9) Tomamos prestado el título de un artículo de MONEREO (2001)

bién más claramente las estrategias. Si Porto Alegre 2001 ha sido un espacio de encuentro, de planteamiento de objetivos y de establecimiento de puntos de consenso, la agenda de Porto Alegre 2002 deberá incluir —a nuestro juicio— cómo abordar los desafíos, límites y potencialidades que tienen que ser afrontados.

Porto Alegre y todo este proceso de contestación es, como indica FERNÁNDEZ DURÁN (2001), una potente brisa de aire fresco que demuestra que en la sociedad todavía late mucha vida y queda una considerable capacidad de reflexión crítica, de manera que los diferentes sujetos sociales aún pueden ir recuperando su capacidad autónoma de pensar y organizarse.

Después de Porto Alegre 2001 el lema del Foro, que hasta hace poco para algunos era un interrogante, ahora es ya para muchos más una exclamación: ¡OTRO MUNDO ES POSIBLE!

3 DESAFÍOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS

Una de las conclusiones generales que se puede sacar después del FSM es «el surgimiento de un sujeto político internacional socialmente heterogéneo, políticamente plural y de marcadas diferencias culturales que, sorprendentemente, pareciera que tendieran a una convergencia más allá de los viejos dilemas entre universalismo y particularismo» (MONEREO, 2001). Pero sobre una cuestión de tal calibre nos preguntamos: ¿es posible consolidar una nueva ciudadanía global como sujeto alternativo de transformación social? Para poder avanzar en esa tarea creemos que es necesario identificar las debilidades y fortalezas (que desde luego son muchas) y establecer líneas de actuación

que minimicen las primeras y potencien las segundas. Entre otras podemos destacar las siguientes:

- Politización de la sociedad civil y vinculación de lo individual con lo social.
- Conservar la pluralidad de los movimientos subrayando las convergencias.
- Combinación del componente simbólico con medidas técnicas.
- Construir redes de actividad descentralizadas que cristalicen en proyectos concretos.
- Conectar el discurso teórico con lo local y lo cotidiano.
- Mantener un equilibrio en las relaciones con el poder dominante: político, empresarial y mediático.

Pero además de profundizar en los desafíos, si hay una tarea urgente (en la medida en que puede conducir rápidamente a la desarticulación y marginalización de estos movimientos sociales), ésta es analizar y neutralizar el proceso de deslegitimación que ya, con virulencia, se ha desatado.

La creciente visibilidad de las actuaciones de los movimientos de oposición a la globalización, el aumento del número de activistas y de personas sensibilizadas con sus consecuencias y, en definitiva, el éxito relativo tanto en la línea de producción y difusión de conocimiento e información como en la de manifestación y protesta, ha traído parejo el despliegue por parte de los poderes establecidos de una amplia gama de mecanismos de descrédito y manipulación. Su objetivo es contrarrestar y neutralizar los avances y simpatías que tales movimientos están suscitando en todos los países. La dureza de los métodos utilizados va en aumento: desde los más «sutiles», como la minimización de su repercusión, ridiculización de sus integrantes o la

intencionada omisión en los medios de comunicación (sobre todo en los primeros momentos), hasta el uso de la violencia policial desmedida (con una víctima mortal y centenares de heridos y detenidos) o la limitación de la libre circulación de los ciudadanos (suspensión del Acuerdo de Schengen), la violación de la privacidad de las comunicaciones. Así, cada vez vemos intentos más claros y contundentes orientados a desacreditarlos para justificar la represión y violencia brutales que los Gobiernos están aplicando contra ellos (10). En los últimos meses, ha crecido significativamente el catálogo de muestras de ambos extremos. Para comprobarlo basta con hacer un mínimo seguimiento de los últimos acontecimientos de Gotemburgo, Barcelona y Génova en junio y julio pasados.

En síntesis, y según lo que hemos podido observar, esta estrategia de acoso se articula en varias líneas entrelazadas:

- *Criminalización*: Destacando las actividades violentas de grupos minoritarios de (como mínimo) dudosa vinculación con el movimiento, tales como ataques contra la propiedad privada e intereses empresariales, provocaciones y enfrentamientos con la policía, así como el pretendido paralelismo con organizaciones terroristas (11).
- *Deslegitimación política*: En muchos medios de comunicación determinados intelectuales y creadores de opinión desarrollan la tesis de la falta de legitimidad y representatividad democrática de los movimientos (cuestionan constantemente por quién han sido elegidos, por qué

(10) A este respecto son ilustrativos los artículos de Susan GEORGE «El orden liberal y sus trabajos sucios», y Ricardo PETRELLA, «Temores ante el potencial de la protesta», ambos publicados en la edición española de *Le Monde Diplomatique*, agosto 2001.

(11) Véanse las informaciones y opiniones de algunos medios de comunicación sobre las movilizaciones de Seattle, Gotemburgo, Barcelona y especialmente Génova; entre otros, la columna firmada por Hermann TERTSCH, «Kale borroka global», y publicada en *El País* el 22 de julio pasado.

mecanismo y a quién representan los delegados de las distintas organizaciones) frente a la solidez democrática de los líderes políticos y económicos mundiales (12). Quizá convendría recordar que no debemos tomar la parte por el todo, esto es: tomar uno de los mecanismos de objetivación (el voto) por el todo de la democracia. La democracia no se reduce a la contabilidad de votos, es un proceso de voluntades que se va construyendo entre personas, entre grupos y entre redes de movimientos. (VILLASANTE, 1995: 276 y ss.). Asimismo, se lanza repetidamente la acusación de no representar los intereses de por quienes se dice luchar; muy al contrario, se afirma que los perjudican y de que no están presentes los propios afectados de los países periféricos y del Sur (13).

- *Desacreditación ideológica*: Argumentando que son movimientos vacíos de contenido, utópicos, sin propuestas concretas o irrealizables, faltos de soporte teórico e ideológico solvente y compartido; con un fuerte componente de «nostálgicos y revolucionarios frustrados» o de quienes desde una posición cómoda en las sociedades opulentas quieren hacer la revolución en nombre de otros, pero sin cambiar sus propios modos de vida ni intereses.

Son obvias y lógicas las intenciones de ciertos sectores de opinión que impulsan esta estrategia: defender sus propios intereses, pero lo sorprendente es que muchos otros que «se suben al carro» de estas críticas dicen hacerlo en nombre y defensa de los valores democráticos. Pues, ¡ojo!, adviertan esto o cambien de coartada: abundar sólo en la dirección de la cri-

(12) Por ejemplo, TORTELLA, G., «Globalización y democracia», *El País*, 8-9-2001.

(13) Recordad, por ejemplo, las declaraciones de los últimos meses de Bush sobre cómo este movimiento perjudica a los más pobres del mundo.

minalización y deslegitimación únicamente contribuirá a abordar un debate constructivo y cada vez más ineludible precisamente para la propia salud de la democracia. Debate en el que, por primera vez, la sociedad civil a nivel mundial plantea cómo avanzar y profundizar conjuntamente en la construcción de un mundo democrático y socialmente más justo en el que sea posible universalizar los derechos humanos, sociales, ecológicos, económicos y culturales y que permita un futuro digno para la Humanidad.

4 BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E., y JEREZ, A.: «Hacia una politización del Tercer Sector», en JEREZ, A.: *¿Trabajo Voluntario o participación?* Madrid: Tecnos, 1997.
- CASTELLS, M.: *La Era de la Información*, vol. II. Madrid: Alianza, 1997.
- FERNÁNDEZ DURÁN, M.; ETXEZARRETA, M., y SÁEZ, M.: *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Barcelona: Virus, 2001.
- GARCÍA ROCA, J.: *Solidaridad y voluntariado*. Santander: Sal Terrae, 1994.
- HOUTART, F.: «Sociedad civil y espacios públicos», en MONEREO, M., y RIERA, M. (eds.): *Porto Alegre. Otro mundo es posible*. Madrid: El Viejo Topo, 2001.
- HOUTART, F., y POLET, F. (coords.): *El otro Davos. Globalización de resistencias y de luchas*. Madrid: Popular, 2001.
- MONEREO, M.: *De Porto Alegre a Porto Alegre: la emergencia de un nuevo sujeto político* (artículo copigrafiado), 2001.
- MONEREO, M., y RIERA, M. (eds.): *Porto Alegre. Otro mundo es posible*. Madrid: El Viejo Topo, 2001.
- RECIO, A.: «Mas acá de la lucha antiglobalización». Barcelona: Mientras Tanto, 2001, n.º 80.

SEOANE, J. A.: «Cronología Internacional del movimiento antimundialización». *Observatorio Social de América Latina*, enero 2001, n.º 3, Buenos Aires.

VILLASANTE, T. R.: *Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de sociedad*. Madrid: HOAC, 1995.

– *Cuatro redes para mejor-vivir*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas, 1998.

Tambores de «guerra permanente» en la gestión del capitalismo global⁽¹⁾

Ramón Fernández Durán
Miembro de Ecologistas en Acción

Sumario

1. Un paisaje inquietante para el poder antes de la «batalla».—2. Apocalipsis en Manhattan: Occidente, golpeado en su corazón financiero.—3. Un conflicto postmoderno lanzado desde la premodernidad.—4. Occidente lanza una cruzada internacional contra el «terrorismo».—5. La «guerra» se pone en marcha en todas sus dimensiones.—6. La «guerra de la propaganda», clave en la estrategia de «guerra permanente».—7. El capital al servicio de la guerra, la guerra al servicio del capital.—8. Bibliografía.

«Ha ocurrido una desgracia nacional (...) Ha sido un acto de guerra. La libertad y la democracia están siendo atacadas (...) El terrorismo contra nuestro país no quedará impune. Quienes cometieron estas acciones, y aquellos que les protegen, deberán pagar por ello. No haremos distinciones (...) Debemos construir una coalición internacional contra el terrorismo (...) La guerra que nos espera es una lucha monumental entre el bien y el mal (...) Va a ser larga y sucia (...) Aquellos que nos hacen la guerra han elegido su propia destrucción (...) O se está con nosotros, o con el terrorismo (...) Dios está con nosotros (...) Dios bendiga a América.»

(Declaraciones de George Bush tras los atentados del 11 de septiembre.)

«Esta marcha no es la de Marcos, ni la del EZLN, es la marcha de los pobres y de todos los pueblos indios. Quiere mostrar que el tiempo del miedo se ha acabado.»

(Discurso del Subcomandante Marcos a la llegada a México DF)

(1) Este texto formará parte del epílogo de la tercera edición del libro de VIRUS: *Globalización Capitalista. Luchas y Resistencias*, en el que participa el autor de este texto junto con Miren ETXEZARRETA y Manolo SÁEZ.

1 UN PAISAJE INQUIETANTE PARA EL PODER ANTES DE LA «BATALLA»

El año 2000 había sido definido como «el de la protesta mundial contra la globalización» (BELLO, 2001), tras la revuelta espectacular de Seattle en 1999. A continuación, el siglo XXI empezó con un auge espectacular del llamado movimiento antiglobalización a escala global: movilizaciones en Davos y Cancún contra los encuentros del World Economic Forum; encuentro mundial, «Otro mundo es posible», en Porto Alegre; marcha zapatista a México DF; contestación masiva a la conferencia de la OCDE en Nápoles y a la cumbre de las Américas en Quebec —que obligó a los dirigentes americanos a reunirse protegidos tras una enorme valla de alambre y hormigón—; explosión de piqueteros en Argentina contra las políticas del Gobierno De la Rúa, que obliga a imponer el FMI; importantes movilizaciones contra la cumbre de la UE en Gotemburgo, con tres heridos por armas de fuego; foro alternativo y gran manifestación en Barcelona contra la reunión programada del BM, que finalmente se había visto obligado a desconvocarla, ante la previsible contestación social... Todo ello culminaría con las movilizaciones masivas de Génova, las más amplias hasta ahora (más de 200.000 personas), en donde la brutal represión del Gobierno BERLUSCONI provocó la primera muerte en el movimiento antiglobalización, la de Carlo Giuliani, así como cientos de heridos y detenidos.

Por primera vez, en muchos años, y como consecuencia principalmente de las grandes movilizaciones contra las cumbres de los organismos internacionales, se crea una conciencia mundial de interconexión entre las diferentes luchas locales y sectoriales, que adquieren nuevas formas de expresión, que ya no se agotan en sí mismas, que se van reforzando unas a otras, y que van dotándose de una perspectiva común: la lucha contra el capitalismo global. Se ha llegado a hablar de un nuevo mayo del 68 a escala planetaria, y de la conformación de un nuevo sujeto antagonista, caracterizado por su enorme diversidad y amplitud. Este sujeto estaría superando las identidades primarias (nacionales, étnicas, religiosas, de género...) para ofrecer un frente común de resistencia plural ante el despliegue del capitalismo global. Un verdadero peligro para las estructuras de poder, como han reconocido los principales medios de comunicación. El *Financial Times* lo ha llegado a caracterizar

como un «movimiento formidable», que se organiza como movimiento de movimientos, en gran medida al margen de partidos y sindicatos, y que funciona como un «enjambre de mosquitos» a la hora de acosar a su presa: las instituciones del capitalismo global (HARDING, 2001). Si bien, habría que reconocer que el movimiento antiglobalización, en sus diferentes corrientes, se encuentra débilmente organizado, en general, en África (salvo Sudáfrica), y que en muchos países del mundo árabe musulmán su presencia es casi inexistente.

Los medios resaltaban, interesadamente, que la gran mayoría de los activistas son «proglobalización», pero eso sí, que lo que pretenden es que esta globalización alcance a todos, sea más equitativa y tenga un rostro humano. Pero, a su vez, muchos comentaristas constatan el carácter crecientemente anticapitalista de las protestas, y la puesta en cuestión del progreso, y de la pretendida bondad del libre comercio mundial y del desarrollo tecnológico. En suma, del desarrollo capitalista como tal. Se ha llegado a afirmar, con estupor, que el movimiento antiglobalización sería como una nueva suerte de luddismo del siglo xxi, que quiere acabar con el capitalismo global y la civilización occidental. Ante este estado de cosas, el Poder, a lo largo de este año, ha ido cambiando ostensiblemente sus formas de enfrentarse al movimiento. Se ha producido un fuerte incremento del nivel de represión y criminalización, como hemos podido observar en Gotemburgo, Barcelona y, muy especialmente, Génova. Y se ha llevado a cabo un intento claro de dividir al movimiento entre antiglobalizadores «buenos» (aquellos «moderados», es decir, «reformistas», y «no violentos») y antiglobalizadores «malos» (aquellos «radicales», es decir, «anticapitalistas» y «violentos»).

Pero como reconocía, justo después de Génova, un intelectual del PSOE: «Si la oposición a la globalización ha ido creciendo cuando las cosas iban razonablemente bien en Europa y EEUU, hay que imaginar lo que puede suceder si las esperanzas de despegue se evaporan en América Latina, el sureste asiático vuelve al borde de la crisis y Europa y EEUU se aproximan al estancamiento» (Paramio, 2001). De hecho, ya antes del 11 de septiembre el capitalismo global estaba caminando hacia la recesión, pues los tres principales motores de la economía mundial, EEUU, Europa y Japón se estaban parando (con distintos ritmos) al mismo tiempo, por primera vez en treinta años. Es decir, estaba cayendo el crecimiento en todo el «Norte», que en definitiva es el que tira principalmente del Sur y el Este. Un descarrilamiento, pues, a cámara lenta.

Una crisis muy distinta a la de 1997-1998, cuando entraron en barrena los llamados «mercados emergentes» de la Periferia, a consecuencia de las crisis financieras que los azotaron, pero continuó un crecimiento boyante en EEUU y Europa. La razón es que el capital que huía de los mismos se refugiaba en el Norte, a ambos lados del Atlántico, haciendo subir espectacularmente las bolsas, sobre todo en EEUU.

Sin embargo, desde hacía año y medio las bolsas de los países centrales, y en especial los valores tecnológicos, de la llamada «nueva economía», habían entrado en crisis, asestando un golpe al «capitalismo popular». Y las clases medias del Norte conocían, por vez primera, el lado amargo de la inversión en los mercados financieros. La explosión de la burbuja financiero-especulativa en los espacios centrales atlánticos (2), tenía por tanto una verdadera dimensión mundial, pues el dinero no disponía de alternativas hacia dónde dirigirse (salvo, por el momento, el sector inmobiliario occidental), ya que los mercados emergentes periféricos estaban también en crisis. Lo cual provocaba una evaporación del llamado efecto riqueza, de los espacios centrales, que había estado tirando de la economía mundial durante los últimos tiempos. Al tiempo que crecía moderadamente la inflación. Es decir, un escenario parecido al de los 70, caída del crecimiento y subida paralela de precios, aunque ésta última sea menor en la actualidad. Pero con una diferencia fundamental. Hoy en día la deuda mundial (de los Estados, de las empresas, de las personas) es una bola de nieve imparable, que debe crecer para impulsar el crecimiento, beneficiando al capital financiero. Y que a su vez, puede mantenerse, todavía, sin estallar, porque ha habido crecimiento económico.

Todo ello estaba profundizando la crisis de legitimidad del poder político en todo el mundo. En los espacios periféricos las crisis financieras, el endeudamiento externo salvaje, los programas de ajuste estructural, la pobreza, el paro y la conflictividad social están provocando una aguda crisis del poder político, que en ocasiones deriva en una casi quiebra de los Estados (Indonesia, Ecuador, Argentina, Turquía...), siendo particularmente dramática la situación del África subsahariana, donde los Estados han desaparecido prácticamente y reina el caos más absoluto. En los espacios centrales el desmontaje del llamado Estado social, la creciente precariedad y

(2) La de Japón ya lo había hecho desde principios de los 90, aunque allí fue primero la burbuja especulativa inmobiliaria la que estalló, arrastrando posteriormente al sistema bancario y a los mercados financieros.

exclusión social, la quiebra del universo de las clases medias y la creciente contestación social (movimientos antiglobalización), estaba afectando seriamente la imagen del poder político. Y a ello se sumó también la profunda crisis de la imagen de un G-8, los países más ricos del mundo (junto con Rusia), que por primera vez se tenía que reunir tras una fortaleza amurallada, al abrigo de decenas de miles de manifestantes que pretendían penetrar en ella. A pesar de que Berlusconi decidió en el último momento invitar a algunos presidentes de los países más pobres del mundo, para diluir la imagen de directorio político mundial exclusivo. El hecho es que se profundizó la sensación de que el capitalismo global funciona en beneficio de los espacios centrales y que no hace sino ahondar el abismo que le separa de sus periferias.

Se ha hablado poco de la percepción de la cumbre del G-8 de Génova desde los espacios periféricos. Pero era curioso cómo sus medios de comunicación cubrían la cumbre de los mandatarios que controlan (o mejor dicho, simulan controlar) el orden del capitalismo global. Resaltaban que era patético verles encerrados a bordo de un crucero, al abrigo de las masas, y verles decidir que su próxima reunión sería en un lugar inaccesible de las montañas rocosas. Cabe recordar que esta imagen de distanciamiento entre el Centro y las Periferias Sur y Este se manifestó de forma brutal durante la guerra de Kosovo, cuando Occidente, y su brazo armado, la OTAN, se saltó el orden jurídico internacional y la autoridad de las NNUU y decidió lanzar una guerra contra un Estado soberano por razones «humanitarias». Grandes Estados de la Periferia Este y Sur (Rusia, China, India y hasta Brasil) denunciaron en su día semejante atropello. Cada día es más patente que el poder político es un poder («vacío», como lo define Marcos) al servicio del capital transnacional (el verdadero poder, hoy en día), sin margen de maniobra para responder a las necesidades de sus ciudadanos, con vínculos con los poderes mafiosos (Berlusconi, p.e.), crecientemente deslegitimado y con un carácter cada vez más despótico y represivo.

Asimismo, en 2001, hemos podido ser testigos de derrotas importantes de los intereses del capital transnacional. En concreto, el fracaso, o incapacidad, ante la fuerte contestación social y el enfrentamiento de Gobiernos del Sur (Sudáfrica, Brasil...), de las grandes corporaciones farmacéuticas del Norte para hacer prevalecer sus derechos de patente sobre los medicamentos para tratar el SIDA. A pesar de que las normas de la OMC, en cuanto a la propiedad intelectual, así lo establecía. Y también

hemos podido asistir atónitos a la firma de un acuerdo mundial del clima, absolutamente descafeinado, en el que EEUU, en solitario, se negaba a estampar su firma. EEUU, el país que más gases de efecto invernadero emite (más del 25% mundial, con sólo un 4% de la población), se negaba en rotundo a participar en el intento de hacer frente al principal problema ecológico que enfrenta la Humanidad. La UE había rebajado las «exigencias» de Kioto para que EEUU lo ratificara; «exigencias» ya de por sí muy insuficientes, y promercado, como habían criticado muchas voces científicas (el propio IPCC de NNUU) y los movimientos sociales y ecologistas del mundo entero. Sin embargo, la Administración Bush, íntimamente ligada con los intereses petroleros (Bush, Cheney y Rice han estado vinculados directamente con las empresas del petróleo) e industriales, rechazó cualquier tipo de compromiso internacional, propugnando un unilateralismo, en beneficio propio, que se ha visto reflejado también en diversidad de terrenos (3), pasando por encima de los intereses de la llamada «comunidad internacional», a la que dice representar cuando le conviene.

En estas circunstancias, se produjeron los ataques contra los símbolos capitales del poder financiero y militar del capitalismo global. Unos hechos que han propiciado un cambio absoluto de escenario, y que han sido, como ha dicho CHOMSKY (2001), un verdadero regalo para la derecha dura y patrioter de EEUU. Estos acontecimientos muy probablemente tengan tanta importancia como la caída del muro de Berlín, es decir, estamos ante unos sucesos que cambian el curso de la Historia. Y, asimismo, van a repercutir de forma decisiva sobre las dinámicas del llamado movimiento antiglobalización. Tanto porque irrumpe en escena un actor, el fundamentalismo islámico, que ataca frontalmente al capitalismo global occidental, pero no desde una perspectiva liberadora, sino fanática, ultrarreligiosa, excluyente, patriarcal y misógina. Como porque los ataques han buscado, y posibilitado, una respuesta militar y poli-

(3) La Administración Bush ha rechazado el tratado de prohibición y uso de minas antipersonales, ha boicoteado la conferencia de las NNUU sobre limitación de armas ligeras, que provocan medio millón de muertos al año; ha denunciado el tratado que desde hace treinta años prohibía las armas biológicas, ha propiciado el relanzamiento de la industria bélica nuclear al negarse a ratificar la prohibición total de ensayos nucleares, ha prescindido unilateralmente del tratado ABM con Rusia para poder impulsar su escudo antimisiles, se ha negado a ratificar el tratado de creación del Tribunal Penal Internacional, ha rehusado controlar los paraísos fiscales tal y como tímidamente proponía la OCDE, no ha ratificado el Convenio de Biodiversidad, está preparando una ley que impedirá a La Haya juzgar a sus tropas, defendiendo incluso el uso de la fuerza contra el mismo, y si no prohibiría a su ejército participar en las misiones de EEUU.

cial, que goza de amplio apoyo social, en los países centrales, desde donde parte la contestación del poder, que puede tener consecuencias muy graves para el movimiento antiglobalización. Es preciso, pues, analizar estos hechos en detalle, para ver cómo nos tenemos que enfrentar a los mismos.

2 APOCALIPSIS EN MANHATTAN: OCCIDENTE, GOLPEADO EN SU CORAZÓN FINANCIERO

El 11 de septiembre se producía un increíble y brutal ataque suicida contra dos de los máximos símbolos del poder del capitalismo global, y en concreto de su potencia hegemónica, EEUU: las Torres Gemelas y el Pentágono. Pero de entre ellos, curiosamente, el que adquirió más relevancia, no sólo por su espectacularidad y dimensión, sino por su repercusión planetaria, fue la destrucción del principal centro financiero mundial: el World Trade Center, de Nueva York. La ciudad más globalizada de la «economía global». Lo cual también es un indicador de la importancia del poder financiero en el actual capitalismo global. En el ataque murieron más de 6.000 personas, de más de 80 países, pues no en vano en las Torres Gemelas residían más de 500 empresas de 28 países, con 50.000 empleados, que desarrollaban actividades financieras relacionadas con Wall Street. Entre ellas, los principales bancos de inversión del mundo; es decir, aquellas instituciones implicadas en la especulación financiera que ponen de rodillas, diariamente, a Gobiernos y poblaciones de todo el planeta. Y con el derrumbe de las torres se terminó de estrellar contra el suelo también el llamado Sueño Americano, que ya venía renqueando en los últimos años. Se certificaba, pues, el fin de una era. De repente, quedaba crudamente manifiesta la vulnerabilidad de EEUU y de su urbanismo, que multiplica rascacielos colosales, y por consiguiente su fragilidad. Un gigante, pues, con pies de barro, que se veía obligado a aislarse del mundo exterior por el aire varios días y a cerrar su principal centro financiero, Wall Street, durante casi una semana.

Por primera vez, en casi doscientos años, EEUU sufría un ataque en su territorio (4), y se ponían en evidencia los fallos del mejor sistema defensivo del planeta. La

(4) Desde 1814, cuando las tropas británicas incendian Washington.

alta tecnología militar demostraba su impotencia más absoluta. Y su población, que desconoce todo del mundo exterior, pues diariamente se le oculta lo que en él acontece, y por supuesto el papel de la potencia hegemónica en su devenir, descubre aterrada y estupefacta (al no entender) que en él habitan multitudes que les odian. Los medios piden venganza y su población también. Pero en esta ocasión la respuesta es más difícil que en Pearl Harbour, pues no hay un enemigo visible. Bush, que aparece llorando en televisión, lanza unas primeras proclamas terribles, llamando a una cruzada de Occidente contra este acto de guerra. E invoca la bendición divina, «*God Bless America*» (Dios bendiga América), pues EEUU, que es la concreción del Reino de Dios en este mundo y faro guía para toda la Humanidad, ha sido herido en su orgullo, y desea tomarse directamente la venganza contra los culpables, y aquellos Estados que les cobijan. Una ola de patriotismo, espontánea, pero también incentivada desde el Poder, recorre el país. La gente compra armas, quiere alistarse, y empapelan de banderas las ciudades de costa a costa. Y en todos los actos de repudio, Dios está presente todo el tiempo. Como en el dólar, cuyo lema, «*In God we trust*» (En Dios confiamos), indica bien el espíritu que impregna las estructuras de EEUU. En el colmo de la reacción conservadora, los predicadores televisivos llegaron a culpar a los grupos de derechos civiles, feministas, homosexuales y proderecho al aborto de los ataques «por haber vuelto la ira de Dios hacia América».

Ante este ataque a la principal potencia del capitalismo global, y a su *American Way of Life*, las reacciones en los centros de poder de Occidente fueron de solidaridad inmediata. Y como una piña se manifestaron en defensa de los valores occidentales. Schroeder expresó que el ataque era una «declaración de guerra al mundo civilizado». *Le Monde* abrió con la cabecera «Todos somos americanos». «Golpe a nuestra civilización», era el titular del editorial de *El País*. Y, asimismo, el editorial del *Financial Times* resaltaba que «el ataque terrorista era un asalto al modo de vida occidental». Por otro lado, en una reacción intempestiva, el ministro de Interior italiano veía en el ataque a EEUU una continuación de las protestas de Génova (BIRNHAUM, 2001). La OTAN, el brazo armado de la economía de mercado occidental, es decir, del capitalismo global, se reunía de urgencia tras la declaración de Bush de que los atentados eran un acto de guerra, y se ponía a disposición de EEUU, de acuerdo con lo estipulado en su artículo 5, manifestando su apoyo incondicional. Mientras tanto, se adi-

vinaba la alegría de las masas en el mundo árabe y musulmán, al tiempo que sus medios condenaban el atentado, pero criticaban a Washington por su política proisraelí. Rusia, con su vista puesta en Chechenia, se comprometía a colaborar con la OTAN en la lucha contra el terrorismo. Y China, India, Indonesia y Filipinas, todos ellos con importantes conflictos con sus poblaciones musulmanas, aparte de otros conflictos internos (por ejemplo, Tibet en China), se manifestaban también dispuestos a participar en una coalición mundial contra el «terrorismo» internacional, sabiendo que de esta forma podrían tener las manos libres para lidiar con sus tensiones domésticas.

Por doquier, se apuntaba que volvía a resonar el temor a un «choque de civilizaciones», sobre el que ya había alertado Samuel HUNTINGTON, asesor del Departamento de Estado de EEUU, en la primera mitad de los noventa. Su tesis era de que una vez desaparecida la bipolaridad Oeste-Este, tras la caída del muro de Berlín (y por tanto, los conflictos entre clases sociales y proyectos políticos alternativos), se profundizarían las tensiones Centro-Periferias, lo que derivaría en conflictos crecientes entre el Occidente (judeocristiano) y las «civilizaciones» periféricas, cuyas culturas se estructuran principalmente en torno a la religión (islamismo, hinduismo, budismo...). Entre ellas, resaltaba el carácter más difícilmente permeable a los valores occidentales del Islam, que se configuraba como el nuevo enemigo del capitalismo global, en la postguerra fría, una vez desaparecido el comunismo. Más tarde, para echar más leña al fuego, Berlusconi, en unas declaraciones, que fueron tachadas de «desafortunadas» (salvo por el *Wall Street Journal*), manifestaba que «la civilización occidental era superior al Islam y que Occidente seguirá occidentalizando e imponiéndose a los pueblos. Pues ya lo ha conseguido con el mundo comunista y con una parte del mundo islámico» (*El País*, 28-9-2001).

Esta visión de los hechos ha sido azuzada, hasta extremos inconcebibles, a pesar de ciertas llamadas a lo políticamente correcto, por los medios de comunicación de masas occidentales; liderados en todo momento por la CNN, y en menor medida por la BBC-World, si bien ahora les ha salido un competidor en el mundo árabe: Al Yazira. Son ellos los que imponen una determinada interpretación de los acontecimientos en la Aldea Global. Ha sido un enorme ejercicio de propaganda, con una dimensión nunca vista en la historia de la Humanidad. Pues el mayor espectáculo del

mundo, hasta la actualidad, había dejado a Hollywood por los suelos. Ya que había desbordado, con mucho, su superproducción «Estado de Sitio», que escenificaba un atentado palestino en pleno centro de Manhattan. Nunca un hecho terrorista (ni ningún otro acontecimiento: muerte de Lady Di, Olimpiadas, mundiales de Fútbol...) había sido visto en directo por tantos miles de millones de personas en todo el planeta. Y «nunca a lo largo de la historia de la Humanidad las personas se han visto obligadas a pensarse de forma tan global, en tanto que Humanidad, a escala mundial» (C., 2001).

Ante ello, la dictadura de la imagen, ocultando la complejidad de lo real, ha utilizado como nunca también su tremendo poder de hipersimplificación mediática, como contrapartida a esta acción espectacular diseñada para la realidad virtual, y planteada como respuesta (mediática) a la Guerra del Golfo. Se ha resaltado la violencia espectacular, y hemos podido ver centenares y hasta miles de veces los aviones estrellándose contra el World Trade Center, y a las torres derrumbándose envueltas en llamas. Estas imágenes han pasado ya a formar parte de la cultura visual de la nueva era, en la que hemos entrado de lleno. Si bien se han ocultado las peores imágenes del horror, para no provocar un derrumbe adicional de la moral de los ciudadanos estadounidenses. El control de la información, la manipulación de la verdad, la anulación de la razón, se está poniendo en función de la militarización del pensamiento de nuestras sociedades.

El poder de los medios se ha utilizado, asimismo, como nunca, junto con la actuación incondicional de los bancos centrales de los países de la OCDE, y especialmente de EEUU y «Europa», para hacer frente al mayor ataque al sistema financiero mundial desde el *crash* de 1929. Su objetivo era intentar desactivar el pánico en la economía mundial, y en especial la posibilidad (real) de un colapso del sistema financiero internacional. Después de casi una semana de cierre obligado de Wall Street, el cierre más largo desde la Gran Depresión, se apela al patriotismo de la población de EEUU (donde la mitad de la misma juega en bolsa) para que no acuda a vender sus títulos y no provoque un desplome en los mercados. Al tiempo que la Reserva Federal y el Banco Central Europeo ponen en marcha una enorme inyección de liquidez (más de 100.000 millones de dólares y la misma cantidad en euros), rebajan conjuntamente sus tipos de interés, y se permite alterar los mecanismos de funcio-

namiento de Wall Street (posibilitando que las empresas pudieran recomprar sus propias acciones), todo ello con el fin de sostener las cotizaciones e impedir su caída libre. De cualquier forma, parece que la llamada al patriotismo sirvió en este caso para poco y Wall Street sufrió su peor semana en setenta años. Es decir, desde 1929. Todo lo cual fue acompañado de fuertes caídas en las bolsas mundiales.

Las caídas fueron particularmente intensas en los llamados «mercados emergentes» del sudeste asiático y de América Latina. La Bolsa de México ni tan siquiera se atrevió a abrir, mientras permanecía cerrada Wall Street. Y se produjo una huida generalizada hacia lo que los expertos llaman «la calidad». Es decir, subieron los bonos de los principales países (esto es, la renta fija estatal), el oro y el franco suizo, pues aunque el euro se revalorizó ligeramente frente al dólar, fue la divisa helvética la que actuó, curiosamente, como verdadera divisa refugio mundial. Y cayeron en picado las cotizaciones de las aseguradoras, las líneas aéreas y las empresas de turismo. Mientras que permanecía cerrado Wall Street, los principales medios financieros, y muy en concreto el *Financial Times* (editorial, 13-9-2001), advertían contra una reacción irracional por parte de EEUU: «el Sr. Bush tendrá que tener extremo cuidado de no convertir una mala situación en un desastre (...) Los EEUU no se pueden permitir tener más enemigos al lanzar ataques poco meditados». Y continuaba en otro artículo apuntando: «Una mayor escalada de la tensión internacional puede provocar un estallido de confianza que la política monetaria sería incapaz de remediar. El futuro de la economía global, no menos que el de la seguridad global, depende de las decisiones que el presidente Bush está a punto de tomar» (BAKER y COOKS, 2001).

El capital transnacional, y en especial sus sectores financieros, estaba francamente asustado de que una reacción no meditada del poder político y militar de EEUU pudiera precipitar al capitalismo global en una nueva Gran Depresión y crear una situación mundial incontrolable. Esto permite entender cómo fueron desarrollándose los acontecimientos en cuanto a la respuesta a aplicar. Y cómo la actuación del poder político y militar fue siendo reconducida como consecuencia de las enormes presiones que el capital transnacional debió ejercer tras bastidores. El poder político había hinchado pecho, de manera ostensible, tras los acontecimientos del 11-S, pues ello le permitía legitimarse ante la llamada opinión pública, contrarrestan-

do las tendencias sumamente negativas de los últimos tiempos. De hecho, el propio Bush conseguía un respaldo doméstico abrumador, a pesar de las dudosas condiciones en las que había accedido a la presidencia y de una actividad presidencial contestada internamente y especialmente en el exterior. Es por eso por lo que va esbozando una estrategia que permitiera alcanzar diversos objetivos, al tiempo que se intentaba refrenar, dosificar y encauzar la intervención en una zona del mundo, que va desde Oriente Próximo hasta Asia Central, que es un verdadero avispero, por la situación creada por el mismo Occidente durante siglos.

3 UN CONFLICTO POSTMODERNO LANZADO DESDE LA PREMODERNIDAD

En Oriente Próximo, entre los siglos XI y XIII el poder feudal europeo occidental y el papado lanzan sucesivas cruzadas sobre «Tierra Santa», ahondando el divorcio entre el mundo cristiano y el Islam. Más tarde, el dominio colonial europeo, y sobre todo su desaparición, fracturó el mundo islámico en una serie de Estados rivales, con identidades nacionales forzadas, que reemplazaron el mundo más poroso e interrelacionado de los viejos Imperios. Sobre todo en Oriente Próximo, tras el fin de la Primera Guerra Mundial y la desaparición del Imperio Otomano (los ochenta años que denunciaba Bin Laden en su primera intervención ante las cámaras). Posteriormente, la creación del Estado de Israel, a partir de la resolución de las NNUU de 1947, que establecía la partición de Palestina, sobre la base de una nación y un credo, y que se imponía a través de la limpieza étnica, significaba la creación de una verdadera bomba de relojería en Oriente Próximo, de efectos retardados, cuyas sucesivas explosiones iban a proyectar su impacto sobre todo el mundo árabe y musulmán. Las guerras árabe-israelíes de 1967 y de 1973 (que dio lugar a la primera crisis energética), así como la invasión del Líbano en 1982 por parte de Israel (con las matanzas de Sabra y Chatila), que contó con el beneplácito de EEUU, serían hitos importantes en este conflicto. Un conflicto en gran medida condicionado, hasta 1989, por la existencia de la URSS. Pero una vez que cae el muro de Berlín, es Occidente, y en concreto EEUU, el que impone sus criterios e intereses en esta zona, ya sin ningún contrapeso. Los acuerdos de Oslo son el resultado de ello, y la situación que han creado, aún

antes de Sharon, ha sido el estado de *apartheid* en que viven los territorios de la autoridad palestina en Gaza y Cisjordania, sometidos a un acoso constante y a una mengua continua de la superficie sobre la que se asienta aquélla. Recientemente, Sharon había hecho explotar la situación, intentando aplastar a la autoridad palestina mediante bombardeos aéreos y dinamitando en la práctica los acuerdos de Oslo, habiéndose recrudecido aún más las tensiones después del 11-S.

Por otro lado, en Oriente Medio, desde que en 1938 se descubre el petróleo en lo que más tarde sería Arabia Saudí, la zona cobra una importancia estratégica debido a las importantes reservas de oro negro que alberga en su seno, las más importantes del mundo. De ahí quizá, la razón del establecimiento del Estado de Israel, una cabeza de puente occidental, en sus cercanías, una vez que iba a desaparecer la presencia colonial en la zona de Francia y Gran Bretaña. Y también el apoyo indiscriminado al régimen despótico del Sha de Persia, de carácter prooccidental. Cuando cae éste, a causa de la revolución jomeinista, Occidente apoya a Irak, incentivando que inicie una guerra contra Irán, para controlar su papel díscolo en una zona de altísimo valor estratégico. Todo ello provocaría la segunda crisis energética internacional (1979-1980). Más tarde, tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS, que altera también los «equilibrios» de la Guerra Fría en esta zona, Irak decide anexionarse Kuwait, creyendo contar con un cierto visto bueno de EEUU, con el fin de convertirse en uno de los principales productores mundiales de crudo y en una verdadera potencia regional. Pero EEUU decide aprovechar esta ocasión como excusa para imponer un mayor dominio occidental, y en concreto propio, en la zona, al tiempo que inauguraba el Nuevo Orden Mundial de Bush padre, tras el fin del conflicto entre bloques. Nacía, pues, el nuevo marco geoestratégico del mundo del capitalismo global. La presencia de EEUU se iba a consolidar en las monarquías del Golfo Pérsico, lo que se iba a considerar como una profanación de su «tierra sagrada», especialmente en Arabia Saudí, donde están la Meca y Medina.

Y previo a este parto, en las cercanías de esta zona, en el Afganistán musulmán, en Asia Central, un área con importantes recursos de combustibles fósiles, el conflicto entre bloques había jugado una de sus principales partidas. Tras la invasión de Afganistán por la URSS en 1979, al final de una década de debilidad occidental, y en

concreto de EEUU (5), la presidencia Reagan se va a lanzar a la derrota del «Imperio del Mal». En este sentido, la desestabilización del dominio soviético en Afganistán iba a ser una de sus bazas importantes, aparte de por supuesto obligar a embarcarse a la URSS en una loca carrera de armamentos. Ambas contribuirían al desmoronamiento posterior del gigante soviético, pues Afganistán se iba a convertir en el «Vietnam» de una superpotencia en declive. De hecho, las tropas soviéticas abandonan Afganistán en febrero de 1989, vencidas por la Yihad (la Guerra Santa, contra el invasor extranjero), tan sólo unos meses antes de que cayera el muro de Berlín, que iba a significar el principio del fin de la URSS y su área de influencia. En esta Guerra Santa contra el Ejército Rojo, el apoyo de EEUU a las guerrillas fundamentalistas, los muyahidines, fue fundamental, y se puede decir que Bin Laden es un producto de la CIA. Reagan llamaba a estas guerrillas luchadores por la libertad. Pero todo ello se ha convertido en un verdadero *boomerang* para EEUU, y en definitiva para Occidente. «Washington ayudó a crear un monstruo anticomunista que se ha vuelto en contra del amo que lo impulsó» (PETRAS, 2001).

En definitiva, se puede afirmar que secularmente ha existido un menosprecio cultural y religioso por parte de los poderes occidentales, y en el imaginario de sus sociedades, hacia el Islam y el mundo árabe musulmán. Ello se ha transformado en un profundo sentimiento de humillación, máxime en el mundo árabe, creador de una de las civilizaciones más importantes de la Historia, razón por la cual se siente gravemente maltratado. Por otro lado, en este amplio espacio existe una amplia presencia de las fuerzas antimodernas, como resultado de la menor integración en las dinámicas del capitalismo global, y por el carácter refractario de su sistema de valores, y por tanto de sus sociedades, a la penetración occidental. De hecho, el Islam, en principio, no permite el interés en los préstamos de dinero, aspecto central del sistema monetario y financiero internacional. Todo ello hace que en paralelo con los procesos de globalización económica y financiera, desde los años setenta, empiecen a crecer poco a poco los movimientos islamistas radicales, ante el temor al acelerado pro-

(5) Quiebra del patrón dólar-oro, caída del dólar, crisis energéticas que afectan fundamentalmente a los países occidentales, pérdida de la guerra de Vietnam por parte de Estados Unidos, lucha guerrillera en Centroamérica, revolución sandinista, caída del Sha de Persia, ascenso de Jomeini y crisis de los rehenes durante la presidencia Carter, en 1979...

ceso de desestructuración de la cohesión social tradicional y la pérdida de identidad cultural. Lo que se refuerza en los ochenta con los estallidos sociales que propician la aplicación de los Programas de Ajuste Estructural, impuestos por el FMI, en muchos países de la región (6) (CAFFENTZIS, 2001).

Más recientemente, tras el trauma que supuso la Guerra del Golfo en el mundo árabe musulmán, el bloqueo a Irak, con brutales consecuencias sobre su población civil; los bombardeos indiscriminados a que ha sido sometido este país por parte de EEUU y Gran Bretaña, el desalojo del poder y represión del FIS en Argelia (auspiciado desde los centros de poder europeo, con el apoyo de EEUU), el doble rasero de Occidente respecto del conflicto israelí-palestino y el apoyo de EEUU a regímenes corruptos y despóticos de la zona, despreciados por sus poblaciones (7), han hecho que los sectores fundamentalistas radicales se desarrollaran con más intensidad. Si bien en algunos países, como Argelia o Egipto, la represión de los sectores fundamentalistas se ha intentado extirpar *manu militari*, con un resultado de más de 100.000 muertos en el caso de Argelia. Para amplias masas del mundo árabe musulmán, estas fuerzas del fanatismo e integrista religioso que llaman a la Guerra Santa parecerían el último recurso para prevenir la desaparición de la identidad islámica, supraestatal y supranacional (8), contra las dinámicas de la secularización y modernización del capitalismo global, que conllevan además una expansión sin precedentes de la pobreza y exclusión y, por consiguiente, de la desesperación. Y en muchos casos, los movimientos fundamentalistas han contribuido a desarrollar la provisión de ciertos servicios sociales básicos (educación, asistencia médica...), que los Programas de Ajuste Estructural, aplicados por sus Gobiernos bajo el mandato del FMI, habían desmantelado para la inmensa mayoría de su población (CAFFENTZIS, 2001). Es por todo eso por lo que «la Yihad se ha convertido en una terrible maquinaria terrorista capaz de hacer que el mundo se tambalee» (KEPEL, 2001), pues no en vano hay

(6) «Revueltas del pan» en El Cairo en 1986, «revueltas del hambre» en Marruecos y Argelia en 1988, todas ellas bañadas en sangre por la feroz represión, y más recientemente conflictos similares acontecidos en Jordania.

(7) El principal socio árabe de Washington en la zona, Arabia Saudí, es un régimen islamista que legitima su poder autocrático ante las masas con el apoyo al radicalismo islámico en el exterior.

(8) El sueño del islamismo es crear una Umma, es decir, una comunidad musulmana que no sea nacionalista.

más de mil doscientos millones de musulmanes en todo el mundo, de ellos, siete millones en EEUU y once millones en la UE (*El País*, 16-9-2001).

Esto permite entender las causas que originaron los acontecimientos del 11-S, que han creado un conflicto que se podría considerar absolutamente postmoderno, típico del capitalismo global, a pesar del carácter premoderno, o mejor dicho, anti-moderno, de parte de las razones que lo mueven. El hecho de que el que se inmole en esta Guerra Santa vaya al mejor lugar en el paraíso, hace que la alta tecnología militar, o los controles policiales de todo tipo, poco o nada puedan hacer contra los que manifiestan su determinación por el suicidio; el Islam prohíbe el suicidio, excepto en la guerra contra un enemigo externo, y sobre todo en la Guerra Santa. Se ha dicho que es una «guerra asimétrica», en la que los terroristas no poseen ni fuerzas armadas, ni aviación, ni navíos contra los que se pueda combatir, pero disponen de una enorme capacidad de destrucción y disrupción por su capacidad de inmoción, como ha quedado patente el 11-S. Estas fuerzas tienen además un carácter difuso, son una especie de «amenaza fantasma», y aprovechan las dinámicas del propio capitalismo global para atacarlo, pues utilizan sus redes financieras, se benefician de las mismas y hasta parece que especularon con las acciones de las empresas que iban a ver sacudidas sus cotizaciones por el 11-S. «Este terrorismo (...) es posnacional tanto en su base social (los movimientos de la Yihad en todo el mundo), como en su organización (redes globales...) y en sus objetivos (representaciones del capitalismo y de la cultura occidental). Este terrorismo (...) no ataca a los poderes reales, sino a sus símbolos (...). El poder de Bin Laden no es real sino simbólico (...). La superioridad es tal que matando a Bin Laden físicamente (...) Bush sólo conseguirá aumentar su poder simbólico» (KÖHLER, 2001). Asistimos, pues, a la aparición de una nueva geografía del conflicto, sin fronteras precisas ni actores reconocibles. Una guerra de nuevo tipo, posmoderna, que ya se venía incubando, típica del capitalismo global del siglo XXI, que responde al cóctel explosivo de agravios históricos, desestructuración y exclusión debidas a la globalización económica y financiera, nacionalismos agresivos, fundamentalismos religiosos, limpiezas étnicas...

Ante esta «guerra» de nuevo cuño Occidente vacila, en un primer momento, sobre cómo actuar. Pues las guerras que Occidente ha conocido desde los siglos XVII y XVIII, cuando se empieza a configurar el Estado moderno, eran guerras entre esta-

dos, o coaliciones de Estados, o, en su día, también, para conquistar territorios en ultramar; aparte de las guerras revolucionarias para acceder al poder del Estado, o para crearlo *ex novo*, en el caso de guerras antiimperialistas de liberación nacional, que se dan sobre todo en el siglo xx. Cuando cae el muro de Berlín los conflictos adquieren más bien una dimensión intraestatal, como resultado de la fragmentación, e integración diferencial, que inducen los procesos del capitalismo global en los dominios del Estado nación. Los Estados han ido perdiendo paulatinamente el monopolio de la violencia, pues en los últimos tiempos se produce también una verdadera desregulación y privatización de la misma (expansión de las mafias y el crimen organizado, de las fuerzas paramilitares, de los ejércitos privados y mercenarios, de las policías privadas...). En esta deriva, el hundimiento del World Trade Center marca un verdadero punto de inflexión en el pensamiento militar hegemónico, y en especial en las estrategias de dominio y control del capitalismo global. Pues «¿cuándo han sido atacados Europa o EEUU por gentes de sus colonias o las áreas que dominan?» (CHOMSKY, 2001). Es en estas complejas circunstancias, y con un movimiento contra el capitalismo global en auge en importantes zonas del mundo, en las que se produce el diseño y la puesta en práctica de una respuesta occidental, de amplio alcance, liderada sin concesiones por EEUU.

4

OCCIDENTE LANZA UNA CRUZADA INTERNACIONAL CONTRA EL «TERRORISMO»

La respuesta militar tardó casi cuatro semanas en concretarse, aunque la guerra en sus múltiples dimensiones (política, económica, financiera, mediática...) se activó desde el primer momento, si bien no es exagerado afirmar que el capitalismo global siempre está en «guerra» (de mayor o menor intensidad y más o menos «virulenta») para garantizar su propio despliegue y crecimiento. Las razones de este «retraso» en plasmar la contestación bélica, en su plano militar, se debe a las fuertes tensiones que se debieron producir entre el poder político y militar y el poder económico y financiero, así como dentro de ambos polos. Cabe resaltar, al respecto, el cambio en la línea editorial de la revista *The Economist*, una de las voces más influyentes del pensamiento capitalista neoliberal, entre su primera y segunda edi-

ción después del 11-S. En la primera, apuntaba que «América debe tener cuidado en los próximos días de no crear más mártires potenciales, a través de su intervención militar, de los que pueda destruir» (*The Economist*, 15-9-2001). Una semana más tarde, el mensaje editorial había cambiado, pues se afirmaba que «la guerra debe ser llevada a cabo y debe ganarse. El ataque no puede quedar sin respuesta o parecerá que somos débiles. Luchar será duro, pero no luchar será peor. No hacer nada invitaría a peores consecuencias que hacer algo, por peligroso que esto sea (...), pues si América no puede responder a este golpe, nadie puede (...) El objetivo de este golpe es la pura desestabilización, tanto de la propia América como del *statu quo* mundial (...) Y más en concreto, el objetivo es la desestabilización de Oriente Medio y Próximo y Asia Central, para socavar y hasta eliminar la presencia de América e Israel, así como para cambiar y destruir los regímenes que gobiernan los países de dicha región turbulenta (...) Pero no brindar apoyo, y en algunos casos luchar al lado de América, sería una locura a gran escala, pues incentivaría un mayor terror, aparte de que provocaría que América se desentendiese de ayudar a Europa en un futuro» (*The Economist*, 22-9-2001).

Este mensaje del editorial de *The Economist* sería más tarde el mantra que, más o menos, repetirían muchos líderes políticos occidentales, especialmente europeos (Blair, Chirac, Schroeder, Aznar...). El *premier* británico llegó a afirmar, además, que «si la democracia no libra esta batalla, acabará perdiendo la guerra». Este cambio en la actitud también se pudo apreciar en otros de los principales medios de expresión financieros, como, por ejemplo, el *Financial Times*. Por otro lado, el *Wall Street Journal* llamaba desde el principio a una respuesta contundente, quizá porque la agresión le había afectado de lleno y el ansia de venganza ante el fuerte impacto sufrido y el prestigio herido tal vez le obnubilase un análisis más sereno de los hechos. De esta forma se va tejiendo poco a poco una respuesta a la agresión sufrida que diera respuesta a las ansias de venganza del pueblo estadounidense, moldeada también por sus líderes políticos y de opinión, que sirviera asimismo para articular una respuesta «consensuada» común por parte de los países occidentales a través de la OTAN, que ayudara igualmente a articular también un frente más amplio de países contra el «terrorismo» internacional a través de las NNUU, intentando incluir dentro de la misma a los países árabes moderados y a los principales países no occidenta-

les (Rusia, China, India, Indonesia..., es decir, a los principales «mercados emergentes»), y que lograra además desactivar cualquier desacato a este nuevo orden, pues, como dijo Bush ante el Congreso, «el que no esté con nosotros, está con el terrorismo». Para ello se iban a emplear todo tipo de mecanismos de convicción, intimidación y hasta de coerción, entre los cuales jugarán un papel muy importante los económicos-financieros. Pues «el mercado de capitales (y todo lo que se relaciona con ellos) no es una institución económica aislada, sino que es un instrumento de dominación política (occidental), y especialmente de EEUU» (BIRBAUM, 2001).

De cualquier forma, aun siendo éstas las coordenadas generales de la respuesta que se diseña, conviene analizar más detalladamente algunos de los aspectos que la preceden y la acompañan, y sobre todo intentar saber cuál es la verdadera «agenda oculta» que se esconde detrás de la misma. En primer lugar, cabe resaltar la importancia de que el atentado del 11-S fuera catalogado por Bush como un acto de «guerra»; el propio Chirac le corrige en un primer momento en su visita a Washington, con poco éxito (9). Al caracterizarlo de esta forma, y no como crimen, EEUU se arrogaba el derecho a la legítima defensa, de acuerdo con la interpretación de la Carta de las Naciones Unidas activaba la respuesta incondicional de la OTAN, como establece su artículo 5; permitía una interpretación más benévola de las indemnizaciones a pagar por las compañías de seguros, que caerá sobre las espaldas de los contribuyentes, y le permitía también iniciar su propia «guerra» contra el «terrorismo», sin someterse a las secuencias lógicas y determinadas según la ley, que conlleva la persecución de un crimen (10), lo que posibilitaba tomarse la justicia por su mano. Y lo que es más importante, el calificar estos actos como «guerra» le permitía a Bush conseguir poderes extraordinarios para actuar sin control dentro y fuera de EEUU (CAFFENTZIS, 2001).

Bush trata de apelar al sentimiento de rechazo moral que hubiera podido suscitar en gran parte de la población mundial, y por supuesto en la propia, la masacre del 11-S, para justificar una intervención de EEUU y Occidente, que desborda muy

(9) También le critica que usara, en un primer momento, el término «cruzada». En los primeros días los líderes europeos insistieron en que no se debía hablar de «venganza» o de «guerra», sino de «justicia» y de «respeto al Derecho Internacional» y que el enemigo no era el Islam sino el «terrorismo».

(10) Además, la no existencia de culpables directos vivos hacía mucho más complejo, y dilatado en el tiempo, el llevar a los responsables «últimos» ante la justicia.

ampliamente la pretendida necesidad de hacer justicia en torno a los responsables de la misma. La justicia que se plantea es una justicia que sobrepasa la ley del Talión (del «ojo por ojo y diente por diente»); del código de Hamurabi, que regulaba la venganza babilónica, echando por la borda siglos de desarrollo del Estado de derecho y del marco jurídico internacional, y además, como bien se ha dicho, no sabe bien de quién va a ser el «diente» o el «ojo» que se va a masacrar. El primer nombre que se le da a la operación es «Justicia Infinita» (atributo divino), pero luego se le cambia la acepción, quizá poco aceptable para el mundo islámico, por la de «Libertad Duradera», para eliminar también la posible confusión de que la guerra se acabará cuando se logre dar caza o liquidar a los responsables de estos actos, pues dicen que quieren a Bin Laden «vivo o muerto» (como en el *Far West*). Es decir, no se pretende tener las manos atadas con objetivos muy concretos, pues los objetivos de la intervención son mucho más vastos. En definitiva, como veremos, van a ser los relativos a toda una nueva forma de concepción de la gestión del capitalismo global, de cara al turbulento siglo que acaba de comenzar, así como otros más específicos (y por supuesto más complejos) en relación con la región de Asia Central y sus áreas cercanas.

Es por eso por lo que se plantea desde el primer momento que la guerra (por venir) va a ser «amplia, larga y sucia», y que se va a dirigir no sólo contra las redes de fundamentalistas islámicos radicales, sino también contra los Estados que les dan cobijo o apoyo. La lista que se confecciona de ambos es considerable. Y no sólo eso, sino que la coalición internacional que se monta contra el «terrorismo» va a suponer un estado de «guerra permanente» del Bien (el capitalismo global) contra el Mal (todo aquello que lo ponga en cuestión, sea el integrismo islámico o el llamado movimiento antiglobalización, si bien esto no se menciona explícitamente, por supuesto). Pero también mucho más que eso, pues se apunta que los Estados que no estén con «nosotros, están con el terrorismo», esto es, con aquellos que se oponen al capitalismo global. No cabe, pues, la neutralidad. Es el mismo mensaje que el de Bin Laden: el que no está con la Guerra Santa (Yihad), está con los infieles.

Y además, aquellos países que se planteen vías propias de «desarrollo», que entorpezcan la apertura de sus mercados al capital transnacional, que impongan condiciones a la entrada de la inversión extranjera..., en definitiva, que no se alineen incondicionalmente con los poderosos, pueden llegar a ser catalogados de Estados

díscolos que coquetean con los que impulsan el «terrorismo» internacional. Por lo que se justificará que se apliquen todo tipo de medidas económicas, comerciales, financieras, políticas... y hasta, llegado el caso, militares, contra ellos.

Ésta, de alguna forma, ya venía siendo la pauta, en una versión *light*, que se quería imponer en el Nuevo Orden Mundial que se inaugura tras el fin de la Guerra Fría, pero la existencia todavía de distintos tipos de conquistas alcanzadas a lo largo del siglo xx lo impedía. Hoy en día se quiere acabar con todo ello y hacer de la gestión económica, financiera, política, y sobre todo policial y militar del capitalismo global un todo absolutamente interrelacionado, pues el despliegue y dominio del capital a escala mundial ya es imposible hacerlos sin una creciente dimensión policiaca y militar, que se impondrá sin condiciones sobre la estructura democrático-formal de nuestras sociedades.

Para ello es preciso remodelar aún más nuestras sociedades de masas, con el fin de conseguir el reagrupamiento de las mismas en torno a las estructuras de poder en base al miedo colectivo, desplazando quizá poco a poco al «entretenimiento», como forma de adocenamiento social, y construir un nuevo tipo de individuo, incapaz de razonar por sí mismo, cada vez más solitario y al margen de relaciones sociales, totalmente dependiente para su supervivencia del mercado, y por tanto absolutamente maleable a los intereses del poder. En este sentido, la actualidad de la novela de George ORWELL, *1984*, es plenamente vigente. ORWELL «describió la naturaleza y los dispositivos disciplinarios de los sistemas totalitarios con una exactitud y profundidad asombrosas» (FDEZ. SAVATER, 2001), y en la actualidad, como estamos caminando paulatinamente hacia un sistema totalitario de gestión del capitalismo global, sus reflexiones son absolutamente pertinentes. «Así, sin salir de *1984*, Osama Bin Laden se equipara al “enemigo Golstein” contra el que los *mass media* organizan los “dos minutos diarios de odio”, la Love Parade berlinesa se asocia a los inventos del “Ministerio del amor”, el “doblepensar” recuerda la hipocresía de las superpotencias en política internacional o incluso la disonancia cognitiva estudiada por los psicólogos, el vocabulario maquinal de los presentadores de televisión tiene parentesco con la “neolengua” (...) ese vocabulario empobrecido cuyo sólo uso prohíbe todo juicio crítico a los personajes de su famosa obra *1984*» (FDEZ. SAVATER, 2001). Y en el máximo del paroxismo del «doblepensar», el Gran Hermano, que necesita ser amado, pero

también temido, nos intenta imbuir la conciencia colectiva de que la «Paz» es la «Guerra», y la «Libertad» es la «Esclavitud».

El Imperio del Bien, el capitalismo global, el fundamentalismo de libre mercado, se instalará, pues, en la «guerra permanente», como un componente normal más de nuestra vida cotidiana. De ahí que nos hayan advertido que la guerra será «larga»; CHENEY ha llegado a decir «puede que no terminar nunca» (*El País*, 22-10-2001). «Un estado de “guerra permanente” no sólo en los territorios relacionados directamente con el conflicto, sino sobre todo el planeta, incluido los países occidentales. Eso supondrá la reducción de los espacios de democracia colectiva y de la garantía de los derechos individuales (...) La presencia de un “enemigo invisible” comportará la limitación de la libertad de todos, en nombre de la seguridad (...) Avanza así un proceso de militarización planetaria, tanto desde el punto de vista internacional como interno: mientras los ejércitos adquieren cada vez más un papel de “policía internacional”, la policía interna acentúan su carácter militar (como se ha demostrado en Génova). Otra consecuencia (...) será la explosión de los gastos militares (policiales) y de “inteligencia” (el nuevo nombre de los servicios secretos, que es más elegante). Pero debe quedar claro que el “enemigo invisible” no son ciertamente los grupos terroristas, casi siempre (...) magnificados por los servicios secretos occidentales, sino que somos “nosotros”. Es decir, las poblaciones civiles de cualquier parte del mundo (...), los movimientos sociales y políticos de oposición, a los que se les niega la práctica de una política alternativa, no estando prevista la posibilidad misma de una alternativa al Imperio del Bien, y, por supuesto, los inmigrantes en todo el planeta, obligados a la clandestinidad forzada y a la “invisibilidad”» (MAESTRI, 2001). Y este estado de «guerra permanente» auspiciará un avance de los valores masculinos más retrógrados, y, probablemente, una regresión sin precedentes de las conquistas del movimiento feminista, así como de la presencia de los valores femeninos y de la mujer en la sociedad, pues la «guerra» configura un mundo de «hombres».

Como parte subsidiaria de esta nueva guerra de control global, se plantea asimismo la estrategia de «presencia avanzada» en aquellos territorios donde existen «intereses vitales» para el capitalismo global. Entre los cuales destaca Oriente Medio, por sus estratégicas reservas de crudo, y más recientemente Asia Central, donde se encuentran también muy importantes reservas de petróleo y gas, las segundas en

importancia a escala mundial, en gran medida inexploradas (CAFFENTZIS, 2001). La propia OTAN, en su replanteamiento como institución militar tras el fin de la Guerra Fría, es decir, en su conversión total en brazo armado del capitalismo global, ya definió tempranamente en Roma (1991), y amplió y concretó más tarde en Washington (1999), su nueva concepción estratégica. Dentro de la cual cumplía un papel trascendental la llamada «presencia avanzada». Es decir, la posibilidad de actuar (y permanecer) más allá del ámbito noratlántico, al que estaba circunscrita su actuación durante el conflicto entre bloques, sin definir límites geográficos, jurídicos o motivaciones precisos, y pudiendo saltar por encima de las NNUU, si se consideraba necesario.

5 LA «GUERRA» SE PONE EN MARCHA EN TODAS SUS DIMENSIONES

La concreción de toda esta estrategia se plasma a diferentes niveles. En EEUU el Congreso da plenos poderes a Bush para emprender la guerra, con un solo voto en contra, es decir, con una unanimidad que recuerda a los Congresos del Partido Comunista de la ex URSS. Todo el país parece que está detrás del presidente. Se tramitan, asimismo, nuevas leyes antiterroristas, que suponen un retroceso muy importante de los derechos civiles, al tiempo que implican un control potencial exhaustivo de Internet. Se plantea que la CIA recupere su licencia para matar, y se propone una mayor autonomía de las distintas agencias de seguridad: FBI, CIA y NSA (Agencia de Seguridad Nacional). Se crea la figura de un «zar» antiterrorista, al frente de un superministerio para la protección de la Patria, que las coordinará a todas ellas. Se va a establecer un tribunal marcial para delitos de «terrorismo», con juicios a puerta cerrada, sin garantías constitucionales. El ejército se despliega en aeropuertos y ciudades, al tiempo que se intensifica la presencia de las distintas fuerzas de seguridad, etc. Todo ello está convirtiendo al país más poderoso del mundo en un Estado policial y militar. Además, «los acontecimientos del 11-S están siendo utilizados por Bush para borrar la política en la conciencia de una nación ya despolitizada» (BIRBAUM, 2001). Y mientras tanto, EEUU, presionado por los poderes económicos y financieros para que no actúe solo, y lo haga de forma «inteligente», pone firmes a todo el mundo.

En primer lugar a «Europa». La UE, y los Gobiernos europeos, condicionados desde el primer momento por los acuerdos de la OTAN, en torno a su artículo 5, apoyan el derecho legítimo de EEUU a una respuesta. En la Alianza Atlántica el poder de EEUU es incontestable (11), y no se cuestionan abiertamente las modalidades que puede adoptar la intervención. Aposteriori, un Consejo Europeo extraordinario ratifica esta decisión y aprueba también un reforzamiento de la lucha antiterrorista en la UE, así como de sus políticas de defensa. El primer ministro belga, presidente de turno de la UE, acude (junto con Prodi, y bajo su tutela, por supuesto) a Washington a expresar la solidaridad y apoyo de «los quince», más el de los trece países candidatos a la ampliación, algunos de ellos ya miembros de la OTAN. El balance que hacen los centros de poder europeos, de cara a su opinión pública, es que es positivo que EEUU abandone su unilateralismo y que cuente con la OTAN y otras instancias internacionales, especialmente NNUU (tras haber pagado EEUU sus deudas pendientes con esta Organización), de cara a su intervención. La OTAN cede todos sus medios para la futura acción militar de EEUU, y Gran Bretaña declara que es una «guerra justa», y se muestra dispuesta a participar en ella. Y hasta Los Verdes alemanes, de origen pacifista, que participan en el Gobierno, apoyan el derecho a una respuesta militar de EEUU, que no se sabe bien en qué va a consistir.

Mientras tanto, Rusia abre su espacio aéreo para una futura intervención de EEUU, al tiempo que exige un mayor protagonismo en la toma de decisiones internacionales. Uzbekistán, un antiguo miembro de la URSS, y en la actualidad de la CEI, permite a EEUU el uso de su territorio para lanzar un ataque contra Afganistán, convirtiéndose en su aliado. India ofrece sus bases también para luchar contra los talibanes, pensando quizá en sus problemas en la Cachemira musulmana. Y Paquistán, una dictadura militar, con un importante sentimiento proafgano en su población y una importante penetración del islamismo fundamentalista, se erige (presionado por EEUU, a cambio de compensaciones económicas, y envidioso de que India consiga apoyo internacional en su represión sobre Cachemira) en primera línea de frente del ataque occidental. Este país pasa de estar proscrito por EEUU, por su acceso al control de armamento nuclear, a ser un aliado «indispensable» en la lucha contra el «terrorismo».

(11) Su secretario general, Robertson, llega a afirmar que no necesitaba pruebas de la autoría de Bin Laden para implicarse, tan sólo la palabra de EEUU.

China ve también con buenos ojos la intervención de EEUU en Afganistán, pues la mayoría de sus provincias occidentales están pobladas de musulmanes, y se alegraría, como el resto, del fin del régimen Talibán, que proporciona refugio a sus movimientos de oposición. Pero en esta región de delicados equilibrios e inmensas riquezas fósiles sin explotar todas estas potencias, incluida Irán (que se opone a la intervención), son hostiles a cualquier intento de hegemonía de EEUU, y de Occidente en general, en Asia Central.

A escala global, se construye la mencionada coalición contra el «terrorismo» internacional, que agrupa, aparte de los ya mencionados, a unos sesenta Estados (de los casi 190 que hay en el mundo). Y se promueve a partir una resolución histórica del Consejo de Seguridad, con el pleno apoyo de sus cinco miembros permanentes (EEUU, Francia, Gran Bretaña, China y Rusia), que tiene carácter imperativo (artículo 7 de la Carta de NNUU) y que exige de su ratificación por los Parlamentos nacionales respectivos. Pero la construcción concreta de la coalición contra el «terrorismo», de cara a un cierto arropamiento de la intervención armada, resulta más compleja de lo que en principio se prevé, y mucho más que la creación de la coalición internacional que respaldó en su día la llamada Guerra del Golfo. Gran número de los llamados países árabes «moderados» (Arabia Saudí, Egipto, Marruecos...), por temor a la contestación interna, se distancian en esta ocasión de un apoyo explícito a la estrategia de EEUU y Occidente. Y hasta Indonesia, que en un primer momento dió apoyo incondicional a Washington, se ve obligada a distanciarse de EEUU ante el fuerte auge de la contestación interna.

Se podría afirmar que en la actual coalición internacional contra el «terrorismo» participan, aparte de los Estados occidentales y de la OCDE [Japón incluido, que por cierto ha tenido una débil presencia internacional en esta crisis (12)], aquellos países más modernizados e integrados en el capitalismo global, es decir, los países centrales más los llamados «mercados emergentes», o sea, las principales «potencias» de la Periferia Sur y Este (Rusia, los países del Este, China, India, Paquistán, Argentina, Brasil, México, Corea del Sur, Singapur, Indonesia, Tailandia, Filipinas, África del Sur...);

(12) Japón ha llegado a plantear la posibilidad de cambiar su Constitución para poder desplegar tropas con EEUU en caso necesario; esta restrictiva Constitución, en materia de defensa, se impuso por EEUU después de la Segunda Guerra Mundial.

entre las cuales hay compañeros de viaje nada presentables, desde el punto democrático. El resto de países de América Latina, África, y el mundo árabe y musulmán, que están en una situación más dependiente, o periférica, respecto de la economía global, simplemente no están. Todo lo cual anima a pensar que se está tejiendo una verdadera alianza de grandes y medianas potencias, del Centro y de las Periferias Sur y Este, indudablemente con una estructura jerarquizada (EEUU, UE y países de la OTAN, resto de países de la OCDE, y países periféricos, según su importancia económica y militar), para la gestión de esta nueva era del capitalismo global. A todos estos países se les permitirá lidiar como deseen con sus conflictos internos, sin que haya una intromisión internacional, en tanto en cuanto se comprometan a participar en la lucha contra el «terrorismo» internacional. Esto es, siempre que acepten las normas de funcionamiento del capitalismo global, definidas por sus principales centros de poder.

Una vez construida toda esta urdimbre, no sin importantes tensiones, se produce la primera fase de la tan «esperada» respuesta militar, pues EEUU se reserva el derecho a llevar a cabo acciones ulteriores contra otros países y organizaciones. El país elegido para este primer castigo es Afganistán, porque se dice que alberga a Bin Laden y a estructuras de su red Al Qaeda, pero no se menciona la trascendencia del control de esta región por la importancia de sus recursos fósiles. Afganistán es un país destrozado, tras más de veinte años de ocupación extranjera (1979-1989) y luchas intestinas, dominado en la actualidad por los Talibán (13), con un Gobierno de fuerte contenido integrista y patriarcal, donde las mujeres están en una situación de semiesclavitud, absolutamente ausentes de los espacios públicos y ocultas tras la burka. El ataque es liderado por EEUU, con el apoyo de Gran Bretaña, curiosamente los países con los centros financieros más importantes y desregulados del mundo (Wall Street y Londres); al que se irán sumando más tarde, según se informa, Francia, Alemania, Canadá y Australia, que aportarán sus fuerzas según se desarrolle la operación.

Es de destacar que en esta avanzadilla de Estados guerreros, los que probablemente intenten establecer las condiciones del control del «botín» de la región, están

(13) Un país con cerca del 85% de su población en el mundo rural en 1978, en donde se ha arrasado gran parte de su agricultura de subsistencia, tras más de veinte años de guerrilla de los muyahidines, y contrainsurgencia de Kabul, primero por parte del Ejército Rojo y, más tarde, de los talibanes, así como por la intensa monetarización provocada por el cultivo de opio (SMITH SERRANO, 2001).

cinco de los miembros del G-7, faltan Italia (quizá por las «desafortunadas» declaraciones de Berlusconi) y Japón, y sin embargo participa un país del Pacífico, Australia, vinculado al mundo anglosajón. Y entre ellos figuran los tres principales países de la UE, Alemania, Francia y Gran Bretaña, pues todavía Bruselas no dispone de una política de defensa operativa propia para participar como tal. Gran Bretaña siempre se ha alineado tras EEUU, pero Francia normalmente ha mantenido una cierta distancia respecto de Washington, incluso dentro de la OTAN, y Alemania, hasta ahora, ha tenido también restricciones internas (a través de su Constitución) para participar en aventuras militares. Pero Alemania y Francia (y por extensión la UE) no quieren quedarse atrás en operaciones militares que van a diseñar, probablemente, un nuevo marco geopolítico en Asia Central. La OTAN como tal no participa directamente en la respuesta militar, aunque ofrece su total apoyo a las operaciones. Es decir, unos participan en el plano militar, los arriba mencionados, otros en el plano logístico, el resto de miembros de la Alianza Atlántica, y otros en labores de «inteligencia», esto es, los miembros de la coalición internacional contra el «terrorismo».

Tanto en EEUU como en Gran Bretaña ha habido un apoyo masivo de la población (de acuerdo con las encuestas) a esta operación de represalia contra Afganistán, un país vilipendiado. Del orden de un 90% de sus conciudadanos adultos apoyaban en un primer momento la «guerra» y a sus presidentes, que se han comparado ya con Roovelt y Churchill, y a más de un 60% de los mismos no les importaba que pueda haber víctimas inocentes en el conflicto. Ello ayudará, por supuesto, a aplicar sin oposición no sólo las medidas represivas previstas, sino asimismo las reformas desreguladoras (sin fin) que exige el despliegue del capitalismo global.

En los países árabes y musulmanes la situación es muy otra. En todos ellos ha habido un amplísimo rechazo de sus poblaciones a la intervención occidental, capitaneada por EEUU y Gran Bretaña. Y en la mayoría han tenido lugar amplísimas movilizaciones, que han tenido un carácter especialmente virulento en Paquistán, Indonesia, Nigeria y Kenia. La acción militar se contempla, en este amplio mundo, como un ataque contra un país musulmán, contra un pueblo indefenso y contra la religión islámica, en la línea del «choque de civilizaciones» buscado por Bin Laden, cuya figura se acrecienta por momentos de cara a sus poblaciones. Máxime tras su aparición pública por televisión, con su mensaje directo a las preocupaciones del

mundo árabe y musulmán, y su llamamiento a la Guerra Santa; estas imágenes llegaron al mundo entero, a través de la cadena árabe Al Yazira.

Algunos de los países árabes y musulmanes, por ejemplo, Paquistán, Arabia Saudí o Indonesia, corren un serio riesgo de desestabilización interna, con los problemas que ello llevaría aparejado de cara a la gobernabilidad del mundo islámico, y en especial de Oriente Próximo y Medio y Asia Central, y por extensión a la gobernabilidad a medio plazo del propio capitalismo global. Es por eso por lo que la llamada «guerra de la propaganda» se ha planteado como instrumento crucial para ganar esta confrontación.

6 LA «GUERRA DE LA PROPAGANDA», CLAVE EN LA ESTRATEGIA DE «GUERRA PERMANENTE»

El semanario *The Economist* titulaba su edición de 6 de octubre (previa al conflicto armado): «La Guerra de la Propaganda». En ella se alertaba que esta «guerra de la información» era trascendental para mantener cohesionada a la coalición «antiterrorista», y que los mensajes a transmitir debían estar orientados tanto al mundo árabe musulmán, como a la propia población de los países occidentales. Se criticaban los mensajes emitidos en un primer momento (necesidad de impulsar una «cruzada», superioridad de la cultura occidental) y se señalaba que era preciso poner el énfasis en que era una guerra contra el terror y no un ataque indiscriminado contra el mundo islámico; si bien se apuntaba que «por el momento, la mayoría de los árabes no se cree una palabra de lo que escucha de Washington, y que su percepción es que Sharon es más criminal que Bin Laden». En este sentido, se hacía hincapié en la necesidad de contener a Sharon y en la urgencia de impulsar la creación de un Estado Palestino, para desactivar el conflicto en Oriente Próximo.

Por otro lado, se llamaba la atención sobre el cambio que en la opinión pública doméstica (occidental) se podría derivar de las imágenes de potenciales riadas de personas hambrientas y desamparadas abandonando Afganistán a causa de la guerra (cuando ya hay más de cuatro millones de refugiados en los países limítrofes, en especial en Pakistán), así como del auge previsible de las movilizaciones pacifistas,

por su potencial repercusión social. Al tiempo que se avisaba del peligro de una posible ampliación de la operación a Irak, pues ello haría que se rompiera la coalición «antiterrorista».

Esto permite situar mejor la importancia que se le ha dado al mensaje de que la guerra no es contra el Islam ni contra el pueblo afgano, sino contra los Talibán, y al hecho de que también en este caso se ha pregonado que esta guerra, además de «justa», es sobre todo «humanitaria». De ahí, en el colmo del cinismo, el lanzamiento de comida (con el lema «comida regalada por el pueblo de EEUU»), que resulte además cultural y religiosamente aceptable, así como de medicinas, que se ha dado en paralelo con los bombardeos. Al igual que ahora si se pone en cuestión la ausencia de derechos humanos, civiles y sociales para las mujeres afganas, y se justifica también la intervención militar (de cara a la audiencia occidental) para defender estos derechos. Acciones como éstas resaltan la trascendencia que se le está otorgando a la confrontación mediática. En especial, en este caso, por la existencia de focos de difusión de noticias no controlados, como Al Yazira, que emite desde Qatar, de alcance global. Durante la Guerra del Golfo, la CNN tenía el monopolio de la información que veía el mundo entero, cosa que ahora ya no es así. Tanto en EEUU como en Gran Bretaña se ha planteado que los medios de comunicación controlen y refrenen (es decir, censuren), aún más, la emisión de noticias o versiones de los acontecimientos del «otro bando». Y en EEUU se han llegado a censurar hasta 150 canciones, muchas de ellas críticas con la guerra de Vietnam, y en especial *Give Peace a Chance* («Dad una oportunidad a la paz»), de John Lennon. «Esta será la guerra de información más intensa que se pueda imaginar. Seguro que ellos van a mentir y que nosotros vamos a mentir», explicó con toda naturalidad un responsable del Pentágono» (GALLEGO-DÍAZ, 2001). Y al mismo tiempo se han hecho grandes presiones para que Al Yazira controle su línea informativa, y para que entreviste a Colin Powell o a Condoleeza Rice. Es decir, para que ofrezca una versión de los hechos acorde con la línea de actuación occidental y censure las proclamas de los sectores fundamentalistas.

En esta «guerra de la propaganda» hemos podido ser testigos de los mayores desatinos. Bush ha comparado a los terroristas islámicos con los «fascistas», definiéndolos como «los totalitarios del siglo XXI», declarándose él como el principal defensor de la «libertad» y la «democracia». Sharon comparó a Israel con la Checoslovaquia de

1938, que fue ofrecida por las potencias europeas a Hitler como moneda de cambio para conservar la paz en el continente; y, por extensión, asimiló también a los árabes con el nazismo y a EEUU con las titubeantes potencias europeas de la época. Rumsfeld, secretario de defensa de EEUU, ante la evidencia presentada por los talibanes a los medios occidentales del bombardeo de zonas civiles, edificios de la Cruz Roja y oficinas de las NNUU, llegó a comentar: «Si empezamos a ceder porque se nos va a atacar por defendernos, estamos perdidos. Y no vamos a estar perdidos» (*El País*, 15-10-2001). Esto último puede ser un indicador de cómo están manejando la guerra de la información los Talibán, y muy en concreto Bin Laden. Se podría quizá afirmar que Bin Laden está ganando la guerra de la propaganda. De hecho un lugarteniente suyo recomendó, a través de Al Yazira, a la población musulmana de Occidente que no volara en aviones y que no viviera en rascacielos, y resaltó que «en el mundo musulmán hay miles de jóvenes que aman la muerte, tanto como los americanos aman la vida», lo que extendió el miedo a nuevos ataques indiscriminados.

El entorno en que se desarrolla la guerra de la información se puede complicar bruscamente para Occidente si se alteran las complejas piezas del presente «equilibrio» de Oriente Próximo y Medio y Asia Central. Si la situación en Oriente Próximo se complica con el estallido de una guerra abierta de Israel contra Palestina, como ya viene sucediendo estos días (cuando se escriben estas líneas), tras el asesinato de un ministro del Gobierno de Sharon, cuando el «proceso de paz» se ha dado por finalizado, e Israel se ha declarado en «guerra» con la Autoridad Palestina, habiendo ocupado con los tanques diversas ciudades palestinas. Si en Paquistán o Arabia Saudí se producen golpes de Estado, que impliquen cortar los lazos con Occidente. Si se recrudecen las tensiones bélicas entre India y Paquistán en torno a Cachemira, con la posibilidad (no descartable) de una confrontación nuclear. O si el régimen Indonecio sucumbe ante el empuje de las movilizaciones islámicas, EEUU y Occidente, se pueden ver obligados a implicarse en una guerra aún más abierta y amplia en Oriente Medio y Asia Central para garantizar su control y acceso a recursos energéticos básicos para el funcionamiento del capitalismo global. En esas condiciones la posibilidad de ganar la partida de la batalla de las conciencias del mundo árabe musulmán se puede dar definitivamente por perdida, abriéndose probablemente escenarios de gravedad inusitada.

Si a ello se suma la histeria colectiva generada en EEUU, y en menor medida en otros países occidentales, por la difusión de virus de Antrax, vinculada con redes del terrorismo islámico, que ha hecho que se cerrara hasta el Capitolio, se podría también decir que se ha logrado sembrar el miedo colectivo en EEUU y en las poblaciones occidentales. Esto puede ser un problema considerable para los poderes políticos occidentales, pues han vendido a sus opiniones públicas la guerra exterior y la reducción de libertades internas como el bálsamo que iba a permitir erradicar el «terrorismo» y garantizar la seguridad doméstica. Pero si como es previsible aquél se acrecienta (14) y se dispara el pánico ciudadano ante amenazas bacteriológicas, químicas o nucleares, es posible que sectores considerables de población se empiecen a cuestionar la pretendida conveniencia de instalarse en un estado de «guerra permanente», externa e interna. En especial en Europa, donde las elites políticas están mucho más alineadas con la guerra que sus poblaciones. Y máxime si los poderes políticos y económicos son incapaces de garantizar una mínima seguridad económica, y en definitiva vital, en un momento en que probablemente se entre en un escenario de depresión-deflación global, como resultado de la profundización de la recesión mundial que ya estaba en marcha, y que se ha visto súbitamente agravada por los acontecimientos del 11-S y sus secuelas posteriores. De ahí pues la importancia de analizar la «guerra» que se desarrolla asimismo en la dimensión económico-financiera, absolutamente interconectada con la que se desenvuelve en otros planos.

7 EL CAPITAL AL SERVICIO DE LA GUERRA, LA GUERRA AL SERVICIO DEL CAPITAL

Ya se comentó la actuación coordinada que se produjo en los primeros días tras los sucesos del 11-S entre los poderes monetarios y financieros de las dos orillas del

(14) «Bush (y su Santa Alianza) va(n) a desencadenar una ola de terrorismo global contra símbolos cristianos y judíos, monumentos culturales, turistas occidentales, empresas multinacionales, etc.; va(n) a desencadenar masacres contra poblaciones civiles y guerras civiles en muchas partes del mundo; va(n) a desencadenar guerras urbanas en las metrópolis del mundo occidental; va(n) a desatar una ola de terror racista contra inmigrantes musulmanes y árabes en los países occidentales; va(n) a crear una inestabilidad política y económica que tendremos que sufrir todos (...) Convertimos a todos en integrantes de la nación estadounidense para una guerra con Bin Laden es igual que meternos simbólicamente debajo de los escombros de las torres gemelas» (KÖHLER, 2001).

Atlántico, y por extensión de toda la OCDE, para hacer frente a lo que podría haber sido, caso de no actuar diligentemente, una crisis sistémica en el sistema financiero internacional. Más tarde, ante la evidencia de la brusca caída del crecimiento económico que se iba a derivar del impacto del 11-S, y de su grave repercusión sobre determinados sectores (líneas aéreas, aseguradoras..), se arbitran en EEUU importantes paquetes de ayudas estatales para hacer frente a las consecuencias del 11-S, salvaguardar la salud económica de ciertas empresas (compañías aéreas, principalmente), reforzar el gasto público en materia de seguridad y, en definitiva, volver a impulsar el crecimiento económico. De la noche a la mañana se olvidan las recetas neoliberales de reducir el gasto público y alcanzar superávits presupuestarios, y se pone a trabajar al Estado (es decir, a los contribuyentes), a través de una mayor deuda pública, en beneficio de un capitalismo asistido; pues todo ello se va a dar en paralelo con una mayor bajada de los impuestos a las grandes empresas y al capital que opera en bolsa, con el fin de impulsar la inversión. Aposteriori, en la reunión del G-7 que tiene lugar en Washington, en sustitución de la Asamblea General del FMI y BM, que se suspende como resultado del 11-S, se establece el compromiso por parte de los países más poderosos de «impulsar el crecimiento de la economía global y preservar la salud de los mercados financieros». Se quiere establecer también una «coalición» de las economías más potentes para evitar el derrumbe de la economía mundial, y en especial de sus mercados financieros, pues no en vano las bolsas de todo el mundo han perdido un 50% de su valor desde abril del año 2000 (15) (ESTEFANÍA, 2001). Una caída verdaderamente espectacular.

El FMI propone relanzar la economía en los países centrales en base a combinar reducciones de impuestos, aumento del gasto público y descenso de los tipos de interés, al tiempo que plantea el lanzamiento de la nueva Ronda de la OMC en noviembre en Qatar. Esta ronda quedó abortada en Seattle, su relanzamiento es demandado también por los principales medios del mundo económico y financiero (*The Economist, Financial Times, Wall Street Journal...*) y Bush acaba de conseguir también poderes especiales del Congreso para negociarla. En esta ocasión, es decir, al

(15) Pérdidas que han sido mayores en los llamados «mercados emergentes» que en los países centrales.

tratarse de una recesión que está afectando de lleno a los países centrales, y en especial a EEUU (Japón ya estaba en recesión y la UE se estaba viendo arrastrada a ella por EEUU), que puede repercutir fuertemente sobre los mercados financieros, al FMI no le tiembla la mano para proponer, en contra de su ortodoxia, un mayor gasto público (y su consiguiente endeudamiento estatal) con el fin de que todo este castillo de naipes no se desplome.

Pero el FMI no es sino la voz de un amo que son los grandes poderes económicos, y especialmente financieros, sobre todo el mundo de Wall Street. Es curioso cómo reaccionan los poderes europeos ante esta propuesta del FMI formulada en el seno del G-7. Los países europeos del G-7, y la Comisión Europea, se comprometen a llevar a cabo las reformas estructurales precisas para impulsar el crecimiento, pero se distancian de relanzar el gasto público, pues obligados por el llamado Pacto de Estabilidad a caminar hacia el equilibrio presupuestario, no quieren comprometer esa senda de virtuosismo, pues ello afectaría directamente a la cotización del euro en relación al dólar. Un hecho especialmente delicado cuando el euro se ha devaluado en torno a un 30% desde su introducción en 1999, cuando éste va a empezar, dentro de nada, a circular físicamente (pues no estaría bien visto por la opinión pública europea una mayor devaluación, y el propio capital europeo vería disminuir el valor de sus activos a escala global, así como su capacidad de compra de todo tipo de activos en otras partes del mundo) y cuando, además, los principales *inputs* energéticos (el petróleo y el gas natural) de la economía comunitaria se cotizan en dólares en los mercados mundiales, y hay que pagarlos, por tanto, en dicha divisa.

Los acontecimientos del 11-S han demostrado que todavía el euro no es una alternativa al dólar a escala mundial. El euro es una divisa fuerte pero no es aún una moneda refugio (16), y eso a pesar de que el dólar tiene un tipo de interés inferior al euro. EEUU tiene ya los intereses más bajos desde principios de los sesenta, pues los ha bajado en siete ocasiones en este año para reactivar el crecimiento. De cualquier forma, ante la gravedad de la caída del crecimiento en la UE, también diversos

(16) Un analista financiero señalaba que: «con los acontecimientos ocurridos, si los inversores consideraran al euro una moneda refugio, éste debería haber recuperado la paridad con el dólar» (*El País*, 29-9-2001).

Gobiernos están propugnando ya la necesidad de suavizar el Pacto de Estabilidad, para poder impulsar la actividad económica, y animan al Banco Central Europeo a que baje los tipos de interés para propiciar asimismo el crecimiento. Pero el BCE tiene un mandato claro, el control de la inflación, para conseguir un euro fuerte, que pueda competir con el dólar, y no se deja seducir por los cantos de sirena de los políticos, preocupados por la conflictividad social, o del FMI, que propone también bajada de los tipos, que en el caso del euro pueden terminar beneficiando al dólar. En esta dimensión económica de la «guerra» se juegan muchos intereses, no siempre coincidentes, entre los principales centros de poder económicos y financieros a ambos lados del Atlántico Norte.

Y en estas llegó el ataque militar. Un verdadero golpe de testosterona que catapultó a los mercados bursátiles hacia arriba, recuperando éstos en pocos días las cotizaciones previas al 11-S, al tiempo que el dólar ganaba el terreno perdido. ¿Se puede considerar esta reacción extraña? ¿Cómo es posible que los mercados suban cuando la recesión se profundiza? En primer lugar, decir que, en general, siempre que el poder militar, en concreto el estadounidense, ha sacado músculo, las cotizaciones bursátiles han tendido a subir, al menos momentáneamente, y el dólar se ha revaluado. El capital, en especial el financiero, opera cada vez más en el corto plazo, y responde a la seguridad que le proporciona el entorno en los plazos más inmediatos, al menos en lo que respecta a las variaciones más coyunturales. Todos los operadores bursátiles, y en especial los especuladores, estaban esperando las bombas, es decir, la demostración de poder occidental, para lanzarse como locos a comprar acciones en las bolsas (renta variable) y dólares. El dinero volvía a salir de sus guaridas (bonos del Estado, oro, franco suizo), porque sabía que se presentaba una oportunidad de oro de hacer negocio jugando sobre seguro: un mercado al alza. El problema es: ¿por cuánto tiempo? Los últimos en volver a las guaridas seguro que se llevan un revólver espectacular. Y serán probablemente pequeños inversores, sin un conocimiento suficiente de la jungla del dinero, que como veían que escampaba, salen a cazar cuando ya han pasado los grandes predadores y han arrasado con las oportunidades de negocio.

De todas maneras, el capital sabe también que la operación militar que se ha emprendido, y las que puedan llegar después, van a crear un mundo crecientemente

inseguro, pero parece que no le importa. La dictadura del tiempo real en el que operan los mercados financieros, le ha hecho perder, tal vez, una mínima visión del medio y largo plazo para su propia capacidad de crecimiento y acumulación. El propio *The Economist* (22-9-2001) planteaba que: «un largo conflicto antiterrorista puede conllevar muchos de los riesgos de una guerra, sin ninguno de los beneficios que la acompañan». Y hasta ahora las bajadas de los tipos de interés, si no han impulsado el crecimiento, al menos han conseguido mantener a flote el mercado inmobiliario en los países centrales, a ambos lados del Atlántico, en donde se han refugiado también importantes volúmenes de capital ante la caída espectacular de las bolsas. Pero es muy probable que los precios de los activos inmobiliarios se empiecen a desplomar si se profundiza la recesión mundial. Lo cual supondrá una evaporación adicional del llamado «efecto riqueza», generando probablemente crisis bancarias en cadena, al igual que aconteció en Japón cuando estalló la burbuja inmobiliaria a principios de los noventa. Además, «la caída del mercado inmobiliario puede afectar a los que pagan hipotecas, que pagarán por un piso que valdrá mucho menos. En el caso de Japón el 40% de sus familias tienen hipotecas que están por encima del valor de su casa» (THUROW, 2001).

Escenarios como el indicado pueden afectar a la capacidad de consumo de las clases medias occidentales, las que tiran en gran medida del crecimiento mundial. En el capitalismo global actual, basado en el consumo masivo, la confianza del ciudadano en el futuro también es clave para que éste se anime a consumir. Y como consecuencia del 11-S, de la evolución del conflicto bélico y de sus efectos, se está produciendo una pérdida brutal de confianza, que va a ser un verdadero handicap para volver a reactivar el crecimiento.

Aspecto éste crucial para que no se derrumben adicionalmente los mercados financieros (es decir, para que no se desinfla aún más la burbuja especulativa que se había ido acumulando desde los setenta). Asimismo, la confianza y la seguridad son elementos muy importantes para los actores del mundo económico y financiero, y los sucesos del 11-S, así como la creciente inseguridad internacional, van a repercutir también sobre la voluntad y capacidad de inversión de las empresas, así como sobre los costes de seguridad añadidos para desarrollar su actividad. Es por todo ello por lo que surgen incógnitas acerca de por qué el capitalismo global, y en concreto

EEUU, se ha lanzado a una estrategia de «guerra permanente». La guerra hoy en día no cumple la misma función que en las primeras décadas del siglo xx, que pudo servir, por ejemplo, para acabar con los últimos coletazos de la Gran Depresión (17), pues hoy en día el consumo de masas es fundamental y la guerra detrae el consumo. Y eso a pesar de que los principales exportadores de armas sean los países centrales, y especialmente EEUU, pues sólo EEUU acapara el 50% de las exportaciones mundiales (*El País*, 17-10-2001).

Quizá las razones para que EEUU y su Santa Alianza (a la que arrastra tras de sí) se embarquen en una guerra «larga» tengan que ver principalmente con la crisis de hegemonía que amenaza a EEUU, que ya venía incubándose y que se ha intensificado tras el 11-S, y por consiguiente con el intento de mantener esta hegemonía vía *manu militari*. EEUU mantiene unos desequilibrios con el resto del mundo descomunales, con un déficit por cuenta corriente que alcanza al 4,5% de su PIB. Este «agujero» brutal hasta ahora se ha podido cubrir por el flujo masivo de capitales del resto del mundo hacia la economía estadounidense, atraídos por unos mercados financieros boyantes y por la fortaleza del dólar. Pero si el dólar se deprecia, como resultado de una falta de confianza del resto del mundo en la potencia de EEUU, estallarían dichos desequilibrios, provocando probablemente una caída aún mayor de dicha divisa y una dislocación absoluta de la economía estadounidense. Es por eso por lo que parece que se intenta mantener la confianza en el dólar mostrando músculo militar. Esta estrategia puede servir a corto plazo, pero es dudoso que se pueda mantener inalterable, y que se acepte por otros actores en escenarios de creciente inseguridad mundial. Además, si el conflicto militar se empantana, y se desestabilizan algunas de las piezas del tablero geoestratégico de Oriente Próximo y Medio y Asia Central, el dólar probablemente se depreciaría. El problema es que parece que por el momento, y en el futuro próximo, no se vislumbran otros actores que puedan disputar esa hegemonía. Así pues, la estrategia de «guerra permanente» se tiene que aceptar sin rechistar, para mantener el *statu quo* vigente.

(17) La preparación para la guerra en Alemania y Japón en los años treinta, a través de un ingente esfuerzo inversor público, sirvió asimismo para relanzar la economía y absorber el paro.

8 BIBLIOGRAFÍA

- C., Alain: *El Impasse ciudadano*. Etcétera. Barcelona, 2001.
- BAKER, Gerard, y COOKS, Ed: «The World Wobbles», en *Financial Times*, 13-9-2001.
- BELLO, Walden: «2000: El Año de la protesta mundial», en *Focus on Trade*, n.º 58, enero 2001.
- BIRNBAUM, Norman: «Atenas y Roma, ¿otra vez?», en *El País*, 21-9-2001.
- CAFFENTZIS, George: «An Essay on the Events of September 11, 2001, Addressed to the Antiglobalization Movement», en *Commoner, netmagazine*, october 2001.
- ESTEFANÍA, Joaquín: «¿Por qué resisten ahora las bolsas?», en *El País*, 21-10-2001.
- FERNÁNDEZ SAVATER, Amador: «Actualidad de George Orwell», en *Archipiélago 49*, noviembre-diciembre de 2001.
- GALLEGO-DÍAZ, Soledad: «La Guerra de la Información», en *El País*, 26-9-2001.
- HARDING, James: «The Mosquitoes begin to swarm», en *Financial Times*, 11 de septiembre de 2001.
- KEPEL, Gilles: «La Trampa de la Yihad Afgana», en *El País*, 18-9-2001.
- KÖHLER, Holm-Detlev: «Bin Laden es más posmoderno que Bush», en *El Mundo*, 21-9-2001.
- MAESTRI, Piero: «Terrorismo y Guerra. Una Guerra para el Control Global», en *Guerre&Pace*, n.º 83, octubre, 2001.
- PARAMIO, Ludolfo: «¿Hasta cuándo la globalización?», en *El País*, 25-7-2001.
- PETRAS, James: «El Efecto Boomerang», en *Gara*, 16-9-2001.
- SMITH SERRANO, Andrés: «Afganistán: un país desintegrado», en *El País*, 2-10-2001.
- THUROW, Lester: «¿Tocará el G-8 la lira mientras arde la economía?», en *El País*, 19-7-2001.

Bibliografía

Servicio de Documentación
de Cáritas Española

- ABAD MÁRQUEZ, Luis V.: «Globalización, demografía y migraciones internacionales». *Sociedad y utopía*, noviembre 2000, n.º 16, págs. 57-70.
- AGUINAGA ROUSTAN, Josune: «Ecología Social y Globalización». *Sistema*, junio 2001, n.º 162-163, págs. 73-91.
- AGUIRRE, Mariano (coord.); GONZÁLEZ, Mabel (coord.): *Anuario CIP 2001: Políticas mundiales, tendencias peligrosas*. Madrid, Barcelona: CIP, Icaria, 2001.
- AGUIRRE, Mariano (ed.); FILESI, Teresa (ed.); GONZÁLEZ, Mabel (ed.): *Anuario CIP 2000: globalización y sistema internacional*. Barcelona, Madrid: Icaria, CIP, 2000.
- ALBACH, Horst; GARCÍA ECHEVARRÍA, Santiago: *Globalización*. Madrid: Ediciones Díaz de Santos, 1999.
- ALBARRACÍN, Jesús (et. al.): «El huracán de la globalización». *Exodo*, mayo-junio 1997, n.º 39, monográfico.
- ALBERT, Michel: *Capitalismo contra capitalismo*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, 1992.

- ALTVATER, Elmar: «El lugar y el tiempo de la política bajo las condiciones de la globalización económica». *Zona Abierta*. 2000, n.º 92/92, págs. 7-60.
- AMIN, Samir: *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
- ANTÓN MORÓN, Antonio: *Trabajo, derechos sociales y globalización, algunos retos para el siglo XXI*. Madrid: Talasa Ediciones, 2000.
- ARRIGHI, Giovanni: *El Largo Siglo XX*. Akal. Madrid, 1999.
- ARRIGHI, Giovanni, y SILVER, Beverly: *Caos y orden en el sistema mundo moderno*. Madrid, Akal, 2001.
- ARRIOLA PALOMARES, Joaquín; GUERRERO, Diego: *La nueva economía política de la globalización*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2000.
- BARONA, Josep Lluís: «Globalización y desigualdades en salud. Sobre la pretendida crisis del Estado de Bienestar». *Política y sociedad*, septiembre-diciembre 2000, n.º 35, págs. 31-44.
- BARONE, Myriam; MARTÍNEZ-GÓMEZ, Raquel: «Globalización y posmodernidad: encrucijada para las políticas sociales del nuevo milenio». *Papeles de cuestiones internacionales*, primavera 2001, n.º 74, págs. 9-16.
- BECK, Ulrich: *¿Qué es la globalización?* Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1998.
- *Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
- BERGALLI, Roberto: «Globalización y control social: post-fordismo y control punitivo». *Sistema*, enero 2001, n.º 160, págs. 107-124.
- BERZOSA, Carlos: «Mercado, Estado y Economía Mundial». *Revista de Economía Mundial*, 1999, n.º 1, págs. 29-50.
- «Los economistas ante el desarrollo». *Eutopía*, noviembre 2000, n.º 2, págs. 75-88.
- BESTARD COMAS, Joan: «Globalización y solidaridad». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, págs. 19-52.

- BLANCH, A.: *Luces y sombras de la globalización*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2000.
- BOF, Leonardo: *Ética planteraria desde el Gran Sur*. Madrid: Trotta, 2001.
- *Ética mundial: un consenso mínimo entre los humanos*. Madrid: Casa de América, 2000.
- BONET PÉREZ, Jordi: «La protección internacional de los derechos humanos, el sistema de Naciones Unidas y la globalización». *Agenda ONU*, 1999, n.º 2, págs. 9-48.
- BOVÉ, José; DUFOUR, François: *El mundo no es una mercancía: los agricultores contra la comida basura: conversaciones con Gilles Luneau*. Barcelona: Icaria, 2001.
- BROWN, Lester R.: «Retos del nuevo siglo». *Política exterior*, septiembre-octubre, 2000, n.º 77, págs. 137-155.
- CAMACHO LARANA, Ildefonso: «Tres tareas de fondo ante los problemas de la justicia hoy». *Revista de Fomento Social*, octubre-diciembre 2000, n.º 220, págs. 521-538.
- «Beneficios y desigualdades de la mundialización: una reflexión desde la Doctrina Social de la Iglesia». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, págs. 159-198.
- CASTELLS, Manuel: *La era de la información* (tres vol.). Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- «Internet y la sociedad red». *Letra Internacional*, verano de 2001, n.º 71, págs. 4-16.
- «Tecnologías de la información y desarrollo global». *Política exterior*, noviembre-diciembre 2000, n.º 78, págs. 151-168.
- CARAVACA BARROSO, Inmaculada; MÉNDEZ, Ricardo; REVEL, Jean-François: *Globalización y territorio: mercados de trabajo y nuevas formas de exclusión*. Huelva: Universidad de Huelva, 1999.
- CARRERAS, Ignacio: «Por una globalización inclusiva y sostenible». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 63-68.

- CASALS PASCUAL, Carles: *Globalización: apuntes de un proceso que está transformando nuestras vidas*. Barcelona: Fundación Intermón, 2001.
- CASTILLO, Ana M.: «Globalización y Derechos Humanos: un saldo negativo para la Humanidad». *El vuelo de Ícaro*, marzo 2001, n.º 1, págs. 229-241.
- CENTRO DE INVESTIGACIÓN E INFORMACIÓN EN CONSUMO; ACSUR Las Segovias: *Come y calla... o no: incidir en el sistema a través del consumo*. Barcelona: Icaria, 2000.
- CENTRO NUEVO MODELO DE DESARROLLO: *Rebelión en la tienda: opciones de consumo, opciones de justicia*. Barcelona: Icaria, 1997.
- COMISIÓN JUSTICIA Y PAZ DE FRANCIA: «Controlar la mundialización. Documento de la Commission Justice et Paix-France». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, págs. 381-424.
- COMISIONES OBRERAS; FUNDACIÓN PAZ Y SOLIDARIDAD: «Globalizar los derechos laborales». *Noticias Obreras*, 15-30 septiembre 2001, n.º 1.296, págs. 19-28.
- COMISIONES OBRERAS: Federación Sindical de la Administración Pública. *Globalización, movimiento sindical y cooperación*. Madrid: Ediciones GPS-Madrid, 1999.
- CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ORGANIZACIONES SINDICALES LIBRES: Congreso Mundial (17. 2000. Sudáfrica). *Globalización de la justicia social: el sindicalismo en el siglo XXI*. Bruselas: CIOSL, 2000.
- CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE COMERCIO Y DESARROLLO. *Panorama general del informe de 2000 Los países menos adelantados*. Nueva York: Naciones Unidas, 2000.
- CONFERENCIA MUNDIAL DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO (22. 1997. Santiago de Compostela): «22 Conferencia Mundial de la Sociedad Internacional para el Desarrollo». *Desarrollo*, 1997, n.º 26, monográfico.
- CONILL, Jesús: *Guerra Económica y Comunidad internacional*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.

-
- «Globalización y ética». *Razón y Fe*, febrero 2001, n.º 1.228, págs. 155-166.
- CONTRERAS PELÁEZ, Francisco José: «Neoliberalismo y Estado social». *Revista de Fomento Social*, julio-septiembre 1999, n.º 215, págs. 309-341.
- CORTINA, Adela: *Hasta un pueblo de demonios*. Madrid, Taurus, 1998.
- CRESPO HERNÁNDEZ, Ana: *El acuerdo multilateral de inversiones, ¿crisis de un modelo de Globalización?*, Madrid: Eurolex, 2000.
- CURSO DE FORMACIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA (10. 2000. Madrid): «La economía mundial: desafíos y contribuciones éticas». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, monográfico.
- CHAVES, Jorge Arturo: «Hacia un Gobierno mundial?». *Corintios XIII*, octubre-diciembre, n.º 96, págs. 497-500.
- DEHESA ROMERO, Guillermo de la: *Comprender la globalización*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Los desafíos de la globalización*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2001.
- DÍAZ SALAZAR, Rafael: «La sociedad mundial en el giro de siglo». *Noticias Obreras*, 16 diciembre 1999 a 15 enero 2000, n.º 1.254-1.255, págs. 21-36.
- «Políticas internacionales de solidaridad». *Corintios XIII*, julio-diciembre 1999, n.º 91-92, págs. 167-193.
- DOMINGO MORATALLA, Agustín: *Ética y voluntariado. Una solidaridad sin fronteras*. Madrid, PPC, 1997.
- DUBOIS, Alfonso: *Equidad, bienestar y participación: bases para construir un desarrollo alternativo. El debate sobre la cooperación al desarrollo del futuro*. Bilbao: Hegoa, 2000
- DURÁN CÁRDENAS, Alejandro: «El proceso de globalización de la economía mundial. Una mirada latinoamericana». *Revista de Fomento Social*, julio-septiembre 1999, n.º 215, págs. 343-364.

- ENTRENA DURÁN, Francisco: «Las estructuras sociales en el marco de la globalización». *Revista Internacional de Sociología*, septiembre-diciembre 2000, n.º 27, págs. 125-150.
- ESTEFANÍA, Joaquín: *Aquí no puede ocurrir. El nuevo capítulo del capitalismo*, Madrid, Taurus, 2000.
- ESTEFANÍA MOREIRA, Joaquín: *La nueva economía. La globalización*. Barcelona: Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2001
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón; ETXEZARRETA, Miren; SÁEZ BAYONA, Manolo: *Globalización capitalista: luchas y resistencias*. Barcelona: La Llevar Virus, 2001.
- FERNÁNDEZ MARUGÁN, Francisco: «El Estado en la era de la globalización». *Sistema*, septiembre 2001, n.º 164, págs. 3-12.
- FERRER, Aldo: *Historia de la globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- FITAUSES, Jean Paul: «La Globalización y las desigualdades». *Sistema*, mayo 1999, n.º 150, págs. 3-13.
- FRASSINETI, Cesare: *La globalización, vista desde los últimos*. Santander: Sal Terrae, 2001.
- GALBRAITH, James K.: «La crisis de la globalización». *Debats*, primavera 2001, n.º 72, págs. 48-53.
- GARCÍA, Caterina: «Globalización y desigualdad». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 31-40.
- GARCÍA DE LA CRUZ, José Manuel, y SÁNCHEZ DÍAZ, A.: «Globalización y contratación económica: implicaciones para la política económica y del desarrollo». *Revista de Economía Mundial*, 2000, n.º 2, págs. 53-85.
- GARCÍA, Félix: *Senderos de Libertad*. Madrid, Libre Pensamiento, 2000.
- GARCÍA, Román: «Globalización, imagen y lógica del no». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 52-62.
- GARCÍA ROCA, Joaquín: «Globalización», en A. CORTINA, *Diez palabras clave en filosofía política*. Estella, Verbo Divino, 1998.

-
- «El siglo que convirtió el mundo en una aldea global». *Sal Terrae*, diciembre 1999, n.º 1.029, págs. 911-924.
- «Qué talentos, qué cultura y qué fe para la transformación social». *Revista de Fomento Social*, octubre-diciembre 2000, n.º 220, págs. 538-561.
- GEORGE, Susan: *Informe Lugano*. Barcelona: Icaria, Intermón, 2001.
- GHOSE, Ajit K.: «La liberalización comercial, el empleo y la desigualdad en el mundo». *Revista Internacional del Trabajo*, 2000, n.º 3, págs. 311-337.
- GIDDENS, Anthony: *La tercera vía*. Madrid, Taurus, 1999.
- *Un mundo desbocado, cómo está modificando la globalización nuestras vidas*. Madrid: Taurus Ediciones, 2001
- *La tercera vía y sus críticos*. Madrid, Taurus, 2000.
- GIMENO MARTÍN, Juan Carlos: «Etnicidad contra Globalización?: una mirada antropológica». *Eutopía*, noviembre 2000, n.º 2, págs. 9-23.
- GLOBALIZACIÓN medioambiental, perspectivas agrosanitarias y urbanas*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2000.
- GLOBALIZACIÓN y el nuevo entorno monetario internacional*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 2000.
- GLOBALIZACIÓN y sus excluidos: Foro «Ignacio Ellacuría» Solidaridad y Cristianismo*. Estella: Editorial Verbo Divino, 1999.
- GÓMEZ GALÁN, Manuel (coord.); SANAHUJA, José Antonio (coord.): *La cooperación al desarrollo en un mundo en cambio: perspectivas sobre nuevos ámbitos de intervención*. Madrid: CIDEAL, 2001.
- GÓMEZ ISA, Felipe: «Derechos Humanos y Globalización». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 41-51.
- GOWAN, Peter: *La Apuesta por la Gloibalización*. Akal. Madrid, 2000.
- *La apuesta por la globalización: la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*. Tres Cantos: Ediciones Akal, 2000.

- GRAY, John: *Falso amanecer*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
- GRUPO DE LISBOA. *Los límites de la competitividad*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quiluses y Editorial Suramericana, 1996.
- GUÉHENNO, Jean-Marie: *El porvenir de la libertad: la democracia en la época de la globalización*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
- GUERRERO, Diego (Ed.): *Macroeconomía y crisis mundial*. Madrid, Trotta, 2000.
- HARNECKER, Marta: *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI de España, 1999.
- HELA, David: *La democracia y el orden global*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1997.
- «¿Hay que regular la globalización?». *Claves de Razón Práctica*, enero-febrero de 2000, n.º 99.
- HELD, David: *La globalización. Papeles de cuestiones internacionales*, verano 2000, n.º 71, págs. 25-34.
- HIDALGO TUÑÓN, Alberto: «La globalización como fetiche». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 17-30.
- HOUTART, François (coord.); POLET, François (coord.): *El otro Davos: globalización de resistencias y de luchas*. Madrid: Popular, 2001.
- IANNI, Octavio: *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI, 1996.
- IGLESIA CATÓLICA, PAPA (1978-...: JUAN PABLO II): «La globalización debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común». *La Cuestión Social*, julio-septiembre 2001, n.º 3, págs. 203-206.
- IMAGINACIÓN democrática y globalización*. Madrid: Asociación Los Libros de la Catarata, 2001.
- IRANZO, Juan E.: «Globalización económica y deuda externa». *Corintios XIII*, julio-diciembre 1999, n.º 91-92, págs. 27-40.

- IZQUIERDO, Gabino: «Los nuevos anarquistas». *Acontecimiento*. 2000/4, n.º 57, págs. 52-55.
- IZQUIERDO MORENO, Gabino: *Entre el fragor y el desconcierto: economía, ética y empresa en la era de la globalización*. Madrid: Minerva Ediciones, 2001.
- JÁUREGUI, Gurutz: *La democracia planetaria*. Oviedo, Nobel, 2000.
- JOSSEP, Bob: «Reflexiones sobre la (i)lógica de la globalización». *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 95-125.
- JOYANES AGUILAR, Luis: «La carrera mundial por el conocimiento: una visión desde la nueva era». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, págs. 53-157.
- KAPLAN, Marcos: «Estado y globalización. Regulación de flujos financieros». *Sistema*, septiembre 2001, n.º 164, págs. 13-42.
- KRUGMAN, Paul R: *La globalización de la economía y las crisis financieras*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, 2000.
- KÜNG, Hans: «Luces y sombras de la globalización». *Tiempo de Paz*, invierno 2001, n.º 60, págs. 6-16.
- LINARD, André: «Las migraciones en un mundo globalizado». *Revista de Fomento Social*, abril-junio 2000, n.º 218, págs. 271-286.
- LÓPEZ DE LA OSA, José Ramón: *Globalización e identidad: cuestionamientos socioculturales e interrogantes éticos*. Madrid: El Perpetuo Socorro, 2001.
- LUTTWAQ, Edward N.: *Turbocapitalismo: quiénes ganan y quiénes pierden a la globalización*. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.
- MANN, Michael: «¿Ha terminado la globalización con el imperable ascenso del Estado Nacional?», *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 175-211.
- MÀRIA I SERRANO, Josep F.: *La globalización*. Barcelona, Cuadernos Cristianismo i Justicia, n.º 103, 2000.
- MARÍ SÁEZ, Víctor Manuel: *Globalización, nuevas tecnologías y comunicación*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1999.

- MARTIN BARBERO, Jesús: «La globalización desde una perspectiva cultural». *Letra Internacional*. Septiembre-octubre 1998, n.º 58, págs. 13-17.
- MARTÍN, Hans-Peter, y SCHAUMANN, Harald: *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus, 1998.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, Ángel: *Economía y política de la globalización*. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, José: «El final del Estado social: hacia qué alternativa». *Sistema*, enero 2001, n.º 160, págs. 75-92.
- MEJÍA, Pepe: «Contra la globalización neoliberal: algo más que movimientos». *Noticias Obreras*, julio-septiembre 2001, n.º 1.292-1.295, págs. 27-31.
- MENANTEAU-HORTA, Darío: «Desafíos de la Globalización al desarrollo: ¿divorcio o compatibilidad del nuevo siglo?». *Eutopía*, noviembre 2000, n.º 2, págs. 25-35.
- MONEDERO, Juan Carlos: «¿Otra gran transformación: idiotas en Brobchngnag o ciudadanos en Liliput?», *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 285-338.
- MORAL SANTÍN, José Antonio: «Globalización y transformaciones financieras». *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 127-173.
- MOROS, Pablo; MARQUIS, Laura: «El consumo en un mundo globalizado: esclavitud para el Primer Mundo y miseria para el resto». *Exodo*, septiembre-octubre 2000, n.º 55, págs. 28-39.
- NAREDO, José Manuel, y VALERO, Antonio (dirs.): *Desarrollo económico y deterioro ecológico*. Madrid, Fundación Argentaria. Visor Diaz, 1999.
- NAVARRO, Vicens: *Globalización económica, poder político y Estado del Bienestar*. Barcelona: Ariel, 2000.
- «Globalización y socialdemocracia». *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 61-94.
- NEGRI, Antonio, y HARDT, Michael: *Empire*. Harvard University Press. Cambridge (Massachusetts), 2000.

- NIETO DE ALBA, Ubaldo: *Gestión y control en la nueva economía, innovación, integración y globalización*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 2000.
- OFFE, Claus: «Democracia y Estado de Bienestar: un régimen bajo la tensión de la integración europea». *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 243-284.
- ONTIVEROS, Emilio: *Sin orden ni concierto*. Madrid, Fundación Caixa Galicia- Analistas financieros internacionales, 1997.
- «Globalización financiera y soberanía económica». *Moneda y Crédito*, 2000, n.º 210, págs. 111-152.
- *La economía en la Red*. Madrid, Taurus, 2001.
- ORTEGA, Andrés. *Horizontes cercanos*. Madrid, Taurus, 2000.
- OSSET, Miguel: *Más allá de los derechos humanos*. Barcelona: DVD, 2001.
- PAJARES, Miguel: «Políticas de inmigración y compromisos europeos». *Sociedad y utopía*, noviembre 2000, n.º 16, págs. 149-162.
- PASTOR ANTOLÍN, Luis Jesús: «El cambio de la relación Norte-Sur en la era de la globalización: un nuevo riesgo para la paz». *Sal terrae*, julio-agosto 2001, n.º 1047, págs. 609-622.
- PEARSON, Ruth: «Cambiar las reglas: igualdad entre los sexos y la globalización». *Papeles de Cuestiones Internacionales*, invierno 2001, n.º 73, págs. 41-53.
- PÉREZ ADÁN, José: «Globalización y Salud Social». *Eutopía*, noviembre 2000, n.º 2, págs. 37-57.
- PETRAS, James F.: *El Informe Petras: globalización y ciudadanía. De Pericles a Samaranch*. Hondarribia: Argitaletxe Hiru, 1999
- (et al.): *Globalización y cambio de milenio*. Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 2001.
- PROCLADE: «Si es tan buena la globalización... ¿por qué no lo globalizamos todo?» *Movimiento Junior en Marcha*, jul.-ago. 2001, n.º 147, separata n.º 8.

- RAGA GIL, José Tomás: «El comercio de mercancías y los flujos financieros: consecuencias en las economías de los países desarrollados». *Corintios XIII*, octubre-diciembre 2000, n.º 96, págs. 241-304.
- RAISER, Konrad: «El futuro del cristianismo en la globalización». *La cuestión social*, julio-septiembre, n.º 3, 2001, págs. 215-224.
- RAMONET, Ignacio: *Un mundo sin rumbo: crisis de fin de siglo*. Madrid: Debate, 1997.
- RAMOS TORRE, Ramón; GARCÍA SELGAS, Fernando José: *Globalización, riesgo y reflexividad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999.
- REBELLATO, José Luis: «La Ética dialógica en la era de la Globalización y la construcción de paradigmas alternativos». *Eutopía*, noviembre 2000, n.º 2, págs. 59-73.
- REVISTA DE FOMENTO SOCIAL: «Consejo de Redacción. Globalización integradora vs. globalización excluyente». *Revista de Fomento Social*, abril-junio 2000, n.º 218, págs. 143-160.
- RIKIN, Jeremy: *La era del acceso: la revolución de la nueva economía*. Barcelona: Paidós, 2000.
- ROBERTSON, Ronald: «Globalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad». *Zona Abierta*, 2000, n.º 92-93, págs. 213-241.
- ROJO TORRECILLA, Eduardo: «Unas estructuras socioeconómicas para la paz». *Noticias Obreras*, 1-15 julio 2000, n.º 1.267, págs. 19-26.
- «El reto de lo social en la nueva Europa del tercer milenio». *Revista de Fomento Social*, abril-junio 2000, n.º 218, págs. 161-187.
- «Sindicalismo, derechos laborales y globalización: una difícil combinación». *Noticias Obreras*, julio-septiembre 2001, n.º 1.292-1.295, págs. 32-41.
- ROWBOTHAM, Michael: *The Grip of Death. A Study of Modern Money, Debt Slavery and Destructive Economics*. Joc Carpenter. London, 1998.
- SÁEZ, Pedro: *Las claves de los conflictos*. Madrid: CIP, D. L. 1997.

- SANAHUJA, José Antonio: *Altruismo, mercado y poder: el Banco Mundial y la lucha contra la pobreza*. Barcelona: Intermón Oxfam, 2001.
- SCHOONYANS, Michel: *La ONU y la globalización. La cuestión social*, julio-septiembre 2001, n.º 3, págs. 207-214.
- SEBASTIÁN, Luis de: «El contexto social y económico internacional. Globalización, exclusión y pobreza». *Corintios XIII*, abril-junio 1999, n.º 90, págs. 45-65.
- *Capitalismo y democracia en el siglo XXI: nuevas tendencias y nuevos destinos*. Barcelona: Cristianisme i Justicia, 2000.
- SILVA FILHO, Delio Mendes da Fonseca: *Globalización y exclusión: el caso de la región metropolitana de Recife*. Bilbao: Universidad de Deusto, 1999.
- SORONS, George: *La crisis del capitalismo global*. Madrid, Temas de Debate, 1999.
- STRANGE, Susan: *Dinero loco*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1999.
- TAIBO, Carlos: *Miseria de las grandes potencias: nuevo desorden, intervencionismo humanitario, globalización*. Madrid: Ediciones Libertarias-Prodhufo, 1999.
- TOSCANO, Roberto: «Interrogantes éticas de la globalización». *Claves de Razón Práctica*, octubre de 1998, n.º 86, págs. 43-48.
- «Mundo Global, identidad de grupo». *Claves de Razón Práctica*. Julio-agosto de 2001, n.º 114, págs. 22-31.
- TOURAINÉ, Alain: *¿Cómo salir del liberalismo?* Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991.
- «¿Globalización?» *Debats*, otoño 1999, n.º 67, págs. 30-37.
- TRABAJO y desarrollo: *globalización de la economía e internacionalismo obrero*. Alzira: Editorial Germania Serveis Gràfics, 1999.
- TUGORES QUES, Juan: *Economía internacional: globalización e integración regional*. Aravaca: McGraw-Hill, Interamericana de España, 1999.

- UGARTECHE, Oscar. *El falso dilema: América Latina en la economía global*. Perú: Fundación Friedrich Ebert-Fes, Nueva Sociedad [¿1997?].
- «Claves para un diagnóstico de la relación Norte-Sur hoy». En: Escuela de Formación Social de Cáritas Española (7. 1999. Madrid). *Retos ante el nuevo milenio*. Madrid: Cáritas Española, 2000; t. 3, págs. 403–410.
- VARELA, Félix; GUITIÁN MARTÍNEZ, Manuel: *Sistemas financieros ante la globalización*. Madrid: Ediciones Pirámide, 2000.
- VARIOS: *Sobre la Globalización*. Barcelona, Cristianismo i Justicia, n.º 105 extra, 2001. págs. 4–48.
- VV.AA.: *Tipografías del mundo contemporáneo*. Madrid, Encuentro, 1998.
- VELÁZQUEZ DE CASTRO GONZÁLEZ, Federico: *Hacia el desarrollo sostenible*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier (etc.), 2000.
- VICO PEINADO, José: «Jubileo, deuda y globalización económica: perspectiva ética». *Religión y cultura*, enero-marzo 2000, n.º 212, págs. 27–44.
- VILLOTA, Paloma de: *Globalización y género*. Madrid: Editorial Síntesis, 1999.
- WATKINS, Kevin: *Crecimiento económico con equidad: lecciones del Este asiático*. Madrid: Intermón, 1999.
- WALLERUTEIN, Inmanuel: *El moderno sistema mundial* (dos volúmenes). México: Siglo XXI, 1979 y 1989.
- ZABALO, Patxi: *La Organización Mundial de Comercio, paradigma de la globalización neoliberal*. Bilbao: Hegoa, 2000.
- ZAPATERO GONZÁLEZ, Luis: *La respuesta a la globalización. Calidad empresarial*. Madrid: Editorial Puzzle, 1999.

INTERVENCION PSICOSOCIAL

Volumen 10. Número 1. Año 2001

Puede leer:

DOSSIER

- Introducción.
- Programas de respiro para cuidadores familiares.
- Identificación de las necesidades de los cuidadores familiares de personas mayores dependientes percibidas por los profesionales de los servicios sociales y de la salud.
- Hacia la convergencia de los sistemas de apoyo informal en cuidadores. Un estudio de caso.

ESPACIO ABIERTO

- Potenciación en la intervención comunitaria.
- Mediación y método de evaluación de la calidad de vida de la comunidad.

INVESTIGACIONES APLICADAS

- La medición de la exclusión social. Dos aplicaciones: las rentas mínimas de inserción y las empresas de inserción.

EXPERIENCIAS

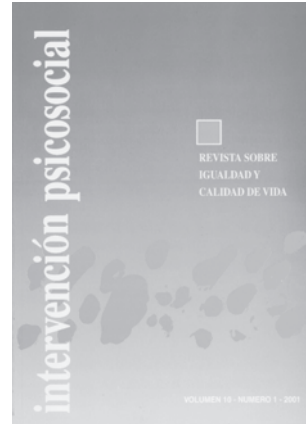
- Preparación y asesoramiento a los niños y niñas en los acogimientos preadoptivos.
- Una experiencia de formación-acción orientada a la gestión de la calidad en servicios sociales.

RECENSIONES

La potenciación en la autoestima en la escuela.

INTERÉS PROFESIONAL

II Asamblea Mundial de las Naciones Unidas Sobre el Envejecimiento.



EDITA: Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid.
Secretaría de Redacción: C/ Cuesta de San Vicente, 4 - 6.ª planta. 28008 Madrid
Teléfonos: 91 541 85 04. Fax: 91 559 03 03.
Suscripciones: Cuesta de San Vicente, 4 - 5.ª planta. 28008 Madrid.
Teléfonos: 91 541 70 09. Fax: 91 547 22 84

Últimos títulos publicados

	PRECIO
N.º 106 Políticas contra la exclusión social (Enero-marzo 1997)	1.500 ptas.
N.º 107 Arte y sociedad..... (Abril-junio 1997)	1.500 ptas.
N.º 108 Informática, información y comunicación..... (Julio-septiembre 1997)	1.500 ptas.
N.º 109 Trabajando por la justicia..... (Octubre-diciembre 1997)	1.500 ptas.
N.º 110 Educación y transformación social..... (Enero-marzo 1998)	1.590 ptas.
N.º 111 La España que viene (Abril- junio 1998)	1.590 ptas.
N.º 112 Las personas mayores (Julio-septiembre 1998)	1.590 ptas.
N.º 113 El despertar de América Latina..... (Octubre-diciembre 1998)	1.590 ptas.
N.º 114 Derechos Sociales y Constitución Española..... (Enero-marzo 1999)	1.650 ptas.
N.º 115 España y el Desarrollo Social (Abril-junio 1999)	1.650 ptas.
N.º 116 El trabajo, bien escaso..... (Julio-septiembre 1999)	1.650 ptas.
N.os 117-118 Las Empresas de Inserción a debate (Octubre-diciembre 1999-Enero-marzo 2000)	2.500 ptas.
N.º 119 Ciudades habitables y solidarias (Abril-junio 2000)	1.690 ptas.
N.º 120 Adolescentes y Jóvenes en dificultad social (Julio-septiembre 2000)	1.800 ptas.
N.º 121 El desafío de la migraciones. (Octubre-diciembre 2000)	1.700 ptas.
N.º 122 2001 Repensar el voluntariado. (Enero-marzo 2001)	1.700 ptas.
N.º 123 Europa: proyecto y realidad (Abril-junio 2001)	1.700 ptas.
N.º 124 Jóvenes del siglo XXI..... (Julio-septiembre 2001)	1.700 ptas.
N.º 125 Las otras caras de la globalización..... (Octubre-diciembre 2001)	1.700 ptas.

Próximo título

N.º 126 Deuda externa..... (Enero-marzo 2002)	1.700 ptas.
--	-------------